

MARK  
BILLINGHAM

EN LA  
OSCURIDAD



Cuando el miedo es peor  
que cualquier crimen

Lectulandia

En los suburbios londinenses donde la violencia es fortuita y donde la lealtad se paga con sangre, cualquier cosa es posible. Durante una noche de lluvia, Theo Shirley, un chico de diecisiete años, dispara al coche de una mujer cumpliendo así con la ceremonia de iniciación para formar parte de una banda. Ella no muere, pero su coche se estrella contra una parada de autobuses, matando a un policía. La novia de éste, también policía, no acepta que su muerte haya sido un accidente. En su deseo por descubrir la verdad, llevará a cabo su propia investigación e irá descubriendo oscuros secretos que nos conducirán a un sorprendente giro final de la historia.

**Lectulandia**

Mark Billingham

# **En la oscuridad**

ePub r1.0

Karras 17.04.18

Título original: *In the Dark*  
Mark Billingham, 2008  
Traducción: Celia Recarey Rendo

Editor digital: Karras  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



**1 de agosto**

La noche es seca, pero la carretera todavía está grasienta por el chaparrón de hace unas horas, resbaladiza al ser engullida bajo los faros, y no hay demasiado tráfico sobre los socavones de la que probablemente es una de las grandes arterias peor cuidadas de la ciudad.

Es por la mañana, por supuesto, en sentido estricto, primera hora. Pero para las escasas almas que se dirigen a sus hogares, luchan por llegar al trabajo en la oscuridad o se dedican ya a sus asuntos de uno u otro tipo, se parece mucho a la noche, altas horas de la condenada.

Noche cerrada.

Es una noche cálida, bochornosa. La segunda de lo que se presenta como un agosto bastante decente. Pero esa no es la razón por la que el copiloto del Cavalier azul inclina la cabeza hacia la ventanilla abierta y suda como un cerdo.

—Pareces un sobaniños en un castillo hinchable —dice el conductor—, joder, tío, ¿tú te has visto?

—¿Este chisme no tiene aire acondicionado?

—Nadie más está sudando tanto.

Los tres hombres que van en el asiento trasero se ríen, se apretujan unos contra otros y se asoman entre los dos asientos delanteros para ver el tráfico que viene de frente. Encienden unos cigarrillos, y el conductor estira una mano para pedir uno. Lo encienden y se lo pasan.

El conductor da una profunda calada, luego observa el cigarrillo.

—¿Por qué fumas esta mierda, tío?

—Un amigo me dio unos cartones. Me debía un favor.

—¿Por qué no me pasas unos cuantos?

—Lo estaba pensando, tú fumas esa mierda fuerte. Marlboro, o lo que sea.

—Ya... Lo estabas pensando. —Da un volantazo, esquivando rápidamente una bolsa de basura que ha volado hasta el medio de la calzada—. Mira esa mierda ahí tirada, tío. Esta gente vive como cerdos.

Las tiendas y restaurantes cerrados se deslizan junto a la ventanilla del copiloto; establecimientos turcos o griegos, colmados asiáticos, clubs, una oficina de taxis de una sola habitación con una luz amarilla. Todas las persianas y puertas de seguridad están firmadas: letras rojas, blancas y negras que caen por el metal, indescifrables.

Territorios marcados.

—¿No tenemos música? —Uno de los hombres que va atrás empieza a tamborilear un ritmo en la parte de atrás del reposacabezas.

—No vale la pena, tío. —El conductor se inclina, señala despectivamente los mandos de la radio con una mano—. El equipo de este cacharro va como el culo.

—¿Y la radio?

El conductor chasquea la lengua con un ruido como el de algo pequeño al caer aceite caliente.

—A estas horas no hay más que tíos diciendo chorradas —dice—. La mierda esa

del *chill-out* y viejos éxitos. —Estira el brazo y coloca la mano en la nuca del copiloto—. Además, tenemos que dejar que el chaval se concentre, ¿me entiendes?

Desde atrás alguien dice:

—Tiene que concentrarse en no mearse en los pantalones. Yo diría que está nervioso. Nervioso como un flan.

—Cosa fina...

El copiloto no dice nada, simplemente se gira y los mira, haciendo saber a los tres de atrás que ya tendrán tiempo de hablar luego, cuando hayan terminado. Vuelve a darse la vuelta y mira hacia delante, sintiendo el peso sobre el asiento entre las piernas, la sensación pegajosa que le pega la camiseta al final de la espalda.

El conductor acelera hasta pegarse a un bus nocturno, luego gira bruscamente hacia la derecha, canturreando algo para sí mientras se salta el semáforo justo cuando pasa de ámbar a rojo.

Ha tomado la A10 en Stamford Hill, dejando atrás las casas más grandes, los Volvos aparcados en la calle y los pulcros jardincitos, y ha puesto rumbo al sur con su BMW.

Se lo toma con calma por Stoke Newington, sabe que hay cámaras listas para hacer una foto a cualquiera lo bastante tonto como para saltarse un semáforo. Controla la velocidad. No hay mucho tráfico, pero siempre hay algún urbano quemado por el trabajo dispuesto a fastidiarle la noche a algún pobre capullo.

Lo último que ella necesita.

Unos minutos más tarde, se adentra lentamente en Hackney. Puede que el sitio no parezca tan malo por la noche, pero ella no se deja engañar. Aunque, por lo menos, los embaucadores de la inmobiliaria local tienen que currárselo para ganarse sus comisiones.

*Oh, sí, es una zona bastante emergente. Es cierto que tiene mala prensa, pero hay que ver más allá de todo eso. Aquí se respira una verdadera sensación de comunidad y, por supuesto, todos esos prejuicios implican que los precios de las viviendas son muy competitivos...*

O sea, lo pronuncies como lo pronuncies, De Beauvoir Town suena bien, ¿no? Límitate a hablar de Hackney Downs y Regent's Canal y no te preocupes por minucias como las puñaladas, la esperanza de vida y cosas así. Hasta hay alguna que otra zona verde, por amor de Dios, y uno o dos adosados Victorianos.

*Si plantas unos cuantos... ¿cómo se llaman?... cipreses al fondo del jardín, ni siquiera llegas a ver la urbanización* Los pobres capullos bien pueden tener dianas pintadas en sus puertas principales.

Cruza Ball's Pond Road sin tener que reducir; a un lado, Kingsland, al otro, Dalston esparciéndose como una mancha hacia el este.

Ya no falta mucho.

Tiene las manos pegajosas, así que saca un brazo por la ventanilla, separa los dedos y deja que el aire nocturno pase entre ellos. Cree poder notar lluvia en el aire,



apenas una gota o dos. Deja el brazo donde está.

El BMW suena bien: apenas un zumbido grave y un susurro bajo las ruedas. Siente el cuero del asiento del copiloto suave y limpio bajo la mano al tocarlo. Siempre le ha encantado este coche, se sintió cómoda en él desde el momento en que puso los pies dentro.

A alguna gente le pasa eso con las casas. Diga lo que diga el vendedor, a veces todo se reduce a esa sensación o lo que sea al entrar en ellas. Lo mismo le pasó con el coche, lo sintió suyo.

Ve el Cavalier viniendo hacia ella mientras reduce para detenerse en el semáforo. Va mucho más rápido que ella y frena en seco, rebasando las líneas blancas del cruce.

Va sin luces.

Busca a tientas la palanca de detrás del volante y le da dos veces; da luces al Cavalier con los faros de alta gama del BMW. Mejores que las luces de aterrizaje de un 747, recuerda que le dijo el vendedor. Los vendedores de coches dicen aún más gilipolleces que los de las inmobiliarias.

El conductor del Cavalier no hace gesto alguno, simplemente se limita a mirarla.

Luego enciende las luces.

Ella atraviesa el cruce con el BMW y se aleja. Las primeras gotas de lluvia manchan el parabrisas. Comprueba el retrovisor y ve cómo el Cavalier hace un rápido giro de 180° a unos cien metros por detrás de ella, oye el estruendo de un claxon cuando se mete en el carril opuesto y adelanta a un taxi negro, avanzando rápidamente por el carril bus hacia ella.

Siente que algo le da un salto en el estómago.

—¿Por qué esa? —pregunta el hombre del asiento del copiloto.

El conductor mete quinta y se encoge de hombros.

—¿Por qué no?

Los tres del asiento de atrás se inclinan ahora más hacia delante, excitados por la acción, pero sus voces suenan como si tal cosa:

—La muy imbécil se ha seleccionado a sí misma.

—Si te metes con la gente, te buscas problemas, es lo que hay.

—Solo intentaba ayudar.

—Así es como lo hacemos —dice el conductor.

Nota el asiento del copiloto caliente bajo él al girarse, como si todo le pareciese bien. Como si respirase con facilidad y no sintiese que la vejiga le va a explotar.

*Put a imbécil. ¿Por qué no puede meterse en sus asuntos?*

Abandonan el carril bus y rebasan a una moto. El motorista se gira para mirarles al pasar, lleva casco y visor negros. El hombre del asiento del copiloto le mira a su vez, pero no puede mantener la mirada. Vuelve a dirigir los ojos hacia la calzada.

Hacia el coche de delante.

—No la pierdas —dice alguien con urgencia en el asiento de atrás.

Luego su amigo:

—Sí, dale caña a esta mierda, tío.

El conductor dirige los ojos al retrovisor:

—¿Me estáis mangoneando, vosotros dos?

—No.

—¿Me estáis mangoneando o qué cojones?

Levantán las manos.

—Relájate, tío. Solo te digo...

Los ojos se desvían otra vez, pisa el acelerador y el Cavalier se acerca rápidamente hasta apenas unos metros del BMW plateado. El conductor se gira hacia el hombre del asiento del copiloto y sonrío. Le dice:

—¿Listo?

La lluvia cae con más fuerza ahora.

Su corazón late más rápido que los chirriantes limpiaparabrisas.

—Vamos a hacerlo —dice el conductor.

—Sí...

El Cavalier se echa a la izquierda, a solo unos centímetros ahora, obligando al BMW a meterse en el carril bus. Los tres del asiento de atrás silban, sueltan tacos y resoplan.

—Vamos a hacerlo en cualquier momento, joder.

El del asiento del copiloto asiente y su mano sudorosa aprieta con fuerza la culata de la pistola contra la rodilla.

—Levántala, tío, levanta ese chisme bien alto. Enséñale lo que tienes.

Contiene el aliento y aprieta los dientes, luchando contra las ganas de mearse allí mismo, en el coche.

—Lo que le vas a dar.

Al girarse ve que la mujer del BMW ya está bastante asustada. A apenas unos metros. Mueve los ojos como loca, la boca se le retuerce en un gesto de pánico.

Levanta la pistola.

—Hazlo.

Esto era lo que quería, ¿no?

Los del asiento de atrás le mandan besitos para azuzarle.

—Hazlo, tío.

Se echa hacia el lado y dispara.

—Otra vez.

El Cavalier se aleja con el segundo disparo y él se esfuerza para mantener el coche plateado en su campo visual, se asoma más, siente la lluvia en el cuello, ignorando los gritos que le rodean y las gordas manos que le dan palmadas en la espalda.

Se queda mirando mientras el BMW da un bandazo hacia la izquierda, choca y se sube a la acera; ve a la gente de la parada de autobús, los cuerpos volando.

*Lo que quería...*

A más de treinta metros, puede oír el crujido del capó al abollarse. Y algo más: un golpe sordo, pesado y húmedo, y luego el chillido del metal y el bailoteo del cristal, que se desvanece cuando aceleran y se alejan.

## **Tres semanas antes**

## **Primera parte**

### **Mentir como quien respira**

## Uno

Helen Weeks estaba acostumbrada a despertarse con náuseas, con la sensación de apenas haber dormido y de estar sola, tanto si Paul estaba a su lado como si no.

Se había levantado antes que ella esa mañana, y ya estaba en la ducha cuando ella entró silenciosamente en el cuarto de baño y se agachó para vomitar en el lavabo. No era gran cosa. Apenas unos escupitajos, unos hilitos marrones y amargos.

Se enjuagó la boca y pegó la cara a la mampara de cristal al salir del cuarto de baño para preparar el desayuno:

—Bonito culo —dijo.

Paul sonrió y volvió a girarse hacia el agua.

Cuando entró en el salón diez minutos después, Helen ya iba por su tercera tostada. Lo había dispuesto todo en su pequeña mesa de comedor: la cafetera, tazas, fuentes y platos que habían comprado en The Pier cuando se habían mudado; había llevado la mermelada y la mantequilla de cacahuete del frigorífico en una bandeja, pero Paul fue directamente a coger los cereales, como siempre.

Esa era una de las cosas que le encantaban de él: era un niño grande que nunca había perdido el gusto por los Coco Pops.

Le observó mientras se echaba la leche y limpiaba las gotitas que había derramado con un dedo.

—Deja que te planche esa camisa.

—Está bien así.

—No te has planchado las mangas. —Nunca planchaba las mangas.

—No hace falta. Llevaré la chaqueta puesta todo el día.

—Me llevará cinco minutos. Puede que haga calor más tarde.

—Llueve a cántaros.

Comieron en silencio durante un rato. Helen pensó que quizá debía ir a encender la pequeña tele de la esquina, pero supuso que uno de los dos tendría algo que decir en un momento dado. De todas formas, desde el piso de arriba caía un chorro de música. Una caja de ritmos y un bajo.

—¿Qué tienes que hacer hoy?

Paul se encogió de hombros y tragó.

—Sabe Dios. Me enteraré al llegar, supongo. Ya veré lo que me tiene preparado el jefe.

—¿Terminarás sobre las seis?

—Venga, ya lo sabes. Si surge algo, puedo terminar a cualquier hora. Ya te llamaré.

Ella asintió, recordando una época en que lo habría hecho.

—¿Y el fin de semana?

Paul la miró y gruñó un «¿qué?» o un «¿por qué?».

—Deberíamos intentar ver algunas casas —dijo Helen—. Iba a hacer unas

llamadas hoy, fijar un par de citas.

Paul la miró con fastidio.

—Ya te lo he dicho, todavía no sé lo que voy a hacer. Lo que surja.

—Nos quedan seis semanas. Seis semanas, como mucho.

Él volvió a encoger los hombros.

Ella se aupó y cruzó la cocina para meter un par de rebanadas más en la tostadora. Tulse Hill no estaba mal, estaba más que bien si querías comprar un kebab o un coche de segunda mano. Brockwell Park y Lido estaban a un paseo y había bastante movimiento a cinco minutos colina abajo, en el centro de Brixton.

El piso en sí era bastante agradable, *seguro*, un segundo con un ascensor que casi siempre funcionaba. Pero no podían quedarse. Dormitorio y medio (el de matrimonio y en el que no cabía una aguja), una cocina y un salón pequeños, y un pequeño cuarto de baño. Todo empezaría a parecer muchísimo más pequeño en mes y medio, con una silla de bebé en el recibidor y un parque delante de la tele.

—A lo mejor voy a ver a Jenny más tarde.

—Muy bien.

Helen sonrió, asintió, pero sabía que no le parecía bien en absoluto. Paul nunca se había entendido bien con su hermana. Tampoco había ayudado mucho que Jenny se hubiese enterado de lo del niño antes que él.

También se había enterado de unas cuantas cosas más.

Llevó sus tostadas a la mesa.

—¿Has tenido ya ocasión de hablar con el representante de la Federación?

—¿De qué?

—Por Dios, Paul.

—¿Qué?

Helen estuvo a punto de dejar caer el cuchillo al verle la cara.

La Policía Metropolitana concedía trece semanas a las agentes después del parto, pero eran bastante más picajosos cuando se trataba de las bajas de paternidad. Paul había solicitado (se suponía que había solicitado) una ampliación sobre los cinco días de baja remunerada que le habían concedido.

—Dijiste que lo harías. Que querías hacerlo.

Él soltó una carcajada hueca.

—¿Cuándo dije eso?

—Por favor...

Él meneó la cabeza, rebañó los cereales del cuenco con el dorso de la cuchara como si hubiese un juguete de plástico que no había encontrado.

—Tiene cosas más importantes de las que preocuparse.

—Vale.

—Yo tengo cosas más importantes de las que ocuparme.

Paul Hopwood trabajaba como subinspector en un equipo del Departamento de Investigación Criminal cuyas oficinas se encontraban a varios kilómetros al norte, en

Kennington. Una unidad de inteligencia. Había oído todos los chistes que se repetían una y otra vez cada vez que surgía el tema en una conversación.

Helen se sintió enrojecer, quería gritar, pero no era capaz.

—Perdona —dijo.

Paul dejó caer la cuchara y apartó el cuenco.

—Simplemente no sé qué podría ser... —Helen no terminó la frase, Paul no la estaba escuchando, o quería dar esa impresión. Había cogido el paquete de cereales y seguía estudiando atentamente el dorso mientras ella echaba la silla hacia atrás.

Cuando Paul se hubo marchado y ella hubo recogido las cosas del desayuno, pasó un rato bajo la ducha, se quedó allí hasta que dejó de llorar y se vistió lentamente. Un sujetador gigante y unas bragas cómodas, sudadera y pantalones de chándal azules. Como si tuviese mucho donde elegir.

Se sentó a ver la GMTV hasta que sintió que el cerebro se le licuaba y se fue al sofá con las páginas inmobiliarias del periódico local.

West Norwood, Gipsy Hill, Streatham. Herne Hill si hacían un esfuerzo, y Thornton Heath si no les quedaba otra opción.

*Cosas más importantes...*

Hojeó las páginas rodeando unos cuantos sitios que parecían adecuados, todos diez o quince mil libras más caros de lo que habían previsto. Tendría que volver al trabajo mucho antes de lo que había pensado. Jenny había dicho que les echaría una mano con los cuidados del bebé.

—Eres una idiota si cuentas con Paul —le había dicho Jenny—. Por más que tenga tiempo libre.

Su hermana pequeña, siempre tan directa, y tan difícil de contradecir.

—Estará bien cuando llegue el niño.

—¿Y cómo estarás tú?

La música del piso de arriba subía de volumen. Le diría a Paul que tuviese unas palabras cuando pudiese. Fue al dormitorio y se sentó para intentar hacer algo con su pelo. Pensó que los hombres que describían a las mujeres embarazadas como «radiantes» eran un poco raros, como la gente que creía tener derecho a tocarle la barriga cada vez que les viniese en gana. Tragó saliva, sintiendo su amargura mientras le bajaba por garganta, incapaz de recordar la última vez que Paul había querido tocársela.

Hacía tiempo que habían pasado de la fase del beso de despedida en la puerta, por supuesto, pero también hacía tiempo que habían pasado de demasiadas cosas más. Era cierto que no le apetecía demasiado el sexo, pero habría tenido muy poca suerte si le apeteciese. Al principio se moría de ganas, como muchas mujeres cuando estaban de un mes o así, según los libros, pero Paul había perdido el interés bastante rápido. No era infrecuente, eso también lo había leído. Los tíos se sentían distintos una vez que todo el tema de la maternidad entraba en juego. Resulta difícil mirar del



mismo modo a tu compañera, deseársela, incluso antes de que aparezca la barriga.

Su relación era mucho más complicada, pero tal vez hubiese algo de eso.

—El pobre capullito no quiere que le dé en el ojo —había dicho Paul.

Helen se había burlado y le había dicho:

—Dudo mucho que le llegases al ojo —pero en realidad a ninguno de los dos le había hecho mucha gracia.

Se echó el pelo hacia atrás y se acostó, intentando sentirse mejor al recordar tiempos pasados, cuando las cosas no iban tan mal. Era un truco que le había funcionado una o dos veces, pero últimamente le costaba recordar cómo eran antes. Los tres años que habían pasado juntos antes de que las cosas fuesen mal.

Antes de las peleas estúpidas y el puto lío estúpido.

Difícilmente podía culparle por ello, por creer que había cosas más importantes que ella; que un lugar donde vivir para ellos dos y para un niño que quizá no fuese suyo.

Decidió que subiría a hablar de la música ella misma, el estudiante del piso de arriba parecía bastante agradable, pero no logró levantarse de la cama al pensar en la cara de Paul.

Sus miradas furiosas, como si ella no tuviese la menor idea de lo dolido que estaba. Y vacías, como si ni siquiera estuviese allí, sentado a la mesa a apenas unos centímetros, mirando fijamente la estúpida caja de cereales, como si estuviese leyendo algo sobre ese juguete de plástico extraviado.

Mientras conducía, Paul Hopwood intentaba con todas sus fuerzas pensar en el trabajo, cantar al ritmo de la basura que emitían en Capital Gold y pensar en reuniones y subinspectores de mala leche o en cualquier otra cosa salvo el lío que acababa de dejar en casa.

Tostadas y puta amabilidad. Familias felices...

Giró a la derecha y esperó a que el GPS le dijese que se había equivocado, a que la mujer con voz de pija le dijese que tenía que dar la vuelta en cuanto tuviese oportunidad.

Una sonrisa asomó a su cara al pensar en un tipo que conocía en la comisaría de Clapham y le había sugerido que deberían hacer aquellos aparatos con voces diseñadas para hombres con «intereses especiales».

—Sería la leche, Paul. La tía dice, «gire a la izquierda», la ignoras y ella empieza a ponerse estricta: «He dicho que gires a la izquierda, chico malo». Se venderían como churros, tío. Para ex alumnos de internados y todo eso.

Subió el volumen de la radio, cambió el ritmo de los limpiaparabrisas a intermitente.

Familias felices. Cristo con dos pistolas...

Helen llevaba semanas mirándole así, dolida. Como si ya hubiese sufrido bastante, y

él tuviese que ser lo bastante hombre como para olvidar lo que había pasado porque ella le necesitaba. Todo eso estaba muy bien, pero estaba claro que no había sido lo bastante hombre cuando había hecho falta, ¿no?

Doña Madera, la chorba del poli.

Aquella mirada, como si ya no le reconociese. Y luego las lágrimas y sus manos acariciándose la barriga, como si el niño fuese a caerse si lloraba demasiado fuerte o algo. Como si todo aquello fuese culpa suya.

Sabía lo que ella pensaba en el fondo. Lo que le contaba cada noche por teléfono a la cursi de su hermana. «Lo superará cuando vea al niño». Sí, claro, todo iría estupendamente cuando llegase el puñetero niño.

El niño lo arreglará todo.

La mujer del GPS le dijo que girase a la izquierda y él la ignoró, dio unas palmadas en el volante al ritmo de la música y se mordió la herida que tenía en la cara interna del labio inferior.

Dios, eso esperaba. Deseaba que todo fuese bien más que nada en el mundo, pero no era capaz de decírselo a Helen. Deseaba tanto mirar al niño y quererlo sin pensar, saber que era suyo... Entonces podrían seguir adelante. Eso era lo que hacía la gente, la gente corriente como ellos, aun cuando parecían no tener la menor oportunidad, ¿no?

Pero aquellas miradas y el estúpido tono suplicante de su voz estaban matando todas sus esperanzas poco a poco.

La voz del GPS le dijo que cogiese la primera salida en la siguiente rotonda. Se mordió la herida con más fuerza y cogió la tercera. El destino programado era Kennington, como siempre. No importaba que se supiese el camino del derecho y del revés, porque no era allí a donde iba.

«Por favor, dé la vuelta en cuanto le sea posible».

Le gustaban aquellos viajes, escuchar las instrucciones de aquella zorra estirada e ignorarlas, hacerle cortes de manga. Le preparaba mentalmente para el lugar al que iba.

«Dé la vuelta, por favor».

Estiró la mano, cogió un paquete de *kleenex* de la guantera y escupió la sangre de la herida.

Hacía tiempo que no hacía lo que la gente esperaba de él.

## Dos

—¡Bola!

—¿A qué coño viene eso? —Se supone que tienes que gritar, tío. La he mandado al agujero que no es. Así que grito. —Se llevó las manos a la boca y gritó—: Bola, capullos. —Asintió, complacido consigo mismo—. Estas cosas hay que hacerlas bien, T.

Theo se rio de su amigo al ver cómo le miraba la pareja mayor del *green* de al lado. Levantaron sus palos y echaron a andar calle abajo. No tenía sentido volver a intentar el lanzamiento, había dejado caer una cerca del *green*. Ya habían perdido media docena de bolas entre los dos.

—¿Y para qué necesitas todo eso?

—¿El qué?

Theo golpeó con un dedo la bolsa que colgaba del hombro de su amigo, una bolsa de cuero azul oscuro, llena de cremalleras y bolsillos con PING bordado en un lado y grabado a lo largo de los mástiles de todos los palos recién comprados que llevaba dentro. Los de madera llevaban enormes fundas de peluche.

—Es un *pitch and putt*, tío. Nueve hoyos.

Su amigo era más de un palmo más bajo que él, pero macizo. Se encogió de hombros.

—Hay que ir bien vestido, yo qué sé. —Cosa que él hacía, como siempre. Diamantes en ambas orejas y un chándal que combinaba con la bolsa, con un ribete azul claro y deportivas a juego. La gorra blanca lisa que siempre llevaba, sin logo, al igual que todo lo demás—. Yo no necesito llevar marcas —decía cada vez que tenía ocasión— para saber que voy bien.

Ezra Dennison, también conocido como *EZ*, pero casi siempre como *Easy*.

Theo caminaba con pachorra a su lado, con unos vaqueros y una cazadora de color gris claro con cremallera. Echó una ojeada y vio que la pareja mayor caminaba en la misma dirección por una calle paralela. Hizo un breve gesto con la cabeza y vio cómo el hombre se giraba rápidamente, fingiendo buscar su bola.

—Esto es agradable —dijo Easy.

—Sip.

El chico más bajo saludó con la mano un par de veces a una multitud imaginaria, haciendo el tonto.

—Easy y The O se acercan al dieciocho, como Tiger Woods y... algún otro tipo, qué más da.

A Theo tampoco se le ocurría ningún otro golfista.

Theo Shirley, *The O* o simplemente *T*. Una letra o la otra. «Theodore» en casa de su madre o cuando sus amigos le vacilaban.

¿Cómo va el marcador, Theodore?

—No sé para qué queréis tantos nombres —le había dicho su padre una vez entre

risas, como siempre hacía antes de soltar su gracieta— si ni siquiera firmáis la tarjeta del paro.

Luego venía aquella mirada de su madre. La que siempre le dirigía cuando se moría de ganas de preguntarle por qué no tenía que ir a firmar el paro.

Easy rebuscó en su bolsa, sacó una bola nueva y la lanzó a los pies de Theo.

—Creo que te toca, viejo. —Levantó una mano—. Nada de fotos, por favor.

Theo sacó su palo de la bolsa zarrapastrosa que le habían dado en la cabaña y golpeó la bola, que se quedó a varios palmos del *green*.

Diez metros más allá, en el *rough*, Easy encontró su bola. Se colocó para lanzar, meneó el culo un buen rato y luego la lanzó unos veinte metros por encima de la loma, en medio de los árboles.

—El *putting* este es un coñazo —dijo.

Caminaron hacia el *green*. Hacía sol, pero el suelo seguía estando duro al pisar. Theo tenía los cordones de las zapatillas marrones por el agua llena de lodo y varios centímetros de los bajos de los vaqueros empapados por la hierba sin cortar en la que había pasado la media hora anterior.

Estaban casi a mediados de julio y era como si el verano se hubiese quedado encerrado en algún lugar. Theo estaba ansioso por que llegase de una vez. Odiaba el frío y la humedad le calaba los huesos, y a veces le hacía moverse con dificultad.

A su padre le pasaba lo mismo.

Sentados a diez pisos de altura, en su diminuto balcón, enfundados en chaquetas y jerséis, el viejo le dejaba echarse unos tragos de cerveza cuando su madre no miraba.

—¿Ves?, no estamos hechos para el frío. Para el biruje. Por eso nunca verás esquiar a un negro.

Theo siempre se reía con chorradas como aquella.

—Nosotros venimos de una isla. —Para entonces ya llevaba bastante cerveza encima—. Sol y mar, es lo natural.

—Tampoco hay demasiados nadadores negros —decía.

—No...

—Entonces no tiene sentido.

El viejo asentía, pensativo:

—Es una cuestión de flotabilidad natural.

Su padre no tenía mucho más que decir al respecto. Desde luego no lo sacaba a relucir cuando Theo ganaba todas aquellas carreras en los concursos de natación de la escuela. Se colocaba al borde de la piscina y gritaba más alto que nadie, haciendo aún más barullo cuando alguna estirada sentada detrás de él intentaba hacerle callar.

—Solo porque su chaval nada como si se estuviese ahogando —decía.

El viejo siempre andaba diciendo alguna chorrada hasta que Mamá le decía que dejase de hacer el idiota. Incluso al final, acostado en el sofá, cuando la medicación le hacía delirar.

Easey cruzó el *green* y empezó a dar golpes sin ton ni son entre los árboles

mientras Theo embocaba la bola con un golpe corto. Al mirar atrás, vio gente esperando en el *tee* de atrás. Estaba empezando a salir del *green* cuando Easy apareció, se acercó y empezó a hablar, pasándose la bandera de una mano a otra:

—¿Qué haces luego?

—Poca cosa. Ir a ver a Javine, no sé. ¿Y tú?

Easy lanzó la bandera.

—Tengo un asunto por la tarde.

Theo asintió y miró hacia atrás, a la gente que estaba esperando.

—Ningún problema, solo unas cosillas. Será mejor que vengas. —Easy esperaba alguna reacción—. Llama a tu chica.

—¿Cosillas?

—Unas cosillas de nada, te lo juro. —Una sonrisa cruzó lentamente su cara—. En serio, un rato de nada, tío, te lo juro por Dios.

Theo recordaba aquella sonrisa de cuando iban a la escuela. A veces le costaba recordar que Easy ya no era un crío. Era más oscuro de piel que Theo, sus viejos eran de Nigeria, pero no importaba. Ambos eran del mismo sitio, de la misma zona de Lewisham, y casi siempre andaban con toda clase de gente. Había un montón de mestizos en la pandilla, aunque la mayoría eran jamaicanos, como él. También había algún asiático, hasta un par de blancos perdidos. Se llevaba bien con ellos, siempre que no pusiesen demasiado empeño.

Se oyó un silbido desde el *tee* de atrás. Easy lo ignoró, pero Theo salió del *green* y, tras unos segundos, Easy le siguió.

—Entonces, ¿te vienes luego?

—Vale, siempre que sea un rato de nada —dijo Theo.

—Claro. No habrá problema, T. Además, si surge algo, sabes que siempre lo tengo todo bajo control.

Theo vio otra vez aquella sonrisa, y observó a su amigo dar unas palmaditas en el lateral de su bolsa de golf como si fuese un cachorro.

—¿Qué coño tienes ahí?

—Cállate.

—¿Vas puesto o qué?

—Mira, así es como yo lo veo. —Easy bajó la bolsa—. Un *pitch* para golpear la bola en el *green*, ¿no? Un *putter* para embocarla al hoyo. Y los otros... para otras cosas. —La sonrisa se hizo aún mayor—. ¿Me entiendes?

Theo asintió.

A veces le costaba recordar que Easy había sido un crío alguna vez.

Theo se puso tenso cuando Easy abrió una cremallera y empezó a hurgar dentro de la bolsa. Intentó dejar salir el aire lentamente cuando su amigo sacó media docena más de bolas y las dejó caer de una en una.

Easy sacó una madera y apuntó con ella a la bandera de la esquina más alejada del campo.

—Lancemos unas cuantas a aquel.

—Ese no es nuestro hoyo, tío. No es el siguiente.

—¿Y? —Easy se colocó, mordiéndose el labio, concentrado—. Solo quiero lanzar unas cuantas cabronas de estas. —Golpeó con fuerza sin darle a la bola por varios centímetros, y lanzando a varios palmos de altura un terrón enorme y húmedo.

—Vale, Tiger Woods —dijo Theo.

Easy volvió a lanzar. Esta vez la bola fue poco más lejos que el amasijo de barro y hierba.

Ambos se giraron al oír el grito; vieron a un hombre mayor gesticulando hacia ellos desde la puerta de la pequeña cabaña que había junto a la entrada.

—¿Qué le pasa?

Theo escuchó y le respondió con un gesto.

—Tienes que reponer tus *divots*.

—¿Mis qué?

Theo se acercó para recuperar uno de los terrones, volvió al punto de donde se había desprendido y lo colocó con el pie.

—Es el protocolo, ¿me entiendes?

—¿Qué coño de palabra es esa?

—La forma en que haces algo. La forma correcta de hacerlo, ¿vale?

La cara de Easy se ensombreció. Nunca se le había dado bien que le dijeren cómo hacer las cosas.

—Así es como lo dicen, ¿vale? —dijo Theo.

Easy escupió y se subió el pantalón del chándal. Buscó otro palo y echó a andar hasta donde estaban desperdigadas las demás bolas.

—¿Qué coño haces?

Easy se giró y golpeó la bola, enviándola con fuerza y a poca altura hacia el viejo.

—Así es como yo hago las cosas.

El viejo volvió a gritar, pero más alarmado que enfadado, saltando hacia un lado mientras la bola se estrellaba contra el lateral de la cabaña, por detrás de él. Easy volvió a apuntar; esta vez falló por más distancia, pero parecía más que contento con seguir lanzando. Otra bola chocó contra la cabaña mientras el encargado de mantenimiento desaparecía rápidamente en su interior.

—Va a llamar a alguien, tío.

—Que le den.

—Yo solo te lo digo.

Easy ya estaba intentando encontrar más bolas, soltando tacos por lo bajo mientras rebuscaba en la bolsa.

Theo se quedó parado mirándole, pensando que su amigo era un tarado, pero riéndose como un loco de todas formas.

## Tres

Jenny vivía al norte del río, en Maida Vale, y Helen cruzó la ciudad para reunirse con ella en un café que había frente a la estación. No era un viaje barato, con el peaje urbano y el codicioso parquímetro, además de los té a casi dos libras la taza, pero Helen no podía digerir el metro desde su segundo mes de embarazo.

Se sentaron en una mesa junto a la ventana, viendo pasar a la gente como cucarachas bajo sus paraguas. Jenny saludó a un par de mujeres al entrar, charlaron brevemente sobre las vacaciones que se avecinaban. Tenía dos hijos estudiando en un colegio cercano y solía reunirse en aquel sitio con otras madres cuando iban a llevarlos o recogerlos.

Solo habían pasado un par de horas desde el desayuno, pero Helen engulló gran parte de los dos cruasanes de almendra antes de terminarse la primera taza de té. Jenny señaló la barriga de su hermana:

—¿Estás segura de que solo hay uno ahí dentro?

—Creo que había dos, pero este se ha comido al otro.

Helen siempre hablaba en masculino, aunque no sabía el sexo de su hijo. Les habían preguntado si querían que se lo dijeren en la ecografía de la duodécima semana, pero Helen había dicho que quería llevarse la sorpresa. Se había dado cuenta inmediatamente de que era una tontería; se había girado para mirar a Paul, que miraba con gesto imperturbable el monitor, y había estrechado su mano.

Él solo quería saber una cosa, y ninguna ecografía se la iba a decir.

—Te sienta bien —dijo Jenny—. Antes te veía un poco delgada, la verdad.

—Ya.

Jenny siempre tenía algo positivo que decir, pero últimamente no hacía que Helen se sintiese mucho mejor. La línea que separaba el mirar el lado bueno de las cosas y desbarrar era muy fina. Jenny le había dicho que los cambios de humor hormonales te hacían más interesante y mantenían a los hombres a raya. Le había dicho lo infrecuente que era vomitar durante todo el embarazo, como si hubiese de sentirse especial por ello.

Últimamente, sin embargo, no había sido tan positiva cuando se trataba de Paul.

—¿Cómo va? —El gesto serio, como el que los doctores, y los presentadores de telediario, ponían a veces.

Helen tomó un trago de té.

—Le está costando.

—Pobre niño.

—Jen...

—Es patético.

—¿Cómo lo llevaría Tim?

El marido de Jenny. Un contratista inmobiliario apasionado por la pesca y el mantenimiento de su coche. Bastante agradable, si te iban ese tipo de cosas.

—¿Qué tiene eso que ver con nada?

—Solo era un comentario. —Helen se sintió ligeramente avergonzada por su forma de pensar. Tim era agradable, y aunque a ella no le gustaban ese tipo de cosas a Jenny sí, y eso debería bastar—. No creo que puedas entender cómo se siente Paul —dijo—. Eso es todo. Yo desde luego no, así que...

Jenny arqueó las cejas. Pidió otra ronda a la camarera, luego se giró hacia Helen con una sonrisa que decía: bueno, como quieras, pero tú y yo sabemos...

Helen pensó: eres más joven que yo. Por favor, deja de intentar ser Mamá.

Cambiaron brevemente de tema: los hijos de Jenny, unas obras que le estaban haciendo en casa, pero parecía imposible hablar con cualquiera poco más de unos minutos sin volver al tema de los bebés. Almohadillas para pechos y suelos pélvicos. Era como ser una barriga con patas.

—Quería decirte que... he hablado con una amiga que dice que conoce varios grupos para madres y bebés en tu zona.

—Vale, gracias.

—Es bueno salir y conocer a otras madres.

—Madres más jóvenes.

—No seas boba.

Helen había pensado mucho en ello, y la hacía sentirse incómoda. Todas las embarazadas que había conocido en las clases parto y las revisiones parecían mucho más jóvenes.

—Hay mujeres de mi edad que ya son abuelas, por el amor de Dios.

Jenny resopló.

—Mujeres sin vida propia, querrás decir. Dos generaciones de madres solteras completamente taradas.

—Tengo treinta y cinco años —dijo Helen, consciente de lo ridícula que parecía al decirlo como si se tratase de una enfermedad terminal.

—¿Y? A mí me hubiera gustado tener a los míos un poco más tarde. Mucho más tarde.

—Eso no es cierto.

Jenny sonrió de oreja a oreja. Aunque no tenía carrera profesional que dejar atrás, la hermana de Helen había abrazado la maternidad con una facilidad espantosa. Los embarazos súper llevaderos, la figura que había recuperado sin intentarlo siquiera, las tensiones que no eran más que problemas por resolver... Un modelo de comportamiento fantástico, aunque deprimente.

—Os irá estupendamente —dijo Jenny.

—Ya.

*Si sois dos.* La idea no expresada que llenó la pausa les llevó de nuevo a Paul...

—Sabes que puedes quedarte un tiempo con nosotros después, ¿verdad?

... de su ausencia.

—Ya lo sé, gracias.



—Sería maravilloso tener un bebé en casa. —Jenny sonrió y se inclinó sobre la mesa—. Aunque no sé qué dirá Tim cuando empiece a ponerme en plan gallina clueca. Bueno, te digo eso, pero tendrías que haberle visto a él el año pasado con el niño de su hermano. Estaba con él en brazos todo el rato.

Helen no dijo nada. Había llamado a Paul de camino allí. Le había saltado el contestador en la oficina y el buzón de voz en el móvil.

—No quiero ponerme pesada, pero ¿has pensado en quién te acompañará en el parto?

—No mucho.

—A mí me encantaría, ya lo sabes.

—Jen, ya está todo organizado.

—Tampoco tiene nada de malo tener un plan alternativo, ¿no?

Helen agradeció que una amiga de Jenny se acercase de repente a su mesa, se distrajo mientras las dos mujeres más jóvenes hablaban sobre una campaña para prohibir que circularan todoterrenos por las calles cercanas al colegio. Se frotó el pecho al sentir el ardor de estómago que empezaba a quemarla. Era otra de las cosas a las que se había acostumbrado durante los últimos ocho meses. Pensó en cómo iba a rellenar el resto del día. Podía matar el tiempo en Sainsbury's, intentar dormir un par de horas al llegar a casa. Tal como estaban las cosas, se hubiera conformado con quedarse donde estaba hasta que empezase a anochecer.

Cuando cayó en la cuenta de que la mujer le hablaba a ella, Helen sonrió e intentó aparentar que había estado escuchando todo el tiempo.

—... apuesto a que te estás muriendo de ganas por echarlo, ¿no? —dijo señalando con la cabeza la barriga de Helen—. Por lo menos, el verano no está siendo demasiado caluroso, ¿verdad? Es una auténtica pesadilla cuando estás de tantos meses.

—Creo que puede haber una ola de calor en las próximas semanas —dijo Jenny.

—La Ley de Murphy —dijo Helen.

Sí, por supuesto, estaba desesperada por dar a luz, estaba más que harta de andar por ahí con una pelota hinchable, harta de todo el interés y los consejos. Por no hablar del peso de la expectación...

Quería un hijo que marcara un antes y un después. Deseaba la novedad.

Pero en aquel momento, más que ninguna otra cosa, deseaba su compañía.

Paul dejó el coche en un aparcamiento público del Soho, luego esperó cinco o diez minutos bajo la lluvia hasta que llegó el taxi. La luz del coche negro estaba apagada cuando dobló la esquina y paró a recogerle. Dentro ya había otro pasajero.

El ocupante del taxi tenía el gesto serio mientras mantenía la puerta abierta para que Paul entrase, pero resultaba evidente que, por el momento, el tiempo era lo único que estaba cabreando a Kevin Shepherd.

—Es la puta hostia, ¿no?

Paul se dejó caer en uno de los asientos abatibles. Se pasó la mano por su pelo

corto, sacudiéndose el agua.

—Creía que el calentamiento global iba a acabar con esta mierda —dijo Shepherd.

Paul sonrió y rebotó hacia delante cuando el taxi arrancó dando bandazos y giró a la izquierda para meterse por Wardour Street.

—Tengo una casita en Francia —dijo Shepherd—. En el Languedoc. ¿Has estado?

—No últimamente —dijo Paul.

—En días como este, me acuerdo de por qué la compré.

—Una buena inversión, diría yo.

—Aparte de eso. —Shepherd miró por la ventana y meneó la cabeza con gesto triste—. Si te digo la verdad, la única razón por la que no voy más a menudo es la comida. La mayoría es terrible. Y no lo digo solo porque no me gusten los franceses. Es decir, claro que no me gustan —rió—, pero te juro que está sobreestimada. Los italianos, los españoles, hasta los alemanes, por el amor de Dios, hoy en día todos se mean en los franceses en lo que a comida se refiere.

Su acento era prácticamente neutro, pero seguía teniendo cierto deje de chico de barrio que no había pulido del todo.

—Hay un restaurante francés al lado de mi casa —dijo Paul—. Le echan salsa a todo.

Shepherd le señaló con el dedo, encantado.

—Eso es. Y patatas blancas. Blancas del todo, ¿sabes? Tiradas ahí en el plato como los huevos de un *bulldog*, cocidas hasta que no saben a nada.

Shepherd tenía el pelo rubio, por los hombros; se parecía un poco a aquel actor de la película de *Starsky y Hutch*, pensó Paul. Aunque su sonrisa no tenía tanto encanto. Llevaba una camisa de color rosa pálido con uno de esos cuellos enormes que estaban tan de moda y una corbata malva. El traje debía de tener un precio de cuatro cifras y los zapatos costaban más que todo lo que Paul llevaba encima.

El taxi se dirigió al oeste por Oxford Street. Shepherd no había dicho nada, pero el conductor parecía saber adónde iba. Era un taxi de los nuevos, con un lujoso sistema de altavoces en la parte de atrás y una pantalla que exhibía tráileres de próximos estrenos, anuncios de perfume y teléfonos móviles.

—¿Puedo ver tu placa? —preguntó Shepherd. Le observó mientras Paul rebuscaba en el bolsillo—. Quiero estar completamente seguro de quién se está dando una vuelta gratis. —Se acercó, cogió la pequeña billetera de cuero donde Paul también guardaba su abono y sus cupones de transporte y examinó su identificación—. Por teléfono me dijiste que eras de Inteligencia —Paul asintió—. Supongo que ya habrás oído todos los chistes.

—Todos.

El taxista tocó el claxon y maldijo a un conductor de autobús que se había incorporado cuando estaba rebasándolo.

—Y bien, cuéntame lo inteligente que eres —dijo Shepherd.

Paul se recostó en el asiento y se tomó unos segundos.

—Sé que a mediados de febrero de este año tuviste contacto con un hombre de negocios rumano llamado Radu Eliade. —Observó que Shepherd parpadeaba, se ajustaba la corbata—. Acudió a ti con trescientas mil libras que había obtenido mediante una serie de estafas con tarjetas de crédito y débito; necesitaba que se las «limpiases». Que se «las colocases», se las «distribuyeses» y se las «integrases» en el sistema. Creo que esos son los términos técnicos. —Shepherd sonrió. Desde luego, su sonrisa no tenía el encanto de la de su doble del cine—. Sé que tú y varios socios alquilasteis un terreno y un almacén en el norte de Gales y os pasasteis las semanas siguientes de subasta en subasta, comprando equipamiento industrial en efectivo para venderlo una o dos semanas después. Sé que el señor Eliade recuperó su dinero, en perfecto estado y limpio como una patena, y que tú ni siquiera tuviste que cobrarle comisión porque sacaste buenos beneficios vendiendo tus excavadoras y demás maquinaria a pequeñas empresas de Nigeria y Chad —hizo otra pausa—. ¿Qué tal voy?

Paul había visto cómo cambiaba la expresión de Shepherd mientras hablaba. Se había endurecido de inmediato, mientras el hombre se quedaba allí sentado, intentando decidir si habían pillado a Eliade y este le había echado la mierda encima o si había sido uno de los socios que Paul había mencionado el que le había vendido. Luego cambió: la dulce oleada de curiosidad mientras Shepherd se preguntaba por qué, si de verdad uno de los subinspectores de inteligencia de la policía metropolitana sabía todo aquello, seguía libre.

Por qué todavía no había dado con su trajeado culo en la cárcel.

Siguieron en silencio durante un rato, mientras el taxi rugía en dirección norte por Edgware Road hacia Kilburn.

Los escaparates de las tiendas se iban volviendo un poco más destartalados, el velocímetro del Mercedes iba disminuyendo.

—Parece que se está despejando —dijo Shepherd.

—Eso es bueno.

—Ya, ¿pero qué me dices de las previsiones a largo plazo? —Shepherd intentó mirar a Paul a los ojos para asegurarse de que había captado su insinuación—. Tal vez debería pensar en pasar un poco más de tiempo en el Languedoc. ¿Tú qué opinas, Paul? Tú eres el que sabe.

—Depende —dijo Paul.

El taxi se arrimó a un lado, de repente, y se detuvo junto a unas galerías comerciales de Willesden Lane para recoger a dos hombres.

—Este es Nigel —dijo Shepherd indicando con la cabeza al hombre que ocupó el asiento abatible al lado de Paul. Era un tipo grande, de unos cincuenta, con el pelo cano engominado hacia atrás, y una expresión que parecía haber sido esculpida a patadas. Paul gruñó un saludo. Nigel, que prácticamente desbordaba el asiento, no

dijo nada. Shepherd dio unas palmaditas sobre el asiento que había a su lado—. Y este —llamó por señas al segundo hombre, un individuo bastante menos seguro de sí mismo, con una gabardina color mierda— es el señor Anderson. Es un poco más amigable que Rigel.

Anderson miró a Paul con los ojos entornados tras sus gruesas gafas.

—¿Quién es este? —Tenía un ligero acento irlandés. No era mucho más amigable.

Shepherd se echó hacia delante y le gritó al conductor:

—Vamos, Ray.

La charla comenzó al arrancar el taxi. Shepherd y Anderson hablaron de una fiesta de gala a la que ambos habían asistido unas noches antes, un triste cómico que solía salir por la tele, pero ya no estaba en su mejor momento.

—Una porquería, ¿sabes? —dijo Shepherd con una mueca. Sin duda los chistes verdes estaban a la altura de la comida francesa—. Lo peor de lo peor.

Le preguntó a Paul si tenía familia. Paul dijo que no era asunto suyo y Shepherd le respondió que muy bien.

—De todas formas, no dan más que problemas —dijo Anderson.

El taxi se movía con destreza entre el abundante tráfico mientras Kilburn daba paso a las calles más concurridas de Brondesbury. Luego, un poco más lejos, las casas empezaron a encoger y a juntarse al entrar en Cricklewood.

—¿De qué os conocéis? —preguntó Anderson.

Antes de que Paul pudiese responder, el taxi abandonó bruscamente la calle principal y, tras unos minutos zigzagueando por calles secundarias, se metió traqueteando por un camino lleno de baches y aminoró. Paul estiró el cuello y vio que se acercaban a un enorme complejo de edificios antiguos, oscuro contra un cielo que apenas empezaba a mostrar los primeros vestigios desvaídos de azul. Podía ver los grafitis y el entramado de grietas y agujeros de todas las ventanas.

Las depuradoras abandonadas de Dollis Hill.

El taxi se acercó a las cancelas sujetas por una pesada cadena y un candado. Ray apagó el motor y cogió un periódico del asiento del copiloto. Nigel se movió con la misma despreocupación, y Paul vio caer la cabeza de Anderson al ver aparecer el cúter en la cabeza del tipo.

El irlandés sonó más cansado que otra cosa. Dijo:

—Por Dios, Kevin. ¿Tenemos que hacerlo?

Nigel ya se estaba agachando para sacar una pequeña tabla de madera, de unos 30 centímetros cuadrados, de debajo del asiento de Shepherd. Shepherd se hizo a un lado para hacer sitio mientras Nigel agarraba a Anderson y le arrastraba al suelo del taxi, tirándole del brazo y cargando todo su peso sobre el dorso de la mano del irlandés para mantener sus dedos separados sobre la tabla.

—Me cago en la puta, Kevin, alguien te ha comido la cabeza —dijo Anderson.

Nigel presionó la cara de Anderson con más fuerza y levantó la vista, preparado.

—Con un par de centímetros debería bastar —dijo Shepherd.

No hubo demasiada sangre, y el ruido quedó muy amortiguado por la alfombra. Después, Shepherd se echó hacia atrás y le pasó un pañuelo a Anderson, que lo presionó sobre su mano y, lentamente, se llevó las rodillas al pecho.

—Ahí va un dedo que no volverás a meter en la caja por un tiempo —dijo Shepherd. Retiró los pies para evitar tener contacto alguno con el hombre que estaba tirado en el suelo y miró a Paul—. Como si no le fuese lo bastante bien. Se ha comprado tres coches nuevos en los últimos dieciocho meses. Puto imbécil.

—La mayoría de la gente quiere un poco más —dijo Paul—. Es natural.

Shepherd pensó en ello unos segundos, luego miró su reloj.

—No te importa buscarte la vida para volver desde aquí, ¿verdad? Tenemos que seguir. No quiero que este le llene la tapicería de sangre a Ray.

Paul supuso que podía llegar andando hasta Willesden Junction en unos veinte minutos. Al menos si no llovía. Esperó.

—Mira, te voy a ser sincero, Hopwood —dijo Shepherd—. Todavía hay muchas que no acabo de ver. Sobre ti.

Pero hay una o dos cosas que tengo un poco más claras. Lo que sabes, o lo que crees que sabes, por ejemplo.

—Es comprensible.

—Pero esta es la cuestión. Conozco bastante bien a unos cuantos polis y observarte mientras Nigel hacía su trabajo ha sido bastante interesante. Verás, algunos polis, hagan lo que hagan, o lo que se suponga que hagan, no habrían sido capaces de quedarse cruzados de brazos y dejar que sucediera. Se habrían puesto a dar brincos, a gritar como locos, a arrestarnos y todo eso. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—¿Y si lo hubiese hecho?

Shepherd se encogió de hombros.

—Sería una jodienda, pero no un problema. No creo que el señor Anderson fuese a presentar cargos. Nigel es un tipo reservado y a Ray se la sopla todo. —Se echó hacia delante—. ¿Verdad, Ray?

Ray dijo que se la soplaban todo.

—Un par de horas perdidas en alguna comisaría y un par de días de papeleo para algún imbécil que podía dedicarse a pillar a terroristas suicidas. Poco más.

Paul no podía discutirlo.

—Luego está el poli que tiene que aparentar que pasa de todo porque va de listo, trata de quedar bien o lo que sea. En cualquier caso, algo así provoca una reacción, ¿no? Uno no se queda ahí sentado como si estuviese viendo a Jamie Oliver cortando chirivías. —Dos veces pareció que Shepherd estaba a punto de sonreír, y dos veces la sonrisa se extinguió en las comisuras de sus labios. Como si intentase encontrarle la gracia pero no acabase de lograrlo.

A un gesto de Shepherd, Nigel se incorporó, salió con dificultad del taxi y sujetó la puerta para que Paul se bajase.

—Deberíamos volver a hablar —dijo Shepherd.

—Si quieres...

—Por supuesto, porque no acabo de pillarlo. Lo haré, pero todavía no. —Se colocó el nudo de la corbata, se sacó algo de la solapa—. Eres un tipo completamente distinto, Paul. Te quedaste ahí sentado viendo... eso, y ni te inmutaste.

## Cuatro

Javine le estaba dando el biberón al niño cuando Theo llegó a casa. Con él apoyado en su brazo izquierdo, estiraba la mano para mantener el biberón en su lugar y hojeaba una revista con la mano que le quedaba libre.

Theo se quedó de pie en la puerta, levantando la comida para llevar que había comprado de camino.

—Deja que termine con el niño primero —dijo Javine.

Theo llevó la bolsa a la cocina, luego volvió y se sentó junto a su novia. Rebuscó entre los cojines del sofá en busca del mando de la tele.

—¿Qué tal el día?

Recorrió los canales.

—Ha hecho buen tiempo. Ya es algo.

Algo, cuando te pasas ocho horas de pie en una esquina u otra. Vigilando. Corriendo de un lado para otro.

—Sí, ha sido agradable. —Javine acarició la mejilla de su hijo con el dorso de la mano—. Le he llevado al parque, hemos visto a Gemma.

Theo asintió, miró tragar al niño un minuto.

—Sí que tiene hambre, tía.

—La leche en polvo no es cara —dijo Javine.

—Ya lo sé.

—Te la dan a granel, como los pañales.

—No lo digo por eso. —Theo volvió a mirar la tele—. Es bueno, ¿sabes? Es buena señal.

Vieron gran parte de *East Enders* mientras el niño terminaba el biberón y, cuando Javine se lo llevó al dormitorio, Theo metió la comida en el microondas y sacó platos y cubiertos. Gambas y setas para ella, ternera picante para él. Arroz tres delicias y pan de gambas, latas de cerveza y Coca Cola Light. Otro culebrón mientras comían con los platos en el regazo, el de los granjeros del norte y todo el rollo. Theo no lo seguía.

—Gemma habló de salir alguna noche de la semana que viene —dijo Javine—. Hay un club nuevo en Peckham. Dice que su hermano nos puede meter.

—Vale.

—¿Seguro?

—Te he dicho que sí.

—Voy a meter los biberones en la nevera.

Theo revolvió el arroz en el plato.

—A lo mejor le puedo pedir a Mamá que se quede con él.

Javine resopló y dijo «estupendo», lo que significaba que no lo era.

—Solo si surge algo, ya sabes.

—Como quieras. —Javine dejó caer el tenedor en el plato—. Pero no creo que

una noche vaya a hacerte daño, y creo que sería buena idea recurrir un poco menos a tu madre, reservarla para cuando realmente la necesitemos, ¿vale? —Se levantó y empezó a recoger los platos—. Por si algún día salimos los dos juntos, por ejemplo.

—Está bien, ya lo pillo, ¿vale? —Se terminó la cerveza—. No hace falta que te alteres, tía. —No, no estaba bien en realidad, pero ¿qué otra cosa iba a decir? Hacía casi seis meses que había nacido el niño y sabía que a lo más emocionante que llegaba la vida de Javine eran el parque y el centro de juegos. Gemiría era la única amiga que había hecho desde que la había traído de vuelta aquí, y sabía que había dejado muchas otras cosas atrás.

Javine se llevó los platos a la cocina.

—¿Quieres un té?

Theo y su familia se habían mudado de Lewinsham a Kent hacía cinco años, cuando Theo tenía doce. Su viejo había dejado su trabajo en el Metro por un puesto en los buses y se habían ido a una casa en Chatham, con un dormitorio extra para la hermana pequeña de Theo, Angela, y una atmósfera menos proclive a agravar su asma. Todos estaban contentos. Estaba cerca del mar, cosa que le gustaba al viejo, había un bingo y un garito decente al otro lado de la calle y, aunque habían tenido algunos problemas en la escuela al principio, Theo y su hermana se adaptaron bastante rápido.

Había conocido a Javine en una de las grandes salas de juegos. Ella y una amiga se habían echado a reír cuando él se inclinó sobre una mesa de billar. Más tarde compartieron un porro o dos fuera y charlaron hasta que cerró el local.

Luego, el verano anterior, cuando Javine estaba de tres meses, habían tenido que volverse. La abuela paterna de Theo se había negado a mudarse con el resto de la familia, y cuando la vieja cabezota sufrió una apoplejía, no había nadie cerca para cuidarla. Un día el aire sabía a sal, al siguiente estaban todos de vuelta en la misma chabola de mierda donde vivían cuatro años antes.

Lo más absurdo de todo era que ahora la vieja estaba hecha un toro, había empezado a recuperar la forma en cuanto había vuelto a tener a su familia cerca. Fue el viejo de Theo quien se puso enfermo. Empezó a toser sangre en el salón y se murió una tarde delante de las carreras de caballos, mientras intentaban encontrarle una habitación en el hospital de Lewisham.

—¿Theo? —Javine le gritaba ahora desde la cocina.

—Sí, me apetece un té —dijo Theo.

Javine no era la única que había dejado amigos atrás al volver al sur de Londres. Theo seguía acordándose mucho de Ransford y Kenny, y de Craig y Waheed, del fútbol. Habían mantenido el contacto un tiempo después de mudarse, pero las cosas parecían haberse apagado desde el nacimiento del niño. Desde que había recuperado el contacto con Easy y los demás.

No habían recuperado el contacto en todos los sentidos.

Era porque él se había ido, eso era lo que le decía Easy. Por eso había perdido su



lugar, por eso Easy estaba mejor situado en la pandilla aun cuando Theo era mayor. Solo era mala suerte, cuestión de oportunidad, lo que fuese.

El móvil de Theo sonó sobre la mesa.

Javine gritó desde la cocina:

—Será Easy o tu madre.

—¿Tú crees?

—¿Quién más iba a ser?

Theo llevaba una semana o así sin ver a Easy, desde la tarde del *pitch & putt*. Al menos, no lo había visto como era debido. Le había visto pasar un par de veces en aquella locura de Audi A3 que le había dado por conducir por el barrio. Hacía un año que lo tenía encerrado en un garaje. Le sacaba brillo cada semana, le cambiaba el ambientador de pino y toda la pesca, pero había hecho lo correcto y había esperado a tener solo un año menos de la edad legal para conducir antes de ponerse al volante.

Theo tenía el viejo Mazda de su padre, pero aquel pedazo de chatarra llevaba años cayéndose a trozos y no le veía sentido a arreglarlo. Los buses funcionaban bastante bien y tenía todas las tiendas a tiro de piedra.

De todas formas, no necesitaba un coche, no tal como le estaban yendo las cosas. Pero aquel Audi era un buen cacharro.

Javine asomó la cabeza por la puerta de la cocina y le lanzó un beso.

—Te apuesto una libra a que es tu novio.

Theo le tiró su lata de cerveza vacía y cogió su teléfono. Miró la pantalla.

—Me la debes.

Cuando terminó de hablar con su madre, cogió su cazadora y le dijo a Javine que no tardaría más de un par de horas. Le dijo que le esperase despierta, le estrujó una nalga y le dio un beso de despedida.

—Esto empieza a ser ridículo —dijo ella.

—No quiero herir sus sentimientos, tía.

—Pues deberías plantearte empezar a hacerlo. Estás echando tripa.

Theo se puso de lado, se miró en el espejo que había junto a la puerta de entrada.

—Esto es puro músculo —dijo frotándosela—. Y polla, evidentemente, enrollada por la cintura.

Javine sonrió y dijo que haría lo posible por mantenerse despierta, pero que estaba agotada. Theo la observó mientras entraba en el dormitorio, la oyó susurrar algo al niño justo antes de cerrar la puerta principal al salir. Luego bajó dos tramos de escalera hasta la primera planta y avanzó tres puertas más hasta el piso de su madre para tomar la segunda cena de la noche.

Estaban en un pequeño *pub* abarrotado detrás del campo de *cricket* de Oval. La conversación competía con las máquinas de juegos, una máquina de discos especializada en *stadium rock* de los ochenta y los rebuznos de unos urbanitas que se sentaban en la mesa de al lado.

—Hay un indio que no está mal aquí al lado —dijo Paul.

—Mientras pueda comerme una *korma* o algo... —Helen sonrió a la mujer rubia y bajita que estaba sentada frente a ella—. Si tomo algo demasiado picante, el niño podría adelantarse varias semanas.

Su amiga se rio.

—¿Sabes? Si rompes aguas en un Marks & Spencer te regalan la canastilla.

—¡Anda ya! —dijo Paul.

—Si rompes aguas en un indio a lo mejor te dan reservas de *poppadom* para un año o algo así.

El hombre que se sentaba a su lado hizo una mueca.

—No me apetece demasiado lo del indio.

—A mí me da igual —dijo Helen.

—Que decida otro —dijo Paul—, yo voy a buscar otra ronda. —Se suponía que solo iban a tomarse una antes de ir a cenar, pero Paul ya se había tomado tres pintas en veinte minutos. Su voz era más chillona de lo necesario.

—Si no nos vamos ya, no vamos a encontrar mesa —dijo Helen.

Paul la ignoró y se bajó lo que le quedaba de pinta.

Helen miró a su amiga, que le respondió encogiéndose de hombros. Helen y Katie habían ido juntas a la escuela, y los cuatro (Helen, Paul, Katie y su novio Graham) solían quedar para comer fuera cada pocos meses. A Paul le caía bastante bien Katie, o eso decía, pero su novio solía acabar irritándolos a los tres.

—Dice en el periódico que puede haber un asesino en serie en Glasgow —dijo Graham.

Paul emitió un gruñido dentro de su vaso.

—Oh, no empieces —dijo Katie.

Helen soltó una risita y estiró la mano para coger su vaso de agua. Así era como solía empezar.

—Asqueroso, según todas las fuentes.

—No hay demasiados agradables —dijo Paul.

Graham se echó hacia delante para acercarse a Paul.

—Sé que tú nunca, ya sabes, nunca has tratado con uno, pero has conocido asesinos normales, ¿no? ¿Qué me dices del de la semana pasada en Essex, al que se le fue la olla y cortó a su madre en trozos? ¿Tuviste algo que ver con ese? —Esperó—. Seguro que has oído algo. Habrás visto los informes o algo.

Paul se le quedó mirando unos segundos.

—¿Por qué te ponen estas cosas?

—No...

—¿Te has empalmado?

Graham tragó saliva. Durante un segundo o dos parecía que la noche iba a terminar prematuramente, pero entonces Katie intervino:

—Bueno, si se ha empalmado dale algún detalle jugoso, por amor de Dios. Nos

hace falta toda la ayuda que podamos conseguir y sale bastante más barata que la Viagra.

Graham se inclinó hacia ella, colorado.

—Es interesante, eso es todo.

Paul se levantó, cogió su vaso vacío, y el de Katie, y esperó a que Graham hiciese lo propio.

—Lo mismo otra vez, ¿no?

Nadie se lo discutió y, mientras Paul salía con dificultad de detrás de la mesa, Helen le dirigió una mirada que decía «con calma».

En respuesta, recibió una enorme sonrisa que decía «que te den».

Paul pidió otra ronda en la barra y se escabulló al servicio. Había un hombre en los urinarios y Paul se quedó rondando el lavabo hasta que se fue. Luego sacó el teléfono y tecleó un número; se colocó el aparato entre el hombro y la oreja y se fue a mear.

El hombre contestó el teléfono con un gruñido, como si le hubiese despertado.

—Soy yo.

—¿Qué quieres, Paul?

—¿Puedo ir a verte mañana?

Una pausa. El traqueteo distante de maquinaria.

—¿Por qué no?

—¿Sobre las dos te parece bien?

—Ahora mismo estoy con unos trabajos de restauración. ¿Tienes un bolígrafo?

—Lo recordaré —dijo Paul.

—¿Dónde estás? Suena como si estuvieses en un puto retrete.

—Tú dame la dirección. —Paul escuchó la dirección—. ¿Has pensado en lo que te dije?

—He pensado en ello, sí.

—Lo necesito.

—Mañana... —Paul suspiró y se subió la bragueta—. Tráete algo de comer, ¿vale? Algo bueno.

Paul se giró justo cuando se abría la puerta y Graham entraba. Vio que se había fijado en el teléfono y lo levantó antes de volver a metérselo en el bolsillo:

—Estaba buscando los restaurantes de la zona con el WAP —dijo.

Graham se limitó a asentir y entró rápidamente en un cubículo.

Paul se miró fijamente en el espejo mientras daba manotazos al dispensador de jabón y se fregaba las manos bajo el grifo. Se salpicó un poco de agua fría en la cara antes de volver al interior del *pub*.

Theo solo pudo comer la mitad de la ración de empanada de cordero picante con boniato y un bocado o dos de judías verdes.

—¿Qué te pasa? —preguntó su madre.

—Estoy bien. Es solo que no tengo mucha hambre.

Hannah Shirley rodeó la mesa para recoger su plato vacío y el de su hija.

—El tuyo te lo dejó ahí —dijo—. A lo mejor te apetece un poco más dentro de un rato.

—Gracias, Mamá. —Theo le guiñó un ojo a su hermana—. Está muy bueno.

—Bueno, ¿cómo está mi niño precioso?

—Estoy bastante bien.

Su madre meneó la cabeza y chasqueó la lengua. Siempre jugaban al mismo juego.

—Tú eres demasiado grande y feo. Me refiero a mi nieto.

Theo chistó y sacudió la cabeza como si estuviese molesto.

—Sí, a él también le va bien.

—¿Solo bien?

—Estupendamente.

—Angela le ha hecho un dibujo hoy en el colegio. Ve a buscar lo que dibujaste.

La hermana de Theo arqueó las cejas, no se movió hasta que se lo mandaron por segunda vez y luego fue con desgana a la habitación.

—¿Cómo le va? —preguntó Theo.

Su madre se sentó en el borde de un sillón, empezó a limpiarse las gafas en la manga.

—Bastante bien —dijo—. Mejor, en cualquier caso.

Angela no estaba rindiendo tan bien académicamente como en la escuela de Kent, llevaba un curso o dos de retraso con respecto a lo que debía a sus diez años. Se alegraban de que, por lo menos, no le hubiese empeorado el asma.

—Tiene verdadero talento para el arte —dijo la madre de Theo.

En ese momento, Angela volvió y le pasó un dibujo a Theo por encima de la mesa. Un cielo azul, un mar lleno de peces y un bebé al que aupaban en el aire.

—¿Esos somos Javine y yo? —preguntó Theo.

—Puedes colgárselo encima de la cuna —dijo Angela.

Su madre se puso las gafas y se acercó para ver el dibujo otra vez.

—Verdadero talento —dijo.

El teléfono de Theo sonó y logró cogerlo un segundo antes que su hermana.

—¿Sí?

—Tienes que estar libre mañana por la noche —dijo Easy.

—Puede ser complicado, tío. Va a venir Halle Berry. —Angela le hizo una mueca y Theo sonrió—. Lleva semanas suplicándome, ¿sabes?

—Te recojo sobre las nueve, ¿vale?

—No sé.

—Te dejo conducir si quieres. Sé que te mola mi *buga*, tío.

—¿Qué pasa? ¿Adónde vamos?

—Solo es un favor.

Angela seguía mirando a Theo.

—Deja que me lo piense. Te llamo luego.

—Yo soy el que te hace el favor, T, ¿me entiendes? Es un trabajito. Solo un par de horas.

Theo se levantó y se fue al otro extremo de la habitación, bajó un poco la voz.

—¿Qué trabajito? ¿Por qué siempre te andas con tanto misterio, tío? —Echó un vistazo para ver a su madre girándose y metiéndose en la cocina, y supo que no lo hacía por respetar su privacidad. Sencillamente no quería saber, nunca quería saber nada.

—Sobre las nueve —dijo Easy.

—Menudo gilipollas —dijo Paul. Tiró la chaqueta hacia el respaldo de una de las sillas de la cocina y falló, abrió la puerta de la nevera y se quedó mirando el interior, como si no estuviese seguro de qué buscaba—. Que gran, gran, gilipollas.

Helen echó a correr directa al cuarto de baño, a punto de reventar, y le habló a través de la puerta abierta mientras se aliviaba.

—Esta noche me has hecho reír, Hopwood —dijo.

Paul cerró la nevera y salió de la cocina. Sonriendo, miró por el pasillo a Helen.

—¿Qué?

—Tomándole el pelo a Graham.

—No fue difícil.

Ella se levantó, se limpió y tiró de la cadena.

—Cuando dijiste que hablar con él probablemente era lo más cerca que habías estado de un asesino en serie, y Katie se echó a reír, pensé que me lo iba a hacer encima.

Al final habían ido a un italiano que había cerca del *pub* y, a pesar de la incomodidad del principio, la noche había ido bastante bien. Helen había disfrutado más de lo que lo había hecho en mucho tiempo, y creía que Paul también. Sin duda estaba borracho, pero ella pensó que era buena señal. No recordaba la última vez que se había soltado la melena. Había cantado en el coche mientras ella conducía de vuelta a casa.

Se apoyó contra la pared y empezó a reírse por lo bajo, dijo «gilipollas» otra vez, cosa que hizo que Helen estallase en carcajadas.

Le llevó de vuelta a la nevera y sirvió dos vasos grandes de agua. Mientras enroscaba el tapón de la botella, sintió los brazos de Paul alrededor de su cintura, su polla contra su culo.

—Hola —dijo. Lo sentía canturrearle en el cuello.

En la cama, intentaron encontrar una postura que funcionase, pero ella pesaba demasiado y él estaba demasiado borracho y torpe. Empezó a soltar tacos y golpeó el colchón con la mano.

Ella le agarró y le mandó callar.

—Déjame —dijo, sacudiéndolo más fuerte mientras el gemido trepaba por su garganta; más rápido, hasta que él le apartó la mano de repente y echó a correr, respirando agitadamente, hacia el baño.

Helen se envolvió en una bata y salió tras él. Se quedó en el pasillo y le vio tirado en el suelo del baño, consciente de que no quería que se acercase demasiado. Cuando por fin terminó de vomitar, se dio la vuelta para mirarla. Se llevó las rodillas al pecho y se cubrió los genitales con una mano. Siguió mirándola mientras volvía a inclinarse sobre la taza, escupiendo una y otra vez.

## Cinco

—Su destino está delante, a la izquierda. Paul aparcó detrás de un contenedor. Sacó el GPS del parabrisas y lo metió en la guantera.

—Puta pija.

El *pub* estaba un poco apartado en una calle que quedaba entre Charlton Park y Woolwich Dockyard, en la parte más profunda y gris del sudeste de Londres. El río se arqueaba unos minutos hacia el norte. Probablemente se podía ver la barrera del Támesis desde el tejado, y la Cúpula del Milenio, como un *wok* con patas, dos o tres kilómetros más allá. Había andamios por todo un lado del edificio. Habían cegado las ventanas desde dentro con cubiertas opacas, y en la puerta había un letrero que decía:

*CERRADO POR REFORMAS*

Paul dio unos golpecitos en el cristal esmerilado con las llaves del coche. Había una escuela al final de la calle, y podía oír el ruido del patio, niños que graznaban como gaviotas.

—¿No sabes leer?

Paul pegó más la cara al cristal.

—Tengo cita.

Estaba subiendo la temperatura. Se sacó la cazadora de cuero y se la echó por el brazo mientras descorrían los pestillos.

Dentro había polvo en el aire, bailando alrededor del cable eléctrico que colgaba de las vigas transversales. Paul lo sentía sobre el dorso de la mano, en la boca, al hablar.

—¿Qué hay, Clive?

El enorme hombre negro que le había abierto la puerta hizo un gesto con la cabeza mientras levantaba la trampilla del final de la barra. Apenas cabía por el hueco, tuvo que ponerse de lado.

—¿Le pongo algo, señor Hopwood?

—¿Ya habéis enganchado los surtidores?

Clive se rio y sacudió la cabeza.

—Tenemos unas cuantas latas aquí abajo. Refrescos y cosas de esas para los obreros.

Paul le enseñó la bolsa de plástico.

—He traído unas cosas. —Se acercó a la barra y levantó el papel protector. Parecía muy pulida, pero no era de madera maciza. Había media docena de radiadores de estilo antiguo alineados, esperando a ser instalados. Habían colocado MDF, listo para un suelo nuevo, y había varias cajas de losetas apiladas contra una pared junto con sacos de revoque y molduras para el techo—. Sé que te ha hecho hacer toda clase de cosas a lo largo de los años, Clive, ¿pero te ha puesto como

personal de barra?

—Solo echo un vistazo —dijo Clive—. Como siempre.

Por el hueco de una puerta que había al fondo de la habitación, entró un hombre secándose las manos con una bola de papel higiénico. Era un poco más bajo de lo normal, con los ojos oscuros y un pelo todavía más oscuro que empezaba a escasear por la parte superior pero seguía siendo largo y rizado por atrás. La cara era de unos cincuenta y tantos, pero la ropa decía otra cosa: un jersey azul pálido con cuello de pico por encima de una camisa estampada, vaqueros de marca y deportivos.

—¿Qué vamos a comer entonces, Paul?

Paul izó la bolsa.

—Paré en esa pescadería de Greenwich que te gusta.

El hombre asintió, complacido, y le pidió a Clive que le pasase un trapo. Habían colocado un par de taburetes mugrientos junto a una mesa montada sobre unos caballetes y cubierta con una fina plancha de polietileno, y utilizó el trapo para quitarle el polvo antes de sentarse. Observó mientras Paul sacaba una hogaza de pan francés, gambas frescas envueltas en papel de periódico, y grandes cucuruchos de bígaros y berberechos. Mandó a Clive al otro lado de la calle a buscar pimienta, vinagre y lo demás, luego se rio al ver la marca de batidos que Paul había sacado de la bolsa:

—¿«Innocent»? ¿Me tomas el pelo?

Comieron con los dedos, tirando las cáscaras a la mesa cubierta de plástico y mojando las gambas en una ración individual de mayonesa. Paul escuchaba mientras su anfitrión le ponía al día.

—Se trata de hacer que garitos como este vuelvan a ser como eran. O lo más parecidos posible, al menos. Con sus barandillas de latón a lo largo de la barra, iluminación de estilo Victoriano, todo eso. Y una bonita terraza de estilo italiano en la parte de atrás.

—¿Un *pub* de los de antes con una terraza italiana?

El hombre le ignoró.

—Estos sitios los destrozaron hace años, los compraron cadenas. Yo creo que la gente está harta de todo ese ruido y la comida asquerosa y de que todo sea lo mismo. Bares con cerveza belga para pajilleros y *pubs* temáticos Paddy MacHostias, todo ese rollo. —Se lamió las yemas de los dedos, extendió los brazos—. Esto va a ser lo más parecido que podrás encontrar a un viejo *pub* como es debido. De los de toda la vida. Te dije por teléfono que era un trabajo de restauración, ¿no? Pero no se trata de restaurar la decoración y todo lo demás. Se trata de una fe duradera en algo. De restaurar un poco de... ¿cómo se dice...?

—¿Espíritu de comunidad?

Le señaló.

—Justo. Además, da un buen dinero, si te digo la verdad. Coges media docena de estos, echas un mes para arreglar cada uno de ellos y se los vuelves a vender a la



cervecera. No hay pérdida.

—Pero sigues teniendo los pisos, ¿no? Creía que tenías la contrata para levantar el bloque ese en Deptford.

—Ah, sí, nunca he estado tan ocupado. —Se recostó en la silla, miró a su alrededor—. Solo tengo que contratar a unos cuantos virutas, chispas, pintores más o lo que sea.

—¿Y... el otro negocio?

El hombre se frotó las manos contra los laterales de los vaqueros, se quitó algo de entre los dientes con la lengua.

—Venga. ¿Desde cuándo hablamos de eso, Paul?

—Solo preguntaba, colega.

El hombre cogió su batido y se lo acercó a la cara con la etiqueta hacia Paul. Sonrió.

—Hasta que se demuestre lo contrario, Paul. Ya lo sabes.

Paul barrió las cáscaras y los desperdicios de las gambas al interior de la bolsa de plástico, echó dentro las botellas vacías.

—Dijiste que te lo pensarías —dijo—. Lo que te pedí.

—Y lo he hecho. Lo he pensado.

—¿Y qué puedes ofrecerme?

Clive volvía a revolver tras la barra. Le dijeron que sacase la basura fuera y que se mantuviese ocupado.

—No te va a gustar, Paul.

—¿Por qué tiene tanta importancia? Creía que te gustaría darme algunos nombres. No le tienes cariño a ninguno de esos cabrones.

—No se trata de cariño. Se trata de honor.

—¿Lo dices en serio?

—Me estás pidiendo que sea un soplón. —Levantó una mano cuando Paul empezó a protestar—. Al fin y al cabo, viene a ser eso.

—Es un favor —dijo Paul.

—Las cosas nunca han funcionado así entre nosotros —su cara hizo la pregunta antes que su boca—, ¿o sí?

Paul se recostó mientras alisaba la plancha de plástico con las palmas de las manos y tomaba aire.

—¿Y algo más pequeño? Algún detalle.

—Es lo mismo.

—Tengo que darle algo a la poli, por el amor de Dios. Que piensen que todavía trabajo algo.

—En estas cosas no hay grados.

—Vale. Ya lo pillo.

—No puedes ser un poco soplón, igual que no puedes estar un poco preñada. Solo puedes ser un poco capullo. —Esperó hasta que Paul volvió a levantar la vista—. Lo

siento, pero así son las cosas.

Paul asintió, pero había dejado de escuchar. Sabía que no iba a conseguir lo que quería. De repente, se descubrió pensando en Helen, adónde iba a ir hoy.

La puerta de la calle se abrió de golpe y entró un chaval de unos dieciséis años, y hasta arriba. Miró alrededor, confuso.

—¿Se puede tomar algo aquí o qué?

El hombre de la mesa se giró hacia la trastienda, pero Clive ya estaba camino de la puerta, meneando la cabeza y moviendo los brazos delante de él.

—Lo siento, chaval, el local todavía no está abierto.

El chaval empezó a gritar diciendo que la puerta estaba abierta, preguntando si podía usar los servicios, y soltando luego toda clase de amenazas mientras era empujado de vuelta a la calle.

Clive echó los cerrojos de arriba y de abajo y volvió a girarse hacia su jefe.

—Es culpa mía. No volví a cerrarla desde que llegó el señor Hopwood.

La aceptación de la disculpa se perdió entre el estallido del cristal cuando el ladrillo atravesó la ventana y el chirrido de las patas de las sillas contra el suelo de madera. Clive se movió con rapidez para un hombre robusto: ya casi estaba en la puerta antes de que el ladrillo se estrellase a los pies de la barra.

Paul se levantó y fue hasta la puerta para mirar. Vio a Clive cogiendo al chaval por la cazadora cuando intentaba escabullirse entre los coches aparcados.

El hombre de la mesa sacó un trozo de cristal del plástico que tenía delante.

—¿Qué le vas a hacer?

Paul siguió observando mientras Clive empujaba al chaval contra una pared al otro lado de la calle, le apretaba la cara contra el ladrillo gris y le decía algo, pegado a su oreja.

—Lo siento, Paul. —El hombre se levantó de la mesa y se alisó el jersey—. No puedo ser otra persona. —Dio unos pasos hacia donde estaba Paul—. Tú sí puedes. Puedes hacer creer a los demás que eres otra persona. Tienes ese don. Pero yo no.

Al otro lado de la calle, Clive obligó al chaval a arrodillarse lentamente, manteniendo la presión sobre su nuca, haciendo que su cara recorriese cada centímetro de ladrillo al bajar.

Paul podía distinguir la mancha roja a más de diez metros.

—La próxima vez invito yo, entonces. —El hombre se reunió con Paul en la puerta—. ¿Qué te parece un poco de *dim sum* en la zona oeste? Sé que te gustan esas cosas.

Paul dijo que sonaba bien e hizo un gesto con la cabeza hacia la calle.

—Creo que acabas de perder un posible cliente habitual, Frank.

Cuando Paul se fue, el chaval que había tirado el ladrillo estaba sentado en la acera, escupiendo pegajosos hilos de sangre y gimiendo, palpándose la boca. Vio a Paul abrir el coche y se levantó, le preguntó si podía acercarle al hospital.

Paul tiró su chaqueta dentro del coche.

—He visto lo que ha pasado —dijo—. No te ha tocado las putas piernas.

## Seis

Helen llevaba en pijama y bata desde que había vuelto del centro de salud. Había ido de habitación en habitación poniendo orden, había hecho un esfuerzo desganado por ordenar las alacenas de la cocina, y se había rendido. Decidió que le apetecía más comerse su peso en patatas fritas y chocolatinas, y dejar todo el ejercicio físico para la mano que manejaba el mando de la tele.

Medio vio *¡Allá tú!*, pero perdió el interés cuando abrieron las cajas con los premios altos, y se puso a pensar en la cita de aquella tarde con el médico.

Al parecer, todo estaba yendo muy bien...

Todavía no tenía la cabeza colocada, pero podía suceder en cualquier momento a partir de las treinta y seis semanas, así que no había motivos para preocuparse a ese respecto. El peso del bebé estaba prácticamente donde debía estar. Bien. Su presión sanguínea estaba estupendamente, le dijo el doctor. Bien otra vez, bien hecho. Asintió mientras el médico garabateaba las cifras y se preguntó cómo tendría él la tensión, tenía la cara un poco colorada, y Helen no pudo evitar preguntarse si tendría una botella de algo en algún cajón del escritorio. Los pulmones del bebé estaban casi desarrollados del todo, le dijo, inspirando profundamente como para mostrarle para qué servían los pulmones, y el pequeño cabroncete podría sobrevivir por sí solo si era necesario. De hecho, a partir de ahora, lo único que iba a hacer en el Planeta Vientre era descansar y ganar peso.

Helen se estiró para coger otra tostada con queso de la bandeja que tenía al lado. Lo mínimo que podía hacer era echarle una mano.

De modo que todo estaba yendo muy bien, hasta que el doctor le preguntó cómo estaba ella. Hasta que se quitó sus garitas redondas, dejó de mirar la pantalla del ordenador y le preguntó aquello.

—¿Cómo se encuentra usted? —dijo.

Supo por la expresión de su cara que había visto lágrimas a esas alturas del embarazo muchas veces; que atribuía las suyas a un exagerado recibimiento del hada de las hormonas. Sacó la caja de *kleenex* y le preguntó si quería hablar con alguien. Ella negó con la cabeza y se sonó la nariz, preguntándose cómo hubiera reaccionado si ella levantase la cabeza y le dijese: «Supongo que no puede hacer que venga mi novio, ¿verdad? Tenemos mucho de qué hablar...».

Helen cambió de un canal a otro sin encontrar nada que le apeteciese ver. Decidió que cuando Paul volviese a casa le diría que, si tenían que apretarse el cinturón, podían ahorrarse treinta y tantas libras al mes dándose de baja de la tele por satélite.

Se sacudió las migas de la camisa del pijama y se dio cuenta de que estaba mojada. Se pasó la manga por la cara, sin ganas de levantarse e ir a buscar *kleenex*. No tenía ni idea de cuándo llegaría Paul, o desde dónde iría, y cayó en la cuenta de que así eran las cosas ahora las más de las veces.

Ningún doctor podía verlo todo.

Todo iba bien, salvo una cosa.

El trayecto hacia el norte les llevó casi una hora entera, y Theo solo puso el Audi a más de sesenta durante un minuto, pero disfrutó del latido de los bailes extra que Easy había instalado en la parte de atrás, y los asientos de cuero y las luces verdes del salpicadero.

Justo después de Highgate Village pasaron a velocidad de crucero junto a una casa grande bastante retirada de la calzada al otro lado del estanque. Dieron la vuelta y volvieron a pasar antes de aparcar a dos calles de la casa.

Theo bajó la música.

—Menudos pilares tiene la choza, tío.

—Ya, y una puta alarma como es debido —dijo Easy—. ¿No ves cómo parpadea el chisme ese? —Sacó un papel del bolsillo y lo estudió, meneando la cabeza—. Solo vamos a entrar y salir, tío, cinco minutos. No necesitamos cajas fuertes, ni antigüedades, ni nada de eso. —Señaló otra de las direcciones de la lista—. Probemos con la de Southgate.

Mientras Theo conducía otra vez North Circular abajo, Easy le explicó cómo funcionaba. Le habló de un amigo suyo que trabajaba de manipulador de equipajes en el aeropuerto de Luton y de vez en cuando se hacía con alguna cámara, algún MP3 y similares. Copiaba las direcciones de las etiquetas de las maletas y luego se las pasaba a Easy a cambio de unas libras y una papelina o algún regalito de vez en cuando.

—Y todos contentos —dijo Easy.

—¿Lo sabe Wave?

Easy echó la cabeza hacia atrás y le miró fijamente.

—¿Y eso qué importa?

Wave. El jefe de la pandilla en la calle. Había mucha gente ante la que él tenía que responder, gente que nadie veía nunca. Pero en el bloque y en los escasos kilómetros cuadrados de las calles de Lewisham, Wave era el que hacía las preguntas.

Le llamaban Wave por el pelo: un peinado afro que ondeaba de un lado a otro de su cabeza. Y por otras razones de su propia invención: *«Porque a veces puede venir una ola para que todos la disfruten. Para cabalgarla o chapotear como quieran, ¿me entiendes? Otras veces puede hacerse grande y caer sobre todo como un tsunami o así. La ola puede joderte si no te andas con ojo»*.

—¿Qué coño importa eso?

—Solo preguntaba.

—Esto es cosa mía.

—No hay problema —dijo Theo.

—Wave tiene muchas otras cosas de que preocuparse —dijo Easy—. Tiene a mucha gente controlando su culo, ¿recuerdas?

Theo asintió. Sí, lo recordaba.

Por fin tuvo ocasión de pisar a fondo en un tramo vacío que cruzaba Finchley al

encontrar dos semáforos seguidos en verde. Recordó que Easy le había llevado por allí una noche, unas semanas después de volver de Chatham. Se habían sentado en un KFC con una Coca-Cola y unos *nuggets* e Easy le había dibujado su mundo en una servilleta.

Tres triángulos, uno encima del otro.

—Este de arriba es como el nivel superior de distribución —dijo Easy, apuntando al triángulo más alto—. Importación, operaciones de contrabando, todo eso. Una pasta, y la mayor parte de ella va a parar a los bolsillos de gente blanca, diría yo. —Dibujó una línea que bajaba hasta el triángulo de en medio—. Esto es el almacén y la fábrica, ¿vale? Donde dividen y cortan el material. Gente con batas blancas y cosas de esas que se dedica a cortar la lactosa, la cafeína en polvo y todo eso.

—Y laxantes, ¿no?

—Sí, todo eso. Te pones hasta arriba y te cagas por los pantalones a la vez, lo que sea. —Pasó lentamente al triángulo del fondo y trazó con fuerza una línea a su alrededor, rompiendo la servilleta con el boli al repasarlo una y otra vez—. Aquí es donde estamos nosotros, que es la parte crucial, ¿lo pillas, T? Aquí abajo, en el fondo, tienes a tus vigilantes, eso es importante. Y luego, un poco más arriba, están los mensajeros y los camellos que van de un lado a otro todo el día, de la calle a la casa, entra uno y sale otro, con el dinero y los paquetes... Y luego, justo en la cima de este triángulo están los tíos que guardan el dinero y el que se encarga del alijo, ¿me sigues?

Theo giró la servilleta y la miró fijamente.

—Y esta es la parte buena —dijo Easy—: todo el mundo puede ascender. —Ahora se lo mostró con las manos, desrizándolas en el aire—. Todo el mundo, ¿me oyes? Te puedes mover por los lados del triángulo y más arriba, de un capullo al siguiente. —Cogió la servilleta otra vez y señaló—. Aquí mismo, justo por debajo de la cima del triángulo del fondo es donde estoy yo, ¿me entiendes? Soy el número dos y sigo subiendo, ¿vale?

Theo asintió. Tenía serias dudas.

—Ahí arriba, en la cima, está Wave. Está forrado, en serio, pero ahí arriba hay presión de verdad, tío. —Easy se terminó la Coca-Cola, se recostó en su silla y empezó a romper la servilleta en trozos diminutos—. Hay mucha gente que te presiona desde arriba, y mucha que te da por culo desde abajo...

Volvieron a utilizar la misma estrategia de pasar como por casualidad por delante de un semiadosado más bien pequeño en Southgate e Easy le dijo a Theo que aparcase al final de la calle. La casa estaba entre dos farolas, y no había indicios de que tuviese alarma.

—Pan comido —dijo Easy.

Fue al maletero y sacó una maleta vacía. Se mosqueó cuando Theo le preguntó para qué era.

—Bueno, es práctica para llevar cosas, ¿me entiendes? Y he pensado, bueno, ya

sabes, las tuyas estarán en Mallorca o Lanzarote o donde sea, como ellos. — Chasqueó la lengua y sonrió—. Y se supone que tú eres el listo...

Una vez dentro de la casa, Easy metió el DVD en la maleta en un minuto o dos. Le dijo a Theo que se quedase abajo y cogiese todo lo que pudiese mientras él examinaba el resto de la casa.

Theo sabía que la casa estaba vacía, pero aun así le asustaba ver a Easy paseándose por ella tan lleno de razón. Dio unas vueltas por la cocina y el salón, hojeó una pila de revistas que había sobre una mesa baja. Había un despachito empotrado debajo de las escaleras con un ordenador metido debajo de la mesa, un teclado y un monitor grande encima. Theo movió el ratón con un dedo enguantado y apareció una foto en la pantalla: una mujer y tres niños radiantes en una piscina, una colchoneta hinchable de colores y el sol rebotando en el agua a sus espaldas.

Unas vacaciones diferentes.

Easy bajó ruidosamente las escaleras y Theo se alejó de la mesa. Miró la maleta que Easy cargaba ahora con ambas manos.

—¿Algo decente?

—Otro DVD en el cuarto de los críos, una radio digital. —Easy dio una palmadita sobre la maleta—. Y un iPod nuevecito, con caja y todo, tío. —Le hizo un gesto con la cabeza—. ¿Y tú?

Theo señaló el ordenador y se encogió de hombros.

—Nada portátil, tío. Creo que hemos terminado.

Easy miró a su alrededor, luego asintió y se acercó a Theo.

—Me he meado en la cama de arriba.

Theo dio un paso atrás, con una mueca.

—Eso es totalmente asqueroso, tío.

Easy se estaba divirtiendo.

—No lo he hecho, tío, joder, ¿qué te crees? —Izó la maleta—. Voy a empezar a llamarte «Toy», T. Como los cacharros de los críos... robots o lo que sea. Es tan fácil darte cuerda...

Helen se despertó con el ruido de la llave en la puerta y se quedó acostada escuchando entrar a Paul. Cómo tosía y se sorbía la nariz. Su gruñido al dejarse caer en el sofá para sacarse los zapatos.

Le oyó ir a la cocina, oyó el chirrido de la puerta de una de las alacenas y esperó que se estuviese preparando algo de comer. Con suerte, estaría dormida cuando él se fuese a la cama.

Paul entró en el dormitorio unos minutos más tarde, y ella se quedó con la espalda vuelta hacia la puerta, a sabiendas de que él se estaba desvistiendo con el mayor silencio posible para no despertarla. Posó su reloj con cuidado. Le olió a ajo cuando se metió a su lado en la cama, y supo que había cenado fuera.

Con gente del trabajo, probablemente.

No era la primera vez que se preguntaba si podía estar teniendo una aventura, y

seguía pensando en ello cuando oyó cambiar el ritmo de su respiración y supo que estaba dormido.

No era la primera vez pero, como siempre, había un pensamiento más persistente que el «¿quién?» y el «¿dónde?», más aún que el «¿cómo has podido?».

Un pensamiento.

¿Qué derecho tengo yo a quejarme?

Theo notó el dinero en el bolsillo de atrás al sentarse. Echó la mano atrás, sacó los billetes y los tiró en la mesa de centro. Doscientas libras en billetes de diez y de veinte, era lo que le había dado Easy. Se las había pasado al dejarle en casa; antes de enseñarle el puño y rodear el coche otra vez para sentarse en el asiento del conductor.

—¿Y esto por qué?

—Has ayudado —dijo Easy.

—No he hecho nada.

Era demasiado. Theo sabía que Easy no iba a sacar tanto por lo que habían levantado en aquella casa. Supuso que su amigo solo estaba alardeando. Pero aun así...

—Esta es la pasta que podrías sacarte —dijo Easy—, si ascendieses.

—¿Y cómo se hace eso?

—Hablaré con Wave y haré que suceda.

—¿Así de fácil?

—Solo tienes que subir por el triángulo, T —Easy hizo aquel movimiento deslizante con la mano otra vez—, pasar un poco de tiempo dentro, conseguir que algunos de los chavales curren por ti. Ven conmigo en unos cuantos viajes como este, ¿vale? Diversión y guita, ¿qué más quieres, tío?

Theo pensó un momento en despertar a Javine para enseñarle el dinero, pero sabía que era una idea estúpida. Era como su madre: no quería saber. Claro, pensó Theo, pero bien que le gustaba el dinero cuando lo tenía. Intentaría decidir qué zapatos comprarse mientras meneaba la cabeza y le decía que no quería saber de dónde había salido la pasta.

Pero de algún lado tenía que salir, ¿no?

Cuando el Audi se alejó rugiendo, vio a un grupo de críos observando entre las sombras junto a los garajes; se comían el coche con los ojos.

Ahora, hizo el dinero a un lado y puso los pies sobre la mesa. Se quedó allí sentado escuchando los ruidos del bloque, la música y las voces levantadas que cantaban contra el hormigón, e intentó no pensar en la foto de la pantalla del ordenador.



## Siete

Paul había salido de casa antes de las siete y había logrado adelantarse a gran parte del tráfico de Brixton hasta Kennington, pero sin duda no había sido el único que esperaba tener la oficina para él solo durante una hora o dos. Ya había unos cuantos madrugadores con gesto dolorido de lunes cuando llegó. Tampoco era que la mayoría de ellos no tuviesen la misma cara de cabreo cualquier otro día de la semana.

Los polis felices estaban en las series, o respirando el humo de la risa de los festivales de música.

Todas las conversaciones en torno al café, y el primer pitillo en el patio trasero tendían a dar vueltas sobre el mismo tema: el hecho de que a Paul no se le había visto demasiado el pelo por allí últimamente.

«¿A quién le has estado lamiendo el culo, cacho cabrón?» fue el comentario más amistoso. «¿Por qué tenemos nosotros que quedarnos aquí trabajando como mulas mientras tú te piras a hacer el vago por aquí, cacho gandul?» era más típico.

Paul adoptó el mismo aire petulante de siempre y no les dijo nada. Sabía que todos tenían más que hacer que preocuparse por lo que él hacía con su jornada laboral. Respondió y charló lo justo, se tomó el café de un trago y apagó el cigarro con el pie para que todos pudiesen seguir a lo suyo.

A media mañana había hecho un intento decente por ordenar su mesa, aunque todavía había bastantes carpetas con «marrones pendientes» acumuladas en los cajones y en su ordenador. Había lanzado una docena de *emails*, completado el papeleo de otras tantas solicitudes de registros de llamadas de móviles y redactado unos informes de vigilancia con los que tres unidades distintas le estaban dando la lata. Ya era bastante difícil mantenerse al día con el papeleo cuando estaba haciendo lo que se suponía que tenía que hacer...

—¿Quieres ir a comer algo luego?

Paul levantó la vista cuando el subinspector Gary Kelly apartó un archivador y se apoyó en el borde de su mesa.

—Solo espero que no te refieras a la cantina.

—Estaba pensando en el chino que hay frente a la comisaría de Waterloo —dijo Kelly—. Tienen uno de esos bufés libres a la hora del almuerzo.

—Suenan bien.

—Bueno, quiero decir, ya sabes, si todavía estás aquí, claro. —Kelly era bajo y tenía el pelo trigueño, con una sonrisa que le cambiaba toda la cara, estrujando sus facciones. Cuando Paul le conoció no estaba seguro de si la gente le llamaba *Patato* por su nombre irlandés o por su cara de patata—. Sé que has estado súper ocupado.

—Sí, lo siento, colega. Cosas que arreglar por aquí y por allá. Ya sabes cómo es.

Kelly se inclinó, bajó la voz.

—No, a decir verdad, no lo sé. —Indicó con la cabeza el nido de puestos de trabajo—. Entiendo que no quieras que esta panda sepa tus cosas, pero tú y yo hace

tiempo que nos conocemos.

Paul se rio.

—No tiene mucho misterio. Te lo juro.

—Pues cuéntamelo.

—Te informaré en el almuerzo, ¿de acuerdo?

Kelly asintió. Pareció conformarse con eso.

—Tampoco es nada del otro mundo.

Eso le daría a Paul un par de horas para inventarse algo. Una cagada en un caso antiguo que había vuelto a surgir para tocarle las narices, algún lío del que estaba tratando de salir a escondidas, tal vez algún que otro asunto personal que tenía que gestionar.

Kelly era un buen amigo, lo que quería decir que era bastante fácil de engañar.

—¿Cómo está la parienta?

—Bien —dijo Paul volviendo a mirar la pantalla de su ordenador—. Enorme, pero bien.

—¿Todavía estás emocionado o ya has llegado a la fase de «acojone mortal»? — Kelly tenía dos hijos y una esposa que acababa de quedarse embarazada otra vez—. En serio, tío, es mucho trabajo, pero te va a encantar, te lo prometo.

Era un buen amigo, pero había muchas cosas que Paul no le había contado.

—Por cierto, tengo que pedirte quince libras.

—¿Para qué?

Kelly estiró una mano.

—Están organizando una fiesta de despedida para Bob Barker, el viernes de la semana que viene.

Paul buscó los billetes en su cartera.

—¿Dónde?

—Todavía lo están discutiendo. —Kelly cogió el dinero—. Sería más cómodo para nosotros por aquí cerca, pero algunos de los viejos capullos con los que trabajó en la Brigada Móvil están presionando para hacerla en algún sitio al norte del río. Ya te diré.

Paul miró detrás de Kelly y vio al inspector Martin Bescott caminando en aquella dirección, señalándole con la boca abierta, fingiendo sorpresa al verle.

—Ah, sí, quiere hablar contigo —dijo Kelly.

El inspector no iba a ser tan fácil de manejar como Kelly, pero Paul sabía que podía hacerlo. Se levantó y rodeó su mesa, sonriendo. Dijo:

—Supongo que no le valdrá una nota de mi madre, ¿verdad?

Ya había soltado quince libras y se avecinaban diez minutos complicados con su jefe; aun así, no había demasiadas cosas que pudiesen cabrearle aquella mañana.

No con lo que Kevin Shepherd le estaba ofreciendo.

Shepherd le había llamado hacía unos días como un imbécil, como si fuesen viejos amigos o algo. Le había invitado a cenar esa noche en un italiano nuevo con

«patatas hechas como es debido» y sin «putas salsas francesas». Así era como solía funcionar: una comida y unas cuantas botellas de vino decente, tal vez un día en las carreras o una noche en algún club o casino, siempre por su cuenta. «No, no, déjate las en los bolsillos, colega... No seas tonto, colega, pago yo». Pero nada cambiaba de manos, no al principio.

Solo se dejaban las intenciones claras desde una distancia prudente.

El taxi le había recogido en el mismo sitio que la otra vez. Ray estuvo igual de charlatán, haciéndose el Marcel Marceau todo el camino hasta Shoreditch y lanzándole una mirada peligrosa cuando Paul se bajó del taxi y le dijo que había disfrutado de la charla.

Shepherd le esperaba en una mesa situada en la esquina. Le estaba enviando un mensaje de texto a alguien con el móvil mientras daba cuenta de una generosa copa de algo. Estaba muy relajado, o lo aparentaba muy bien.

—Esto te va a gustar, Paul. —Le pasó la carta, sirvió otra copa de vino—. Cuando nos conocimos, supe que te gustarían sitios como este. Claro que también nos gustan los huevos con patatas en un sitio cutre cuando es otro el que afloja, ¿no? Es la naturaleza humana.

Paul disfrutó de cada bocado de un *risotto* de setas silvestres y *linguini* con almejas en salsa picante. Shepherd se quejó de que su pasta estaba demasiado hecha sonriendo con gesto triste al camarero, luego le guiñó un ojo a Paul cuando el camarero se llevó el plato de vuelta a la cocina a toda prisa. Mostró la gentileza correspondiente cuando le cambiaron el plato y la casa invitó a café y tiramisú. Paul intentó parecer ligeramente impresionado mientras pensaba que Shepherd era aún más gilipollas de lo que había creído.

Hablaron de la casa que Shepherd tenía en el Languedoc, y del almacén reconvertido que tenía en los Docklands, los coches que conducía, y los que tenía guardados como inversión. Shepherd intentó sonsacarle algunos detalles personales a Paul, y a Paul le pareció que no había peligro en permitirselo.

Le habló de su piso en Tulse Hill, de su novia y del niño que nacería en apenas unas semanas. Shepherd pareció sinceramente complacido y levantó su copa, bromeando sobre lo mucho que iba a cambiar todo: las noches de juerga, la vida sexual y, cómo no, sobre el dinero que le quedaría a Paul en su cuenta bancaria al final de cada mes.

Ambos dejaron que ese comentario quedase en el aire unos segundos.

Obviamente, no se dijo gran cosa sobre blanqueo de dinero o fraudes en cascada. No hubo mayores intercambios sobre cúteres y disciplina con el personal. Solo una conversación informal, amistosa, nada de negocios, lo normal en una fase tan delicada de la relación. Hasta que estuvieron fuera, en cualquier caso, esperando en la acera a que apareciese el taxi.

—Esos asuntos sobre los que lo sabes todo —dijo Shepherd. Había encendido un gran puro y le daba vueltas mientras hablaba—, mi teórica relación profesional con

los rumanos y esas cosas... son conocimientos *especializados*, ¿no?

Paul le miró.

—Cierto —dijo. Barajó la idea de utilizar el mismo tipo de lenguaje alambicado que parecía gustar a Shepherd y hablar de «una inteligencia adquirida de forma independiente», pero al final no se molestó en hacerlo—. Solo lo sé yo, por el momento.

Esa última parte era muy importante.

Shepherd expulsó el humo por la comisura de la boca.

—Yo trabajo con una serie de agentes de policía y personal, y supongo que todos son especialistas en una u otra cosa.

—Parece que no necesitas más —dijo Paul.

Shepherd meneó la cabeza.

—Serías tonto si no amplías tu red de socios cuando tienes la oportunidad. Cada uno pone algo distinto sobre la mesa, ¿no? Es experto en algo.

—Los expertos no suelen ser baratos.

—Uno obtiene aquello que paga, Paul.

El taxi llegó y Shepherd le abrió la puerta. Paul le dio las gracias y las buenas noches, luego indicó con la cabeza a Ray:

—Tienes que decirle que hable menos. Esa cháchara constante empieza a ponerme de los nervios.

—Y encima eres gracioso, cabrón. Eso es bueno. —Shepherd tiró su puro al sumidero. Tenía la piel blanca alrededor de la boca—. Aunque no creo que Ray vaya a mearse de la risa.

Verás, un capullo le arrancó la lengua con unas tijeras de podar hace un par de años.

Paul miró a Ray, que se había dado la vuelta en su asiento.

—Dios...

—Claro que reírse no es tan complicado como dar cháchara.

—Lo siento. —Paul abrió la boca y volvió a cerrarla—. Yo no...

Ray estuvo a punto de estropearlo entonces, y se giró antes de que su cara le traicionase, sin duda disfrutando de la gracia tanto como lo había hecho un montón de veces antes.

—Te estoy tomando el pelo —dijo Shepherd—. Mírate.

Paul se llevó una mano al pecho y soltó una carcajada.

—Oh, gracias a Dios.

—Menuda cara has puesto...

Paul supuso que le había salido bien lo de hacerse el aliviado. Tan bien como le había salido lo de hacerse el sorprendido y el crédulo. Se le daba bien dejar que tipos como Shepherd creyesen que tenían la sartén por el mango, incluso antes de haberle dado dinero alguno. Cinco minutos más tarde, en el asiento de atrás del taxi, de camino a West End, Paul decidió que toda la velada había ido bien. Y sabía que

Kevin Shepherd estaría pensando exactamente lo mismo.

## Ocho

Parecía que todavía quedaban al menos un crucigrama y un par de sudokus. Había varias revistas de pasatiempos abiertas sobre la mesita que estaba junto al sofá, junto con un diccionario, un *Daily Express* y dos novelas negras de bolsillo con puntos de lectura en su interior. A Helen le gustó ver que su padre se mantenía ocupado, aunque parte de ella sospechaba que lo colocaba todo allí cuando sabía que ella iba a ir.

Su padre salió de la cocina con dos tazas de té en una bandeja y un plato de magdalenas que había hecho esa mañana.

—Dátiles y nueces de pacana —dijo—. Tengo unas pocas de arándanos en el congelador, si las prefieres.

Ella empezó a comer.

—Están fabulosas, Papá.

—Son súper fáciles de hacer —dijo él.

Tanto si estaba aparentando como si no, a Helen le agradaba ver que se estaba cuidando tan bien. Se pulió su magdalena y fue a coger otra. Mejor que yo, pensó.

Su padre se había mudado a Sydenham con su segunda esposa hacía cinco años, otros tantos desde la muerte de la madre de Helen. Robert Weeks había quedado comprensiblemente devastado cuando el cáncer de mama se llevó a su amor de la infancia a los cuarenta y nueve años y, entre un montón de sentimientos encontrados, tanto Helen como su hermana se maravillaron cuando pareció encontrar la felicidad por segunda vez. El matrimonio duró dieciocho meses.

Nadie sabía muy bien por qué la esposa número dos había hecho las maletas tan rápido, y su padre nunca se había mostrado muy dispuesto a contarlo. Helen y Jenny coincidieron en que probablemente no fuese un hombre con el que resultase fácil convivir y ahí lo dejaron, pero volvieron a sorprenderse con su capacidad de recuperación, con la velocidad con la que se había estabilizado. Se había prejubilado a los sesenta y dos años y vivía de los pequeños ahorros que había reunido. Se había hecho miembro de clubs, había adoptado nuevas aficiones con entusiasmo juvenil y ahora, para completar su rejuvenecimiento, parecía haber otra mujer a la vista. Helen y Jenny todavía se reían como colegialas meses después de que el viejo les revelase la existencia de una «señora muy agradable en mi calle que a veces me deja aparcar en su hueco».

La callecita estaba limpia y bien cuidada, con su ejército de macetas de terracota en los jardines delanteros y sus plazas de aparcamiento vigiladas con tanta intensidad como los niños. Había pegatinas de los Vigilantes de Barrio en la mayor parte de las ventanas y una asociación de vecinos de la que el padre de Helen era miembro activo. Jenny decía que así era como había conocido a la nueva mujer. Probablemente la había atraído con una magdalena.

—Puedes llevarte unas cuantas —dijo su padre—. Las sacas del congelador y las metes treinta segundos en el microondas. Dale una a Paul para el desayuno.

Helen gruñó. Parecía bastante buena idea.

—Jenny se llevó unas pocas la última vez que vino. Les mete una a los niños en la bolsa del almuerzo.

Por supuesto, pensó Helen.

—Estuvo aquí la semana pasada, por cierto. ¿Te lo dijo?

—Se quedaría a gusto, ¿no?

—¿Perdona, cariño?

—Poniendo a parir a Paul.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Da igual.

Parecía confuso, miró fijamente su té.

—Sabe lo bien que me cae el chaval —dijo—. Bueno, a lo mejor es como yo y cree que Paul debería haberse casado contigo a estas alturas, pero sé que son cosas de un viejo chocho que debería meterse en sus propios asuntos. —Meneó la cabeza—. No, no veo por qué iba ella a hacer eso, cariño.

—Y no lo haría —dijo Helen—. Lo siento. Solo...

Por supuesto que no lo haría. La cutre vida privada de su hermana mayor y su inestable media naranja era un territorio que había quedado fuera de su jurisdicción hacía meses, y Jenny era lo bastante lista como para no pasarse de la raya. Helen ya tenía bastante mal genio incluso antes de que las hormonas hiciesen aparición.

—Se preocupa —dijo su padre—, pero no veo qué tiene eso de malo.

Ni Helen, no cuando era racional. La mayor parte del tiempo sabía que Jenny solo estaba haciendo lo que hacían las hermanas: ponerse de su lado tuviese o no razón. Pero a veces los verdaderos sentimientos de Jenny quedaban bastante claros: en un suspiro sentencioso al final de una llamada telefónica, o una mirada mientras asentía con comprensión y seguía preparando la merienda de sus hijos.

Helen era una imbécil que lo había tenido todo en bandeja y había jodido su vida en el peor momento posible. Y era justo que lo pensara, y precisamente lo que la propia Helen pensaba.

Tenía mal genio, y la mala costumbre de pulsar el botón de autodestrucción.

—¿Estás bien, Hel?

Respiró hondo, podía sentir el sudor entre sus hombros y el sofoco subiéndole por el pecho.

—¿Podemos abrir una ventana? Me estoy cociendo aquí.

—La mayoría de ellas están pegadas por la pintura —dijo su padre. Se levantó—. Abriré una puerta.

El gato de su padre, un macho blanco y negro que estaba mudando el pelo permanentemente, pasó pavoneándose desde debajo de la ventana. Le enseñó el culo a Helen y se alejó de nuevo.

—¿Habéis tenido pelotera tú y Paul? —Puso una mano sobre el respaldo de la silla de Helen al pasar a su lado, la levantó cuando ella se giró para mirarle con gesto

acusador—. Ya te lo he dicho, Jenny no me ha dicho nada. —Se sentó y empezó a recolocar los libros y revistas sobre la mesa que tenía al lado, aunque ya estaban perfectamente alineados—. No le has mencionado mucho últimamente, eso es todo, y apenas he hablado con él.

—Está hasta arriba de trabajo.

—No me refería a eso. —Se reclinó en su silla—. Normalmente cuando llamo y coge él el teléfono charlamos un poco. Sobre el *cricket* o alguna cosa de la tele. Ahora simplemente te pasa el teléfono lo más rápido que puede. Es... raro.

—Está muy ocupado —dijo Helen—. A mí apenas me da la hora.

Era un intento de hacer una gracia, pero algo en su cara debía de haberla traicionado. Su padre asintió, como si la comprendiese.

—Espera a que vea al niño —dijo—. Ver la carne de tu carne por primera vez te afecta. Lo cambia todo.

Helen ya estaba levantándose trabajosamente.

—El cabroncete me está presionando la vejiga —dijo—. ¿Por qué no haces un poco más de té?

—Hay un poco de ese jabón líquido que te gusta junto al lavabo...

En el cuarto de baño, bajó el asiento de la taza y se sentó allí unos minutos, esperando a que se calmase el revoloteo que sentía en el estómago, luchando por contener el impulso de ceder y derrumbarse. Últimamente las lágrimas surgían con demasiada facilidad, se habían convertido en su estado por defecto, y estaba harta.

Cuando volvió a entrar en la cocina, su padre le dio las magdalenas congeladas en una bolsa de plástico y ella dijo que esperaba que la mujer de la acera de enfrente supiese lo bueno que era. Él se sonrojó, pero pareció complacido de todas formas.

—No estoy seguro de que esté tan interesada, si te digo la verdad.

—Por supuesto que lo está —dijo Helen—, si no, no te dejaría aparcar en su hueco.

—Supongo que no.

—Te lo digo yo. —Se sentó, removiéndole su té y le observó, pensando en lo que le había dicho y queriéndole un poco más por no haber pillado su estúpida gracia.

A Easy no se le daba mejor el billar inglés que el golf. El billar americano sí le gustaba, era más sencillo y más rápido, y echó unas partidas con SnapZ y Mikey al fondo del salón para matar el tiempo mientras esperaba a que Wave terminase con sus cosas.

Mikey y SnapZ eran las dos personas con las que Easy pasaba más tiempo después de Theo, pero no creía que ninguno de los dos tuviese muchas posibilidades de convertirse en campeón de *Saber y ganar*. SnapZ solo pensaba en su música, se creía batería o algo. Siempre andaba tamborileando ritmos en las mesas, con los auriculares puestos y tarareando cuando, en opinión de Easy, debía estar callado.

—¿Cómo voy a concentrarme en mi tiro, tío? —Easy se incorporó y extendió los



brazos—. Siempre estás moviéndote y chasqueando los putos dedos como un tarado.

SnapZ dio un bufido y un paso atrás, se metió los pulgares en los bolsillos de sus Levi's caídos.

Mikey se rio, dijo «tarado», y volvió a reírse con voz chillona y un ligero ceceo. Era el más alto de los tres, y la mayor parte del tiempo su altura disimulaba su peso, pero, cuando hacía calor, ni una camiseta floja podía ocultar lo que Easy describía como «un buen par de tetas». A Easy y SnapZ les gustaba acercársele sigilosamente y sobárselas y, aunque normalmente Mikey se reía cuando se los quitaba de encima a empujones, Easy creía que no lo encontraba tan divertido.

Easy se inclinó para tirar, falló un tiro largo y dijo:

—Me distraéis.

Mikey y SnapZ se rieron.

El salón de billar Cue Up quedaba entre una agencia de viajes y una fontanería, en la calle ancha que había por detrás de la estación de autobuses de Lewisham. Tenía veinticuatro mesas grandes en la primera planta, con una pequeña zona para sentarse en la segunda, junto a las oficinas y los almacenes. Había una barra en un extremo, junto a las escaleras, que separaba media docena de mesas de billar de una serie de máquinas tragaperras y videojuegos matamarcianos. En teoría, servían comida y bebida, pero el servicio era irregular y raras veces iba acompañado de una sonrisa.

Podía llenarse los fines de semana, pero un miércoles a la hora del almuerzo estaba bastante tranquilo. Había luces encendidas sobre cuatro de las mesas. Aparte de los pocos que estaban jugando al billar inglés o americano, solo estaban el de la limpieza, la mujer de rasgos afilados de detrás de la barra y el viejo que se pasaba el día por allí pidiendo tabaco y comiendo tostadas con salsa negra, metiendo en las tragaperras todo el dinero que se ahorraba en comida.

Easy perdió diez libras contra SnapZ al meter la negra, pero se las ganó a Mikey, que tiraba con demasiada fuerza en todos los tiros, como si estuviese rompiendo, el muy imbécil. Mientras se movía alrededor de la mesa, Easy tenía un ojo en las escaleras todo el tiempo para ver si Wave bajaba.

Estaba a media partida con SnapZ cuando oyó la voz de Wave, grave y rápida, como una línea de bajos de *ragga*. Le pasó el taco a Mikey y le dijo que terminase la partida.

Wave apareció en la escalera, hablando con un hombre blanco vestido con un elegante traje gris. Asintió cuando el hombre se le acercó para susurrarle algo, le dio la mano y el hombre bajó las escaleras trotando hacia la salida. Un triángulo o dos por encima, pensó Easy mientras veía marchar al hombre. Tal vez más arriba. Era como le había dicho a Theo aquella vez: gran parte del dinero de allá arriba acababa en bolsillos de gente blanca.

Easy se quedó mirando mientras Wave caminaba hacia la barra. Se le unió Asif, un asiático enorme a quien Easy y sus colegas de la banda llamaban *Asi*. Andaba con Wave desde hacía un par de meses, se había quedado unos pasos por detrás mientras

Wave y el blanco hablaban y se despedían.

Wave pidió unos botellines de Stella para él y su sombra y se fueron a una mesa vacía al fondo del salón.

Easy dejó pasar unos minutos, compró un par de botellines más y les siguió, zigzagueando por entre el entramado de mesas, con aire desenfadado y lleno de razón, meneando la cabeza como si sonase una melodía en su interior.

Mientras Así se preparaba para tirar, Easy dejó un botellín junto al que Wave ya había dejado sobre la mesa.

—Te he traído otra —dijo.

Wave asintió y observó a Así fallar un tiro a una roja. Se acercó a la mesa y falló un tiro a su vez.

—¿Quién va ganando? —preguntó Easy.

—Llevamos dos minutos, tío —dijo Wave—. Nadie ha metido ninguna todavía.

Mientras Wave estaba en la mesa, Así se acercó y le echó una ojeada a Easy de arriba abajo. Easy vestía de rojo y blanco hoy, con la misma gorra lisa de siempre y bajo ningún concepto iba a dejar de hacerle algún comentario a Así.

—¿Qué? —Así no dijo nada—. Mírate, con esa mierda de baratijas de pies a cabeza. ¿Hay rebajas en tallas especiales? —Así se encogió de hombros y se fue a lanzar otro tiro.

Siguieron jugando otros diez minutos. Easy dijo «Mala suerte, tío» un par de veces y «dentro» cuando Wave metió una roja que estaba junto a una de las troneras. Contuvo un bufido cuando una rosa se quedó renqueando en el borde.

—¿Qué quieres? —le preguntó Wave por fin.

—¿Sabes mi amigo, T? —Wave esperó—. Ahora mismo se dedica a vigilar, pasar y todo eso.

—¿Un tipo flaco con una mosca en la barbilla?

Easy asintió.

—Está prácticamente listo para ascender, no hay duda.

—¿Tú crees? —Wave dejó su cerveza y retomó la partida.

—Te lo juro. —Easy se quedó mirando el triángulo de madera que colgaba de uno de los extremos de la mesa—. Es de fiar, tío, ¿sabes? No se anda con tonterías. Trabaja duro y es listo, más listo que nadie.

—Ya hablaremos.

—Vale. —Easy rebotó sobre sus talones—. Solo te digo, bueno, ya sabes, puede subir rápidamente si hace falta, no hay fallo.

—Ya te lo he dicho.

—Yo respondo por él, tío.

Wave se giró y le miró por encima del hombro.

—Pues pónmelo por escrito.

Easy tragó saliva, trató de tomárselo a risa.

—¿Vas puesto?

Wave se dio la vuelta para tirar.

—Ponme ese testimonio tuyo por escrito, para que pueda estudiarlo como es debido cuando tenga tiempo. Si estás pensando en ascender a alguien, hay que hacer las cosas bien. Dame referencias, ¿me entiendes?

—No hay problema —dijo Easy.

—Así podré echártelo en cara, si tu amigo el flaco la caga. Te lo haré comer.

—Eso no va a pasar, tío.

Desde el otro extremo del salón se oyó un grito de Mikey y una carcajada de SnapZ. Wave le dijo a Easy que fuese y les dijese a sus amigos que bajasen el volumen. Justo antes de hacer lo que le decían, captó una mirada de Así, un levantamiento de cejas que no le gustó ni un poco. Le daría una bofetada al puto paquistaní en cuanto se le pusiese medio a tiro.

Volvió hacia las mesas de billar americano pensando, pensando, pensando.

Era colega de Theo, de eso no había duda, pero no hacía esto solo por él, no en realidad. También lo hacía por él mismo. Quería que la gente supiese que tenía visión de conjunto, que era de fiar cuando se trataba de interpretar a la gente de la pandilla, en quién se podía confiar y quién no valía una mierda. Necesitaba que Wave viese su potencial para controlar las cosas un poco más. Que pensase en ascenderle.

Ahora qué había abierto la boca, tenía que escribir un «testimonio» o lo que fuese. *Así podré echártelo en cara si tu amigo el flaco la caga...*

Desde luego, la cosa podía haber ido mejor.

Empezó a echar a gritos a Mikey y SnapZ cuando todavía estaba a medio camino.

## Nueve

Los niños nunca dejan de pedir cosas, pensó Theo, salvo cuando están dormidos, que nunca es cuando necesitabas que lo estén. Lloran y les das de comer. Lloran, y les limpias el culo. A veces lloran solo para mosquearte, o eso le parecía...

Entonces los muy listos te miraban, les olías la cabeza y ya no te importaba tanto.

Javine había salido sobre las siete. Solo llevaba tres horas con el niño, pero se sentía como si hubiese corrido una maratón. Intentaba estar pendiente de todo, limpiando según ensuciaba, colocándolo todo bien para que Javine no lo encontrase desordenado al volver. Para que no hubiese discusiones. Estaba decidido a no cagarla, había seguido las instrucciones que Javine le había apuntado en todo momento.

*Asegúrate de que la leche está bien echándote un poco en el dorso de la mano.  
Utiliza bolas de algodón y agua templada, las toallitas le agravan el eccema.  
Y esta vez ponle los pañales del derecho, ¡capullo!*

Antes de las ocho ya se sentía agotado y no sabía cuándo iba a volver Javine. Tenía intención de preguntárselo cuando se estaba arreglando, pero pensó que era mejor no presionar. Logró echar una cabezada de unos minutos delante de la tele, con el niño bastante contento en su hamaca, pero no duró mucho.

Había sido divertido darle de comer, dentro de lo que cabe. Theo había disfrutado de los resoplidos y los ruidos del bebé al sorber, de sus deditos agarrándose al cuello de su camiseta. Lo de hacerle echar los gases también había sido divertido, aunque solo fuese al principio. Se había reído a carcajadas con el eructito y había dicho «Así, échalo fuera, tío», luego le echó una buena reprimenda al ver el rastro de vómito lechoso sobre su camiseta favorita.

*Utiliza una gasa para sacarle los gases.*

El timbre sonó cinco minutos después de meter al niño en la cuna.

*Ponle boca abajo y frótale la espalda.  
Tienes que encenderle el dragón y el móvil.  
A lo mejor necesita agarrarte el dedo unos minutos.*

Theo se levantó de un salto y corrió a la puerta, intentando llegar antes de que volviese a sonar el timbre, pero el llanto empezó cuando echó la mano al cerrojo.

Era Easy. Con una sonrisa de oreja a oreja, haciendo tintinear unas cervezas dentro de una bolsa de plástico. Theo se dio la vuelta y dejó la puerta abierta.

Cuando volvió al salón cinco minutos después, con el bebé refunfuñando en sus brazos, Easy estaba instalado en el sofá con una lata abierta, viendo *Men & Motors*. Indicó la tele con la cabeza.

—Después dan algo con unas *strippers* —levantó la vista y vio a Theo allí de pie,

frotando la espalda del niño, arrullándolo—. Tío, es ridículo verte hacer esa mierda.

Theo se encogió de hombros.

—Javine nunca puede salir.

—¿Y una canguro?

—Son cinco libras la hora —dijo Theo.

—Deberías poder salir si quieres, tío —Easy se recostó, meneando la cabeza—. Es básico. Ver a los colegas, hacer algo de negocio si hace falta.

—No me lo puedo permitir.

—Para empezar necesitas ganar más pasta —dijo Easy—. Tienes que encontrar algo más, ¿me entiendes?

—A lo mejor debería hacerme canguro.

El niño parecía bastante contento en sus brazos, así que Theo se sentó junto a Easy, se estiró para coger una cerveza. Easy se acercó para acariciarle un brazo al niño.

—¿Cómo se llama?

Theo le miró.

—Ya sabes cómo se llama, tío.

—No me puedo acordar de todo.

—Se llama Benjamín —dijo Theo—, Benjamín Steadman Shirley —Benjamín como el padre de Javine; Steadman como el suyo; Shirley aunque él y Javine no estaban casados.

Easy asintió.

—Mola, tío.

—Sip —Easy lo había dicho como si estuviese contemplando los accesorios de un móvil nuevo o la imagen de una pantalla de plasma.

Vieron la tele un rato y hablaron un poco de todo, luego Easy empezó a desviar la conversación hacia los negocios. Hizo reír a Theo quejándose de uno de los camellos.

—Está tardando cinco minutos en llevar el dinero a donde hace falta. Debería tardar dos, como máximo. Parece que tiene una pata de palo, tío, te lo juro —luego le habló sobre la reunión de esa semana con Wave. De lo bien que había ido—. Cree que es buena idea lo que hablamos, ¿sabes?

—¿El qué?

—Lo de que subas un poco. ¿Qué te parece?

—¿Qué dijo exactamente?

—Lo que te he dicho. Si a mí me parece buena idea, a él le parece buena idea. Le dije que eras de fiar, que te dejas el culo trabajando, todo eso.

—Gracias, tío —Theo acarició la cabeza de su hijo, vio la actuación de las *strippers* en *Men & Motors*—. ¿Cuánto más crees que ingresaría a la semana?

Easy estrujó su lata de cerveza vacía y fue a coger otra.

—Más, eso es lo que importa, ¿no? Todo eso son detalles, tío. Primero tenemos que hacer que suceda, ¿me entiendes? Rebuscó en el bolsillo, sacó un papel y le

enseñó a Theo lo que había escrito sobre él, el testimonio que Wave le había pedido. Mientras Theo lo leía, Easy se quedó allí sentado, con ojos de cordero degollado, como si fuese una carta de amor.

Theo fue sensible con el bochorno de su amigo y le lanzó un beso.

—Eres un encanto.

—Que te den.

Theo decidió no sacar a relucir el hecho de que apenas era legible, o mencionar las faltas de ortografía que había en cada frase; imaginó que a Wave tampoco le iba a importar demasiado. Le devolvió el papel.

—No, de verdad. Te lo agradezco, en serio.

—Será mejor que no me dejes tirado, tío —dijo Easy.

—Sabes que no lo haré. Ahí lo has dicho.

—Tienes que ponerte a prueba, ¿me entiendes? Pasar el examen, ¿vale?

Theo se rio.

—¿Qué es eso? ¿Juramentos secretos y mierdas así? ¿Un rito de iniciación?

—Solo tienes que probar que puedes dar el paso, eso es todo.

—¿Me vas a meter la cabeza en el váter, como en la escuela?

—Bueno, más o menos, tío. Estará chupado. Quieres esto, ¿no, T? Estás preparado, ¿no, tío?

Theo podía ver la emoción en la cara de Easy, oírla en su voz, y era lo bastante listo para imaginar por qué. Por amigos que fuesen, Theo suponía que tendría que pagar un precio más adelante. Tal vez Easy le pidiese un favor o dos en algún momento, o reclamase parte de cualquier extra que cayese en manos de Theo. Le parecía bien. Theo sabía cómo funcionaba, amigos o no, y aquello solo iba a pasar porque Easy había hablado bien de él.

Un pequeño precio le parecía bien.

Se quedó allí sentado, pensando en cómo sería conducir algo que los chavales mirasen desde las sombras junto a los garajes. Tener pasta suficiente para tener contenta a Javine y presumir por ahí cuando quisiese. Pasta suficiente para él y para ahorrar un poco para Benjamín, y tal vez también para Angela.

Tener para desparramar y para ahorrar.

Easy también se quedó allí, mirando a Theo y a su hijo y pensando dónde conseguir el coche para esa noche. Qué clase de pistola usar.

El piso estaba vacío cuando Paul volvió a casa, y ya había empezado a marcar el móvil de Helen cuando recordó que iba a comer en casa de su hermana. Metió una *pizza* en el horno y vio las noticias mientras comía. Abrió la puerta corredera que daba a lo que irrisoriamente llamaban balcón, se sentó con los pies apoyados en la barandilla y encendió un pitillo. Era una noche cálida y podía oler la menta que Helen cultivaba en una maceta, el jazmín que se negaba tozudamente a trepar por una pequeña pérgola de madera.

Después de que Frank le dejase tirado, era un gran alivio que las cosas pareciesen funcionar con Shepherd. Ahora podía relajarse un poco, permitirse pasar un poco más de tiempo haciendo lo que oficialmente le pagaban para que hiciese. Tampoco era que su colaboración con Shepherd fuese a impedirle buscar otras cosas por ahí. Había un montón de hombres de negocios en busca de consultores que contratar, ansiosos por hacer negocios con tipos como él.

Polis con algún que otro picor que rascar.

Un pensamiento prendió la mecha del otro, efervescente y corrosivo, y le cambió el humor en el tiempo que tardó en apagar el cigarrillo.

Apagar. La. Puta. Colilla.

*Algún que otro picor...*

Había visto al capullo que se la había pegado con Helen un par de veces. Le había vigilado. Había averiguado la dirección de su casa y había ido en coche hasta allí, se había quedado fuera hasta que el hombre salió y se subió a su mierda de Ford Follamóvil. Se quedó mirando fijamente el coche durante un buen rato. Pensó en empotrarse contra él allí mismo, en aquel momento, aplastar a aquel gilipollas contra el alerón y luego arrojar su cadáver al asiento trasero, cosa que, teniendo en cuenta toda la situación, le habría dado un toque de clase.

Había tenido algunos momentos más oscuros en los que realmente había reflexionado sobre el tema, en los que había considerado fríamente las formas en que podía hacerlo, formas más elaboradas. Había pensado que probablemente podría hacerlo sin que le cogiesen, si tenía cuidado y, aunque no lo tuviese, podía encontrarse con algún que otro poli que haría la vista gorda tan contento.

Por supuesto, no había hecho nada. Lo había dejado pasar un poco y enquistarse. Y torturaba a Helen cada vez que se presentaba la ocasión.

Ella volvió un poco después de las once, él estaba mirando la puerta. Un par de copas de vino habían templado la ira que había estallado mientras estaba sentado allí fuera con las macetas, pero todavía podía sentir su cosquilleo.

—¿Cómo estaba Jenny?

Helen no se había quitado el abrigo.

—Está bien. Te manda besos.

—Y una mierda.

Helen bajó la cabeza mientras se iba directa al dormitorio. Al salir, dijo:

—Estoy cansada. No estoy de humor para esto, Paul, de verdad.

Él la vio meterse trabajosamente en la cocina, pasándose los dedos por el pelo y se oyó a sí mismo decir:

—Lo siento.

La oyó decir que estaba bien, que podía tenerla mañana si todavía le apetecía, y supo que en realidad no le apetecía.

Ella se sentó a su lado y le preguntó cómo le había ido el día. Le contó un chiste que Gary Kelly le había ido contando a todo el mundo, ella se rio y se quedaron allí

sentados viendo la tele. El silencio entre ellos fue más cómodo de lo que lo había sido en un tiempo.

Pensó en la mañana en que ella le había dicho lo del niño, y en cómo había sido después. La forma en que cada uno de ellos se había mofado de la estúpida sonrisa que lucía el otro. Se volvió hacia ella deseando recordárselo, pero vio que se había quedado dormida, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta. Le puso una mano sobre la barriga y la dejó allí hasta que sus ojos también se cerraron y se fue resbalando hasta el asiento del sofá.

Se despertó un par de horas más tarde con el sabor del vino y los cigarrillos rancios en la boca, y la sacudió suavemente para que se despertase.



## Diez

Helen le agarró cuando se dirigía al cuarto de baño.

—¡A quien madruga Dios le ayuda!

Paul sonrió, pero solo momentáneamente. Se había quedado dormido y debería haber salido para el trabajo hacía diez minutos.

—Te he hecho una taza de té —dijo Helen—, y tienes los cereales en la mesas, así que, que no cunda el pánico.

Ya llevaba levantada una hora; se había duchado, vestido y recogido los restos de la comida preparada de la noche anterior. Habían pedido *curry* y se habían quedado hasta tarde arreglando el mundo. Paul se había quejado del trabajo, las horas extra y la pesadez, y le había preguntado a Helen si creía que debía presentarse a los exámenes de inspector que había dentro de tres meses. Se había mostrado igualmente contento de hablar sobre mudanzas y guarderías y, tras unas copas, había desenterrado su guitarra del fondo del armario. Había tocado *Wonderwall* y *Champagne Supernova*, y cuando alguien del piso de arriba golpeó el techo, había gritado: «Qué, ¿te gusta?».

Helen supuso que, a pesar de sus quejas, lo estaba pasando mejor en el trabajo que en las últimas semanas. Tal vez el trabajo hubiese influido en su humor más de lo que ella pensaba. Más que ella, incluso.

Cuando Paul entró en el salón y se sentó, Helen le llevó el té. Se apoyó en la mesa y vieron un poco la tele mientras desayunaban: un adelanto de la nueva temporada de fútbol, para la que faltaban menos de quince días, una previsión meteorológica a largo plazo bastante decente.

—Voy a ir a casa de Katie y Graham esta noche —dijo Helen—. Me preguntaron si ibas a venir —Paul levantó la vista—. Tranquilo, estoy de broma. Les dije que tenías esa fiesta de despedida. Es un alivio, ¿verdad?

Paul sonrió de oreja a oreja, con la boca llena de cereales. Helen sabía que situaría otra noche con Graham en algún punto, entre un seminario sobre policía de proximidad, y que le clavasen agujas al rojo vivo en los ojos, y no podía reprochárselo. Ella solo había aceptado la invitación porque sabía que Paul iba a salir y no le apetecía pasar la noche sola. Se preguntaba si esa era la razón por la que Katie la había invitado desde un principio. Había mencionado que Paul iba a salir antes de que su amiga la invitara.

Fue a la cocina.

—Probablemente, esté muerta para el mundo para cuando vuelvas —no pensaba estar fuera hasta demasiado tarde, pero Katie vivía en Seven Sisters y le llevaría un rato volver en coche desde tan al norte.

—Yo voy a quedarme en casa de Gary —gritó Paul.

—Ah, vale. Te veo por la mañana, entonces.

—Por la tarde, más bien. La parienta de Gary está fuera y creo que ha planeado

un sábado de tíos.

—Creo que no quiero saber más.

—Ya te llamaré.

—Muy bien. Pásatelo bien.

—Tú también.

—Pero trata de no divertirte demasiado, Hopwood...

Helen no oyó a Paul salir al recibidor para coger su chaqueta, no se dio cuenta de que se había despedido. Cuando salió de la cocina, le sorprendió que no estuviese allí, y dio un respingo al oír cerrar la puerta.

Durante los dos últimos días, Theo había intercambiado sus tareas de vigilancia con Ollie, un chaval blanco bastante agradable con rastas y un acento convincente. Estaba trabajando una esquina de Lewisham High Street, cerca de la torre del reloj, controlando que no hubiese problemas mientras Ollie llevaba diez libras de vuelta a la urbanización esperando que volviese con la roca. El mercadillo que llegaba hasta St. Saviour's Church estaba lleno, cosa que normalmente era buena para el negocio, y mantenía ocupados a unos cuantos pitufos más, cosa que nunca venía mal. La comisaría en sí, una de las más grandes de la ciudad, estaba justo frente a él y, mientras esperaba, Theo observaba la valla iluminada de la parada de autobús que había a unos metros. Dos polis con aire jovial (un tipo gordo y una mujer guapa) hablando por radio, y un enorme letrero debajo: Visiblemente más seguros.

A unos noventa metros, en la puerta de la tienda de electrodomésticos, un adolescente miraba fijamente los televisores, aún más ansioso por que volviese Ollie que el propio Theo.

Solo tardaría unos minutos. «Es más rápido que el puto Argos», solía decir Easy a sus clientes.

Theo mantenía un ojo puesto en su cliente, aunque no creía que fuese a irse a ningún sitio. Bailaba de un pie a otro, como siempre, retorciéndose las manos, con las mejillas chupadas de fumar la pipa más a menudo de lo que se acordaba de comer. Hacía seis meses, Theo tal vez se hubiera compadecido de él, pero ya no. Ahora solo necesitaba unos cuantos desgraciados más como aquel pasando su número de teléfono por ahí, haciendo cola para comprar, y haciendo que sus comisiones se disparasen.

Todavía estaba esperando para cerrar el trato cuando el Audi se detuvo en una de las calles secundarias de en frente.

Easy bajó y le llamó.

—Tenemos que reunirnos luego —dijo.

Theo miró atrás por encima del hombro, en busca de Ollie.

—Sí, lo que sea.

—Estamos listos, ¿me entiendes? Wave quiere hacerlo esta noche.

—Mierda, creía que aún tardaría, ¿sabes?

—Es esta noche, tío, así que prepárate, ¿vale? ¿T...?

—Estoy listo, tío —dijo Theo—. No hay fallo.

Easy sonrió de oreja a oreja y dio una palmada en el capó del coche. Tratando de evitar que su amigo viese en sus ojos algo que no debía estar allí, Theo miró por encima del hombro otra vez, como si solo estuviese vigilando, como si siguiese a lo suyo.

De repente, Easy detectó algo clavado en un árbol en la acera de en frente y cruzó. Theo le siguió y observó a su amigo mientras estudiaba el anuncio fotocopiado y sacaba el teléfono.

Theo miró lo que estaba escrito: un número de teléfono y una descripción, una foto de un perro extraviado mirando fijamente a la cámara, con los ojos en blanco a causa del *flash*. Él había tenido un perro cuando era pequeño, un chuchó con pinta de rata mucho menos bonito que aquel.

—¿Has perdido a tu perro, no? —dijo Easy mirando a Theo mientras hablaba por teléfono—. Pues lo tengo yo —asintió y dijo—: Cállate, ¿vale? Puedes recuperarlo por cinco mil libras, o mato al cabrón —escuchó y luego hizo una mueca, pulsó con fuerza el botón de colgar—. Ya lo han encontrado.

—¿Funciona alguna vez? —preguntó Theo.

—Una, pero la muy desgraciada me lo rebajó a quinientas —meneó la cabeza, asqueado—. Se supone que este es un país de amantes de los animales, tío.

—¿Va a haber discursos luego?

—Sí, lo normal, supongo —dijo Kelly—. Bob nos llamará pajilleros a todos y se quejará del reloj cutre o de la petaca grabada o lo que sea que vamos a regalarle.

—Para esperarlo con ansia —dijo Paul. Clavó su tenedor en un pastel de carne casi comestible y pensó en irse a casa desde la de Kelly a la mañana siguiente más temprano de lo que le había dicho a Helen, hacer algo con su sábado libre. Sería agradable aprovechar el día, salir de Londres, tal vez. Habían ido a Brighton en coche en varias ocasiones, en tren desde Victoria una vez, y siempre lo habían pasado bien.

Sintió vibrar el teléfono en el bolsillo de la chaqueta.

Por otro lado, había que adelantarse al tráfico para aprovechar bien el día, y lo más probable era que no estuviese en situación de levantarse temprano.

Sacó el teléfono y se lo colocó en el regazo, consultó la pantalla, luego se alejó de la mesa para atender la llamada.

—Era solo para comprobar cómo va todo —dijo Shepherd.

—Estupendamente.

—Llevamos un par de días sin hablar, así que quería asegurarme.

Paul cruzó las puertas acristaladas y entró en el vestíbulo, estudió los carteles de los tablones de anuncios mientras escuchaba. Shepherd sonaba alterado. Parecía ansioso por saber si su acuerdo seguía en pie, que Paul no había hablado de ciertas cosas. Paul le dijo que no tenía nada de qué preocuparse, pero que no era buen

momento para hablar. Dijo que le llamaría al día siguiente, y fijarían un momento para otra reunión.

Shepherd se rio.

—Me preocupo, eso es todo —dijo—. Ya me entiendes.

Paul volvió a la cantina, pensando que el día en que entendiese a tipos como Kevin Shepherd sería hora de dejarlo y hacer su discurso de jubilación. Vio a Kelly y le hizo unas señas, luego se acercó al mostrador para pedir café para los dos.

Un aparcamiento como es debido, de varios pisos o así, era implanteable, decidió Easy. Demasiadas cámaras. Había demasiadas por todas partes, pensó, grabando su culo y el de todo el mundo en el circuito cerrado de televisión veinticuatro horas al día. Era una de las primeras cosas que les enseñaban a los nuevos: cómo pasar la mercancía de forma que nunca se viese nada aunque toda la operación fuese captada por la cámara. Solo era cuestión de dejarse la capucha puesta, colocar el cuerpo en el ángulo adecuado y encontrar el punto ciego. Tras un tiempo tenía que salir de forma natural, como el mear.

Cogieron el metro ligero hasta Catford, encontraron una calle secundaria detrás del estadio de galgos clausurado sin ninguna cámara a la vista. Easy y SnapZ se quedaron en un lado de la calle y Mikey en el otro.

No tuvieron que esperar más de diez minutos.

El crío llegó trotando con una bolsa de deportes, como si viniese del gimnasio o así. En cuanto hubo abierto el cierre centralizado de su coche y lo rodeó para meter la bolsa en el maletero, SnapZ se puso delante de él y le preguntó la hora. Mikey estaba detrás con la navaja; fue Easy el que habló.

—Solo queremos las llaves del coche, así que no hace falta que hagas tonterías, ¿lo pillas?

La sorpresa pronto dio paso a la resignación en la cara del chaval y le entregó las llaves.

—Muy bien —dijo Easy.

El crío meneó la cabeza.

—Es un puto Cavalier, tío. ¿Para qué lo queréis?

—Cállate o te rajo —dijo Mikey.

Easy sonrió de oreja a oreja.

—La cartera también nos vendría bien, y ese móvil reluciente, ya que estamos.

Cuando les hubo dado lo que le habían pedido, Easy se dirigió lentamente hacia el lado del copiloto, dejándole la conducción a SnapZ. Llevarían el coche hasta uno de los guardamuebles de Wave, le pondrían una matrícula nueva y esperarían hasta más tarde. Hasta que fuese hora de recoger a Wave, y luego a la estrella del espectáculo.

SnapZ puso el motor en marcha.

—Coser y cantar —dijo Easy.

Mikey sacó del maletero la bolsa de deportes del crío, y la tiró a la acera antes de

meterse en el asiento de atrás. El crío la recogió y la estrelló contra la pared soltando un taco.

Seguía soltando tacos cuando el Cavalier se alejó.

Helen paró un momento en Old Kent Road, cogió una botella de vino tinto que sabía que le gustaba a Katie. Durante los escasos minutos que esperó para pagar, le molestó gastarse el dinero, repentinamente cabreada ante la idea de que Katie la hubiese invitado por compasión. Le entraron ganas de decirle lo mucho que *ella* la compadecía por tener a un flipado por novio, y el mismo patético deseo de ser popular que cuando iban a la escuela.

Para cuando volvió al coche, volvía a estar calmada, y se sentía no poco culpable. Decidió que, aún con lo desesperada que estaba por dar a luz, iba a echar de menos no poder achacar al embarazo sus violentos cambios de humor.

Empezó a llover mientras subía por Borough, y cobró fuerza mientras cruzaba el puente de Londres.

Esperaba que, en cuanto se hubiesen quitado la cena de en medio, Graham desapareciese en el desván, o donde quisiera que se dedicase a torturar animalitos, para que ella y Katie pudiesen sentarse a cotillear. Sería incluso más agradable si pudiese beber. Dos días antes, le habían dicho que la cabeza del bebé se había colocado y hubiera sido estupendo poder brindar con algo. No beber era algo que sin duda no echaría de menos de estar preñada. De hecho, en lo que a ella respectaba, podían ponerle una copa en la mano en cuanto cortasen el cordón.

Siguió en dirección norte hacia Dalston y Hackney, preguntándose si estaría mal visto incluir un trago de vino en su planificación post parto. Si la comadrona saldría corriendo a llamar a los servicios sociales.

Si compartiría esa primera botella con Paul.

Tras echar un vistazo en torno a la sala, Paul decidió que odiaba prácticamente a todos los que estaban allí. Por supuesto, una pinta o dos antes les había querido en igual medida, y había grandes probabilidades de que volviese a hacerlo si se bajaba unas cuantas más. La cerveza le afectaba mucho, haciéndole pasar de ser un gilipollas sentimental a un cabrón huraño con la misma rapidez que disminuía su capacidad para hilar una frase completa, con tanta frecuencia como tenía que abrirse paso hasta los servicios.

El agente que se jubilaba había dado su discurso y, aparte de recibir un juego de barómetro y reloj de pared en lugar de un reloj de pulsera o una petaca, todo había ido prácticamente como Gary Kelly había predicho. Paul había aplaudido y berreado con tanto entusiasmo como todos los demás. Ahora, al ver la multitud de relucientes trajes dando vueltas por la pequeña e insulsa sala, riéndose demasiado alto y bebiéndose las doscientas libras que habían pagado, supo algo.

Aun estando borracho, supo que quería algo más.

De ningún modo iba a conformarse con aquello cuando le llegase el momento. Quería dejarlo mucho antes de que nadie reservase una sala encima de un *pub* e iniciase una colecta para comprar alguna mierda en H. Samuel. Quería irse mucho antes, y estar bien establecido.

Cruzó la mirada con la de Gary Kelly, en el otro extremo de la barra, y puso los ojos en blanco. Kelly era un poli decente, pero no resultaba difícil imaginarle de pie en el lugar de Bob Barker dentro de veinte años. Ser bueno en el trabajo no bastaba ni remotamente, ni siquiera para los ambiciosos. Había que tener iniciativa, echarle huevos y mantener esa parte de uno a la que en realidad nada le importaba gran cosa.

Y había que mentir, mentir como quien respira.

Theo se sentó en el escaparate del Chicken Cottage de High Street como le habían dicho, con una caja de alitas delante y un periódico que no había abierto. Miró el reloj. Pasaba de la medianoche, la hora a la que Easy le había dicho que estuviese listo, y empezó a pensar que no iba a pasar. Que Wave había cambiado de idea o que había surgido algún negocio.

Tal vez nunca hubiese ido a pasar desde un principio.

Tal vez acudir y estar listo para hacerlo era el único examen y no había nada más. Se preguntó si Easy y los demás estarían observándole desde algún lugar ahora mismo, partiéndose el culo de él, esperando allí, como un imbécil. Cagándose.

Cogió una alita de pollo pero estaba fría, así que volvió a dejarla caer en la caja. Fuera empezaban a bajarse los paraguas conforme escampaba la lluvia. Había estado lloviendo y escampando gran parte de la noche, pero seguía haciendo calor y no se había traído la chaqueta, aunque Javine se había puesto en medio de la puerta para obligarle a cogerla.

Entonces, allí de pie, le dirigió una mirada que decía: *Espero que lo que vayas a hacer merezca la pena*. O tal vez su mirada solo dijese: *Te quiero, te veo luego*, y todo lo demás estuviese en su *cabeza*.

No tenía ni idea.

Sentía la cabeza hecha un lío: la meneaba al ritmo de la música que salía del altavoz que había encima de él, salsa o algo así, la giraba, intentando mantener la calma y pensar en cómo iban a ser las horas siguientes, la apoyaba en el cristal frío, imaginándose a sí mismo sacando el teléfono y llamando.

Diciéndole a Easy que estaba bien donde estaba. Que trabajaría más duro y echaría más horas. Que no necesitaba ascender.

Abrió los ojos al oír el claxon, miró hacia fuera y vio los faros a través del cristal empañado. No reconoció el coche, y tardó unos momentos en darse cuenta de que era Easy, sonriéndole como un imbécil desde el asiento trasero, con Mikey y SnapZ a uno y otro lado. Vio a Wave sentado al volante, inclinándose levemente hacia el lado para dar unas palmaditas sobre el asiento del copiloto y diciéndoles algo a los chicos de atrás luego.

Algo que les hizo reír a todos.

Theo asintió y se puso en pie, tomó un sorbo de su botella de agua. Cogió un puñado de servilletas al salir; ya empezaba a sudar.

Sintió la bofetada del aire frío al salir a la calle trastabillando con Kelly. Inspiró hondo varias veces, hinchó las mejillas y parpadeó lentamente.

—Muy bien —dijo Kelly—, ¿vamos a buscar un club o qué?

Paul miró su reloj con los ojos bizcos.

—¿Estás de broma?

Kelly indicó la acera de en frente con la cabeza. Ventanas tintadas y un cartel de neón que apenas emitía luz suficiente para iluminar la palabra: Masajes.

—Siempre podemos meternos ahí. Relajarnos un poco.

—Yo me voy a la cama —dijo Paul.

Se quedaron en silencio medio minuto, viendo pasar el tráfico. Soplaba una buena brisa y Kelly trataba de encender un cigarrillo. Se metió en un portal, levantó la chaqueta para darse el abrigo necesario y lo encendió.

—¿Vamos a buscar un taxi entonces? —preguntó Paul.

—Si tienes suerte... —Vieron pasar unos cuantos coches más—. Tal vez encontremos uno clandestino en la calle principal. Un minitaxi de Al Jazeera o así...

Paul tenía ganas de vomitar. Cerró los ojos unos segundos, esperó a que se le pasase.

—Mierda...

—Pasaremos un buen rato en mi casa —dijo Kelly.

Paul frunció el ceño.

—¿Me estás entrando, tío?

—En tus sueños.

—¿Estás seguro de que a Sue no le importará?

—Ya te lo he dicho, está fuera —dijo Kelly—. Podemos irnos a dormir, ir a desayunar al bar de la esquina, lo que sea.

Paul pensó que sonaba bien. Mejor que ver a Helen andar de puntillas a su alrededor, en cualquiera caso.

—Quedé en llamar a casa —dijo.

—Sí, será mejor. —Kelly tiró la colilla de su cigarrillo y empezó a cantar *Under My Thumb* mientras Paul rebuscaba el móvil en su chaqueta.

Paul susurró «que te den» mientras marcaba y esperó. Le salió el buzón de voz de Helen y dejó un mensaje.

Kelly avanzó por la acera, con los brazos estirados, todavía cantando. Paul guardó el teléfono y le siguió. Se unió a él con la parte que recordaba de la letra, los dos arrastrando las palabras como Jagger en un mal día mientras caminaban hacia el semáforo.

El deporte, en el sentido más amplio de la palabra, había acudido al rescate de Helen:

Graham añadió el amor por las partidas de dardos televisadas a su catálogo de rarezas y dejó a las dos mujeres solas la mayor parte de la noche.

Se sentaron en la ampliación del comedor y recordaron los viejos tiempos: antiguos profesores y compañeros de clase casi olvidados, soltando risitas y maldades como las chicas de trece años que habían sido una vez. Solían acabar hablando de la época del colegio, y Helen siempre se deleitaba en los recuerdos de un tiempo en que la responsabilidad era insignificante y las preocupaciones se limitaban a los exámenes de matemáticas y el maquillaje.

Esta noche, todo aquello parecía muy lejano.

Cuando Katie empezó a hablar de abrir una segunda botella de vino, Helen miró su reloj y se horrorizó al ver lo tarde que era. Eran casi las dos menos cuarto cuando por fin salió de allí, y le llevaría por lo menos una hora volver desde Seven Sisters, incluso a aquella hora de la noche.

Todavía habría bastante tráfico mientras los clubs y bares se vaciaban. Una noche de viernes/sábado por la mañana no existía tal cosa como una carrera fácil.

Oyó sonar su teléfono cuando pasaba por Stamford Hill Estate. Estaba en su bolso y, como no había ningún lugar adecuado para parar, dejó que saltase el buzón de voz. A esa hora solo podía ser Paul. Sonaron los tonos que indicaban que el remitente había dejado un mensaje. Imagino su contenido: *«Solo llamaba para darte las buenas noches. Espero que Graham no se pusiese muy gilipollas»*.

La oleada de cariño que sintió pronto fue engullida por la resaca de la culpabilidad y, mientras aminoraba para detenerse en un semáforo, pensó en algo que Katie había dicho en uno de los momentos menos estridentes de la noche: «En aquella época siempre sabías lo que querías. Lo tenías todo planificado. Hijos, marido, carrera, el lote completo. Era como si nunca dudases, y todas las demás sabíamos que lo conseguirías todo, porque al fin y al cabo siempre fuiste una tía con suerte».

Encendió la radio al bajar hacia Stoke Newington High Street, preguntándose a qué hora volvería Paul de casa de Kelly y lo resacoso que estaría. Estaba deseando contarle todos los detalles sobre Graham y su cuelgue con los dardos.

Le parecería divertido.

La noche es seca, pero la carretera todavía está grasienta por el chaparrón de hace unas horas, resbaladiza al ser engullida bajo los faros, y no hay demasiado tráfico sobre los socavones de la que probablemente es una de las grandes arterias peor cuidadas de la ciudad.

Es por la mañana, por supuesto, en sentido estricto, primera hora. Pero para las escasas almas que se dirigen a sus hogares, luchan por llegar al trabajo en la oscuridad o se dedican ya a sus asuntos de uno u otro tipo, se parece mucho a la noche, a altas horas de la condenada.

Noche cerrada...



Wave no se había dado ninguna prisa, se había tomado el trayecto hacia el norte desde Lewisham con calma, incluso había parado una vez después de cruzar el puente de Londres para comprarse una hamburguesa y algo de beber. Había parado como si fuese un pícnic familiar, se había limpiado el *ketchup* de las comisuras de la boca, mientras Theo se quedaba sentado a su lado, charlando con Easy, Mikey y SnapZ e intentando controlar el temblor de su pierna.

Justo antes de volver a poner el coche en marcha, Wave se había inclinado para abrir la guantera, y le había dicho a Theo que buscarse dentro.

Era un revólver del 38, de cañón corto y no demasiado pesado; de acero, con cinta adhesiva roja enrollada en la empuñadura. Theo lo había sopesado con la mano como si tal cosa. No era la primera vez que cogía un arma, pero sí la primera que sentía que lo era.

Easy había soltado un grito alborozado desde atrás.

—Te queda bien, T.

SnapZ había palmeado un redoble en el respaldo del asiento de Theo.

Wave había incorporado el Cavalier al tráfico. Había dicho:

—Vamos viento en popa.

Cruzaron la City, pasaron la estación de Liverpool Street y entraron en Kingsland Road a eso de las dos y cuarto. Wave dio unas vueltas, dobló a la izquierda justo antes del canal, y condujo el Cavalier alrededor del bloque un par de veces.

—¿Vamos a hacerlo o qué? —preguntó Mikey asomando la cabeza entre los asientos delanteros.

—Cuando yo esté listo —dijo Wave.

Mikey se ajustó la gorra y volvió a echarse para atrás, apretujándose entre Easy y SnapZ.

—Me parece bien, tío —dijo.

Theo respiró profunda y lentamente. Dejó el arma en el asiento, entre sus piernas, relajó las manos sobre la tela de sus vaqueros con disimulo, pero al volver a coger el arma, seguía notando la cinta adhesiva caliente y resbaladiza contra la palma de la mano.

Había empezado a llover otra vez. Wave puso en marcha los limpiaparabrisas. La goma de uno de ellos se había caído y Theo estiró el cuello, intentado ver a través de la mancha de color rojo eléctrico de agua y luces traseras.

—¿Qué, estamos emocionados, Estrella? —dijo Wave.

Theo asintió y fue lanzado hacia atrás de golpe cuando Wave pisó el acelerador repentinamente para pasar un cruce a toda velocidad; luego redujo, con los ojos fijos en la calzada, examinando el tráfico que venía de frente.

Se oyeron más gritos alborozados desde atrás, el estruendo de los pies golpeando las alfombrillas de goma. Easy se echó hacia delante.

—¿Qué dices, T?

Wave buscó con la mano detrás del volante y encendió los faros.

—Creo que *Theodore* acaba de cagarse por los pantalones —dijo SnapZ.

Theo parpadeó, vio aquella mirada de Javine. Volvió a respirar lentamente, aspirando el recuerdo del limpio olor de Benjamín Steadman, de su coronilla...

Easy se acercó a la oreja de Theo.

—Coser y cantar —le dijo.

Theo asintió.

Easy se estiró y palmeó el brazo de Theo, luego se estiró un poco más para acariciar el cañón del arma. Su sonrisa fue un tanto excesiva, había algo frío en su susurro:

—Ya conoces el *protocolo*...

## **Segunda parte**

### **Monigotes**

## Once

El inspector probablemente estaba un poco más hablador de lo que solía en un esfuerzo por evitar silencios incómodos, y la mayor parte de lo que decía iba dirigido a la mesa o, cuando se reclinaba en su silla, a las losetas descascarilladas del techo. No establecía demasiado contacto visual pero, desde luego, nadie le culpaba.

—Probablemente haya estado en mi situación usted misma —dijo.

—He tratado con gente con problemas bastante peores que el mío, sí eso es lo que quiere decir.

—Entonces, ya sabe cómo es.

—Le compadezco.

—No quería decir eso —dijo el inspector, sonrojándose—. Solo... Ya sabe que es complicado hablar del caso con un pariente.

—No estábamos casados.

—Aun así... tenemos buenas razones para no hacer esto normalmente. Comprenderá que probablemente no estaría usted aquí si no fuese de la Casa.

El despacho del inspector, que claramente compartía con alguien más, estaba en el tercer piso de Becke House, las oficinas centrales de la Brigada de Homicidios de la Zona Oeste. Había dejado claro que, como responsable de la investigación, el inspector jefe habría estado allí en persona si no estuviese en la oficina de prensa preparando una declaración. Los periódicos locales habían publicado la noticia de un accidente con víctimas mortales, pero ahora iban a hacerse públicos todos los detalles (el nombre de la víctima, la intervención de otro coche, los disparos) con la esperanza de atar algún cabo suelto. De que se presentase alguien con información.

—¿Ya están pidiendo ayuda?

La cara del inspector fue respuesta suficiente. Solo habían pasado dos días desde el accidente y la investigación ya se había dado de bruces con una pared.

—No tiene sentido que me ande con rodeos —dijo—. A alguna de esa gente le basta con que la mires mal para pegarte un tiro. Hablar con nosotros no es precisamente una prioridad para ellos.

—Sí, ya sé cómo funcionan estas cosas.

Era una soleada tarde de lunes, y en el despacho el calor empezaba a resultar incómodo. El sol calentaba los brazos de las sillas de plástico y sus mejillas, cayendo a chorros a través de las ventanas, sobre las paredes color magnolia y por los tablones de corcho, largamente descoloridos hacia un color crema sucio a franjas.

El inspector la miró a los ojos un momento, luego bajó la vista hacia su mesa.

—¿Cuándo sale de cuentas?

—Estoy de treinta y siete semanas, más o menos —dijo Helen—, así que, en realidad, puede ser en cualquier momento.

El inspector volvió a levantar la mirada, asintió, y dejó vagar los ojos otra vez por el archivo que reposaba sobre su mesa.

Farfulló un «Lo lamento». Ya lo había dicho unas cuantas veces.

—¿Lamenta mi pérdida? —preguntó Helen—, ¿o lamenta que mi hijo vaya a nacer sin padre?

*Habían pasado dos días desde el accidente...*

Dos días desde que Paul Hopwood había sido arrollado y muerto por un automóvil cuando se encontraba en una parada de autobús en Kingsland Road, en Hackney.

Helen pudo ver el bochorno en la cara del inspector y se arrepintió de haber sido tan incisiva. Tenía razón cuando le había dicho que sabía cómo eran estas situaciones, y, cuando ella había afirmado haber tratado con gente con problemas peores que el suyo, no lo había dicho por decir. Como agente de la Unidad de Protección de Menores, Helen Weeks había entrevistado a personas que habían perdido a sus hijos, o cuyos hijos habían sufrido abusos por parte de personas a quienes amaban y en las que confiaban. Aun así, sabía lo difícil que era ser quien hace las preguntas. Soltar los cansinos sermones. Miró al hombre que se sentaba frente a ella y supo lo mucho que deseaba salir de aquel despacho. Tenía cuarenta y tantos años, era moreno y de constitución robusta, con el pelo un poco más cano en un lado que en el otro. Aunque estaba comprensiblemente nervioso, su sonrisa era bastante cálida, pero ella tuvo la fuerte sensación de que no se trataba de un rasgo permanente. De que no era alguien a quien quisiese tener por enemigo.

—¿Ya sabe lo que va a ser? —preguntó—. ¿Niño o niña?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Tiene nombre?

—No.

Había olvidado el nombre del inspector prácticamente en cuanto se había presentado. Solo tenía una sílaba, eso sí lo recordaba. Le pasaba mucho en los últimos días. No asimilaba la información. Las palabras normales parecían no tener sentido, y se dispersaba durante las conversaciones.

Su cerebro estaba demasiado ocupado creándose imágenes: sangre y cristales rotos sobre la acera, ella y un niño cogidos de la mano ante una tumba.

—Creía que se suponía que eso de los faros era una leyenda urbana —dijo.

—Creo que lo era... —Le sonó el móvil. Lo cogió y estudió la pantalla, susurrando otro «Lo lamento» antes de rechazar la llamada y meterse el teléfono en el bolsillo de la chaqueta—. Creo que empezó en Estados Unidos, llegó aquí por Internet o algo.

Helen lo había oído por primera vez hacía unos años: un aviso para que la gente que cruzaba en coche ciertas zonas de la ciudad de noche no diese luces a los coches que no las llevaban. Una forma horriblemente arbitraria que tenían las pandillas para seleccionar «víctimas», de elegir el coche al que el candidato a entrar en la pandilla tenía que disparar. Probablemente fuese una leyenda, pero resultaba terriblemente plausible teniendo en cuenta cómo estaban yendo las cosas en esas zonas. Ahora

contaban con una hipótesis en la que, al parecer, al menos una banda había decidido que era una buena manera de poner a prueba a la savia nueva.

—Parecen cambiar estos ritos de iniciación cada vez que se cansan —dijo el inspector—, o cuando se vuelven demasiado fáciles. Hace un año o dos era echar amoníaco a la gente en la cara. Era popular entre las chicas jóvenes porque podían llevarlo en el bolso.

—¿Es una banda del norte de Londres, entonces? —preguntó Helen.

—No necesariamente. El coche fue robado en Catford —paró cuando salieron unos pitidos de su chaqueta. La persona que llamaba había dejado un mensaje—. Que hiciesen el tiroteo a este lado del río bien puede deberse a un asunto territorial, para hacer saber a otros que andan por aquí.

—Si es una guerra territorial, deben de saber qué bandas están implicadas.

—No está pasando nada que sepamos. Solo digo que no podemos dar nada por sentado.

—¿Pero saben con quién tienen que hablar?

—Obviamente, estamos en contacto con la Brigada Antidrogas. Están intentando llevarnos en la dirección adecuada, pero hay casi doscientas bandas en Londres y como le decía...

—No son muy comunicativas —dijo Helen—. Lo sé —se quedó pensando unos segundos—. ¿Qué hay del análisis forense?

—Habían quemado el Cavalier cuando lo encontramos, así que no creo que vayamos a encontrar mucho en él. Todavía están examinando el BMW.

—¿Dónde?

El inspector no la oyó o decidió ignorar la pregunta.

—Tenemos el informe preliminar, pero seguimos esperando el de balística —la miró—. Por supuesto, estamos haciéndolo a toda prisa, Helen.

Ella asintió. Por supuesto que sí. Siempre era así cuando había un agente implicado. Pero su pausa le decía que no esperaban descubrir gran cosa. Desde luego, nada que no supiesen ya. No habían faltado testigos oculares: del BMW dando luces, de los tiros disparados desde el Cavalier, del BMW girando hacia la acera y estrellándose contra la parada de autobús. Tenían horas, números de matrícula, unas cuantas descripciones vagas.

Aparte de quién era el responsable, el caso estaba clarísimo.

—¿Qué pasa con el resto de la gente de la parada de autobús? —preguntó Helen.

—Bueno, el subinspector Kelly, a quien creo que conoce, recibió algunos cortes y magulladuras. El otro hombre prácticamente igual. Los cristales salieron despedidos...

—¿Y la mujer del coche?

*¿Tenía los ojos cerrados al final, cuando lo atropelló? ¿Levantó los brazos para protegerse o vio la cara de Paul cuando voló sobre el capó de su coche, cuando destrozó el parabrisas y el parabrisas le destrozó a él?*

—También está bien, creo. Tiene la clavícula rota. Y bastantes golpes en la cara.

—¿Puede darme su dirección?

—¿Perdón?

—Me gustaría verla.

Él se reclinó en su silla, con una expresión sinceramente confundida.

—¿Por qué?

No tenía una respuesta fácil. El sol sobre su cara y su cuello se estaba volviendo insoportable. Se frotó la barriga a través de la tela del vestido.

—¿Qué se supone que debo hacer? Me siento... ir y venir, ¿sabe?, y no quiero limitarme a quedarme sentada preguntándome si tendré ocasión de enterrar a Paul antes de que nazca el niño. Necesito... algo que hacer. En realidad, no importa el qué.

El inspector se aclaró la garganta.

—¿Tiene a alguien que se quede con usted?

—El piso es demasiado pequeño. Mi padre y mi hermana entran y salen, pero, para ser sincera, prefiero tener un poco de espacio.

—¿Qué hay de los padres de Paul?

—Están en un hotel. Están... mejor allí, creo.

—¿Ha decidido lo del funeral?

Las palabras salieron a trompicones de ella sin que pudiese controlarlas.

—Sí, y creo que, desde luego, debemos hacerlo. Probablemente sea mejor, ¿no cree? Si no, va a empezar a apestarlo todo.

El inspector volvió a sonrojarse, pero ahora le tocaba a Helen disculparse.

—No se preocupe.

—Como si los cambios de humor no fuesen lo bastante malos antes de todo esto.

—Me refería a si había pensado si quieren una ceremonia oficial de la policía.

—En realidad no. Todavía no —había pensado en ello. Había decidido que, aunque ella prefería algo tranquilo, dejaría que decidiesen los padres de Paul. Suponía que, llegado el momento, probablemente se decantarían por los discursos, las banderas y los portadores con guantes blancos.

*Llegado el momento.*

La investigación forense de la muerte de Paul se había abierto y, de acuerdo con el procedimiento habitual, se había aplazado inmediatamente. Volvería a arrancar en cuanto se completase la investigación policial. ¿Quién sabía cuándo?

—Hablaemos con el forense e intentaremos que entreguen el cuerpo... a Paul, lo antes posible —dijo—, pero puede tardar otro par de semanas —llamaron y se asomó una cara por la puerta—. ¿Qué pasa, Dave?

Los ojos del hombre se dirigieron como dardos hacia Helen y volvieron rápidamente hacia el inspector.

—Tu sesión informativa empezó hace cinco minutos...

El inspector asintió y el hombre cerró la puerta.

—Lo siento, tengo que irme.

Helen empezó a levantarse pero él alzó una mano, se puso en pie y rodeó la mesa.

—Tardaré al menos quince minutos —dijo—. Probablemente más —echó un ojo al cuaderno azul que yacía en medio de su mesa—. Obviamente, todas las declaraciones, informes y demás están en el sistema, pero probablemente es usted como yo, que anoto un montón de cosas en la libreta —Helen no dijo nada—. La verdad es que no vale la pena que me la lleve —dijo—, seguramente la dejaré justo ahí, en la mesa, y ya sé que no hace falta que le diga que no debería mirarla mientras no estoy —caminó hacia la puerta.

—Comprendo —dijo Helen.

Se quedó sentada un minuto o dos después de que el inspector se fuese, le faltaba el aliento, luego salió al pasillo, donde sabía que había un dispensador de agua. Se sirvió tres vasos de papel. Luego volvió al despacho del inspector y abrió su cuaderno.

Su nombre estaba escrito al principio de la primera página. Helen pensó que le pegaba. Supuso que podía ser picajoso y difícil de sacarse de encima. Pasó las páginas perforadas hasta que llegó a una cuyo encabezamiento rezaba: Hopwood, 2 de agosto. El nombre estaba profusamente subrayado y había garabatos en la esquina de la hoja: casas y estrellas. Cogió un bolígrafo de su bolso, una hoja A4 de la mesa y empezó a apuntar cosas.



## Doce

Otras cien, ciento cincuenta libras a la semana. La posibilidad de aparcar el culo delante de la tele todo el día.

Una llave.

Un arma.

Eso era, le parecía a Theo, todo lo que había conseguido al «ascender». Las recompensas que le estaban esperando ese poco más arriba en el triángulo de Easy.

Y había habido algo más, algo un poco más difícil de definir y que daba mucho más miedo. Sabía que otros miembros de la pandilla lo llamarían «respeto», aunque a veces la palabra era pisoteada como un paquete de tabaco vacío, y le gustaban las miradas, los saludos con la cabeza. No tenía sentido fingir que no le gustaban, por parte de los que estaban donde él estaba ahora, y de los que seguían esperando su oportunidad. Se preguntaba si alguno de ellos tenía la menor idea de lo cagado que estaba aquella noche. Todavía estaba cagado. Imaginaba que muchos de ellos sí, creía haber visto algo conocido, algo compartido en algunas de aquellas miradas.

Lo que más miedo le daba de todo era tener que estar a la altura de algo.

—¿Estás viendo esta mierda, tío?

Theo sacudió la cabeza.

Mikey se apretujó junto a él en el sofá de vinilo rasgado y cogió el mando. Theo se quedó mirando la pantalla, viendo cambiar el canal cada pocos segundos: una mujer en una casa vacía, gente en cintas corredoras, coches, vaqueros, póker, un idiota pescando.

El volumen estaba bajo porque tenían que estar pendientes de la puerta.

Después de recorrer todos los canales dos veces, Mikey se quedó con un episodio de *Diagnóstico Asesinato*. Se recostó.

—Es el carroza de *Chitty Chitty Bang Bang*, tío. El cabrón está viejo...

El piso cuya llave había recibido Theo estaba al final de un rellano en la tercera planta del edificio, el bloque color zurullo que había en frente de donde estaban el piso del propio Theo y de su madre. Allí era donde Theo había pasado el último par de días, con Mikey y SnapZ o tal vez algún otro de los chicos, controlando el alijo y el dinero.

Aparte de la pantalla de plasma y de una PS3, no había gran cosa en el sitio. Algún que otro mueble desparejado en el salón. Los elementos básicos en la cocina: cubertería y una tetera, un microondas, unos cuantos platos y tazas en la alacena donde se guardaban las rocas envueltas en film de cocina y *tuppers* sellados.

El único dormitorio no tenía prácticamente nada más que la cama, con un saco de dormir estirado sobre el colchón desnudo, una pila de periódicos viejos y una lámpara enchufada a la pared, en una esquina. La caja de caudales metálica estaba escondida bajo una tabla del suelo suelta. Era responsabilidad de Theo asegurarse de que los billetes se transferían a la caja después de cada transacción, listos para que así los

recogiese por Wave al final de cada jornada.

—El alijo y la pasta —le había dicho Easy—. Ahora tienes responsabilidades, T.

Lo que Theo tenía en abundancia era tiempo para quedarse sentado y mejorar su juego en el Grand Theft Auto, para hablar de chorradas con Mikey o con quien fuese. Para llamar a Javine cuando le apetecía.

Demasiado tiempo para pensar.

—El mismo tipo que salía en *Mary Poppins* —dijo Mikey—. Debe de estar forrado, tío. ¿Qué necesidad tiene de hacer esta mierda?

Se suponía que no tenía que morir nadie.

Dos tiros en la *parte de atrás del coche*. Ese era el trato, no hacer daño a nadie y largarse con el trabajo hecho. Joder, ¿qué hacía la puta imbécil asustándose y pegando aquel volantazo como si hubiese chocado o algo? Subiéndose a la puta acera y lanzándose sobre aquella gente, provocando todo aquel lío.

Joder. Joder. Joder.

—No pasa nada —había dicho Easy, pero no era él el que tenía el arma en la mano, ¿verdad?

Theo no sabía más sobre el hombre de la parada de autobús que lo poco que había salido en el periódico. Un reportaje de treinta segundos en *London Tonight*, imágenes de cómo remolcaban el BMW. No sabía su nombre, si estaba casado, si tenía hijos, nada. Pero sabía que debería seguir vivo, y que la poli se tomaría las cosas mucho más en serio porque no era así.

La pandilla también se lo había tomado más en serio, se tornaban a Theo más en serio. Aquellos saluditos y miradas, como si hubiese ascendido mucho más de lo que pretendía. Como si hubiese dado un gran paso, de camello a pez gordo de la banda.

Se dio cuenta de que Mikey se levantaba, buscaba la pistola de la mesa y le decía:

—¿Estás sordo o qué?

No había oído la puerta.

Cogió su arma (no la que había usado tres noches antes, de la que Wave ya se había deshecho) y fue hasta la puerta principal. Volvió a sonar el golpe, haciendo un ruido metálico contra el refuerzo de metal. Miró el monitor de la pared y la imagen de la cámara montada sobre la parte de afuera de la puerta.

Ollie miró a la cámara, luego se acercó al interfono.

—Venga, joder —levantó un par de billetes de veinte libras—. El tipo quiere dos, tío. Las necesita rápido, ¿me entiendes?

Theo se quedó mirando la imagen. Las rastas de Ollie parecían prácticamente plateadas en la imagen granulosa en blanco y negro. Notaba la pistola caliente y pesada al final del brazo.

—Déjale entrar de una puta vez, tío —dijo Mikey.

Theo descorrió los cerrojos y abrió la puerta para dejar pasar a Ollie.

Helen puso uno de los viejos discos de Queen que tenía Paul mientras limpiaba.

Subió el volumen, y se puso a cantar. Pasó la aspiradora por todas partes, moviendo los muebles más ligeros para limpiar debajo y utilizó vinagre en todos los espejos y cristales. Vació el frigorífico y lo limpió, repasó todas las paredes y los armarios de la cocina. Se habría puesto a gatas para hacer el suelo pero sabía que sería como tirarse sobre una pelota saltarina.

Cuando terminó estaba sudando y se sentó delante de la televisión hasta que oscureció. Sintió que el bebé se movía y daba vueltas en su interior e intentó llorar.

No es que no supiese que a menudo eso era lo que sucedía, que las lágrimas podían ser lo último en llegar. Había visto cómo podía afectar a un montón de gente, el modo en que incluso la propia noticia tenía un efecto diferente en cada persona. Les había visto gritar, reír o lanzar insultos. Muchas veces solo había silencio, una puerta que se cerraba... al menos delante de los demás. Así había sido en su caso: se había sentado en la cama buscando a tientas la luz cuando el teléfono había sonado a las cuatro y media de la mañana del sábado.

Había escuchado, y había sentido que algo se apagaba lentamente en su interior.

Sabía que las lágrimas tenían que llegar en algún momento, pero se preguntaba si limpiar lo que ya estaba limpio y restregar superficies hasta dejar las manos en carne viva podía considerarse una forma de duelo. Se preguntaba por qué había pasado tanto tiempo llorando como una niña los últimos meses pero era incapaz de derramar una sola lágrima cuando lo deseaba tanto.

Como si las hubiese malgastado todas.

Jenny le había traído una olla de sopa el día antes (era una cocinera fabulosa, encima de todo lo demás) y en cuanto terminó de comer y limpiar, se sentó con la bolsa de plástico que había traído de Becke House.

Los efectos personales de Paul: el traje y la camisa que habían devuelto del Instituto Forense, zapatos, calcetines, ropa interior, un maletín y un paraguas, la cartera, las llaves del coche y el teléfono móvil. Lo colocó todo ordenadamente sobre la mesa, dobló la camisa para ocultar las manchas de sangre del cuello e intentó tomar decisiones.

Llevaría el traje a la tintorería y luego lo donaría. Tenía que organizar toda la ropa de Paul lo antes posible. Elegir algo que ponerle cuando llegase el momento.

Su traje azul y una camisa blanca. Tal vez su uniforme de gala, si eso era lo que querían los demás.

Cogería las llaves del coche e iría a Kennington a la mañana siguiente.

Traer el coche de Paul.

Pensar en venderlo, quizá.

El móvil se había apagado. Fue a buscar el cargador que estaba enchufado en el lado de la cama de Paul y lo puso a cargar. La última llamada había sido la que le había hecho a ella mientras volvía de casa de Katie, alrededor de una hora antes del accidente.

El mensaje que había escuchado veinte o treinta veces desde entonces.

«Soy yo. Nos vamos a casa de Gary... estamos intentando encontrar un taxi o un bus nocturno o algo». Se oye cantar al fondo, luego alguien gritando. «Cállate. Lo siento... es Kelly haciendo el imbécil. Te veo mañana por la tarde, ¿vale?». Más gritos, luego las risas de ambos. «Bueno, más bien por la noche...».

Sabía sin lugar a dudas qué cara estaba poniendo cuando había dicho eso.

Parpadeó y volvió a ver su cara, pálida y sin expresión, flotando sobre la sábana blanca en la sala del depósito de cadáveres. Le habían peinado el pelo. Su madre se había acercado y había pasado los dedos por él, había dicho que siempre había odiado ir demasiado arreglado.

Observó el icono del sobre en la esquina de la pantalla, miró y vio que había un mensaje de texto sin leer. Lo abrió.

Un mensaje de «Frank» recibido el día antes:

*¿Comida china la semana que viene? F.*

La madre y el padre de Paul habían hablado de poner una esquela en el periódico, pero nadie había sido capaz de decidir cuál. Habían hecho unas cuantas llamadas, le habían pedido a la gente que transmitiese el mensaje y, entre ellos y Helen, la noticia probablemente había llegado a la mayoría de los amigos más cercanos de Paul. Ya había considerado consultar su agenda, intentar localizar a todas las personas con las que Paul había podido perder el contacto, o con las que ella no tenía contacto. Le pareció tan buen momento como cualquier otro.

Marcó el número.

—¿Paul? —Una voz tranquila, con acento de Londres.

—¿Es Frank?

—¿Quién es?

—Lo siento... me llamo Helen. Soy la novia de Paul. —Hubo una pausa. Helen estaba a punto de volver a hablar.

—Sé quién eres.

Helen se quedó un poco sorprendida, aturullándose con las palabras más de lo que lo habría hecho de otro modo.

—Mire, siento molestarle... tener que molestarle, pero quería informarle de que Paul murió este fin de semana.

—No jodas.

Fue un acto reflejo: natural pero no por ello menos turbador, el poder de su negación.

—Lo siento mucho —esperó oyéndole respirar unos segundos, hasta que decidió que no iba a decir nada más—. He visto que había dejado un mensaje y...

—¿Cómo falleció?

—Hubo un accidente de tráfico.

—¿Dónde? ¿Qué clase de accidente?

—Preferiría no...

—¿Iba Paul conduciendo?

—No, le... atropellaron —miró las cosas de Paul sobre la mesa. También había una mancha de sangre en uno de los zapatos—. Mire, como le decía, vi el mensaje. Solo quería...

—Disculpa mi vocabulario de antes.

—No pasa nada.

—No. Es imperdonable.

De repente su tono se había vuelto casi melodramático, y Helen se preguntó cómo le sonaría ella a él. ¿Tranquila? ¿Fría, incluso?

—Escuche, sé que es Frank, pero no tengo ningún apellido.

—Linnell —dijo.

—Bien.

Lo dijo otra vez.

—Con acento en la segunda sílaba.

Ella se inclinó para coger un bolígrafo y papel de su bolso.

—Todavía no hay fecha, ya sabe, para el funeral, pero si me da una dirección puedo informarle de los detalles cuando los sepamos —volvió a esperar, hasta que empezó a creer que había colgado; oyó una tos y una serie de lloriqueos—. Así que, si no le importa...

—Yo te llamaré —dijo.

La comunicación se cortó.

## Trece

Mientras conducía desde Kennington, podía oler a Paul en el coche: sus cigarrillos y su sudor. Era evidente que había estado fumando mucho más de lo que dejaba ver y sintió que se enfadaba con él. Había latas vacías por el suelo, envoltorios de Kit-Kat y restos de papel.

—Y tu coche es un puto desastre —dijo.

En la comisaría había estado ansiosa por entrar y salir rápidamente. Había mostrado su tarjeta de identificación en recepción y había corrido al aparcamiento con la cabeza baja. Casi había logrado salir limpiamente, acababa de cerrar la puerta del coche, cuando el sargento de custodia apareció ajetreado. Le había visto unas cuantas veces en el *pub*, y siempre le había parecido bastante agradable.

En todas las comisarías había uno como él: duro como una roca y blando como la mierda.

—Helen, espera...

Bajó la ventanilla del coche.

—Solo quería decirte lo mucho que lo sentimos todos. Dios... —Frotó algo en el techo del coche—. No podíamos creerlo.

—Gracias —no recordaba su nombre. ¿Harry? ¿Henry?

—Sucedió de un modo tan... absurdo, ¿sabes?

—Ya —aunque no podía ver cómo habría sido menos absurdo ser apuñalado por un borracho o volado por los aires en un tren del metro.

—Mira, los chicos están organizando una pequeña colecta...

Ella asintió, por supuesto que la estaban organizando. Amor y matrimonio, pescado con patatas, polis muertos y colectas. No sabía bien qué esperaba, que dijese, así que se limitó a decir «gracias» y encendió el coche.

El sargento la vio dar marcha atrás y girar, le dijo adiós con la mano cuando salió del aparcamiento.

La policía metropolitana tenía una serie de garajes a ambos lados del río. Había uno en Hammersmith, oculto tras unas cancelas de metal azul, en una calle secundaria que daba a Fulham Palace Road. Helen aparcó y fue andando hasta el taller principal. Era una mañana cálida y las puertas estaban abiertas. Varias personas trabajaban fuera, en los vehículos (dos Saabs de la policía destrozados y un Mercedes con la puerta del copiloto hundida), mientras, dentro, un grupo de tres hombres examinaba un bloque de motor en torno a una mesa como si estuviesen tratando de descifrar uno de los manuscritos del Mar Muerto.

El local era como cualquier otro garaje, aunque quizá un poco más limpio y sin calendarios de chicas. Había tornos y fosos, bancos y estantes con herramientas, garrafas de gasolina e instrumentos de corte colocados a lo largo de una pared; junto a la otra había unas escaleras que daban a lo que Helen imaginó que serían oficinas y laboratorios de ingeniería con equipos de alta tecnología para labores más delicadas.

Mostró su identificación a uno de los hombres que trabajaba en el Mercedes y le dio el nombre del responsable de la escena del crimen que estaba buscando. Le indicó el grupo que estaba estudiando el motor y Helen se dirigió a un hombre robusto que llevaba un mono azul y una gorra de béisbol sucia.

Volvió a enseñar su placa.

—Quiero ver el BMW plateado —dijo—. Del caso Hopwood.

Roger Deering era el responsable de la escena del crimen cuyo nombre había copiado del cuaderno del inspector, junto con la dirección del garaje y algún que otro dato más. La acompañó hasta una zona donde había tres coches alineados cubiertos con unas fundas. Tiró de la funda del coche de en medio.

—Aquí tiene...

Helen caminó lentamente alrededor del BMW, consciente de que Deering la estaba observando. La parte delantera del coche estaba abollada, con el capó cerrado. Lo miró fijamente. Era imposible saber qué parte de los daños era producto de la pared con la que el coche había chocado finalmente, y cuál de Paul.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó Deering.

El parabrisas había estallado y se había hundido hacia dentro. Se arqueaba hacia el interior del coche como una rejilla de cristal. No había nada de sangre.

—A decir verdad, casi he terminado con este —dijo—. Tal vez le resulte más útil hablar con el investigador de tráfico.

En los accidentes de tráfico con víctimas mortales en los que la muerte se consideraba sospechosa, el responsable de la escena del crimen asumía las funciones que normalmente correspondían a un agente de policía que investigaba la escena del crimen. Como muchos otros investigadores forenses, el responsable de la escena del crimen no era agente de policía y no podía testificar en el juicio. Era responsable del examen forense del coche: tomar muestras, huellas y restos de pintura y colaborar con otros expertos científicos si era necesario. Una vez hecho esto, un investigador de tráfico (normalmente un agente de tráfico con formación especial) se hacía cargo de la reconstrucción del accidente. Luego se desmontaba el vehículo para poder analizar adecuadamente los frenos y la caja de cambios, para que el cuerpo desmembrado del coche pudiese contar su historia.

Toda una autopsia.

Helen se acercó a la puerta trasera que tenía más cerca y la abrió. Habían quitado el asiento trasero y las alfombrillas. En el suelo todavía había cristales de la ventana por la que habían entrado los tiros.

—Hemos sacado una bala del paso de rueda y otra de la puerta opuesta.

Helen dio un respingo. No se había dado cuenta de que Deering se había movido detrás de ella. Se giró para mirarle.

—Están en balística —dijo—. Así que habrá que esperar a ver. Del treinta y ocho, diría yo.

—Tampoco es que vayan a encontrar el arma —dijo Helen.

—Cierto, cierto —asintió y soltó una risa extraña, como una tos sofocada.

Helen se descubrió apoyándose en el coche, retirándose un poco de la mirada de Deering. Se sentía como si prácticamente la estuviese estudiando.

—¿Por qué no vamos a tomar un té? —dijo él.

La llevó a la planta de arriba, a un pequeño despacho. Los archivadores parecían de antes de la guerra y los dos ordenadores estaban grises por la mugre. Helen se sentó en un sillón de respaldo rígido apoyado contra la pared mientras Deering fue por el té. Volvió rápidamente con dos tazas y un paquete abierto de galletas integrales. Helen cogió una y él acercó otra silla.

—¿Es usted su novia, verdad? —dijo—. La novia del tipo al que atropellaron.

Ella levantó la vista para mirarle, con la boca llena de galleta.

Un gesto de la cabeza indicando su barriga respondió a la pregunta no formulada.

—Alguien dijo que su pareja estaba encinta.

Sonrió al oír la palabra, no se la había oído a nadie aparte de su abuela. De repente notó un leve resquicio del nordeste en el acento de Deering.

—¿Ha visto lo que venía a ver? —le preguntó.

—Solo quería ver el coche de la mujer —se encogió de hombros, como si le pareciese perfectamente razonable. Él asintió como si estuviese de acuerdo, pero aun así, ella se preguntó qué estaría pensando—. ¿Ha encontrado algo?

—Nada que no esperase encontrar. Las balas, obviamente. Un poco de sangre de la señora Ruston en el asiento delantero —la miró por encima del borde de su taza—. Era la conductora.

Helen asintió. Era otro de los nombres que había sacado del cuaderno.

—Creo que el *airbag* no se desplegó hasta que el coche chocó con la pared. Se rompió la nariz durante el... primer impacto.

—Cuando atropello a Paul, quiere decir.

—Correcto.

Helen tomó un sorbo de té y Deering hizo lo propio.

—Todavía no lo he puesto todo por escrito —dijo—. Prefiero ensuciarme las manos, si le digo la verdad.

—Como la mayoría de nosotros.

—Cierto, cierto.

Se quedaron en silencio unos diez, quince segundos. Deering se quitó la gorra y Helen vio que estaba prácticamente calvo por arriba. Le sorprendió, puesto que tenía mucho pelo por los lados y no podía tener más de cuarenta años. Se terminó el té y le dijo.

—Esto es un poco incómodo.

—¿Por qué?

—Es como si creyese que puedo decirle algo. Ya sabe, algo que la haga sentirse mejor. Pero lo cierto es que ni siquiera sé a qué velocidad iba el coche.

—No he venido por eso.



—Como le decía, le vendría mejor hablar con el investigador de tráfico.

—No pasa nada, de verdad.

No estaba simplemente intentado hacer que se sintiese mejor. Comprendía de qué hablaba, pero había cosas que en realidad no sentía que necesitaba saber.

No había visto el informe de la autopsia y no pensaba hacerlo. No sabía si Paul había muerto inmediatamente. Sabía que ya se había ido cuando llegó al hospital, que llevaba un tiempo muerto cuando recibió la llamada. Eso le bastaba.

Si había sufrido o había luchado, sus últimas palabras, ese tipo de información no podía ayudar a nadie, estaba segura. Aunque por otra parte, tal vez desarrollase un deseo irrefrenable de saber esa clase de cosas más adelante. Tampoco tenía la sensación de estar haciendo ninguna de las cosas que se suponía que debía hacer, al menos, no en el orden habitual. Desde luego, no podía explicar por qué había querido ver el coche.

Por qué no estaba en casa, hecha un ovillo, sollozando.

Sonó el teléfono, y aunque Deering lo ignoró durante unos segundos, sus mejillas se ruborizaron. Pasó el pulgar y el índice por el borde de su gorra.

—Será mejor que siga trabajando —dijo. El inspector le había dicho prácticamente lo mismo. Empezaba a ser obvio que las viudas en avanzado estado de gestación no eran la más relajante de las compañías.

—Yo también.

—¿Tiene una tarjeta o algo?

Le dio una y Deering la acompañó abajo. Señaló los dos Saabs destrozados al salir.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Una persecución a unos adolescentes drogados por gran parte de Essex —dijo Deering—. El conductor no salió del lío. Un agente joven con un par de hijos.

Cuando volvió a meterse en el coche de Paul, Helen se descubrió preguntándose dónde guardaban todos los guantes blancos para portar féretros.

Easy llegó al piso franco anunciando que había traído el almuerzo. Theo abrió la bolsa e hizo una mueca.

—Que te den, Jamie Oliver —dijo Easy—. Esta es la carne de calidad, tío, los pinchos, ¿vale? No iba a traer la mierda esa del *doner kebab*, ¿no? Eso no es más que morro de cerdo, tripas y mierdas.

Dejaron a Mikey tirado en el sofá y se fueron a comer a la cocina. Easy llevaba un chándal rojo y un par de cadenas nuevas, unas muy pesadas que a Theo le gustaron mucho. Decidió que igual se compraba unas al terminar la semana.

—Tienes que hacerlo, tío —dijo Easy—. ¿Por qué si no te dejas el culo trabajando? Te llevaré a ver a un tipo que conozco, te hará buen precio.

Cuando terminaron de comer, Theo recogió los platos y el periódico, puso la tetera. Easy se quedó en la mesa liándose un peta.

—¿Estás seguro de que Wave se deshizo del arma? —dijo Theo.

Easy se pasó el Rizla por la lengua.

—¿A qué viene eso ahora?

—¿Tú qué crees?

—¿Todavía sigues con lo de la parada de bus?

—Joder, ¿no has visto la policía extra que anda por ahí? —Easy se encogió de hombros y se encendió el porro—. ¿Crees que es casualidad?

—Respira hondo, T. Mantén la calma —Easy abrió mucho la boca, dejó que el humo acre saliese lentamente y se elevase—. Nadie está haciendo preguntas.

Mikey gritó desde la otra habitación.

—¿No me vais a dar un poco?

Easy le pasó el porro a Theo, que lo cogió, agradecido, y le dio una profunda calada. Cualquier cosa que le hiciese relajarse era buena idea. Llevaba tres noches sin dormir bien y, con el cansancio unido a todo lo demás, acababa peleándose con Javine sin razón alguna. Gritaba al bebé, cosa que sabía que era una locura, y que solo llevaba a más discusiones. Cada vez le ponían más nervioso las multitudes y los ruidos fuertes. Empezaba a costarle concentrarse, pensar en el negocio.

—¿Entonces, el arma...?

—Wave dice que la ha eliminado. Él la encontró y la ha vuelto a perder. Punto.

Ambos sabían que Wave tenía primos jóvenes, de doce y trece años, y lo más seguro era que los utilizase para guardar armas de fuego. Era una táctica bastante común. Los niños... los niños de verdad, tenían menos posibilidades de ser pillados con armas, y no se verían ante una sentencia mínima de cinco años si lo eran. Los tipos como Wave no llegaban a donde estaban sin tenerlo todo calculado, sin hacer las cosas bien.

—No quiero que un crío de diez años ande pasando el chisme por ahí a cambio de golosinas —dijo Theo—. Es lo único que digo.

Easy se rio, cogió otra vez el peta.

—Se ha deshecho de ella, T, ya te lo he dicho. Tienes que confiar en mí con esto, ¿vale?

Theo le miró fijamente. Era otra de las cosas que habían cambiado desde el viaje de ida y vuelta a Hackney. Recordó cómo se había portado Easy con él aquella noche: las miradas y las risas desde el asiento de atrás, las idas y venidas con Wave y SnapZ, soltándole pullas y haciéndole de menos. Había habido algo... duro en él, y cruel. Theo le había visto comportarse así con otra gente cuando había sido necesario, sabía que Easy tenía un carácter retorcido, pero no con él, no hasta entonces.

Se lo había echado en cara nada más volver. Easy y los demás iban puestos aquella noche, mientras que Theo solo esperaba que la adrenalina dejase de recorrer su cuerpo, como si estuviese subido en una montaña rusa acojonante de la que estaba deseando bajar.

Easy se había reído y le había dicho:

—No es más que palabrería, tío. Solo intentaba mantenerte alerta y listo para el tema, ¿me entiendes? Sigues siendo mi Estrella, T.

Ahora Easy le miraba desde el otro lado de la mesa a través de una cortina de humo, con aquella sonrisa formándose lentamente mientras la maría iba haciendo su trabajo.

—Te necesito para una cosa —dijo.

—¿Qué?

—Una pequeña colecta. Poca cosa.

Theo extendió los brazos.

—Ahora tengo que cuidar de esto, tío.

—Eso está arreglado.

Theo cogió lo que quedaba del porro.

—Wave se lleva un buen pellizco de lo que saco, así que le parece bien —dijo Easy—. SnapZ se queda cuidando la pasta un rato y tú te vienes conmigo. Y la semana que viene te compras tres cadenas bien chulas, ¿me entiendes?

—¿Cuál es el tema?

Ahora la sonrisa mortal se había desplegado del todo.

—Esto sí que es coser y cantar —dijo. Estiró una mano para tocar la cara de Theo—. Y lo único que necesito es un chico con esa cara bonita e inocente que tú tienes.

Theo se echó hacia atrás, apoyando la silla en dos patas, pensando que era una gilipollez. Que, aunque no lo fuese, la cara era lo único que le quedaba.

—Te llamaré para decirte qué y cuándo —dijo Easy.

Se giraron al oír que llamaban con urgencia y vieron a Mikey saltar e ir hacia la puerta. Se oyó una conversación amortiguada a través del interfono, y unos segundos más tarde entró SnapZ embistiendo en la cocina, meneando la cabeza, con una sonrisa de oreja a oreja y tirando la primera edición del *Standard* sobre la mesa.

Theo vio el titular y sintió el vómito ascendiendo por su garganta.

SnapZ no se molestó en quitarse los auriculares y la música que salía de ellos era como un insecto furioso zumbando por la cocina. Tamborileó con los índices sobre el periódico y luego los apuntó hacia Theo.

—Ahora eres un pez gordo, T —dijo—. Un gánster de la hostia, de verdad —cogió lo que quedaba del porro de entre los labios de Theo, le dio una calada y echó el humo. Señaló el periódico con la cabeza, gritando mucho más de lo necesario—: Has matado a un poli...

## Catorce

Frank Linnell intentaba volver para el almuerzo tan a menudo como podía; disfrutaba la oportunidad de relajarse una hora o dos en pleno día, y le alegraba que Clive le echase un ojo a las obras del *pub*.

Había cogido el periódico de camino a casa.

Sentado en el despacho de la planta baja, había leído la noticia completa dos veces: el sumario de la primera página y el reportaje completo, que ocupaba otras tres páginas interiores; la columna con la respuesta del Inspector Jefe y un llamamiento para solicitar información; el editorial que condenaba la impactante pérdida y exigía que se hiciese algo con las bandas de narcotraficantes de la ciudad.

Había soltado una lágrima o dos la noche anterior, cuando la novia de Paul le llamó. Ahora derramó unas cuantas más y se tomó algo fuerte antes de leer la historia por tercera vez. Lo echó todo fuera para poder empezar a pensar con claridad.

A través de la puerta abierta vio a su hermana Laura bajar por las escaleras de camino a la cocina. Le gritó que iría en un minuto y retomó la lectura.

Ahora estaban los dos solos, su madre había muerto hacía dieciocho meses en el sótano que él había convertido en un piso de abuelita. Solos él y Laura, haciendo ruido en aquella casa grande de Blackheath. Pero Frank era bastante feliz. Conocía algunas de las estupideces que se decían sobre su situación doméstica (a sus espaldas, por supuesto, siempre a sus espaldas), pero hacía mucho que no le importaba lo que pensasen los demás, y el arreglo le iba estupendamente.

Cuando se estaba yendo, su madre le había animado a que arreglase el piso del sótano y lo alquilase, pero no necesitaba el dinero, y no quería extraños cerca. No le agradaba la intromisión. Una chica rusa venía a limpiar cuando él no estaba, y una mujer llamada Betty se pasaba los lunes en la cocina preparando comida suficiente para toda la semana, dejaba el congelador lleno de empanadas y guisos, platos de pasta y tartas de frutas.

Claro que no le hacía ningún bien a su peso.

No necesitaba a nadie más por allí, nunca le faltaba compañía. Siempre andaba alguno de los chicos por allí para hablar de negocios y cosas así; y, en ocasiones, semanas interminables si había algo serio, Clive prácticamente vivía allí. Incluso cuando las cosas estaban tranquilas, no tenía más que llamar por teléfono para contar con algún compañero de copas o alguien con quien ver algún programa de televisión.

Fuera lo que fuera lo que dijese o pensase la gente, a él le funcionaba. Y, como a Frank le gustaba decirle a Clive, o a cualquiera a quien le estuviese comiendo la oreja, era «demasiado viejo y feo para cambiar las cosas ahora».

Encendió el reproductor de CD (algo de Elgar que le gustaba) y miró fijamente la portada: «Un agente de policía identificado como la víctima del tiroteo de pandilleros. La tragedia se desencadenó por dar luces».

Había una foto de la parada de autobús donde había sucedido: el almacén de

metal destrozado y trozos de cristal apilados como hielo en el sumidero. Había una cinta de la policía y un cartel que decía Accidente junto a la calzada. En las páginas interiores se habían recreado los acontecimientos en una serie de esquemas simples, como viñetas: un monigote apuntando con un arma desde la ventanilla del Coche A, y el momento del impacto representado con una línea dentada donde la parte delantera del Coche B chocaba con las piernas de un segundo monigote sobre la acera.

Ahora comprendía por qué la novia había sido tan vaga con respecto al «accidente» cuando le había llamado, pobre chica. Sonaba agradable, pensó. Tampoco esperaba que Paul estuviese con alguien que no fuese agradable.

Escuchó la música unos pocos minutos más, cerró los ojos y pensó en la mejor forma de proceder. El modo de resolver las cosas con rapidez. Pensó en monigotes arrodillados, suplicando, y luego retorcidos en zanjas, con agujeros en sus cabezas perfectamente redondas.

Luego fue hasta la cocina, pensando en descongelar una lasaña si le quedaba alguna.

—¿Le acusarán de asesinato cuando le cojan?

—Intentarán acusarle de asesinato, probablemente consigan acusarle de homicidio.

—Creo que sigo sin acabar de entender la diferencia.

—Pero no van a cogerle —dijo Helen.

Había quedado con Jenny en un Pizza Express de Waterloo. Su hermana parecía ansiosa por hablar de la investigación, de todos los pelos y señales, tal vez pensando que, al estar relacionado con el trabajo, a Helen le resultase más fácil tratar ese asunto que otros.

—Estoy segura de que están haciendo todo lo que pueden —dijo Jenny.

Helen estudió la carta, se decidió por una American Hot con extra de jalapeños y un huevo pasado por agua. Pensó en la salmonela y decidió que quizá el huevo no fuese tan buena idea.

Era ligeramente más fácil pensar en la investigación que en qué ataúd iba a elegir para Paul. Pero no daba mucho de sí. Con tan pocos progresos, no había mucho que decir, y la limitada comprensión de los procedimientos policiales por parte de Jenny tendía a limitar un poco la conversación.

Helen era más consciente de lo habitual del escaso interés que su hermana siempre había mostrado por su trabajo. Tenía la sensación de que, en cierto modo, Jenny encontraba de mal gusto lo que hacía. Como si los sórdidos relatos sobre abusos y familias desestructuradas solo pudiesen mancillar su familia perfecta, la imagen de todos ellos que tenía en la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó Jenny.

Tampoco era que la propia Helen fuese ajena a la negación, por supuesto. Exhibió la misma sonrisa que llevaba haciendo aparecer como un conejo blanco drogado los

últimos días.

—No demasiado mal.

—¿Cómo está el bebé?

—En su punto, creo —Helen se dio unas palmaditas en la barriga—. De hecho, ha sido una bendición. Es difícil pensar demasiado en las cosas cuando estás vomitando o con ganas de hacer pis todo el rato —las palmaditas se convirtieron en una friega—. Además, tengo alguien más en quien pensar, ya sabes.

—Puede que no sea el mejor momento, pero quería preguntarte si habías vuelto a pensar en lo de acompañarte en el parto —Jenny estaba jugueteando con su servilleta—. Quiero decir, evidentemente ahora...

—He tenido que resolver otras cosas, ¿sabes?

—Ya lo sé, pero puede pasar en cualquier momento, Hel.

—La *pizza* picante puede provocarlo.

—En serio. Hasta pensé que... ya sabes, con la impresión.

—Sentí algunas punzadas —dijo Helen. Recordó el pánico abriéndose paso entre el aturdimiento, quedarse sentada de madrugada después de la llamada, esperando a que Jenny llegase y la llevase al depósito de cadáveres—. En cualquier caso, tendría una buena anécdota que contar al niño.

—Tienes que pensar en ello —dijo Jenny.

Helen le prometió que lo haría y le hizo una seña al camarero para indicarle que estaban listas para pedir.

—Quería decirte: ¿crees que a Tim le gustaría pasarse por casa y ver si quiere parte de la ropa de Paul?

Jenny cogió el agua con gas.

—Echar un vistazo antes de que me deshaga de las cosas —el marido de Jenny era un poco más grueso que Paul, pero Helen suponía que habría muchas camisas y chaquetas que podrían servirle.

—Vale...

A Helen le resultaba obvio que Jenny estaba nerviosa e incómoda.

—Lo creas o no, Paul tenía algunas cosas bonitas —dijo—. Sé que era un capullo desaliñado la mayor parte del tiempo... —Dejó la frase sin terminar al ver el alivio en la cara de su hermana cuando el camarero se acercó a la mesa.

Pidieron y Helen retomó la explicación de la diferencia entre el asesinato y el homicidio.

Frank comía en la mesa de la cocina, mientras que Laura se apoyaba en la encimera y daba cuenta de un plato de pan sueco y queso. Después de unos minutos, ella le preguntó qué pasaba y él fue a buscar el periódico al despacho.

Lo dejó caer delante de ella y clavó el dedo en el titular.

—Ese es Paul —dijo—. Paul.

Ella recorrió la portada rápidamente.

—Dios, Frank, lo siento.

Volvió a sentarse a la mesa, cogió su tenedor y la observó mientras leía. En realidad era su hermanastra, pero esa era una distinción que nunca había preocupado a Frank. Hacía años que tenían una relación cercana, pero ahora ella ya no era una parte de la vida de su madre y, puesto que nadie sabía si el padre que compartían estaba vivo o muerto, su relación era más cercana que nunca.

Laura era la única familia que Frank tenía, la única que probablemente tendría nunca, pero le bastaba. Tenía veintitrés años, treinta menos que él y era... delicada. Esa era la palabra que siempre le venía a la cabeza a Frank si pensaba en ella el tiempo suficiente. Hermosa, evidentemente, y mucho más lista que él (eso debía de haberlo heredado de su madre, imaginaba) pero sin duda era fácil herirla.

Necesitaba que la cuidasen, le gustase o no.

Cuando Laura levantó la cabeza del periódico, estaba pálida. Aquella mañana se había recogido su larga melena; la sujetaba con lo que a Frank le parecían unos palillos chinos.

—Es terrible —su voz era aguda y suave, sin acento—. No sé qué decir. Es... fatídico —sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no intentó enjugarlas.

—No es fatídico —dijo Frank—. No se puede hacer nada contra lo fatídico.

—No puedes hacer nada contra esto.

—Eso ya lo veremos.

—No puedes recuperar a Paul.

Frank se adonde estaba ella. Volvió a mirar el periódico, los sencillos esquemas en blanco y negro.

—Esto no puede quedar así —dijo—. No puede quedar así.

—Deberías pensar las cosas un poco —dijo ella.

—Paul también era tu amigo.

—Lo sé.

—Recuerdas cómo le conocí, ¿no?

Ella asintió.

—Por favor, no hagas ninguna tontería.

Todavía no sabía qué iba a hacer, no concretamente. Por supuesto, llamaría a Clive (siempre empezaba así) y pensarían algo juntos. Elaborarían un plan de negocio, como siempre.

—Prométemelo —dijo Laura.

Frank cogió el periódico y lo tiró a la papelera. Se imaginó más monigotes infelices con sus boquitas abiertas, sorprendidos, zigzags atravesando las líneas rectas de brazos y piernas, y chorros de rojo cruzando los cuadrados de su diminuto mundo en blanco y negro.

Llevó su plato al lavavajillas, abrió la puerta y se inclinó.

Dijo:

—No te preocupes.

## Quince

Aparte de unos minutos que había empleado en pulirse los restos de la sopa que Jenny le había hecho, Helen tenía la impresión de haber pasado la mayor parte de la noche al teléfono. Jenny había llamado solo unos segundos después de su llegada a casa, luego Katie le había dado un toque. La madre de Paul quería saber si había tenido alguna noticia más sobre la entrega del cuerpo, y su padre la había llamado para recordarle que tenía una cama preparada por si alguna vez le apetecía.

Aunque agradecía que tanta gente se preocupase por su bienestar, había descolgado el teléfono. Pero lo había vuelto a colgar casi de inmediato, tras decidir que Jenny y Katie eran lo bastante histéricas como para enviarle a la policía imaginando que habría hecho alguna tontería.

Y de todas formas, había soñado con que Paul llamaría.

No estaba segura de cuándo lo había soñado, si estaba medio despierta o completamente dormida en ese momento, pero la sensación-recuerdo era potente; el sentimiento de euforia al coger el teléfono y oír su voz.

*«Debe de haber una probabilidad entre un millón: una persona con el mismo nombre que yo en esa parada de autobús.»*

*Aunque es agradable saber que todo el mundo estaba tan afectado, claro. ¿Cómo está el bebé, por cierto?».*

Sabía que ese tipo de pensamientos no eran inusuales, la sensación de que la persona que había muerto entraría bailando por la puerta en cualquier momento. Era una cosa a medias entre la negación y la oración, suponía Helen, y sintió alivio por que al menos una de las cosas que sentía fuese normal.

Pero las lágrimas seguían sin aparecer.

Había bajado al aparcamiento, había limpiado el coche de Paul y había metido en bolsas todo lo que había en el suelo y el maletero. Acababa de entrar por la puerta principal cuando el teléfono volvió a sonar. Respiró profundamente antes de cogerlo.

—¿Helen? Soy Gary.

Se sintió culpable por no haber hablado con Gary Kelly desde el accidente. Sabía que era absurdo culpar a nadie salvo al tirado que había disparado el arma, pero eso no había impedido que lo hiciese, no había impedido que las ideas irracionales se apoderasen de ella.

Si la imbécil del coche no se hubiese dejado llevar por el pánico.

Si Paul hubiese estado lo bastante sobrio para reaccionar con mayor rapidez.

Si no se dirigiesen a casa de Gary.

Le preguntó cómo estaba y él le dijo que estaba mejor. Que la baja que le habían dado era más por compasión que médica y que volvería al trabajo a la semana siguiente. Le preguntó cómo estaba ella, luego empezó a llorar antes de que pudiese responder.

Todos menos yo, pensó Helen.



—Es culpa mía —dijo él.

—No.

—Le pedí que se quedase... porque no quería ir solo a casa. Habría reaccionado más rápido de no haber estado tan borracho.

—Paul también estaba borracho —dijo Helen—. Era bastante obvio cuando me llamó. Parecía contento, Gary. ¿De acuerdo?

—Me apartó, ¿lo sabías?

—Sí, lo sé —a Helen le habían contado lo que había dicho ver un testigo de la parada de autobús. Cómo los dos hombres estaban juntos, de pie, y cómo el que había muerto había empujado a su amigo momentos antes del impacto. Helen escuchó los sollozos del amigo de Paul, y no pudo evitar desear que hubiese sucedido al revés.

Cuando Kelly dejó de llorar, hablaron de cuestiones prácticas unos minutos. Le preguntó si quería decir algo en el funeral y él le dijo que sería un honor. Le habló de la colecta que estaban organizando en la comisaría y le dijo que había decidido donar todos los fondos a alguna organización benéfica de la policía. Kelly le dijo que lo organizaría.

—Si necesitas cualquier cosa —dijo—, tienes todos mis números, ¿no? Simplemente llámame si se te ocurre alguna otra cosa. A cualquier hora.

Helen le dio las gracias.

—De hecho, hay una cosa. ¿Te dice algo el nombre de Frank Linnell?

Llevaba todo el día dándole vueltas a la conversación telefónica de la noche anterior. Sentía que se tensaba cada vez que pensaba en ella y no entendía por qué. No tenía idea de quién era Linnell, ni de qué conocía a Paul, pero tal vez un amigo y compañero de trabajo como Gary Kelly lo supiese.

Lo que sí sabía era que, en las semanas previas a la muerte de Paul, ella no había sido ninguna de las dos cosas.

—¿Por qué quieres información sobre Frank Linnell?

Había algo en la voz de Kelly que le molestó, y la mentira le salió con facilidad.

—Ya sabes, se te mete un nombre en la cabeza y no tienes ni idea de dónde lo has oído.

—Probablemente sea mejor que se quede en tu cabeza —dijo Kelly—. Frank Linnell no es precisamente alguien a quien quieras acercarte.

—Ahora sí que necesito saber.

Aunque Kelly nunca había trabajado activamente en la Unidad contra el Crimen Organizado, sabía lo bastante para ofrecerle una historia abreviada: los ambientes del sudeste de Londres que controlaba la organización de Linnell, la lista de imputaciones que nunca se sostenía, los métodos utilizados para hacerse con contratos para sus diversas empresas de construcción y promoción inmobiliaria.

—No es el tipo más agradable del mundo, ¿sabes?

—De acuerdo, gracias...

—¿Estás haciendo algún trabajillo de incógnito para los de Crimen Organizado,

entonces? —se rio—. Es una tapadera buenísima.

—¿El qué?

—Todo el rollo del embarazo. Desde luego, me tenías bien engañado.

Helen también se rio, pero fue un esfuerzo.

—No era más que un nombre que alguien mencionó, creo. Debió de ser Paul, supongo. Aunque él nunca tuvo mucho que ver con esas cosas, ¿no?

—Por lo que yo sé, no. Pero, si te digo la verdad, los últimos meses no tenía ni idea de a qué se dedicaba.

—¿Perdona?

—Solo estaba un poco... distraído, creo. Con lo del niño y todo lo demás.

—¿Qué quieres decir con lo de a qué se dedicaba?

Kelly se mostró reacio, pero Helen insistió hasta que le habló de la cantidad de tiempo que Paul había pasado fuera de la comisaría. Sus vagas explicaciones cuando le preguntaban. Lo que le había dicho sobre un caso antiguo que le estaba dando algunos problemas. Aunque Kelly no llegó a decirlo, Helen pudo oír en su voz que no se había creído ni una sola palabra.

—Estoy segura de que tienes razón —dijo Helen—. Probablemente estaba distraído.

—A Paul no le gustaba que la gente supiese sus cosas —dijo Kelly—. Y está bien, supongo. Creo que tenía más cosas en la cabeza que los demás, eso es todo.

No dijeron mucho más después de eso y, cuando hubo colgado el teléfono, Helen se fue al cuarto de baño. Se duchó, se sentó en el cubículo para afeitarse las piernas. Intentó cantar al ritmo de uno de los discos de REM de Paul mientras se preparaba para irse a la cama, pero no recordaba las letras. Cuando el CD se acabó cuarenta minutos más tarde, ella seguía sentada en el borde de la cama, con una camiseta y el pantalón del pijama, preguntándose qué era lo que Paul tenía en la cabeza exactamente.

Y por qué lo que fuese tenía que ver con Frank Linnell.

Frank estaba solo viendo la tele en la cocina, cuando Clive llegó; hacía varias horas que no veía a Laura. Cogió la chaqueta de Clive y lo condujo por el largo pasillo que salía del recibidor. Pasaron por delante del gimnasio que Frank había mandado instalar el año anterior y salieron al jardín de invierno.

Le gustaba sentarse allí fuera por las noches, con un vaso de vino y un libro de crucigramas. O, si estaba Laura, sentarse juntos y relatarle su día, tal vez pedirle consejo sobre alguno de los edificios que estaba construyendo. A ella se le daban bien esas cosas, aunque siempre le decía que había otros aspectos de su negocio que preferiría que se guardase para sí.

—Cuesta creer —dijo Clive— cómo suceden las cosas.

—En eso tienes razón —dijo Frank.

Frank no le había hablado a Clive de la muerte de Paul cuando se enteró por

Helen. Había pensado que sería mejor mantenerlo como un asunto privado, y bien podría haber continuado así de no haber sido por las revelaciones del periódico. La forma en que Paul había muerto lo había cambiado todo.

Se quedaron de pie el uno al lado del otro, mirando el jardín. Había faroles cada cincuenta centímetros o así a lo largo del sendero y en la mayor parte de los parterres, lanzando su luz hacia los árboles. Una gruesa línea de luces más pequeñas recorría la valla y el borde de un enorme cobertizo que había en la esquina.

—Estaba pensando en aquella tarde que vino al *pub* —dijo Clive—. Cuando entró aquel crío, ¿te acuerdas?

—Por supuesto. ¿Por qué?

—Por nada. Uno siempre piensa en la última vez que vio a alguien, ¿no? Cómo estaba y todo eso.

Frank había pensado mucho en aquella tarde desde que se había enterado de la muerte de Paul. No se habían peleado, no exactamente, sin embargo, Paul se había ido disgustado. Frank sabía que había hecho bien en negarse a colaborar con él, pero aun así deseaba que las cosas hubiesen sido diferentes.

—¿Entonces, cómo vamos con eso?

—He estado tanteando un poco por ahí desde que me llamaste, y toda la gente con la que he hablado. Creo que nos estamos acercando.

—¿Tenemos nombres?

—Como dice el periódico, nadie sabe siquiera si es una pandilla del norte o del sur del río.

—No debería ser demasiado difícil.

Clive asintió, mostrando su acuerdo.

—Es un proceso de eliminación.

—Necesito que centres toda tu atención en esto.

—No te preocupes, sé que es importante.

—Los *pubs* no se van a ir a ningún sitio —dijo Frank—. No es el fin del mundo si terminamos las reformas con un día o dos de retraso.

—Si todo va bien, podemos empezar a retorcer orejas mañana.

—A primera hora —dijo Frank.

No dijeron nada durante quizá un minuto. El sonido de las voces en la televisión bajaba por el pasillo desde la cocina.

—¿Has visto a los zorros últimamente? —preguntó Clive.

Frank asintió. Había estado vigilando ansiosamente: un par de zorros se habían mudado a su jardín, y sospechaba que habían construido una madriguera debajo del cobertizo. Le dijo a Clive que había llegado un punto en el que ya no les molestaban las luces activadas por el movimiento que inundaban el césped cada vez que lo cruzaban.

—La otra noche me senté y los estuve observando durante media hora —dijo—. El muy jeta vino hasta aquí mismo —señaló—. Echó una meada contra una de esas

macetas.

—Qué bueno —dijo Clive, riendo.

Frank estaba pensando en ese momento, un minuto o así después de que el último zorro volviera a desaparecer entre los arbustos, en que las luces se apagasen. Cuando el jardín volviese, en un segundo, a la casi total oscuridad. Imaginó a los jóvenes en el coche, conduciendo por ahí a oscuras y esperando a que algún idiota bienintencionado les diese luces.

Como le había dicho a Laura, no podía permitir que aquello quedase así.

—¿Necesitas que me quede? —preguntó Clive.

Frank sacudió la cabeza y dijo:

—Necesito que hagas más llamadas. Algunas de las personas que saben de esto apenas acaban de levantarse.

Minutos después de que Clive se fuese, los focos del jardín se encendieron. Frank miró afuera, pero no pudo ver nada. A veces no había nada que ver. A veces, no era más que una araña gateando por uno de los sensores. Pero Frank se quedó vigilando de todas formas.

Theo se había quedado en el piso franco hasta más tarde de lo normal, remoloneando por el dormitorio después de que llegase uno de los chicos asiáticos para el turno de noche, y pasando de allí al servicio durante una hora o así hasta que oscureció y las cosas estuvieron más tranquilas fuera, hasta que dejó de temblar y cagarse.

Se puso la capucha y bajó a paso rápido hasta el Dirty South, en Lee High Road. El bar se llamaba Rose of Lee antes de que él se mudase a Kent, era una sala de conciertos pequeña, decente, a la que habían dado un toque más sofisticado mientras había estado fuera.

Algunos de los grupos no eran demasiado buenos, pero solía haber un DJ que pinchaba algo de *break-beat* y *grime* decente y algunas caras de la pandilla que se quedaban hasta tarde, tomándose la última de camino a casa o la primera si iban a salir toda la noche.

Era su local, aunque con cierta frecuencia algún idiota de los Ghetto Boys o unos cuantos capullos de Kidbrooke entraban como si no lo supiesen e intentaban montar algo. Siempre había que estar preparado para eso.

Theo se sentó en uno de los viejos sofás desgastados que había junto a la puerta, con Ollie y otro de los camellos, una chica de catorce años llamada Cospel, que Ollie estaba desesperado por follarse. Nadie decía gran cosa, miraban la pantalla gigante o la mesa de billar. Tras un par de copas volvieron a casa de Ollie y fumaron un rato, hasta que la gente empezó a adormilarse y Theo supo que era hora de irse a casa.

Cruzó la urbanización de vuelta a su piso.

Al pasar junto a los críos del garaje, uno de ellos levantó la barbilla y le dijo:

—¿Qué hay, T?

Los demás le saludaron con la cabeza. Theo les devolvió el saludo y siguió

andando, oyendo sus susurros detrás de él, sirenas en algún lugar en la distancia, con la sensación de que algo se retorció en su interior, como la carne sobre el mostrador del carnicero.

«*Ahora eres un pez gordo, T. Has matado a un poli*».

Easy no había dicho gran cosa después de la llegada de SnapZ, pletórico y encantado con la noticia. Theo pudo ver que hasta él estaba un poco alterado. Dudaba que SnapZ y Mikey lo hubiesen notado, pero Theo conocía lo bastante bien a Easy como para ver cómo intentaba disimularlo, quitarle importancia a todo el asunto. Chasqueando la lengua y mirando su reloj. Mirando de soslayo el periódico.

Mierda, si *Easy* estaba nervioso...

Theo empezó a subir las escaleras de piedra hasta el tercer piso, sus pasos resonaban contra los escalones, el pasamanos de metal, frío bajo la palma de su mano.

«¡*Dios!*». En el rellano, estuvo a punto de tropezar con alguien que bajaba. Ambos dieron un paso atrás. Theo miró y reconoció al viejo que vivía a dos puertas de su madre. Relajó los puños y se bajó la capucha.

—¡Theodore! Me has dado un susto de muerte.

Theo farfulló una disculpa, vio que el hombre iba a bajar la basura. Las bolsas le habían parecido alas o algo así en la penumbra y habían asustado a Theodore tanto como al viejo.

—¿Quiere que se las baje?

No tuvo que preguntárselo dos veces, y le dijo que era un orgullo para su madre mientras volvía a subir trabajosamente las escaleras.

Theo soltó un taco por lo bajo mientras volvía a bajar. Odiaba acercarse a las grandes papeleras metálicas del bajo. Odiaba el olor y el ruido de bichos correteando detrás de ellas. Pero el pobre viejales tenía cara de llevar las bolsas llenas de piedras.

A unos tres metros de las papeleras, Theo se detuvo y tiró adentro las bolsas, luego se dio la vuelta mientras la segunda todavía caía estrepitosamente y volvió a subir las escaleras de dos en dos. Esperó junto a la puerta de su piso, agarrando las llaves con el puño para que no hiciesen ruido. Se apoyó contra la puerta y escuchó. Oyó el llanto ronco del bebé a través del tabique de escayola.

No podía enfrentarse a ello.

Cambió un juego de llaves por otro mientras bajaba dos plantas a saltos y avanzaba por el pasillo. Sabía que su madre y su hermana llevarían un buen rato en la cama, que no tendría que hablar con nadie. No tendría que fingir que todo iba bien y hablar de esto y de lo otro cuando se sentía como si todavía se estuviese despertando de algo.

Como si lo peor todavía estuviese por venir.

Abrió la puerta de casa de su madre y entró sin encender ninguna luz. Se tiró en el sofá, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Helen no había dormido casi nada. Había empezado a quedarse dormida una o dos veces, pero se había dado cuenta de que no había apagado la luz, de que el teléfono estaba sonando otra vez y no acabó de dormirse del todo. Finalmente, se había rendido.

Eran casi las tres de la mañana. Se hizo un té y encendió la radio, escuchó a otros insomnes que llamaban para intercambiar insultos con un presentador furioso mientras se mantenía ocupada. Cogió las bolsas de plástico que había llenado con lo que había en el coche de Paul y lo volcó todo sobre la alfombra. Tiró las latas vacías, los envoltorios y los paquetes de tabaco a la papelería e intentó clasificar todo lo demás.

Gafas de sol, GPS, cintas y CD variados, guías de carreteras y herramientas del maletero, papeles arrugados.

«Creo que tenía más cosas en la cabeza que los demás...». Dispuso todos los papeles sobre la mesa con cuidado. Los alineó todos con esmero, luego los organizó en grupos: recibos de gasolineras y supermercados, tiques de aparcamiento, trozos de papel con nombres y números de teléfonos garabateados.

Entonces recordó que el teléfono había sonado cuando intentaba dormir en vano. Comprobó el contestador.

—Espero no molestar, solo quería decirle que fue un placer conocerla antes —un suave acento del nordeste—. Perdona... soy Roger Deering, por cierto. Debería haberlo dicho. En cualquier caso, en realidad solo he llamado para decirle que si necesita algo... por favor, no dude en llamarme. Si se agobia o lo que sea. Sé que no es fácil, así que... aunque solo le apetezca charlar un rato.

Dejó su número, le dijo que podía llamarle a cualquier hora y añadió: «Con Dios».

Helen volvió a la mesa, pensando que su primera expresión sobre el responsable de la escena del crimen había sido bastante acertada, que era un tipo decente, pero también consciente de que su capacidad para interpretar a la gente se había resentido tanto como el resto de ella. Había clasificado a Deering como un tipo bastante agradable, luego un poco asqueroso, luego agradable otra vez, todo ello a los cinco minutos de conocerle.

Se terminó el té y se quedó mirando los trozos de papel, los colocó en fila donde correspondía, los estiró. Dejando vagar sus ojos sobre ellos, pensó en lo que Gary Kelly le había dicho.

Lo de Frank Linnell. Todo lo demás...

«Solo estaba un poco... distraído».

Lo de que Paul se guardaba sus cosas para sí, lo de que no iba a la oficina cuando debía, lo de que no era claro sobre lo que estaba haciendo exactamente. Sintió un extraño alivio por no ser la única que se había topado con su silencio.

La única a la que había mentido.

«... los últimos meses no tenía ni idea de a qué se dedicaba». Sí, se había establecido una distancia entre ellos desde que Paul había descubierto lo de su aventura, desde que habían existido dudas sobre quién era el padre del niño. Pero, si era sincera consigo misma, Helen tenía la impresión de que había algo más que la simple ira y los celos sexuales. Ahora no tenía sentido no ser franca.

Parecía claro que había cosas que Paul no le había contado, no porque no le apeteciese, sino porque no podía.

En la radio, una mujer hablaba sobre el calentamiento global y el locutor sugería que podía tratarse de una gigantesca teoría de la conspiración. Helen se preguntó si debía coger el teléfono a primera hora de la mañana y llamar a algunos de los números que Paul había apuntado.

«Hola, probablemente esto le resultará extraño, pero mi novio acaba de morir y sé que debería estar pensando en otras cosas, pero su número estaba en un papel que había en su coche y... bueno, básicamente soy una puta cotilla, así que...».

Se fijó en que dos de los tiques de aparcamiento eran del mismo lugar: un aparcamiento público de Brewer Street, en el Soho. Colocó los recibos juntos e intentó pensar por qué habría ido Paul al West End.

Una tarde de viernes, luego la noche del viernes de la semana siguiente. Quince días antes de su muerte.

Fue a buscar su agenda y comprobó las fechas, hizo memoria y se dio cuenta de que el segundo viernes había sido la noche que Paul había vuelto tarde con el aliento oliendo a ajo. Recordó que se había quedado acostada fingiendo estar dormida y se había preguntado si estaba viendo a alguien. Que se había engañado a sí misma diciéndose que había salido con gente del trabajo.

Hacía mucho tiempo, cuando todavía acababa de salir del cascarón, había salido de copas con un viejo borrachuzo de la Brigada de Homicidios con demasiados años a sus espaldas. Después de varias pintas, había empezado a hablarle de la realidad, de lo extraño que era tratar con muertes violentas.

Helen jamás lo olvidó.

—La cuestión es que solo llegamos a conocer a esa gente después de su muerte, después de que los pobres capullos hayan sido asesinados de un tiro, una puñalada o lo que sea. Ni siquiera conocemos su aspecto, no en realidad. No conocemos sus expresiones, ni cómo caminaban o hablaban, no sabemos cómo eran. A veces averiguamos mierda de todo tipo, revolviendo por todos los rincones. Llegamos a saber cómo eran realmente, aun cuando no lo pretendamos. Y a veces, también las personas con las que convivían.

Helen cogió los dos tiques de aparcamiento y los llevó a la mesa que había junto a la puerta principal. Volvió a colocarlos uno junto a otro, preparados para la mañana. Luego apagó la radio y volvió al dormitorio.

Diez minutos más tarde, acostada a oscuras, dijo:

—¿A qué coño juegas, Hopwood?

## Dieciséis

El centro de seguimiento del CCTV que cubría la mayor parte del West End tenía su sede encima del Trocadero, un centro comercial y complejo de entretenimiento situado entre Coventry Street y Shaftesbury Avenue. Mientras tres pisos más abajo la gente se dejaba el sueldo en máquinas matamarcianos y camisetas de «I ♥ London» o, un poco más lejos, en cualquiera de los diversos placeres que Oxford Street, el Soho y Leicester Square tenían que ofrecer, una empresa de seguridad privada pagada por el ayuntamiento de Westminster vigilaba y grababa sus movimientos para la posteridad. O, a veces, como pruebas.

Una vez hubo ido al servicio, Helen mostró su placa en recepción y rellenó un formulario detallando las fechas y lugares de los que quería ver imágenes. Había pasado por el proceso antes, sabía que tardarían unos quince minutos en arreglarlo. Había un par de revistas para leer mientras esperaba, reproducciones de cuadros de Kandinsky en las paredes para mirarlas si le apetecía.

Era una soleada mañana de jueves. Caminó hasta la ventana, disfrutando del sol sobre su cara mientras contemplaba Picadilly Circus, al otro lado de la calle, los árboles de Green Park apenas visibles en la distancia.

—¿Agente Weeks?

La mujer que salió del ascensor y dijo el nombre de Helen era probablemente más joven de lo que parecía. Por el bien de la mujer y de todos los que la conocían, Helen esperó que no fuese tan desgraciada. Se levantó con dificultad del sofá y examinó la expresión de la mujer.

Las reacciones de la gente ante su embarazo (los toqueteos, los consejos no solicitados, los comentarios condescendientes) solían ser mal recibidos. Sin embargo, a Helen le resultó desconcertante ver a alguien tan visiblemente indiferente, que la mirase como si estuviese... alardeando.

Sonrió e intentó no juzgarla. Tenía contacto diario con personas que no podían tener hijos, o que los habían perdido antes de nacer, de bebés y mayores, por las drogas, los abusos o la violencia. Sabía que había mucha gente por ahí para la que su barriga prominente sería cualquier cosa menos hermosa.

—Hubiera estado bien que nos avisase con más tiempo.

Vaya, era una puta amargada...

Fueron en silencio hasta el último piso y Helen fue conducida a la sala de visionado. El suelo enmoquetado y las losetas de la pared absorbían la mayor parte del sonido y la mujer levantó la voz un tono o dos, cosa que no era agradable:

—Dígame cuándo y le pondré la primera cinta.

Seguían llamándolas «cintas» aunque todas las grabaciones se almacenaban ahora en discos duros, con memoria suficiente para muchos miles de horas. Esto implicaba que la mayor parte de ellas podían guardarse durante meses y, en algunos casos, años, antes de ser borradas.



Helen asintió y la mujer empezó a aporrear el teclado.

Había tres pantallas grandes que mostraban imágenes de las tres cámaras más cercanas a la ubicación que Helen había indicado. Una estaba colocada directamente sobre la rampa de entrada del aparcamiento y Helen sabía que habría imágenes de Paul entrando, apenas minutos antes de que la escena que estaban viendo ahora fuese grabada.

Viernes, 11 de julio, 13.12 h.

Miró fijamente la pantalla que ofrecía la mejor perspectiva: desde una cámara en el lado opuesto de Brewer Street y a unos seis metros a la derecha de donde ella estaba mirando. Sabía que no tendría que esperar demasiado. La hora exacta estaba impresa en el tique y, casi con toda certeza, Paul saldría a la calle un minuto o así después.

Miró abajo mientras cambiaba de postura en la silla y, cuando volvió a mirar, allí estaba. Cruzó una puerta gris que había junto a la entrada principal, se detuvo un segundo para orientarse y luego caminó hasta la acera.

Helen se sintió un poco mareada. Miró a su alrededor para ver si había una jarra de agua en algún sitio, molesta por si iba a tener que pedir una.

—Parece un fulano chungo —dijo la mujer.

A las 14.15 h del 11 de julio llovía en abundancia. En la pantalla, el agua caía en líneas oscuras por la imagen granulosa en blanco y negro. Helen no podía distinguir la expresión facial de Paul, pero le vio allí de pie, con su traje azul, encorvándose en la lluvia y no pudo encontrar demasiadas razones para discutir la afirmación de la mujer.

Había solicitado las imágenes de varios puntos de CCTV más de la zona para poder seguir a Paul en cualquiera de las direcciones que tomase desde el aparcamiento, seguirlo de cámara en cámara según avanzaba. Finalmente, no fue necesario.

Vio detenerse al taxi negro y a Paul acercarse a él. Vio la puerta abierta y a Paul intercambiando unas palabras con el pasajero de la parte de atrás antes de entrar. El taxi se alejó rápidamente. Al desplazar sus ojos hacia la última pantalla de la derecha, Helen lo vio desde otro ángulo, dirigiéndose directamente hacia la cámara, antes de sobrepasarla y salir de plano.

—Muy bien —dijo—. Póngame la siguiente —buscó un caramelo mentolado en el bolso, mientras la mujer preparaba la segunda grabación. Presionó la mano contra su pecho y la vio temblar.

Oír la voz de Paul en su teléfono móvil había sido bastante difícil, pero verle era un golpe más duro. Había algo en el silencio y la calidad de la imagen: descompuesta y cubierta de sombra. Algo en la observación de vidas pasadas colándose en el presente.

Ahora miró a la mujer, a sus dedos moviéndose con facilidad por las teclas. Probablemente, estaba decidiendo qué comer en el almuerzo, a dónde ir en

vacaciones, si comprarse los zapatos que llevaba semanas deseando.

Convocando a un fantasma bajo petición como si tal cosa.

—Aquí tiene...

Viernes, 18 de julio, 19.33 h.

Paul salió por la misma puerta gris y esperó; miró su reloj; caminó de un lado a otro por la estrecha franja de acera.

—El mismo tipo —dijo la mujer.

—El mismo.

—¿Es a ese al que busca?

Helen le observó allí de pie, con esa postura absurda suya, con un pie cruzado por encima del otro. Le vio tirarse de los puños de la camisa para sacárselos de la manga, comprobar su reflejo en un escaparate, luego girarse al oír llegar el taxi. Lo vio de inmediato.

—Debe de tener pasta, metiéndose en taxis por todas partes.

—¿Puede volver a ponerme el final del primer trozo? —preguntó Helen—. ¿Congelarme la imagen del taxi?

Cuando las dos imágenes estuvieron una junto a otra en pantallas adyacentes, y Helen volvió a comprobarlas, apuntó las letras y números. El mismo número de matrícula, el mismo taxi, en ambas ocasiones.

Pero la segunda vez no había otro pasajero. Lo había llamado o se lo habían enviado.

—¿Ya tiene lo que quería?

Helen dejó caer el bolígrafo y el papel en su bolso, cerró la cremallera y pensó: «Tengo algo que hacer esta tarde...».

Había un asiento libre entre Clive y el hombre que estaba al final de la barra. Clive pidió una limonada e hizo un gesto con la cabeza:

—Y lo que él quiera.

Cuando el hombre vio quién le invitaba, pidió un té... y una pinta de rubia.

—¿Quieres algo de comer? —preguntó Clive.

—Una tostada con salsa negra.

—Yo invito. Pide lo que quieras.

—Eso es lo que quiero.

Clive se tomó su limonada.

—Como quieras.

—Tiene todo lo que necesitas, ¿sabes? Todos los grupos de alimentos importantes.

—¿Ah sí?

—Pan. Fruta. Es una salsa a base de fruta.

La mujer de detrás de la barra levantó una ceja mirando a Clive antes de darse la vuelta, como si hubiese oído ese rollo demasiadas veces.

—No tardes demasiado, Jacky —dijo Clive—. No tenemos todo el día.

Jacky *el Billares* tenía un nombre como es debido, por supuesto, pero se había perdido en algún lugar a lo largo de los veinticinco años que llevaba siendo un elemento prácticamente fijo en el Cue Up. Se decía que había sido un jugador competente en su momento. Había habido rumores de que se había hecho profesional hasta que alguien a quien había desplumado en los billares demasiadas veces había metido un par de bolas en una bolsa y le había dado con ella en la nuca mientras se colocaba para un tiro largo a la negra.

Las gafas le habían ayudado con las secuelas en los ojos, pero no podían hacer gran cosa con el temblor del brazo con que cogía el taco. Ahora era él el estafado, era a él a quien le robaban el dinero las tragaperras que se pasaba todo el día alimentando y, aunque probablemente todavía pudiese ganarles a la mayoría de los clientes del club con la zurda, había encontrado formas más fáciles de ganarse la vida. No tenía demasiados problemas de vista últimamente.

En cuanto Clive se hubo terminado su limonada, se fue. No miró atrás mientras se dirigía a las escaleras, sabía que Jack le seguiría. Fuera, Clive caminó a paso ligero y Jacky se mantuvo a una buena distancia detrás de él, sin perder de vista al hombre robusto, intentando terminarse lo que le quedaba de tostada y salsa mientras se alejaban de la zona comercial hacia Brookmill Park.

El coche estaba aparcado en una calle secundaria. Frank salió al ver a Clive acercarse, y ambos se quedaron de pie el uno al lado del otro, esperando a que la exigua figura diese la vuelta a la esquina arrastrando los pies.

Jacky *el Billares* se apuró para recorrer los últimos metros, luego estiró la mano y dijo:

—Ya no soy tan rápido como antes, señor Linnell.

Frank se dirigió a Clive:

—¿Tenemos alguna servilleta o algo en el coche? —Hizo una mueca—. Parece que se ha metido los dedos por el culo.

La Unidad de Protección de Menores en la que Helen había cogido su baja tenía su sede en una pequeña oficina de la comisaría de Streatham. El equipo también era pequeño: un inspector, un par de subinspectores, cuatro agentes de investigación y dos agentes. A Helen no le emocionó ver que casi todos ellos estaban allí cuando entró.

La única cara desconocida era la de la mujer que ocupaba el puesto más cercano a la puerta y Helen supuso que debía de ser su sustitua. La mujer se levantó, vaciló, como si no estuviese segura de qué hacer primero: darle la enhorabuena o el pésame. Helen le ahorró la molestia mirando hacia otro lado y, sin dejar de caminar, cruzó toda la oficina y se dirigió directamente a los brazos abiertos del subinspector Andrew Korn.

La abrazó fuerte y le frotó la espalda, «calmándola» suavemente aunque Helen no emitía sonido alguno.

Fue Helen quien por fin dijo:

—Está bien.

Korn dio un paso atrás y la miró. Era fornido y de rostro franco, un par de años más joven que ella.

—¿Qué demonios haces aquí? —le preguntó.

—Estaba desesperada por veros a todos —dijo—. Y, ya sabes, intentando mantenerme ocupada.

Korn indicó su comprensión con un gesto de la cabeza y Helen sintió una punzada de culpabilidad. Solo era una mentira a medias.

Se dio cuenta de que se había pasado gran parte de los días anteriores sintiéndose culpable, de que así era como había llegado a sentir el duelo. También lo sentía como furia. Y miedo: un terror para cagarse en las bragas.

Korn sacó unas sillas.

—Bueno, me alegro de verte.

Una mirada, un saludo, unas palabras. Uno por uno, Helen mantuvo el contacto de rigor con cada uno de los miembros del equipo. Luego, mientras su sustituta iba a buscar un poco de té y, a pesar de la insistencia de Korn de que tenía otras cosas en qué pensar, se puso al día de cómo estaban yendo las cosas en su ausencia.

La Fiscalía de la Corona todavía seguía dándole vueltas a si tenía pruebas suficientes para imputar a un padre de tres hijos, puesto que solo uno de los niños mostraba síntomas de abusos. Una mujer se había retractado de su declaración y ahora se negaba a testificar contra su novio, alegando que las magulladuras de su hijo eran todas autoinflingidas. Al igual que las suyas.

—¿Estás segura de que has echado esto de menos? —le preguntó Korn.

Era la historia habitual de frustración y cagadas a la que Helen ya estaba bien acostumbrada. Hablaron sobre todo de un caso en el que ella había estado trabajando, para el que parecía que obtendrían un resultado positivo de forma inminente. Como siempre, se aferraban a las victorias, conscientes de que cada una de ellas llegaba tras una dura lucha y que merecían el esfuerzo.

—Volvería mañana —dijo Helen—, si no anduviese arrastrando esta cosa por ahí.

—¿Tienes algo de ayuda? —pregunto Korn.

—Estoy bien, Andy. De verdad.

Una pregunta de uno de sus agentes distrajo a Korn y, mientras buscaba en sus notas, Helen se escabulló hasta un ordenador desocupado e inició sesión.

—Tengo un montón de cosas que redactar.

Helen levantó la mirada y vio a la subinspectora Diane Sealey sonriéndole de oreja a oreja por encima de la pantalla de su ordenador.

—Bien por ti, Di.

—Ya sabes, si estás desesperada por hacer algo.

—Voy a mirar unos cuantos *e-mails* y a salir de aquí mientras aún pueda —dijo Helen—. Voy a hablar con el jefe, a ver si me puedo hacer permanente la baja.

Sealey se rio.

En cuanto entró en el Ordenador Central de la Policía, Helen buscó el papel en su bolso y tecleó el número de matrícula.

—Todos pensamos en ti —dijo Sealey.

Helen asintió, dijo que lo sabía y volvió a dirigir sus ojos al teclado, a los resultados de la búsqueda. Se inclinó sobre su mesa y cogió un bolígrafo. Tenía mucho que escribir.

Frank había planeado hablar en el coche, pero hacía demasiado calor, e intentaba caminar en cuanto tenía ocasión. Laura le decía que era bueno para su corazón.

—Es agradable estar fuera para variar —dijo Jacky el *Billares*.

Brookmill Park había experimentado una extensa reforma durante la construcción del tren ligero de los Docklands. Había jardines ornamentales y una reserva natural de buen tamaño. El sendero que recorría el río Ravensbourne era parte de uno más largo que iba hacia el sur desde el Támesis, en Creekside, hasta la costa de Eastbourne.

Se sentaron en un banco junto a uno de los estanques, con Jacky entre Frank y Clive. En los bordes, hierbas tapizantes marrones volvían espesa el agua, y las mariposas se movían cerca de la superficie, bailando sobre las cabezas de las pollas de agua y los gansos canadienses.

—Es un tema de drogas, no hay duda. —Jacky se dio una palmada en la pierna para enfatizar sus palabras—. He pillado una conversación o dos y sé exactamente de qué hablan esos pringados.

—¿Coca? ¿Pasta base? ¿Qué? —preguntó Clive.

—Eso da igual —dijo Frank.

No estaba sorprendido, al final solía ser cosa de drogas. Pero había querido asegurarse. Si la banda cuyos miembros frecuentaban el Cue Up era la que estaba buscando, prefería saber a qué clase de animales se enfrentaba. Sabía que algunas de esas bandas eran simples vendedores armados, pandillas de barrio, que se peleaban por el territorio. Otras no eran más que grupos de rap hipertrofiados. Incluso había un par, solo un par, formado en base a un sincero compromiso con la no violencia. Frank tenía la sensación de que estaba buscando a una completamente diferente, una cuyos escalones superiores poseían una ética empresarial altamente desarrollada y definida.

No importaba lo que vendiesen. El simple hecho de que estuviesen vendiendo le decía bastante. Frank sabía muy bien que un hombre de negocios podía ser bastante más peligroso que unos matones.

—Dinos algunos nombres, Jacky.

—No son más que apodos, ¿sabe?

—Vale.

Jacky se tomó unos segundos, luego recitó media docena de nombres mientras Clive los anotaba. Frank le presionó un poco más: le pidió descripciones, horas de sus visitas habituales al club, información sobre otros lugares donde aquellos personajes

podiesen pasar algún tiempo, cualquier cosa relativa a su jerarquía de la que Jacky pudiese haberse enterado.

Jacky lo hizo lo mejor que pudo.

—¿Has notado algo diferente en el último par de días?

—No le sigo, señor Linnell.

Clive se acercó a él.

—Concéntrate, joder, Jacky.

—Cambios de comportamiento —dijo Frank—. Ya sabes. Un ambiente distinto, algún cambio de humor. Eso se huele —no sabía exactamente cómo se manifestaría el cambio, pero Frank sabía que, entre los miembros de la banda responsable de la muerte de Paul, las cosas serían un poco diferentes ahora. Había un agente de policía muerto y, sin duda, serían lo bastante listos como para saber cuáles podían ser las consecuencias. Quien quisiese que tuviese el mando podía ponerse morado a decir «hagamos negocios como siempre» pero, en el futuro inmediato, nada sería lo mismo que hasta entonces.

Frank se había visto en una posición similar, al igual que Clive. Ambos sabían que un hombre marcado no puede relajarse del todo.

Jacky gruñó y asintió de nuevo, como si le hubiese venido algo a la cabeza.

—Ahora que lo menciona, sí he notado que uno o dos de ellos están actuando de un modo un poco raro. Sí, ahora que lo pienso...

—No me digas lo que crees que quiero oír —la ira de Frank fue repentina y alarmante, incluso para Jacky, que ya había sido blanco de ella antes. Se levantó bajando la voz mientras caminaba hacia el agua—. No me vaciles.

Clive dejó caer una de sus carnosas manos sobre el hombro de Jacky y dijo:

—Mira, si te digo la verdad, preferiría terminar con esto. Me gustaría volver al coche e ir a buscar un sitio agradable para almorzar, tomarme un buen vaso de vino o lo que sea. Pero si sigues tratándonos como si fuésemos imbéciles, te llevaré a esos árboles de ahí y te meteré la cabeza por el culo hasta tan adentro que no sabrás ni lo que ha pasado. ¿De acuerdo, Jacky?

Frank volvió a sentarse, se reclinó en el banco.

—Mire, no sé si es a eso a lo que se refieren —dijo Jacky—, pero últimamente no hay tantos de ellos por ahí —desplazó la mirada de Clive a Frank, para comprobar qué tal lo estaba haciendo—. Normalmente aparecen varios de ellos cada día, para echarse unas risas o lo que sea. Pero no tanto estos últimos dos días.

—¿Y antes de eso?

—¿Antes?

—¿Viste si pasaba algo en la última semana o así? ¿Tuviste la impresión de que se cocía algo?

Jacky pensó, luego le habló a Frank de la reunión en la planta de arriba: el tipo joven negro con el pelo absurdo y su enorme amigo asiático, el tío blanco del traje elegante.

Frank miró a Clive, que se encogió de hombros y tomó nota.

De vuelta en el coche, Frank vio a Jacky el *Billares* alejarse a toda prisa con suficiente dinero en el bolsillo como para mantenerse a base de té y tostadas durante seis meses. Probablemente no tenía más de cuarenta años, pero parecía estar más cerca de la edad de Frank que de la de Clive.

Había mucha gente como él en el mundo.

Frank estudió la escuálida figura con su chaqueta mugrienta y sus vaqueros Asda y supo que, a la hora de la verdad, no había demasiado que les separase. O no lo había habido en el momento en que habían elegido sus caminos, cuando se habían decidido los futuros en momentos violentos o destellos de brillantez. No había demasiada distancia entre él y tipos como Jacky el *Billares*. Él había estado un poco más desesperado, nada más. Un poco menos asustado, tal vez. Pero no demasiado.

Helen se despertó y miró el reloj: las 3.18 de la mañana. Se agachó y sintió la humedad entre las piernas.

Esperó el taxi abajo, diciendo tacos en alto contra Paul y preguntándose si debería llamar a Jenny o a su padre. Sudando. Con su neceser y una muda en una bolsa de plástico a punto de reventar.

En el hospital le dijeron que todo estaba normal.

—Solo es una pérdida —dijo la comadrona— y el bebé está bien. No hay de qué preocuparse. Todavía no va a nacer. Está perfectamente contento donde está, ¿de acuerdo?

—Váyase a casa —le dijo la enfermera— y ponga los pies en alto. Relájese y deje que el padre del bebé la cuide hasta que llegue el momento. Todo va bien.

## Diecisiete

Algunos días, Theo solía ir a casa de su madre, al salir. Comprobaba que todo iba bien y se comía un bocadillo de beicon si no estaba aún lleno por las dos cenas paralelas de la noche anterior. Esos días, podía acompañar a Angela a la parada de autobús, o hasta la escuela si hacía buen tiempo.

Seguía levantándose y dejando el piso temprano, pero no había ido a casa de su madre desde el viernes anterior. Se había acostumbrado a desayunar solo en un bar cutre, estudiando los periódicos y dándole vueltas a sus mierdas, como cómo sería para Benjamín criarse sin un padre.

Cómo sería pensar en ello en la cárcel.

Se compraba un paquete de tabaco cada mañana en el quiosco que había a dos portales del suyo. Un montón de periódicos de varios centímetros de grosor y una mirada en la cara del quiosquero que era el punto culminante del día. El viejo nunca decía nada, solo cuánto era todo, pero era evidente que le parecía curioso. Se suponía que los chicos como Theo no leían ni un periódico, mucho menos media docena y, sin duda, no los grandes sin cupones de «rasca y gana» en su interior. Sonreía al recibir el dinero, como si le pareciese buena cosa. Como si lo aprobase. O tal vez solo le gustase recibir el dinero.

En el bar, Theo mordisqueó su bocadillo y miró las portadas primero, como llevaba haciendo desde que había sucedido.

La policía iba a asignar otros cincuenta agentes al caso para reforzar la búsqueda del «asesino de los faros».

El Comisario Jefe prometía que el hombre responsable por la muerte de su agente sería encontrado e instaba a dar la cara a quien le estuviese encubriendo.

El asesino era despiadado y cobarde. Alguien que creía poder obtener respeto con las armas. Probablemente no fuese más que un adolescente, o incluso más joven, según los expertos sobre las bandas emergentes y la cultura de la violencia de Londres.

Theo no vio entrar a Easy, pero se giró rápidamente al oír la voz junto a su hombro.

—¿Quieres algo más, T? ¿Un café con leche o alguna mierda? Tal vez un cruasán o algo para acompañar tu lectura matutina.

—Estoy servido —dijo Theo.

Easy fue a buscar un té para él y, al volver, cogió un *Daily Star* doblado de una de las mesas de al lado. Lo dejó caer delante de Theo y señaló con el dedo la modelo en bikini que ocupaba la mayor parte de la portada.

—Esa es la manera de empezar el día, tío. Un poquito de esa cosa buena te espabila y te pone a punto para los clientes de ahí fuera, ¿me entiendes?

Theo empezó a recoger sus periódicos.

Easy hizo un gesto con la cabeza y se inclinó hacia delante. Bajó la voz,



adoptando un tono agradable y serio.

—Sé lo que está pasando aquí, T, pero no tienes ningún motivo para andarte preocupando por todo esto, te lo juro. Tienes una banda sólida a tu alrededor, tío. Al cien por cien.

—Pero la policía está a tope —Easy meneó la cabeza con desinterés—. En serio, deberías leer esto.

—A la policía que le den —Easy miró a su alrededor, como si buscara un sitio donde escupir—. No saben ni por dónde empezar a buscar. Los maderos no son nada. De verdad, T.

Theo asintió e hizo el montón de periódicos a un lado. Easy se recostó y exhibió una sonrisa de oreja a oreja.

Tema cerrado.

—¿Sigue en pie lo de esta noche?

—¿El qué?

—Sigo necesitando esa cara inocente.

—Mierda —el trabajo del que Easy le había hablado un par de días antes. Theo lo había olvidado por completo—. Apenas he visto a Javine y al niño desde hace días, tío —dijo—. Me estoy dejando los huevos en el curro, ¿sabes?

Estaba haciendo más horas, eso era cierto. Pasaba tanto tiempo lejos de la familia como podía, evitando cuidadosamente a todas las personas que le importaban.

Easy no estaba dispuesto a aceptarlo.

—Tienes que hacer estas cosas, tío. Lo último que necesitas ahora mismo es quedarte sentado y dejar que todo esto te coma el tarro, ¿me entiendes? Además, el tipo de trabajo que vamos a hacer esta noche es la razón por la que disparaste al coche de esa puta, ¿no?

*La razón...*

Era el dinero, suponía Theo. O el respeto, como decían los periódicos grandes. Aunque, al recordar el momento en que apretó el gatillo, sentía que lo había hecho principalmente porque Easy y los demás le estaban gritando y vacilando. Le dijo a Easy que era una pregunta absurda, porque no sabía qué era lo que iban a hacer.

—Será divertido —dijo Easy—. Te lo juro —se levantó, se llevó el *Star* consigo y prometió llamar a Theo más tarde para darle los detalles.

Theo se terminó el bocadillo, luego salió a fumar. Se llevó un periódico consigo y se quedó de pie en la acera, mirando la foto de Paul Hopwood. Treinta y cuatro años. Futuro padre. Siguió mirándola hasta que el suave gusano de ceniza cayó sobre el periódico y tuvo que sacudirlo.

Más mierda cayendo.

La secuencia completa de ideas e impulsos no duró más de unos segundos, pero Helen disfrutó observando las distintas expresiones que cruzaban la cara de Ray Jackson, intentando interpretarlas, mientras sacaba el taxi de la entrada de su casa y

se incorporaba a la calzada.

La confusión al ver a una mujer intentando hacerle parar delante de la puerta de su casa. El dilema momentáneo al ver su silueta. El «lo siento, bonita, no puedo hacer nada» mientras se decidía y pisaba el acelerador, deseando meterse un buen desayuno antes de hacer ninguna carrera, mucho menos para llevar a una loca.

La ira, luego la resignación, al verla enseñar su placa mientras frenaba en seco y se hacía a un lado.

Helen se acercó a la ventanilla, esperó hasta que la hubo bajado del todo.

—Por favor, apaga el motor, Ray, y pásate al asiento de atrás. Podemos hablar dentro.

Era una agradable callecita secundaria de North Acton, con adosados de mediados de los años veinte, árboles en flor delante de cada casa, tan bien alineados como las antenas parabólicas. Jackson hizo lo que le decía y sujetó la puerta mientras Helen entraba. Ella le dio las gracias y él dijo que no había de qué, pero que si podían darse prisa porque tenía que ganarse la vida. Ella le dijo que intentaría no entretenerle.

—El viernes dieciocho del mes pasado llevaste a un pasajero en la parte de atrás de tu taxi, un agente de policía. Y el viernes anterior.

—¿Cuál? —preguntó Jackson.

—¿Perdona?

Jackson se tomó un par de segundos.

—¿Qué viernes?

—No me estás escuchando, Ray. Los dos. Uno por la tarde y el otro por la noche.

—¿Tiene idea de cuántos pasajeros llevo cada semana?

—Lo recogiste en la puerta del aparcamiento público de Brewer Street.

—Si usted lo dice...

—No lo digo yo. Tenemos ambos momentos grabados en el CCTV.

—¿Y? ¿Superé algún límite de velocidad?

—Me gustaría saber adónde le llevaste —dijo Helen—. Me gustaría saber quién era el otro pasajero. El hombre que ya estaba en el taxi cuando le recogiste en Brewer Street.

Jackson tenía cincuenta y tantos años y era robusto. Si Helen no hubiese sabido ya que no le incomodaba cierto grado de violencia, le habría quedado claro cuando se giró para mirarla.

—No tengo por qué hablar con usted. No he hecho nada. Así que ya puede ir saliendo de mi taxi.

—No he terminado —dijo Helen.

—Lo siento, bonita, yo sí he terminado —se giró para mirar por la ventanilla—. De todas formas, ¿no debería estar en casa haciendo patucos?

Helen tragó saliva.

—El agente de policía al que me refiero murió hace una semana —dejó que

asimilase el dato—. Así que sí tienes que hablar conmigo, al menos si no quieres que nos echemos sobre ti como las moscas sobre la mierda en un futuro próximo. Todo el mundo ha hecho algo, Ray, y tú has hecho más que la mayoría. Así que probablemente sea mejor terminar con esto ahora, ¿no crees?

Era pura palabrería, por supuesto. No había razón alguna por la que ni siquiera los agentes que sí estaban investigando la muerte de Paul fuesen a interesarse por un trayecto en taxi que había hecho quince días antes. Helen contaba con que Jackson no lo supiese y acertó.

Soltó unos cuantos tacos, ordenando sus ideas o editando mentalmente la información, antes de empezar a cantar. Le habló sobre un cliente concreto al que llevaba a veces, un respetable hombre de negocios para el que trabajaba en exclusiva, aparte de sus carreras normales.

—Parece un buen apaño —dijo Helen—. ¿Te paga en efectivo? —Sonrió al ver su reacción—. No te preocupes, no soy del fisco.

Jackson asintió.

—Muchos taxistas hacen lo mismo hoy en día —dijo—. Hay demanda. Somos más baratos que un servicio de limusinas y no nos perdemos.

—Ese hombre de negocios sabe quién conduce su taxi, ¿no? —Helen esperó, pero Jackson no ofreció respuesta alguna—. Verás, si sabe lo de Parkhurst y Belmarsh y las razones por las que te metieron allí y le sigue pareciendo bien que le hagas de chófer, no tengo más remedio que preguntarme hasta qué punto es «respetable». No veo a Alan Sugar contratándote, ¿y tú, Ray?

—Todo eso pasó hace tiempo.

—¿Adónde llevaste a tu jefe y al agente de policía?

Jackson dijo que no recordaba adónde los había llevado la tarde de viernes por la que Helen le preguntaba, ni si los dos pasajeros habían dejado el taxi juntos. La carrera de por la noche había sido a un restaurante de Shoreditch, un sitio italiano. No recordaba el nombre.

—¿Tienes idea de qué hablaron?

—No me invitaron.

—¿Y en el taxi?

—Nunca escucho.

Helen tenía serias dudas al respecto, pero vio que no iba a sacarle mucho más. Mientras volvía a meter su cuaderno en el bolso, se fijó en la mancha descolorida que había en la alfombra, junto a sus pies.

—¿Qué es eso, Ray? —Su tono dejaba bastante claro que ya conocía la respuesta. Jackson sonrió.

—No creo que el poli muriese en la parte de atrás de mi taxi.

Helen no dijo nada; pensó en el estado de sus sábanas, en las dos horas que había pasado en el hospital en plena noche. Estiró la mano para rascar la mancha con una uña.

—Algún capullo con una hemorragia nasal —dijo Jackson—. ¿Le vale?

—Pueden ser peligrosas...

Jackson abrió la puerta, bajó del taxi y esperó a que Helen hiciese lo propio.

—Tengo el coche aparcado al final de la calle —dijo ella.

Jackson abrió más la puerta.

—No creo que tarde mucho en llegar andando.

Ollie y Gospel llevaban desde la hora del almuerzo trabajando una esquina cerca de la parte de Lee Bridge que daba al centro comercial. Ahora empezaba a oscurecer y Ollie calculó que habrían hecho unas doscientas libras en las últimas ocho horas. Doscientas treinta, en cuanto Gospel volviese con las tres rocas que estaba esperando su último cliente.

Wave se pondría bien contento con esa clase de cifras.

Ollie miró al otro lado de la calle, al tipo blanco bajito que estaba en la puerta de enfrente. Era un poco mayor que sus clientes habituales, y estaba un poco menos nervioso. Miraba fijamente a Ollie, como si le estuviese haciendo la pregunta. Ollie levantó una mano y separó los dedos.

Ponle unos cinco minutos...

Habían pasado diez, tal vez más, desde que Gospel se había ido al piso franco con el dinero del cliente. Además, era una de las más rápidas: no perdía el tiempo poniéndose mientras entregaba la pasta. Ollie estaba empezando a preguntarse si habría habido algún problema cuando le sonó el móvil.

Reconoció el número de Gospel en la pantalla.

—¿Dónde cojones estás?

La voz del hombre sonó muy grave y muy tranquila.

—Tu amiga está un poco ocupada, ¿me oyes? Ahora cierra la boca y escucha.

Ollie escuchó mientras le daban instrucciones: le dijeron adónde tenía que ir, que fuese tan rápido como pudiese y que no hablase con nadie por el camino. Ya se estaba moviendo, pero en ninguna dirección en concreto, recorriendo de arriba abajo los mismos pocos centímetros de acera, con la cabeza a toda velocidad y el sudor empezando a escocerle por todo el cuerpo.

—Esto es un gran error, tío —estuvo a punto de dejar caer el teléfono cuando oyó gritar a Gospel.

—No me obligues a hacerlo otra vez —dijo el hombre.

Ollie miró al otro lado de la calle y vio que su cliente se había ido. Cuando volvió a alejarse del bordillo, el hombre estaba junto a su hombro. Se le acercó mucho para que Ollie pudiese sentir lo que tenía en el bolsillo.

—Creo que deberías hacer lo que te dicen.

Desde Acton, Helen bajó hasta Uxbridge Road, se metió por una calle secundaria y cogió un autobús hasta el centro. No quería pasarse una hora intentando aparcar y le

agradaba ver pasar el mundo desde el piso superior, pero empezó a arrepentirse de hacer el viaje desde el momento en que llegó. Hacía calor y las calles estaban abarrotadas. Tardó quince minutos en ir andando desde Marble Arch hasta los grandes almacenes John Lewis y, cuando llegó, el olor de la sección de perfumería la hizo sentir que iba a vomitar de un momento a otro.

En cuanto empezó a sentirse un poco mejor, recorrió muy lentamente las secciones de maternidad de Lewis y de otras tiendas grandes. Recordó que la cuna que habían comprado hacía seis meses todavía estaba en el dormitorio pequeño, embalada, esperando a que alguien la montase. Que todavía había que pintar. Compró varios *packs* de peles, aunque creía que ya tenía más que suficientes y un juego de plato, taza y cubiertos de plástico que no iba a necesitar hasta dentro de por lo menos seis meses.

Se arrastró de tienda en tienda, sudando hasta que empezó a olerse a sí misma.

Helen no disfrutaba demasiado de las compras en sus mejores momentos, siempre había sido de las de «entrar, comprar y salir». Jenny solía reírse de ello, decía que era antinatural que a una mujer no le gustase ir de tiendas. Que, de algún modo, no se habían repartido bien los genes de las compras.

Hoy, pasó horas mirando cosas, tocando las prendas y eligiendo pares de zapatos diminutos. Sencillamente, necesitaba pensar en el bebé un rato. En ella y en el bebé.

Sobre las cinco, cuando regresó a Tulse Hill, se sentía como si hubiese corrido una maratón. Tenía el montón de mensajes habitual en el contestador: su padre y Jenny, Roger Deering otra vez, la madre de Paul diciendo que sabía que todavía no se había tomado una decisión con respecto a la fecha, pero que quería hablar de la música del funeral. Otras dos personas no se habían molestado en dejar mensajes.

Helen se echó en el sofá, preguntándose a quién llamar primero. Cuando se despertó tres horas después, la habitación estaba a oscuras. Abrió los ojos y su primer pensamiento fue sobre Paul, yendo a algún lugar que no debía en la parte de atrás del taxi de Ray Jackson. Pensó en sangre sobre una alfombra y sangre sobre una acera.

Y se avergonzó de sí misma.

Había pasado una semana, menos de una semana, y Paul ya estaba empezando a desaparecer; al menos el Paul que creía conocer. Y no se trataba de una mala pasada de su memoria o de que su percepción estuviese alterada por el duelo. Era culpa suya. Se había vuelto más curiosa de lo que le convenía.

De lo que le convenía a nadie.

¿No sería mejor parar ahora, olvidar todo lo que había descubierto, todo lo que había empezado a sospechar? Al fin y al cabo, fuesen cuales fuesen los planes que creía que Paul tenía, no lo sabía, no estaba segura. ¿Importaba algo de todo aquello ahora que él estaba muerto?

No era una pregunta difícil. Esa era otra cosa en la que Helen era distinta de su hermana. Ella nunca podía enterrar la cabeza en la arena. Encendió la luz y corrió las cortinas; se preparó una taza de té y se sentó a escribir una lista:

- Montar la cuna. Pedírselo a Papá. ¿Pintar?
- Música. ¿Himnos? Algo moderno. REM, quizá.
- ¿Hablar con Frank Linnell y Kevin Shepherd?

Dio un salto al oír el timbre. Le llevó medio minuto llegar hasta el interfono y, para cuando llegó, quien estuviese abajo, en la puerta principal, ya se había ido.

Ollie había avanzado rápido por Loampit Vale, con el hombre que se había hecho pasar por cliente siguiéndole a seis metros todo el camino. Había girado donde le habían dicho para encontrarse con el Mercedes que le esperaba junto a la entrada del Tesco.

Gospel estaba sentada en el asiento del copiloto, con las rodillas en el pecho. Un enorme hombre negro se sentaba a su lado, apretujado tras el volante. Ollie fue conducido a la parte de atrás por el hombre mayor y arrancaron, con Gospel gritando insultos mientras el coche daba la vuelta a la manzana y luego se incorporaba al tráfico de la calle principal.

Fueron hacia el norte durante unos diez minutos.

Cuando el Mercedes se metió por unas calles secundarias a escasos metros del río, Ollie ya había llegado a conocer bastante bien a sus acompañantes. Aparcaron detrás de una pequeña urbanización de apartamentos para ejecutivos que había en Deptford Creek y hablaron un poco más. La luz que coronaba Canary Wharf les hizo un guiño desde el otro lado del río y, a su izquierda, la cima de la torre Gherkin asomaba a lo lejos, entre la neblina. Por la ventanilla del coche, Ollie podía ver el muelle de madera en ruinas que se caía a trozos al agua y un rosario de torpederos abandonados a la deriva hacía mucho que habían servido de hogar para los okupas durante muchos años. El agua de color verde sucio era profunda allí, más profunda que en ninguna otra parte del río. El único tramo en el que los portaaviones podían girar (lo había visto alguna vez en la televisión) y probablemente el más seguro si querías que algo se hundiese y permaneciese oculto.

Ahora el hombre que iba atrás con Ollie tenía un arma colocada sobre la rodilla, pero sin duda era el tipo grande que estaba delante con Gospel el que dirigía el cotarro.

—No es complicado —dijo—. En realidad, solo necesitamos confirmación.

Gospel escupió al hombre grande en el pecho, luego volvió la cabeza bruscamente hacia Ollie.

—No les digas una mierda —cuando volvió a girarse, el hombre grande le dio un fuerte puñetazo en la cara, luego miró el escupitajo de su camisa.

Pasó un segundo o dos hasta que la chica empezó a gemir y farfullar, hasta que ahuecó las manos para intentar recoger la sangre.

—No será ni un minuto —le dijo el hombre grande a Ollie—, pero es tiempo suficiente para decidir si vas a ser un imbécil o no —buscó un pañuelo en el bolsillo,

luego le pidió uno a su compañero del asiento de atrás. El hombre mayor le pasó el suyo. El hombre grande le dio el pañuelo a Gospel y utilizó el otro para secarse la camisa y después las gotitas de sangre que habían salpicado el asiento.

Miró a Gospel y suspiró:

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce —dijo Ollie—. Por favor...

—Cierra la puta boca —gritó Gospel, alejando las manos de su cara lo bastante para dejar salir las palabras.

—Deberíais estar en la escuela —dijo el hombre—. Los dos —se echó hacia el lado como si fuese a acariciarle el pelo, pero en lugar de eso se lo agarró y le aplastó la cabeza contra la ventanilla.

Ollie gritó horrorizado y aporreó el asiento del copiloto con los puños. Sintió que la pistola se clavada en su costado y cuando volvió a echarse hacia atrás, todavía gritando, se dio cuenta de que estaba llorando.

—Dios...

Delante, Gospel tenía los ojos como platos. Su respiración era pesada y húmeda.

El hombre grande se dio la vuelta para mirar a Ollie y dijo:

—Está bien.

—No digas nada —farfulló Gospel.

El hombre puso los ojos en blanco y luego los dirigió a Ollie.

—Si realmente no estáis implicados en el incidente del que hablamos, no tenéis nada de qué preocuparos. Prometido. Solo necesitamos saber que estamos en el buen camino.

Ollie se mecía adelante y atrás, tirándose de las rastas. Era difícil pensar con claridad cuando estaba tan concentrado en no cagarse allí mismo, en el coche.

—¿Fue vuestra banda?

Sentía que la pistola iba a atravesarle la piel en cualquier momento. A metérsele directamente entre las costillas.

El hombre grande se dio la vuelta en su asiento, gruñendo por el esfuerzo y envolviendo un brazo en el reposacabezas.

—No me hagas intercambiar el asiento con mi amigo de ahí atrás —dijo—. No es tan amable como yo con las jovencitas.

El hombre mayor se rio y le lanzó un beso a Gospel.

Hubo un poco más de sangre después de eso, pero no demasiada, y cuando hubieron dado toda la información requerida, los dos hombres mandaron salir del coche a Ollie y Gospel. Y que se llevasen los pañuelos sucios con ellos.

Cuando Ollie iba a abrir la puerta, el hombre mayor tiró de él y le dijo:

—Eres blanco como la leche y llevas pelo de negro. ¿A qué viene eso, cacho capullo?

El hombre mayor se trasladó a la parte de delante. Mientras se alejaban, se abrochó el cinturón de seguridad y echó un último vistazo a los dos adolescentes por

el retrovisor. Vio al muchacho derrumbándose en el suelo y a la chica atizándole con puños y pies.

—En mi opinión, el mundo se ha vuelto loco, Clive.

—Y que lo digas, Billy —dijo Clive.



## Dieciocho

—¿De dónde has sacado el traje?

—De la tienda benéfica —dijo Easy.

—Apesta, tío.

Estaban en un embotellamiento que avanzaba lentamente por Vauxhall Bridge, camino de una dirección en Paddington. Easy conducía el Audi, con Theo en el asiento del copiloto. Mikey iba sentado atrás, hojeando una copia de *Loot*.

—No me ha dado tiempo a llevarlo a la tintorería, ¿me entiendes? —Easy le miró—. Tiene buena pinta, eso es lo principal. Un traje elegante y esa carita inocente.

Theo no tenía un traje como tal, pero tenía alguna chaqueta decente. Prendas de marca, mejores que la mierda apestosa y mal tallada que llevaba, en cualquier caso. Pero no había querido salir del piso con sus mejores galas, intentar explicarle a Javine por qué se había arreglado. Easy había dicho que no importaba, que él se ocuparía de todo. Había recogido el traje a lo largo del día y Theo se había cambiado en el coche.

—No encuentro el puto anuncio —dijo Mikey.

—Sigue buscando —dijo Easy—. Es la sección de la parte de atrás, después de las caravanas. He rodeado los que podemos hacer esta noche.

Mikey pasó las páginas y leyó:

—«Deseo Negro. Exuberante princesa de ébano». Exuberante quiere decir gorda, ¿no?

—Sí —dijo Easy—. Probablemente tiene unas tetas más grandes que las tuyas —Mikey le sacó un dedo por encima del periódico y lo meneó frente al espejo. Easy se encogió de hombros y aceleró hacia un semáforo en ámbar—. Escucha, mientras la puta haya tenido mucho trabajo, no me importa lo grande que sea.

Veinticinco minutos después, pararon al final de una calle entre el hospital St. Mary y la estación. Theo comprobó el número del piso e Easy lo repasó todo por última vez.

—Diez minutos deberían bastar —dijo—. Simplemente para asegurarte de que está bien y relajada.

—Está nervioso, ¿verdad? —dijo Mikey. Se echó hacia delante y le dio a Theo en el hombro—. Si alguna vez llegó al dormitorio, supongo que estaría fofo, tío, como un gusano muerto.

Theo salió del coche y caminó hasta la puerta del piso sin mirar atrás. La calle estaba bien iluminada y se preguntó cuánta gente podría ver su cara si estuviese mirando por la ventana en ese momento.

La mujer que atendió la puerta no era tan grande como Mikey había predicho, pero era bastante corpulenta. Tenía unos cuarenta años y la piel más oscura que Theo. Nigeriana, supuso. Llevaba una buena capa de maquillaje y Theo pensó que probablemente llevaba peluca, pero la sonrisa parecía bastante auténtica.

Comprendía que un hombre, uno que no fuese allí a robarle, pudiese encontrarla

*sexy.*

—Me llamo Carlton —dijo—. Llamé antes para pedir cita —era Easy quien había hecho la llamada. También había elegido él el nombre y se había regodeado contándoselo todo a Theo.

El piso, ubicado en el bajo, era pequeño: un salón que comunicaba con una cocina estrecha y una puerta que daba a lo que Theo supuso que era un dormitorio y un cuarto de baño. Era moderno y estaba limpio. Había una hilera de máscaras africanas sobre el sofá de cuero oscuro. Había cantos rodados en cuencos de madera y una cortina de cuentas que separaba el salón del resto del apartamento.

—¿Te apetece algo de beber, cariño? Hay vino y cerveza, o Coca-Cola.

—Una cerveza, por favor.

—Lo que tú quieras.

Le dio una botella caliente y sujetó la cortina de cuentas.

—¿Quieres pasar?

Theo se sentó y levantó la botella.

—Me terminaré esto.

—Es tu tiempo —dijo ella—. Por cierto...

Easy había acordado cien libras por teléfono. Eso cubriría una hora y todo lo básico. Theo le entregó el dinero y la observó mientras lo metía en un pequeño cofre de madera que había junto a la pared.

Ella le dio una tarjeta plastificada y le dijo:

—Por si quieres algún extra.

Theo miró la tarjeta como si estuviese estudiando un menú, mientras ella interpretaba el papel de atenta camarera, preguntándole si quería que le explicase algo. Había un par de elementos que no tenía demasiado claros, pero no le importó permanecer en la ignorancia.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó ella.

Theo no vio razón alguna para mentirle.

—Tengo un hijo más o menos de tu edad —dijo ella—. Y una hija dos años más joven. Está en la escuela y el año que viene irá a la universidad.

—Muy bien.

—Nos va bien —dijo ella—. Nos va muy bien —sonrió de oreja a oreja y se llevó las manos a los pechos, los meneó, con el sujetador negro transparentándose a través de su fina bata de casa—. Gracias a estas.

Theo no llevaba más de cinco minutos dentro del piso.

—Tengo que ir a buscar tabaco —dijo.

—Yo tengo —sacó un paquete del bolso.

—No, necesito Silk Cut. Voy ahí enfrente.

Ella se encogió de hombros.

—Como quieras. Pero los minutos corren...

Theo salió al estrecho corredor y abrió la puerta de entrada. Cuando volvió a

entrar en el salón quince segundos después, Mikey e Easy le seguían.

Ambos cubiertos con pasamontañas y apuntando con sendas pistolas.

—No grites —dijo Theo.

—No grites, joder —Easy pasó junto a él, se acercó rápidamente a la mujer, con la pistola en alto, apuntándole a la cabeza. Cogida de lado.

Ella retrocedió contra la pared y cayó al suelo, con los ojos muy abiertos.

—¿Dónde está el dinero?

Theo le enseñó dónde estaba, luego retrocedió mientras Easy cogía el dinero del cofre.

—Aquí hay cerca de mil libras —dijo Easy—. Apuesto a que tiene mucho más, debajo de la cama, en algún sitio.

—No hay nada más —dijo la mujer.

—Hazla callar —Easy le hizo un gesto con la cabeza a Mikey y cruzó la cortina de cuentas. Mikey sacó un grueso rollo de cinta adhesiva negra de la bolsa de plástico que llevaba e hizo a la mujer ponerse de pie.

Theo vio la mirada en la cara de Mikey.

—Limítate a atarla —dijo.

Siguió a Easy hasta el dormitorio y le observó mientras vaciaba cajones y le daba la vuelta al colchón. Había velas encendidas en el alféizar de la ventana y un pequeño cuenco de metal lleno de condones junto a la cama.

—¿Por qué estamos haciendo esto?

—¿Has visto esa pasta, tío?

—¿Por qué a gente como ella?

Easy sonrió, satisfecho por poder revelar su ingenio.

—Porque la gente como ella no suele ir a llorarle a la policía. Está chupado.

—No hacemos falta tres para esto, tío.

—Nunca está de más ser cuidadoso, T. —Easy abrió un cajón, vació la ropa interior como si nada—. Algunas de estas putas tienen criadas y todo. Filipinas y tailandesas. Algunas saben kung fu y todo eso.

—Tú tienes una pistola —dijo Theo.

Easy hizo una mueca como si no entendiese, y siguió revolviendo la habitación.

Cuando volvieron al salón, Mikey estaba sentado en el sofá junto a la mujer. La había atado de pies y manos, y le había puesto cinta bien apretada alrededor de la cabeza y los hombros. Había un trozo de carne visible por debajo de la nariz; lo había dejado descubierto para que pudiese respirar. Tampoco le había cubierto los ojos. Theo se preguntó si era porque Mikey quería ver su reacción.

Mikey le hizo señas a Theo para que se acercase y le dio su móvil.

—Hazme una foto —dijo—. Se la enseñaremos a todos.

Con un grito alborozado, Easy se tiró al sofá del otro lado de la mujer y se arrimó a ella.

—Venga, tío —dijo Mikey—. Haz un par de fotos.

Theo levantó el teléfono y enfocó.

—Sonríe —dijo Mikey. La mujer gimió bajo la cinta. A Easy le pareció divertido y lo dijo. Mikey colocó un brazo alrededor de la mujer, miró con gesto lascivo a la cámara y colocó sus gordas manos sobre cada uno de sus pechos— sonríe con los ojos, entonces —dijo.

Theo sacó la foto y le lanzó el teléfono a Mikey.

El siguiente anuncio que Easy había marcado estaba a diez minutos, en Bayswater. Una dominatriz que se hacía llamar Zorra, a la que le había parecido bien aceptar el dinero de un jovencito nervioso que necesitaba un poco de disciplina.

Quince minutos después de abrir su puerta, estaba atada a una silla en su dormitorio, luchando por respirar a través de la máscara de cinta negra.

Theo había observado a Mikey trabajar. Le había parecido más agitado esta vez, al igual que Easy. Habían sido más brutos, furiosos porque no hubiese más dinero en la casa.

—Esta puta ya no va a dominar a nadie —dijo Mikey cuando hubo terminado.

—Creía que había un montón de tarados a los que les gustan las cosas raras —dijo Easy—. Los látigos y vestirse como bebés.

—A lo mejor lo vende demasiado barato —Mikey se inclinó y abofeteó suavemente la cara de la mujer. Emitió un sonido amortiguado y húmedo contra la cinta.

—Deberíamos irnos —dijo Theo.

Mikey se alejó hacia la cocina como si tuviesen todo el tiempo del mundo.

—Relájate, T —dijo Easy.

—Estoy bien. Solo que no le veo sentido a quedarnos aquí. ¿Y si tiene otra cita?

—Hemos pagado una hora —dijo Easy.

—Aquí no hay nada más.

Easy dio una vuelta por el dormitorio como si hubiese mucho que ver, cogiendo juguetes sexuales, poniendo caras.

—Mira todo esto. Ni siquiera sé para qué sirven algunas de estas mierdas, tío —cogió una máscara negra de látex y se la puso en la cabeza.

—Venga, E, déjala.

—Esto huele a rancio, tío —Easy volvió a la silla, se acercó a la cara de la mujer y dijo—: Espabila.

Mikey volvió de la cocina con un cuchillo pequeño. Se arrodilló junto a la silla y levantó la mano.

—¿Para qué es eso? —preguntó Theo.

—Voy a ayudarle a respirar —dijo Mikey—. Escucha como ronca y resopla la pobre zorra —colocó la punta del cuchillo contra la cinta y dijo—: Será mejor que abras bien la boca si no quieres cortarte.

La mujer aulló bajo la cinta, pero sonó como el quejido de algo eléctrico.

Theo dio un paso adelante, pero Easy levantó una mano, y Theo se quedó mirando mientras Mikey abría un agujero en la cinta. Vio surgir una gota roja que resbaló por la cinta hasta el cuello de la mujer.

—Mierda —dijo Theo—. La has cortado.

—No es nada —Mikey se puso de pie—. Está bien, ¿ves? —Se pasó una mano por la boca y empezó a desabrocharse los vaqueros—. Es perfecto.

La mujer siguió aullando, revolviéndose en la silla.

—¿Qué cojones estás haciendo? —gritó Theo.

Mikey le ignoró y sonrió a Easy.

—Deberías hacerlo con la máscara puesta —dijo.

Theo dijo:

—Yo me voy al coche —y retrocedió hacia la puerta. Easy le gritó algo pero Theo no pudo oírle por encima del ruido que había en su cabeza, del quejido de la mujer, mientras salía rápidamente del piso y bajaba corriendo a la calle.

Diez minutos después salieron Easy y Mikey. Theo los observó por el espejo mientras se paseaban por la acera como si estuviesen tomando el fresco. Ambos sonreían de oreja a oreja cuando se metieron en el coche.

Theo les miró.

—No hemos hecho nada —dijo Easy. Encendió el coche—. ¿Qué te piensas?

Theo pensaba muchas cosas, pero se las guardó para sí mientras se alejaban. Easy y Mikey ya hablaban bastante por los tres, desbarrando sobre el dinero y el subidón que había supuesto, y los enormes petas que se iban a fumar al llegar a casa.

Después de quince minutos o así, cuando ya habían cruzado el río, Theo dijo:

—¿Y para qué necesitáis pasamontañas?

Mikey se echó hacia delante desde el asiento de atrás.

—Qué gilipollez de pregunta.

—¿Qué quieres decir, tío? —preguntó Easy.

—Solo me parece que, si todo se va al carajo, la única cara que ve todo el mundo, que pueden describir, es la mía.

*Mi cara inocente...*

—Es inevitable. No tiene sentido que conozcan el aspecto de todos.

—Yo conozco tu aspecto —dijo Theo.

El Audi aminoró y se detuvo en un semáforo. Theo forzó una sonrisa y suavizó el tono, intentó dejar claro que estaba de broma:

—Así que tal vez deberías tenerlo en cuenta cuando dividas el dinero luego —se dirigió a Mikey—: ¿Lo pillas, hermano? —Luego miró a Easy. Ninguno de los dos pareció encontrarlo muy divertido.

## Diecinueve

Había una tienda de comestibles que abría hasta tarde unas calles más abajo y Helen siempre disfrutaba las conversaciones con el moreno dueño turco y su mujer. Esta noche había sido más difícil, puesto que había aprovechado la ocasión para contarles lo de Paul. Habían estado encantadores, le habían preguntado si podían ayudarla en algo, y Helen pudo ver al hombre dudar si cobrarle cuando sacó la cartera para pagar.

Volvió lentamente hacia Tulse Hill, con pan, leche y varios paquetes de patatas fritas con sabor a queso y cebolla en una bolsa de plástico. Era una noche cálida, pero empezaba a hacer viento. El tráfico que iba o venía de South Circular rugía a su lado en la oscuridad mientras caminaba.

Pasó la hilera de curiosas casas de los años treinta cuyas vigas y mampostería de falso estilo Tudor le resultaba extraña; pasó bloques muy parecidos al suyo: Baldwin House, Saunders House, Hart House; edificios de cuatro o cinco pisos en todas las tonalidades de marrón concebibles que probablemente habían sido atractivos en su día. Pasó la entrada de Silwell Hall, una mansión del diecinueve que ahora albergaba el Instituto Femenino St. Martin's. Sus pilares ornamentados y su cúpula llevaban allí mucho más que la propia escuela, pero había sobrevivido con facilidad a los dos institutos construidos en los años cincuenta que había en la zona, incluido el instituto al que había ido Ken Livingstone.

Helen abandonó la colina y buscó las llaves en el bolso pensando en escuelas: en la escasez de colegios decentes en las zonas donde podía permitirse comprar, en quizá irse de Londres antes de que se convirtiera en un problema. Cuando se acercaba a la puerta principal de su bloque, vio a un hombre salir de un coche al otro lado de la calle y caminar hacia ella. Era alto, con el pelo rubio a la altura de los hombros. Bien vestido, pero aun así...

Lo vio mirarla y agarró la llave un poco más fuerte. Era lo más parecido a un arma que tenía. El hombre seguía avanzando y ella se sintió estúpidamente agradecida de que la luz de seguridad se encendiese cuando se acercó a la puerta.

Dio los últimos pasos lo más rápido que pudo. Oyó al hombre tras ella, unas monedas tintineaban en su bolsillo. Estiró la mano hacia el cerrojo y él se acercó a ella, como si fuese otro vecino esperando a que ella abriese la puerta para entrar los dos.

—Tú eres la novia.

—¿Perdón?

—En cuanto Ray te describió, lo imaginé. Quién eras y el hecho de que fuiste a hablar con él por tu cuenta —sonrió—. De que no se trataba de ninguna... misión oficial.

Helen le miró. Se dio cuenta de quién era.

Kevin Shepherd se metió las manos en los bolsillos del pantalón y dio un paso atrás. Como si quisiese echarle un buen vistazo.

—¿Quiere algo? —preguntó ella.

—Verás, Ray no es el tipo más listo del mundo —dijo—. Ve una placa y presupone toda clase de cosas. Bueno, la mayoría de nosotros lo hacemos, ¿no? Pero yo lo sé todo sobre lo que le pasó a Paul y es bastante obvio que quien quiera que lo esté investigando no está buscando a gente como yo.

Helen esperó. Estaba claro que él tenía mucho más que decir.

—Probablemente estén buscando a alguien un poco más joven que yo. Un poco más negro. Y aunque lo de tu novio no fuese simple mala suerte, aunque no estuviese en el lugar equivocado en el momento equivocado... aunque le hubiesen pegado un tiro en la cabeza, no creo que enviasen a alguien como tú a buscar a quien lo hubiese hecho. Sin ánimo de ofender.

Helen se encogió de hombros, dando a entender que no le había ofendido.

—Desde luego no sola, en cualquier caso.

—¿Y?

—Pues que probablemente solo estés intentando averiguar qué hacía Paul relacionándose conmigo. Piensas que lo normal es que él y yo no tuviésemos mucho en común.

—¿Y me lo vas a contar?

—Te cuento que sería mejor que lo dejases —había bastante preocupación en su voz. Así era como se hacían muchas amenazas.

—¿Mejor para quién?

Él hizo un gesto con la cabeza hacia ella.

—Por Dios, bonita, mira cómo estás. Deberías estar pensando en el futuro, en cómo te las vas a arreglar. Intentando hacerte con un bonito vestido premamá negro —meneó la cabeza y añadió otra pizca de preocupación—. ¿Por qué andas hurgando en la mierda, haciendo preguntas cuyas respuestas tal vez no te gusten?

Era la misma pregunta que Helen se hacía. Ahora se encontraba ante el hombre que sabía la respuesta. Y parecía que estaba deseando contársela.

—Bueno, gracias por el aviso.

—No es un aviso.

—Lo que sea —le miró fijamente. Quería entrar, pero no antes de que él se diese la vuelta y se fuese. De repente, la luz se apagó. Habían permanecido prácticamente inmóviles durante dos minutos y el cronómetro de la lámpara se había agotado—. Es hora de irse —dijo ella.

A unos metros de ella, en la oscuridad, Shepherd suspiró, como si le hubiese acorralado, sin dejarle más opción que revelar lo que hubiera preferido callarse.

—Mira, si te sirve de algo, dite que, con un crío en camino y todo eso, necesitaba ingresar un poco más de dinero. Que lo estaba haciendo por ti.

—No te creo.

—Venga, tampoco es que fuese el primer poli con el que hago negocios. ¿Me estás diciendo que nunca has conocido a nadie que encontrase tres kilos de coca y

solo entregase dos? ¿A nadie que se buscase la vida por su cuenta?

Helen sintió el sudor escocer y empezar a manar. Notó la llave caliente y húmeda en el puño.

—¿Alguna vez le diste dinero a Paul?

—Desgraciadamente, no tuve ocasión, pero discutimos las condiciones. Le habría ido muy bien, eso te lo puedo asegurar. No te hubiera faltado ropa para el bebé.

—¡Vete a tomar por culo! —dijo ella.

—Esa lengua...

Ella lo repitió y, tras unos segundos, Shepherd obedeció. Su movimiento reactivó la luz de seguridad y Helen le observó mientras cruzaba la calle a paso ligero hacia su coche, con las monedas tintineando, rebuscando el mando a distancia. Le oyó subir el volumen de la música después de encender el motor y le vio mirarla, justo antes de que la luz interior del coche se apagase y arrancase.

Más rápido de lo necesario.

Después le llevó varios segundos más de lo normal entrar. Se quedó de pie junto a la puerta como una borracha, con la llave golpeando y arañando el cerrojo mientras intentaba calmar el temblor de su mano.

Mikey había empezado a pensar en hacerle una visita a Linzi mientras estaba ocupado con Easy y Theo y ahora, al volver andando desde su casa, se preguntaba por qué hacer ese tipo de cosas le ponía tan cachondo.

Linzi no era puta, no realmente. Solo aceptaba dinero de un par de chicos, sus favoritos, y desde luego no se parecía en nada a las fulanas sucias que había visitado antes. Era dulce y sabía lo que le gustaba. Decía que estaba guapo sin ropa, que le gustaba tener dónde agarrarse, y siempre le contaba buenas anécdotas sobre los otros después, cuando sacaban el peta. Chorradas graciosas como que SnapZ tenía una polla minúscula, o la forma en que Así lloraba después de que se la menease.

Impagable...

Dejó de pensar en por qué había ido. Decidió que no importaba, que al fin y al cabo no se le ocurría una forma mejor de gastarse el dinero que había sacado esa noche. Lo habían dividido en casa de Easy, luego habían bajado al Dirty South a tomarse unas copas: cócteles de Hpnotiq azul chillón para todos. Había rondado la barra principal durante una hora, había enseñado las fotos de su teléfono a algunos de la pandilla y había alardeado de unos cuantos billetes grandes.

Hasta que empezó a apetecerle aún más ir a casa de Linzi.

Ahora tenía hambre...

Solo había cinco minutos de camino de vuelta a la urbanización, pero no quería arriesgarse a despertar a su madre revolviendo en la cocina y acabar recibiendo sus gritos. Decidió acercarse a la calle principal, coger algo en uno de los sitios de *kebabs* que abrían hasta tarde.

Dio la vuelta a la esquina y vio al viejo caminando hacia él; lo vio levantar la



vista y luego fijar los ojos en la acera. Sabía que asustaba a gente como él. Se puso la capucha y dejó caer un hombro para ponerle un poco más de ritmo a su contoneo, para aterrar al pobre viejo.

Un último subidón antes de irse a la cama.

Pasó al lado del viejo, arrimándole el hombro, dejando que el pobre imbécil creyese que tramaba algo. Con la capucha echada hacia delante, no pudo ver la reacción del viejo. No le vio pararse a pocos metros y buscar en el bolsillo de su abrigo.

Mikey solo se dio cuenta de lo que estaba pasando cuando oyó gritar su nombre y se dio la vuelta. Un segundo o dos antes de que el arma estuviese en alto y el viejo le disparase en la cara.

Cuando Mikey todavía estaba cayendo, el viejo se dio la vuelta y echó a andar rápidamente. Con las manos en los bolsillos. Todavía murmurando algo sobre que el mundo se estaba volviendo loco.

Javine olía de maravilla: a manteca de coco en el cuello y a algo dulce y cítrico en el pelo. Se apretó contra ella, recorriendo con las manos su espalda y sus nalgas, y le metió la lengua en la boca, pero seguía estando flácido entre sus dedos.

Ella apartó la boca y susurró:

—¿No te apetece?

—Estoy cansado.

—No pareces cansado.

Se separó y se dio la vuelta.

—¿Qué parezco entonces?

Fuera un motor aceleraba, se oían voces que gritaban.

—Parece que quieres pelear —levantó la almohada que tenía detrás—. Que estás más contento peleando.

—Estás diciendo tonterías.

—Hace casi una semana.

Él soltó un suspiro largo y lento.

—Estoy trabajando más, ¿vale?

—Ya lo sé...

—¿No estás contenta con el dinero extra?

—Sí, estoy contenta.

—Entonces deja de joder.

Javine no dijo nada más, y pronto el silencio entre los dos amenazó con ahogar el ruido de la calle. Theo se sintió aliviado cuando ella volvió la cabeza al oír el gimoteo procedente de habitación de al lado y volvió a taparse con el edredón.

Se había ido del Dirty South antes que los demás, contento de dejarles allí cosechando alabanzas y sacándoles todo el jugo. Creía haberse metido en la cama silenciosamente, pero Javine se había dado la vuelta, había dicho su nombre en la

oscuridad mientras él se desvestía y se había ido despertando mientras hablaba.

Le preguntó cómo le había ido la noche.

Había salido de casa de Easy con cuatrocientas libras, consciente de que entre los tres habían sacado por lo menos mil quinientas. Quizá tuviese razón. Tal vez Easy estuviese quedándose un pellizco por su papel en el ascenso de Theo, por darle la oportunidad. Tal vez Easy creyese que no se había ganado una parte como era debido. No sabía cuánto se había llevado Mikey, no había querido hablar del tema con él allí.

Pero lo averiguaría mañana. Le preguntaría a Easy qué estaba pasando.

Se acostó e intentó concentrarse en el dinero, centrarse en la pasta y en las cosas que podría comprar. Era más fácil hacer eso que pensar en cómo lo había conseguido, y en lo que había hecho para estar en esa posición.

*«Además, el tipo de trabajo que vamos a hacer esta noche es la razón por la que disparaste al coche de esa puta, ¿no?».*

Retroceder mentalmente una semana era como tener vértigo y saltar porque ese era el mejor modo de dejar de estar asustado.

*«—Levántala, tío, levanta ese chisme bien alto. Enséñale lo que tienes.*

*—Lo que le vas a dar.*

*—Hazlo...».*

Todavía pensaba que podían aparecer en cualquier momento. Easy podía hablar de lo unida que estaba la banda todo lo que quisiese, pero Theo seguía quedándose helado cada vez que oía una sirena; sentía cada portazo como un martillo que se acercaba.

Javine volvió y se metió en la cama. Se acercó y dijo:

—Está bien.

—Eso es bueno...

Le puso la mano sobre la barriga y la cabeza en el pecho, empezó a bajar besándole. Theo cerró los ojos e intentó concentrarse en tener una erección. Olvidar la imagen de un cuchillo y un agujero rasgado, de la sangre sobre la brillante cinta adhesiva negra.

Había puesto unas sobras de pollo en un plato de papel; una hora antes, había observado al zorro trotando por el césped. Se había detenido a unos centímetros de la comida y se había sentado, desconfiado. Luego había rodeado el plato y esperado unos minutos más antes de echarse sobre su comida gratis.

No tenía nada de malo ser cuidadoso, había pensado Frank.

Ahora el jardín volvía a estar a oscuras, salvo por las tenues luces de los parterres, y Frank se sentó con un crucigrama en el regazo y una copa de vino a su lado. Prefería los pasatiempos crípticos, le gustaba cronometrarse, pero este podía con él. No lograba poner su cerebro en marcha.

Clive se había pasado hacía un rato. Le había puesto al día sobre la reforma del *pub* y un jefe de obra tocahuevos que estado dando problemas en un proyecto que

tenían en el oeste. Y sobre el tema de Lewisham.

Clive era bueno en lo que hacía y siempre empleaba a gente igualmente hábil. Lo tenía todo controlado.

Levantó la vista del periódico cuando entró Laura. Vestía vaqueros y una camiseta, y su pelo parecía húmedo, como si acabase de salir de la ducha.

—Te has perdido al zorro —dijo él.

—Estaba mirando desde arriba —se acercó a la ventana y se apoyó en ella. Le miró, como si estuviese esperando que le contase algo más, pero tras unos segundos Frank retomó su pasatiempo.

Volvió a levantar los ojos al oírla llorar.

—¿Qué pasa?

—¿Qué has hecho?

Se quitó las gafas.

—Ya lo sabes, ¿por qué me lo preguntas? No quieres saber los detalles, ¿verdad? —Ella siempre lo sabía. No podía ocultarle nada, nunca había podido. Sabía que aquella conversación tendría lugar desde el momento en que le había enseñado la noticia del periódico unos días antes.

Ella levantó el brazo y se pasó la manga de la camiseta por la cara.

—¿Se ha terminado?

Él dejó caer el periódico a sus pies.

—Acaba de empezar.

—Pero no va a cambiar lo que ha pasado, ¿verdad?

—Eso ya lo sé.

—No ayudará a Paul.

—Tal vez me ayude a mí —dijo Frank—. Ya sabes lo que pienso de defraudar a la gente —eso la hizo saltar otra vez—. Eres la única que sabes cómo soy.

Ella asintió y se acercó a él.

Detrás de ella, las luces de movimiento del jardín se activaron, pero Frank no apartó sus ojos de los de ella. Ella se estaba acercando e inclinándose para darle un beso en la mejilla, y eso era más importante que ninguna otra cosa.

Los chicos que rondaban los garajes fueron los primeros en llegar junto a Mikey. Habían oído el disparo y conocían la diferencia entre eso y un petardo o la detonación del tubo de escape de un coche. Claro que la mayoría de la gente de la urbanización también la conocía, y ya había varios coches patrulla en camino, pero los chicos no lo sabían.

Se quedaron de pie alrededor del cuerpo, los cinco, mirando. Lo observaron desde todos los ángulos, tan curiosos como cualquier chico de diez u once años.

Para dos de ellos era el primer cadáver que veían de cerca.

Alguien dijo algo sobre las cadenas, que Mikey no iba a echarlas de menos, y otro chico empezó a hablar de dónde podía estar la cartera. Pero el chico al que todos

escuchaban, el designado por Wave para llegar a más en el futuro, les dijo que cerrasen la boca y mostrasen el debido respeto.

Les dijo que no era así como se hacían las cosas.

Entonces oyeron las sirenas y a alguien gritando desde la urbanización detrás de ellos. Antes de que el último de los chicos se diese la vuelta, adelantó la punta de su zapatilla, la metió en el charco de sangre que seguía manando bajo la cabeza de Mikey y corría hacia el sumidero.

—Qué pegajoso —dijo.

## **Tercera parte**

### **Lobos y leopardos**

## Veinte

—Ya sé que se supone que no deberían gustarme estos sitios —dijo Deering—, que está de moda ponerlos a parir porque están invadiendo el mundo o lo que sea. Pero me gusta el café —la risita divertida, ahogada—. Me gusta mucho su café...

Era peculiar, no había duda, pero Helen había decidido que no era el bicho raro que había creído después de sus mensajes telefónicos. Tal vez todo aquello del «Con Dios» no fuese más que una muletilla. Y aunque no lo fuese, no parecía que estuviese intentando que abriese su alma a Jesús en un futuro próximo.

Helen tomaba té.

—A mí también me gusta el café —dijo—, pero al bebé no le convence. Se pone a dar botes como un lunático.

Deering había llamado por la mañana, después de que Helen se pasase gran parte de un desagradable viernes y sábado discutiendo con gente: con la madre de Paul, que se negaba a hablar siquiera de poner música «rock» en el funeral; con Jenny, que le había dicho que no iban a necesitar ninguna ropa vieja de Paul, pero gracias por el ofrecimiento; con su viejo, que se había ofendido por sus sugerencias mientras sudaba para montar la cuna. Deering le había preguntado si le apetecía tomarse un café, y la idea de hablar con un extraño de todo ello, de desahogarse, le había parecido bien.

Tenía mucho que descargar.

La había recogido justo después de las diez, luego habían conducido hasta el Starbucks que había junto a la estación de metro de Brixton. No había demasiada gente y Helen había cogido una mesa junto a la ventana, pensando que podía observar a la gente si la conversación decaía. El café rápido se había convertido en un desayuno-almuerzo, con paninis tostados y magdalenas de chocolate que Deering había insistido en pagar y cuando Helen creía que ya era casi mediodía, se dio cuenta de que llevaban casi dos horas hablando sin descanso.

De que había hablado.

—Creo que las reacciones de uno ante la gente se vuelven más extremas —dijo Deering— cuando se pierde a alguien —retorcó un botón de la desgastada chaqueta vaquera que llevaba sobre un polo.

A Helen le había sorprendido lo joven que parecía fuera del trabajo, aunque no hacía intento alguno por ocultar su prematura calvicie. Su acento también le parecía más fuerte, y se preguntó si lo suprimía de forma inconsciente cuando trataba con otros técnicos y agentes de policía.

—Se tiene más tendencia a ponerse eufórico ante cualquier indicio de una buena noticia. O a perder los nervios con alguien si nos molestan.

Helen dijo que sabía a qué se refería, que así era exactamente como se sentía, pero que no había habido demasiada euforia. Desde luego, no en los últimos días.

Había logrado controlarse durante el enfrentamiento con la madre de Paul,

diciéndose que aquella mujer, con la que nunca había congeniado del todo, estaba tan destrozada como ella. Helen todavía no sabía si la madre de Paul sabía lo de su aventura y no era probable que fuese a preguntárselo. La pelea con su padre no había sido distinta de los cientos de ellas que habían tenido a lo largo de los años. Al viejo no le gustaba que le dijese lo que tenía que hacer. Algo que ambas hijas habían heredado.

Pero la cosa se había puesto muy desagradable en casa de Jenny.

Habían tenido un tranquilo almuerzo de sábado; Tim con un ojo en el fútbol y los niños jugando tranquilamente. Si acaso, se estaban portando demasiado bien y Helen supuso que les habían instruido para que no dijese ni hiciesen nada que pudiese molestar a la tita Helen. Desde luego, no se mencionó al tío Paul.

Más tarde, en la cocina, Jenny le había dicho que había hablado con Tim y que ya tenía demasiada ropa, que hacía tiempo que tenían pendiente un viaje a la parroquia. A Helen se le fue la olla y Jenny volvió tranquilamente al salón y les dijo a los niños que fuesen a jugar arriba. La cosa no había terminado bien y Helen no había vuelto a hablar con su hermana desde entonces.

Ahora suspiró, pero todavía podía recordar el impulso de tirarle algo a Jenny, de lanzar parte de aquella bonita vajilla cara contra la encimera de granito.

—Me toca las narices ser yo la que tenga que intentar suavizar las cosas.

—A eso es a lo que me refiero —dijo Deering—. Todo... se magnifica.

—Con quien más enfadada estoy es con Paul.

—Lo sé.

—Realmente furiosa.

—Tus emociones están completamente alteradas.

Helen asintió y pensó: «Pero sigo sin llorar», y luego lo dijo.

—Eso también es normal. Quiero decir que no hay un comportamiento «normal» en un momento como este. No hay ningún... modelo para el duelo, ¿sabes? —Volvió a retorcer el botón—. Yo mismo estoy bastante cabreado.

—Oh. ¿Quién?

—Mi mujer —Deering sonrió—. Un tumor cerebral, hace dieciocho meses.

Helen le estudió. De repente las atenciones del hombre hacia ella, su solicitud, parecían tener sentido. Abrió la boca, buscando las palabras adecuadas, pero Deering le ahorró el trabajo.

—Siempre tenía muchos dolores de cabeza, la machacaban dos o tres veces por semana —se llevó una mano a la cabeza, justo por encima de la oreja derecha—. Las llamábamos migrañas, y Sally no era una de esas personas que va corriendo al médico a la mínima. Cuando la convencí, solo le quedaban unos meses.

—Lo siento.

—Debería haber insistido más.

—No seas bobo —le vio encogerse de hombros, inclinarse hacia delante, apartar las tazas vacías del centro de la mesa. Le observó meter una cuchara sucia en cada

una de ellas y alinearlas para que las asas quedasen perfectamente paralelas—. ¿Cómo estabas tú entonces? Después.

Él dejó salir el aire por entre sus labios fruncidos, como si no supiese por dónde empezar.

—Solo necesitaba hablar con gente que la conociese. Con cualquiera que la conociese. Quería oír cosas que no sabía. Anécdotas, cosas que la gente recordase. Creo que quería almacenar todas esas cosas. Recuerdos, aunque no fuesen míos, para que... no se me escapasen —sonrió—. Es una tontería, lo sé. Como si alguna vez se escapasen.

Helen le dijo que ella había estado haciendo algo parecido. Él esperó, pero ella no explicó más.

—Siempre es agradable saber que no eres el único rarito —dijo él.

Helen no le dijo que ella había estado buscando algo, intentando conocer al hombre que creía conocer tan bien y averiguando mucho más de lo que se esperaba. No le contó con quién había estado hablando, por supuesto; no le habló de las conversaciones con Frank Linnell y Kevin Shepherd. Y no le dijo con quién pensaba hablar más tarde ese mismo día. Creyó que podía pensar que era retorcido, en cierto modo.

Probablemente lo fuese.

Cuando Helen empezó a mirar su reloj de forma más que casual, Deering anunció que también tenía que irse. Le dijo que prácticamente había terminado de redactar su informe, pero que había un par de detalles menores que necesitaba resolver con el investigador de tráfico.

—¿Qué detalles?

—No es nada. Solo algunas formalidades.

—Nunca han sido mi punto fuerte —dijo Helen.

—Sabes que puedes llamarme —dijo Deering— si quieres hablar de algo. Te comprendo. Bueno, ahora ya sabes que te comprendo.

—Gracias.

—Aunque solo necesites a alguien a quien gritar.

—Lo lamentarás —dijo Helen.

Fuera, en la calle, observó a la gente pasar, beber bajo el sol de camino a reuniones con amigos, barbacoas y *pubs*. Les vio charlar y reír, y odio a todos y cada uno de ellos.

Como Deering había dicho. Todo se magnificaba.

Lo imaginaba como algo que recorría su cuerpo y se preguntó si pasaría algo de aquella química antinatural al niño que llevaba dentro. Si se lo transmitiría a través del cordón umbilical, como una droga, hasta que saliese dando patadas, con la cara enrojecida y gritando con todas sus fuerzas.

Javine se había llevado a Benjamín a casa de una amiga para pasar el día, de modo



que Theo tenía la casa para él solo. Le iba bien. No sabía si su madre y Angela estaban en casa dos plantas más abajo, pero tal como estaban las cosas, prefería su propia compañía.

Hacía calor y se paseaba por el piso en pantalones cortos y camiseta, terminándose lo que le quedaba de maría y gran parte de la cerveza fría de la nevera.

Había puesto algo de música, había intentado sentarse y escucharla, hojear un periódico y una revista vieja, pero no era capaz de estarse sentado más de dos minutos. Subió el volumen para poder oír la música alta y clara mientras iba de habitación en habitación.

*Wolves and Leopards  
Are trying to kill the sheep and the shepherds.  
Too much watch and peep,  
It's time the wolves dem leave the sheep...*<sup>[1]</sup>

Theo no sabía si Dennis Brown estaba vivo o muerto, pero le encantaba su voz, cómo le hacía sentir.

Cuando el viejo equipo de música que tenían en casa murió, había sustituido algunos de los viejos álbumes de *reggae* de su padre por CD. Se los había ido dando a su padre en las Navidades y en varios cumpleaños y más tarde los había heredado. Escuchaba alguno de vez en cuando: Burning Spear, Toots and the Maytals, los recopilatorios de *Rock Steady* y *Tighten Up* y Marley, obviamente.

No era un gran rollo retro. Había un montón de DJ de *grime* y grupos de rap que tocaban cosas de lo más salvaje y a él le gustaba escucharlos y soltarse con ellos, como a todo el mundo. Pero encontraba algo en aquellos viejos álbumes que no veía en las imitaciones de cosas americanas que escuchaban tantos de sus amigos. Lo grandes que eran sus pistolas, a cuántas zorras se habían tirado, toda esa mierda.

Además, iban muy bien con un porro. En eso sí tenía razón su padre. Se echó en la cama, cerró los ojos y pensó en lo absurdo que se había vuelto todo desde que habían matado a Mikey.

Había más policía por ahí que nunca. High Street todavía estaba llena de furgonetas y patrullas visiblemente armadas. Había concursos de miradas en cada esquina y, durante un tiempo, Theo se había sentido aliviado porque, al menos, no le estaban buscando a él.

Al menos, no todos.

Había hablado con un par de ellos. Tampoco había tenido elección: estaban hablando con todo el mundo. No había dicho gran cosa, se había limitado a darles un nombre y una dirección y a decir que no sabía nada. Le miraron como si ya hubiesen oído lo mismo cien veces aquel día.

Una de ellos, una mujer, dijo:

—¿No queréis que esto se resuelva?

Theo ya sabía bastante, por supuesto que sí. En cualquier caso, lo sospechaba...

Siempre había bandas que atacaban a otras por cuestiones de negocios, que iban a por pandillas como la suya por las drogas, porque había dinero que llevarse. Pero casi siempre era cuestión de territorios. De barrios y de las fronteras que los separaban.

Easy había cruzado esas fronteras, y Theo lo sabía porque había sido lo bastante idiota como para seguirle. Habían entrado en casas y atracado a putas. No había duda de que se habían colado en otras zonas, e Easy sabía lo que estaba haciendo. La mayor parte del tiempo, los límites estaban marcados con claridad: determinada firma pintada con *spray* en una pared, un par de zapatillas viejas colgadas en un cable de teléfono... pero incluso cuando no había ninguna señal, la gente los conocía. Sabían qué *pubs* había que evitar, en qué calles no había que meterse.

Pero el imbécil de Easy pensaba que podía ir adonde le apeteciese. Pensaba que tenía una especie de visado especial o lo que fuese, y ahora había provocado algo serio.

Ahora aquello se estaba volviendo en contra de todos ellos.

Theo no le había visto demasiado los últimos dos días, pero notaba que su amigo estaba nervioso. No sabía si el resto de la pandilla se daba cuenta, pero él lo sabía. Wave también estaba manteniendo la cabeza gacha. Probablemente estaba teniendo serios problemas con los del triángulo de arriba, preocupados porque la gente empezase a comprar las rocas a una pandilla a la que no estuviesen matando a tiros.

«*Wolves and leopards are trying to kill the sheep and the shepherds...*».

Se levantó y volvió a la cocina, tiró la lata de cerveza vacía y miró dentro de la nevera, pensando en el almuerzo.

Javine no volvería en un rato. Le alegraba estar fuera y a Theo le alegraba dejarla. Las cosas habían sido complicadas los últimos días, desde lo de Mikey. Siempre era igual cuando alguien moría.

Tampoco había dicho demasiado. Simplemente le había mirado. Había cogido al niño y le había mirado como diciendo: «¿Te lo vas a pensar ahora? ¿Vas a pensar en sacarnos de esta pocilga?».

Theo cerró la nevera.

¿Cómo se suponía que iba a hacerlo? No es que estuviese precisamente forrado tal como estaba, además, tenía que pensar en su madre y en Angela. Nunca había prometido cuidarlas, no había habido un momento tranquilo con su padre hacia el final, pero no había hecho falta. Se daba por sentado.

La canción se terminó y fue sustituida por otra: introducción de bajo y batería, con metales suaves de fondo. Recordó a su padre cantando al son de aquellas canciones, con su voz fuerte y ronca; el viejo aún convencido de que podía dárselas de guaperas, bamboleándose en el sitio.

Cuando era niño, Theo se sentía raro por tener a su padre cerca, pero ahora era como todos los demás. Como la mayoría de los chicos de la pandilla, al menos. Con padres ausentes. De eso hablaban siempre los periódicos y los universitarios blancos

que hacían informes y chorradas de esas. Eso era lo que creían que causaba todos los problemas. La razón por la que tipos como Easy, Mikey y el propio Theo iban por el mal camino. El tema era que habían sido privados de orientación por hombres que les habían abandonado o les habían sido arrebatados. Por el cáncer o por una bala.

Al volver al salón, Theo se descubrió pensando en el crío del poli muerto, el que todavía no había nacido siquiera. Se preguntó cómo se las apañaría él, el crío al que Theo había privado de su padre.

Subió la música un poco más y se quedó de pie junto a la ventana. No era que creyese que fuese a suceder en un futuro cercano, pero si alguna vez existía la posibilidad de que Javine consiguiese lo que deseaba para ellos tres, iba a necesitar dinero. Mucho.

Tenía que salir del piso. Bajar y pasar delante de aquellos uniformes azules, cruzar las filas de furgonetas con barrotes y cristales ahumados. Ir a trabajar.

Frank cogió su móvil para comprobar que todavía tenía señal. No quería perderse la llamada de Clive. El conductor de reemplazo, uno de los chicos de Clive, entró en la terraza, o en lo que sería la terraza cuando terminasen las obras y fue a coger sus gafas de sol.

—¿Quieres algo de beber o algo, Frank?

—Estoy bien.

—¿Seguro?

Frank hizo visera con la mano para bloquear el resplandor y dijo:

—Una limonada o algo.

El conductor volvió al interior del *pub* y Frank retomó la lectura de los dominicales, con la suave pero bienvenida brisa agitando sus páginas.

La parte trasera del *pub* era una solana y no habría sombrillas hasta que alguien comprase el local, pero por fin había encontrado un poco de sombra pegándose mucho a la valla de un lado. Todavía quedaba solado por poner y algunas plantas en macetas, pero ya era un lugar bastante agradable para pasar una mañana de domingo y Frank creía que era importante estar allí. Asegurarse de que las obras del *pub* avanzaban como debían, mientras Clive estaba en otra parte, ocupado en asuntos más importantes.

Seguían saliendo un montón de cosas en el periódico sobre problemas de pandillas, pero ahora era más general. Paul ya no era noticia de primera plana. Había alguna mención somera en una entradilla o dos, pero solo en la medida en que su muerte era sintomática de un problema más amplio, un problema que se había vuelto a poner de manifiesto con la última muerte a tiros de un pandillero, la de Michael Williamson, de dieciséis años, hacía dos días en Lewisham.

Era la conclusión a la que Clive había dicho que llegarían. Tenía sentido. Les facilitaba la vida.

Estaba pasando a las páginas de deportes del *Mail* cuando el conductor volvió con

su bebida: en vaso de tubo, con hielo y limón.

—La próxima vez no le pongas limón —dijo Frank. Le dio pena el tipo, sudando como un cerdo dentro de su traje oscuro y su corbata, pero las apariencias eran importantes. En su negocio no se podía vestir de *sport*. Claro que eso no se aplicaba al propio Frank, que felizmente vestía bañador, sandalias y una camisa que había estado reservando para el buen tiempo. Hawaiana, decía él, aunque Laura decía que parecía que alguien le había vomitado encima. «¿Vomita mucho la gente en Hawai?», le había preguntado.

Frank leyó el reportaje sobre el partido del West Ham. En realidad, ya no seguía al equipo, no era más que un acto reflejo. Había un encuentro a mediados de semana que quizá intentaría ver y un partido de golf sobre el que hizo una nota mental para programar el Sky Plus.

Tomó un sorbo de limonada y luego miró la primera plana del *Sunday Mirror*, casi todo fotos y, aunque lo intentó, no logró entender la noticia. Era difícil concentrarse en algo con todo el ruido que venía de dentro, los martillos y los taladros. Claro que le gustaba oírlo. Estaba pagando jornada y media a aquellos capullos por trabajar en domingo y estaba allí para asegurarse de que nadie se quedaba sentado, tomando té.

—Te despistas un poco —le había dicho Clive—, y hasta se ponen azúcar. Creo que deberían incluir azúcar y galletas de chocolate en sus presupuestos.

Se preguntó si oiría el teléfono con todo el barullo y lo acercó un poco más. No quería arriesgarse a perder la llamada, así que lo puso también en modo de vibración, con la esperanza de al menos verlo saltar por la mesa si no lo oía.

Al volver a mirar la noticia del periódico, le quedó claro que una fulana ex concursante de un *reality* se estaba tirando al novio de otra pringada. Posaba en bikini para enseñarle a todo el mundo lo que se estaba llevando su amante. Frank sabía que se trataba de vender ejemplares, que los negocios son los negocios, pero aun así le daba asco.

Las prioridades...

Se bajó el resto de su limonada y empezó a buscar el crucigrama. Tal vez Paul ya no fuese noticia de primera plana, pero Frank se animó un poco al pensar que estaba ocupado provocando alguna por su amigo.

## Veintiuno

SnapZ no podía recordar qué había soñado. Se le había escapado en cuando había abierto los ojos, como el rostro de alguien amado diciendo adiós desde el asiento trasero de un coche a toda velocidad. Pero sabía que había sido agradable, algo que le había dejado una sensación cálida y le había hecho acurrucarse bajo el edredón, hasta que volvió a oír los golpes. El ruido había irrumpido en su sueño y le había sacado de él a rastras, cada golpe resonando por el piso como un balazo.

Miró el reloj de la mesilla. Ni siquiera era la hora del almuerzo y la noche anterior había sido muy bestia. Casi toda la pandilla de juerga, de fiesta por Mikey. Todavía tenía la cabeza embotada y notaba el sabor de la bebida en la lengua, el picor de la hierba en el fondo de la garganta. Todavía podía saborear a la chica que se había arrodillado en el aparcamiento de detrás del Dirty South.

—La muy zorra no podía esperar a bajarse —le había dicho después a Easy—. Y era bien guarra.

Quien estaba fuera volvió a llamar, más alto. SnapZ retiró el edredón, echó los pies al suelo e inspiró profundamente.

Joder, ¿acaso no era quedarse en la cama un domingo por la mañana (cualquier día, si quería) una de las mejores cosas de este negocio? Horario flexible. Por eso se había mudado, tenía casa propia. Antes, su madre le hubiera echado de la cama mucho más temprano, vestida de domingo, obligándole a comer huevos fritos y mierdas y diciéndole que no desperdiciase el día.

Más golpes. Y no eran con los nudillos, sino con el puño de lado, fuertes y pesados como si fuesen a romper la puerta o algo. Alguien dando auténticos martillazos.

SnapZ empezó a soltar tacos, levantando la voz por encima del ruido, luego se calló. Siempre podía ser Wave. O Easy, tal vez.

Gritó que tardaría un minuto, buscó sus pantalones, luego el resto de sus cosas, tiradas encima de una silla la noche anterior. No era que Easy estuviese por encima de él, que tuviese más influencia en la pandilla y, desde luego, no le tenía miedo, no era nada de eso. Pero SnapZ lo había visto bastantes veces hablando por las esquinas con Wave. Sabía que Easy era *aplicado*, que bien podía subir puestos más rápido que la mayoría si seguía lamiendo los culos adecuados. Y nunca hacía daño mantener las opciones abiertas. Siempre era mejor cabrear al menor número de gente posible y una mala palabra podía hacerlo. Una mirada equivocada, un encontronazo con quien no debía, gritar algo estando aún medio dormido.

Podías acabar con una cuchilla en las tripas una semana después, cuando creías que todo estaba olvidado.

Se metió en los pantalones, se puso una camiseta mientras entraba en el salón. Cogió la pistola de debajo del asiento del sofá y se dirigió a la puerta. Colocó el ojo en la mirilla.

—¿Quién coño es?

No reconoció al robusto hombre negro en el momento, pero su aspecto era familiar. Las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta con capucha, los hombros encorvados, los labios apretados de desesperación. Nada que no viese una docena de veces al día.

—Necesito un par de rocas.

—No puedo ayudarte.

—¿Eres SnapZ o no?

—¿Quién te ha dado el nombre?

—Ollie y Gospel me dijeron que podías conseguirme algo. Venga, tío...

—Esto no es el puto KFC, ¿lo pillas?

—Diez cada una, me dijeron.

SnapZ esperó. Tendría que tener unas palabras en serio con ese chico blanco sobre lo de enviar clientes a su puerta en lugar de ir al piso franco como se suponía que tenía que hacer. Le cortarían las rastas a ese cabroncete con cara de empanada y se las metería por el culo.

—Te daré quince. Tengo prisa, tío.

Como si no la tuviesen todos. Como si alguno dijese alguna vez: «No hay prisa, me paso la semana que viene y las recojo».

—Enséñame la pasta.

El hombre rebuscó en su bolsillo, sacó una bola de billetes arrugados y separó tres de diez.

—Abajo —dijo SnapZ.

—Venga, solo dos, nada más.

—Espérame en la puerta de la tienda de apuestas —comisión sobre veinte más diez de beneficios limpios para él era una buena forma de empezar el día. Además, era hora de empezar a buscarse clientes propios. Todos lo hacían y Wave se hacía el loco siempre que no fuese demasiado evidente y se hiciese suficiente caja.

—¿Cuánto tiempo?

—Diez minutos.

—Mierda.

—Tú decides, tío. Ni siquiera he meado todavía.

SnapZ se quedó mirando mientras el hombre se alejaba lentamente de su puerta y se dirigía a las escaleras. Sí, valía la pena levantarse de la cama; aún mejor, parte de la cálida sensación de su sueño empezó a volver, a subirle suavemente por dentro de la barriga.

Más buenas noticias: había un par de centímetros de porro en el cenicero de la mesa. Buscó su mechero y encendió lo que quedaba, chasqueando los dedos mientras entraba en el cuarto de baño.

No pasaron más de unos segundos hasta que alguien habló, pero fue tiempo suficiente

para que ambas mujeres se echasen un buen vistazo mutuo. Para formarse una impresión.

Helen vio una cara que probablemente habría sido hermosa de no ser por los puntos, por las magulladuras, de un verde amarillento, que rodeaban los ojos y se desvanecían para revelar los círculos oscuros de debajo y algo más que alejaba hasta el último gramo de dulzura de sus rasgos. Cuando la mujer dio un paso atrás, con cierta desconfianza, para abrir la puerta, Helen vio el cabestrillo que sujetaba su brazo izquierdo. El vendaje estaba más que un poco mugriento.

Estaba claro que la mujer sabía exactamente quién era Helen. Sus ojos se abrieron y empezaron a llenarse de lágrimas prácticamente en cuanto se levantaron después de posarse en la barriga de Helen. Pero la expresión cambió cuando Helen se presentó formalmente. Cuando la mujer que había utilizado su puerta como escudo descubrió quién era.

—Probablemente debería haber llamado —dijo Helen.

Sarah Ruston se encogió de hombros, como si no supiese qué decir, y Helen pidió permiso para entrar. Retrocedió, de manera que Helen tuvo que cerrar la puerta tras ella y se echó la mano al bolsillo en busca de pañuelos mientras conducía a Helen al salón.

Era una casa victoriana de fachada doble en la parte norte de Clapham Common. La ubicación era estupenda, en una calle tranquila, llena de árboles y, una vez dentro, la envidia que Helen había empezado a sentir al salir del coche subió un grado o dos más. El recibidor conservaba las losas originales, había grabados enmarcados en las paredes y atisbó una enorme cocina de acero inoxidable en la cocina. Aún mejor que la de Jenny. El salón tenía el suelo de parqué y un par de sofás de cuero de aspecto artísticamente raído. Había más cuadros con marcos de madera, velas en la chimenea vacía, un televisor de plasma y elegantes lámparas de pie en dos esquinas.

Era el tipo de casa que ella y Paul habían hablado de comprar, habían soñado comprar.

Cuando Helen se sentó, dijo que la casa era muy bonita. Sentándose frente a ella, Ruston sonrió pero no dijo nada. Simplemente acarició el cuero del asiento vacío a su lado. Helen podía oír música procedente de la cocina, algo tipo folk y había más música, más alta, que venía de arriba.

—Dos polis viviendo juntos. ¿Era fácil?

—No siempre —dijo Helen. Esperó pero, una vez más, no obtuvo respuesta—. Escuche, solo quería...

Ruston se giró al oír pasos en la escalera y se quedó mirando la puerta hasta que entró un hombre. Tenía unos cuarenta años, tal vez diez años más que la propia Ruston, era alto y con cierto exceso de peso. Lo presentó como Patrick. ¿Marido o novio? Helen no lo sabía, no había tantos detalles en el cuaderno del inspector. Sí sabía que Ruston trabajaba en Canary Wharf, en uno de los grandes bancos extranjeros.

No necesitaba preguntar si estaba bien pagado.

Patrick se acercó y sacudió la cabeza. Como su compañera, vestía informalmente (pantalones de marca y una camiseta), aunque Ruston llevaba una fina rebeca negra por encima. Después de que Deering la dejase en su piso, Helen se había puesto el vestido de verano más suelto que había encontrado, sin saber muy bien por qué se molestaba en arreglarse. Ahora se sentía como una chiquilla gorda demasiado arreglada que acababa de llegar a una elegante fiesta estival.

—Helen es agente de policía —dijo Ruston.

La sonrisa de Patrick se convirtió en un suspiro.

—Por Dios, ¿no hemos hecho ya todo esto? —Hizo un gesto con la cabeza hacia Ruston—. Ha debido de hacer una docena de declaraciones. Sería agradable que la dejasen un poco de tiempo a solas para... superarlo, ¿sabe?

Helen miró al suelo. Patrick llevaba unas chinelas y pudo ver que tenía los empeines peludos.

—El hombre que murió en la parada de autobús era su marido.

Helen levantó la vista pero no se molestó en corregirla. Vio cambiar la cara de Patrick otra vez. Vio los engranajes de su cerebro en marcha y cómo reprimía el impulso de hacer la pregunta evidente: ¿Por qué está aquí?

Helen agradeció sus reservas, su incomodidad; casi tanto como sin duda agradeció él que Ruston le preguntase si le importaba hacer un poco de café. Él tomó nota de los pedidos (un café, un té) y se fue, dando un portazo lo suficientemente fuerte tras de sí como para que Ruston diese un pequeño respingo.

—Como le decía, debería haber llamado o algo.

—No pasa nada —dijo Ruston—. Lo comprendo.

Helen asintió, pensando que era amable por su parte. Pensando que Sarah Ruston sonaba prácticamente como si lo comprendiese todo.

—¿Cuándo va a volver al trabajo?

—A finales de la semana que viene, tal vez.

—Eso está bien.

—Me tomaré unos días más. La clavícula está bastante bien, pero no quiero que la gente piense que Halloween se ha adelantado.

—Tiene buen aspecto.

—Ya.

Helen observó a Ruston pasarse los dedos por la melena que le llegaba al hombro. Probablemente se la teñía cada tres o cuatro semanas, pero ahora empezaban a vérselle las raíces. Helen no podía reprocharle que no se cuidase demasiado después de lo que había pasado. Luego vio la media sonrisa que le decía que aquella mujer estaba acostumbrada a que le dijese que su aspecto era mucho más que «bueno».

—¿Y usted?

—He estado mejor.

—¿Cuándo sale de cuentas?



—Dentro de un par de semanas, oficialmente, pero ya sabe que nunca se puede estar segura con estas cosas. ¿Tiene hijos?

—Patrick tiene un par. De antes...

—En cualquier caso... —Helen se sonrojó mientras se daba palmaditas en la barriga— este puede presentarse cualquier día, básicamente.

—¿Ya sabe que es niño?

—Es una sensación.

—Qué emocionante.

—Da miedo. Da más miedo ahora, ya sabe... —Desvió la mirada y se descubrió examinando el grabado que había sobre la chimenea. A falta de otra cosa que decir, preguntó de dónde era, y Ruston le explicó que ella y Patrick lo habían encontrado durante unas vacaciones en Tailandia—. Yo siempre he querido ir —dijo Helen—. Estuve a punto de ir con un ex una vez, pero... —Se detuvo al darse cuenta de lo que había dicho. Se preguntó cómo funcionaban esas cosas.

¿Cuánto tiempo pasaba hasta que un «novio muerto» se convertía en «ex novio»?

—¿Quiere hablar del accidente? —Ruston se inclinó hacia ella, utilizando el brazo sano para darse impulso y adelantarse en el sofá—. No pasa nada si quiere hacerlo. Ya he hablado un montón de ello. —Antes de que Helen pudiese responder, la puerta se abrió y Patrick volvió con las bebidas. Las repartió y volvió a esfumarse. Cuando se hubo ido, Ruston sonrió y bajó la voz con gesto conspirador—. Está haciendo todo lo que puede para cuidarme —dijo—. Está preocupado, ¿sabe? Bueno, ya le ha oído antes.

—Debió de ser aterrador. Lo del coche.

Ruston asintió. Parecía que todavía estaba aterrada.

—Sucedió increíblemente rápido. Sé que todo el mundo dice eso, pero en un minuto ese coche estaba a mi lado y entonces llegaron los disparos. Y, de repente, ya estaba en la ambulancia.

Probablemente así era como ella lo recordaba, pensó Helen. Tampoco podía reprocharle a la mujer que fuese selectiva, teniendo en cuenta con quién estaba charlando ante un café.

*Y entonces me empotré en aquella parada de autobús y recuerdo con claridad a su novio volando por encima del capó...*

—Lo siento —dijo Ruston. Parecía que estaba a punto de llorar otra vez.

—¿Qué hacía en Hackney? —preguntó Helen.

Eso pareció mantener las lágrimas a raya. Ruston miró fijamente a Helen como si no acabase de pillar un chiste.

—¿Qué tiene eso que ver con nada?

Helen se avergonzó. Fingió una risa.

—La poli que hay en mí, supongo. Preguntas rutinarias, todo eso.

—¿También quiere saber si había estado bebiendo?

—Lo siento. Por favor, no...

—Había tomado una copa de vino y estaba muy por debajo del límite. Lo sé seguro, porque los suyos me sacaron una muestra de sangre en el hospital. Muy amable por su parte.

—Es el procedimiento habitual.

—Volvía de casa de una amiga —dijo Ruston.

Helen asintió, todavía avergonzada, haciéndose la pregunta que el compañero de Ruston había evitado. ¿Por qué demonios estaba allí sentada, manteniendo una educada charla con aquella mujer? Pensó en lo que había dicho Deering sobre cómo el hablar con la gente que había tenido relación con su difunta esposa le había ayudado. Desde luego, a Helen no le estaba funcionando eso y, con todo, no parecía poder contenerse. No podía haber sabido lo que iba a descubrir sobre Paul, las dudas y las sospechas que albergaría, pero esta conversación en particular en ningún momento iba a hacer que se sintiese mejor, ¿no? Tal vez esa fuese la cuestión.

¿Se estaba castigando a sí misma por lo que había hecho?

—¿Creía que iba a odiarme?

Helen parpadeó. Era como si Ruston supiese exactamente lo que había estado pensando.

—Lo había pensado —dijo—. Pensaba que tal vez fuese así, pero sabía que sería absurdo. Fue su coche el que atropelló a Paul, pero no fue culpa suya. Fue el hombre que disparó quien mató a Paul —Ruston asintió, como agradecida—. ¿Pudo verle bien?

—Ya se lo he dicho, todo fue tan rápido... Pero he repasado cientos de fotos. Fichas policiales o como se llamen. Después de un rato, todos empezaban a parecer iguales —Ruston se llevó la mano a la cara—. Dios, no lo digo... en un sentido racista. Quiero decir que estaba tan cansada y atiborrada de calmantes... Señor, todavía estoy atiborrada de calmantes.

Helen le quitó importancia con un gesto de la mano y ambas lograron reírse. El sol se derramaba por las grandes ventanas que había en ambos extremos de la habitación, rebotando en las pulidas tablas del suelo. La música de la cocina y del piso de arriba se había apagado y durante unos segundos se hizo el silencio.

Helen se terminó su té y dijo:

—Estaba borracho.

—¿Quién?

—Ha dicho que usted estaba por debajo del límite; Paul, desde luego, no. Había estado en la juerga de despedida de un poli, bebiendo cerveza toda la noche. Tal vez si no hubiese bebido tanto habría podido apartarse. No sé —miró a su alrededor en busca de un lugar donde dejar su taza vacía. Finalmente, se inclinó y la colocó en el suelo—. En cualquier caso...

—¿Era buen tío?

Helen pensó en su aventura. En la cara de Paul cuando la había descubierto. En su cara hacía una semana, pálida como una sábana, en el depósito de cadáveres.

—Demasiado bueno para mí —dijo.

Ruston tomó aliento y explotó un segundo después en un sollozo. Luchó por controlar su llanto, mirándose fijamente los pies y diciéndole a Helen lo mucho que lo sentía; luchando por hacer salir las palabras.

Helen buscó más pañuelos en su bolso y le pasó un paquete sin abrir. Moviendo la cabeza para indicar que no pasaba nada. Sintiendo una repentina punzada de resentimiento hacia aquella mujer, hacia otra persona más que parecía bastante más alterada por la muerte de Paul que ella.

En el piso franco había habido poco movimiento desde que Theo llegó, pero llevaba así varios días. La presencia de la policía en la calle no era suficiente, nunca sería suficiente para pararlo del todo, pero siempre había unos cuantos camellos un poco más prudentes, unos cuantos clientes que preferían ir a comprar a otro sitio donde hubiese más capuchas que uniformes azules en la calle.

Theo medio veía la MTV. Una estrella de rap de la que nunca había oído hablar alardeaba de su mesa de billar de paño morado mientras un crío llamado Sugar Boy revolvía en la cocina, preparando té para los dos. Había una pistola en la mesa de centro que había delante del sofá, junto al móvil de Theo y un cuaderno donde tenía que llevar la cuenta del dinero que entraba y la mercancía que salía.

—Por si el fisco necesita ver las cuentas —había dicho Wave.

Se oyeron tacos procedentes de la cocina, luego:

—Esta leche huele a rancio que te cagas, tío.

—Yo estoy servido —gritó Theo.

Esperaría media hora más, luego iría a ver qué hacía su madre. Sabía que querría verle, que habría hecho comida de domingo bastante para media urbanización. Que con una hora o así se animaría, aunque le decepcionaría que no estuviesen Javine y el niño y le daría la lata con eso.

De camino desde el piso, había pasado junto al lugar donde habían matado a Mikey, junto a media docena de ramos de flores marchitas apoyados contra la pared y tirados en el sumidero. A la mayoría de las notas se les había corrido la tinta, emborronando los tradicionales mensajes de la familia.

Los homenajes en lenguaje SMS de quienes no le conocían tan bien.

«*DEP Mikey. Ers l mjor. T as ido pro n t olvdmos*». Y todo eso.

Había habido una pequeña ceremonia el sábado, cuando se habían colocado las flores. Theo no había llevado ninguna. Las flores no parecían adecuadas para alguien que había hecho lo que Mikey le había hecho a aquella puta. Sí le había dado un abrazo a la madre de Mikey, justo después de abrazar a la suya, con la sensación de que iba a partirle las costillas cuando se agarró a él, susurrándole chorradas en el oído con su voz bronca.

Alguna gente había dicho cosas, trabajadores sociales y respetados miembros de la comunidad o lo que fuesen, y la madre de Mikey parecía avergonzada cuando la

gente empezó a girarse hacia ella. Pero ella no dio uno de esos discursos sobre lo buen chico que había sido Mikey, que no tenía nada que ver con las drogas y cosas así. Theo conocía a la madre de Mikey de toda la vida y no era idiota. No iba a engañarse a sí misma ni a nadie, como su propia madre.

Empezarían a hacer el mural el lunes, había dicho Easy.

Theo no sabía quién iba a hacerlo, pero habían escogido un trozo de pared cerca de donde Mikey se había criado (en el mismo sitio donde le habían disparado, más o menos) e iban a pintar un bonito dibujo en su homenaje. Todos los de la pandilla lo firmarían una vez terminado. Para que todo el mundo supiese que seguían unidos.

Sugar Boy volvió de la cocina, puso una taza delante de Theo y dijo:

—He encontrado un poco de leche en polvo en la alacena —había partículas blancas flotando en el té.

Theo le dio las gracias y repasó los canales de televisión mientras observaba a Sugar Boy jugando con la pistola. El chaval llevaba toda la mañana acariciándola como si fuesen las tetas de su novia, diciendo que alguien debería pagar por lo de Mikey. Mirando a Theo como si fuese él quien debía pensar en hacerlo. Como si él fuese el que tenía buena reputación porque, ya sabes...

—Demuéstrales quién eres, tío —dijo Sugar Boy—. Dales una lección a esos cabrones.

Aunque nadie sabía quiénes eran los cabrones.

En la tele, un viejo con un traje elegante hablaba de alguna que otra oportunidad de negocio y Theo pensó que si iba a ahorrar algo de dinero, le vendría bien alguna. Que era una pena que no supiese dibujar una mierda. Ni siquiera un monigote.

Pensó que, en lo que a crecimiento de negocio se refería, pintar murales para tipos como Mikey era una apuesta bastante segura.

## Veintidós

El cuarto de baño de la casa de Sarah Ruston era igual de elegante que el resto del lugar: madera y metales cromados, botes de cristal esmerilado. Helen lo estudió todo mientras estaba sentada, el brillo y su dulce olor, y pensó en mudarse.

En tener que mudarse.

El piso de Tulse Hill todavía estaba repleto de Paul. No era que estuviese tratando de huir de él (al fin y al cabo, ya tenía bastante por lo que sentirse culpable), pero sentía que debía hacer lo que habían planeado. O, al menos, lo que ella había planeado para ellos.

Sabía que quedarse allí acabaría con ella, que las paredes se le echarían encima por la noche. No sería lo bastante fuerte para criar un niño. Se acunó la barriga con las manos, moviendo los dedos adelante y atrás.

—Tenemos que salir de allí —dijo suavemente. Levantó la vista y atisbó a Paul apartándose del espejo—. No te mosquees, Hopwood, tú también te vienes...

Tiró de la cadena y se lavó las manos, olisqueando las pastillas de jabón perfumado que había en un cuenco de madera sobre el estante. Se observó en el espejo mientras doblaba la toalla y volvió a colocarla cuidadosamente en el toallero con calefacción. Por Dios, estaba deseando volver a ponerse vaqueros. Dejar de quedarse sin aliento y de tener que mear cada diez minutos. Que la gente la mirase de otro modo al pasar.

Odiaba aquello. Odiaba ser la tipa regordeta del vestido absurdo.

—¿Por qué no podías coger y tirarte a alguien tú también? Devolverme la jugada. No hubiera podido reprochártelo.

Si era sincera, Helen no tenía idea de cuáles habían sido los planes de Paul. No estaba segura hacía dos semanas y ahora parecía que Kevin Shepherd, Frank Linnell y Dios sabe quién más probablemente sabían más que ella. Sintió que la recorría un pequeño escalofrío al recordar la cara de Shepherd a la puerta de su casa. Y la voz de Linnell en el teléfono.

«*Sé quién eres...*».

Ahora ella también sabía quién era él, o qué era, pero seguía sintiendo que necesitaba verle. La sospecha podía acabar con una con tanta facilidad, como la culpa y los malos recuerdos. Necesitaba saber la verdad.

Escupió en el lavabo y lo enjuagó antes de salir del cuarto de baño.

Sarah Ruston estaba esperando en la puerta principal mientras Helen bajaba por las escaleras, y Patrick bajó trotando unos segundos después para unirse a ellas. Para acompañar a Helen a la salida. Se había cambiado y parecía que acababa de salir de la ducha.

—Gracias —dijo Helen. Estaba claro por la mirada con que le respondió Ruston que no tenía más idea de por qué le daba las gracias que la propia Helen—. Y gracias por el té —unido a los dos grandes que se había tomado con Deering, sentía que

estaba empapada en té.

—No hay problema —dijo Patrick—. Siento lo que dije antes. Es solo que... con lo que Sarah ha pasado, ¿sabe?

—No ha sido precisamente un paseo para ella —dijo Ruston.

—Por supuesto que no. Yo solo...

—No pasa nada —dijo Helen.

Patrick asintió, tratando de encontrar algo más que decir.

—¿De verdad está investigando lo sucedido usted misma? Quiero decir, ¿está permitido?

—No estoy investigando nada.

—¿Cree que lograrán encontrar a los chicos que iban en aquel coche? —preguntó Ruston.

—Yo no apostaría mi dinero por ello.

—¿Han avanzado algo?

—No he oído nada —dijo Helen.

Ruston bajó la cabeza y abrió la puerta principal. Helen volvió a dar las gracias y salió rápidamente a la calle, desesperada por salir de allí antes de que hubiese más llantos. Patrick dio un paso hacia ella, levantando la mano como si se le acabase de ocurrir, pero incapaz de disimular el hecho de que se moría por decirlo desde que Helen había llegado.

—Si habla con los agentes que están... en el caso, me preguntaba si podría hacernos un favor.

—Haré lo que pueda.

—Es el BMW. Necesito saber si han terminado con él. Quiero decir, sé que está siniestro total, pero ya han pasado diez días o así y, ya sabe, hasta que nos lo devuelvan, no podemos arreglar lo del seguro.

*Ocho días, pensó Helen. Habían pasado ocho días desde la muerte de Paul.*

*Dijo que vería qué podía hacer.*

Había sido fácil entrar y quitarle el arma al chaval. ¿Pero qué clase de nombre era SnapZ?

En cuanto oyó girar el cerrojo, Clive salió de donde había estado esperando, fuera del campo visual de la mirilla y empujó al muchacho de vuelta al interior del piso. No le hizo falta más que estirar los brazos, estrellando sus enormes puños contra el pecho del chico y lanzándolo por el estrecho pasillo, como si le hubiese dado una descarga de varios miles de voltios.

El piso estaba al final de un rellano de la segunda planta. Billy había estado vigilando desde el otro extremo y, en cuanto Clive entró, se reunió con él rápidamente. Cogieron el arma de la chaqueta de cuero del chaval mientras todavía estaba retorciéndose de dolor en la moqueta.

—El material no está aquí, tío. Aquí no hay nada. Joder.

Clive y Billy auparon a SnapZ y le arrastraron hasta el pequeño salón. Se

desplomó en el sofá y miró hacia arriba para encontrarse con la pistola de Billy en la cara. Vio a Clive acercarse hasta el equipo de música, pulsar PLAY y esperar a que la música empezase, luego subió el volumen.

—¿Qué es este barullo? —preguntó Billy.

Clive se encogió de hombros.

—Puede que hagamos ruido.

—Tampoco hay dinero, lo juro —gritó SnapZ—. Solo el que tengo encima.

—No necesitamos dinero —dijo Clive.

—Cógelo, tío —SnapZ se dio la vuelta, con los ojos fijos en la pistola mientras luchaba por sacar su cartera.

Billy se la tiró de la mano y le apretó el cañón de la pistola contra la frente.

—¿Tienes problemas de oído?

SnapZ se estremeció y cerró los ojos. Esperando.

Clive recogió la cartera y la abrió. Sacó los billetes y se los metió en el bolsillo, luego volvió a arrojar la cartera vacía al suelo.

—Parece que el negocio va bastante bien —dijo. Se encogió de hombros cuando SnapZ no dijo nada y se sentó en la silla de en frente—. Solo necesitamos tener unas palabritas. Un poco de información. Alguna que otra dirección. ¿Vale?

—Yo solo reparto el material —dijo SnapZ. Se acurrucaba contra el respaldo del sofá, lo más lejos posible de la pistola de Billy—. No sé nada de lo que pasa más arriba. Nombres y todo eso.

—Ya tenemos nombres —dijo Clive—. En realidad solo necesitamos confirmación. Una especie de comprobación.

Hizo sus preguntas y SnapZ dio las respuestas como si estuviese dando su último aliento, con el miedo subiéndole por el cuerpo, saliendo de su cuerpo conforme se iba dando cuenta de qué estaban hablando.

De su papel en ello...

Clive le dio las gracias y se puso de pie. Se acercó, se inclinó y lanzó su puño contra la cara de SnapZ.

—Eso es por hablarme como lo hiciste antes. Por nuestra conversación a través de la puerta.

Billy vio al chico intentando detener la sangre y se rio.

—Puto KFC...

—Llévalo allí. —Clive indicó el dormitorio con un gesto de la cabeza.

Billy arrancó a SnapZ del sofá y lo empujó por la habitación, con la sangre todavía chorreando de su nariz sobre la sucia moqueta verde. Tras un par de pasos vacilantes, SnapZ giró hacia la derecha repentinamente y se metió en el cuarto de baño, intentando desesperadamente cerrar la puerta tras él. Billy sacudió la cabeza. Clive cruzó la habitación tranquilamente, adelantó el hombro e hizo la puerta un lado.

Dijo:

—No merece la pena.

Billy pasó por su lado y se agachó para sacar a rastras al chico, luego le golpeó en la oreja con la pistola cuando empezó a gritar. Durante unos segundos se oyó únicamente un débil gemido y la línea de bajos de la habitación de al lado, como un latido acelerado.

Clive cogió la pistola de la mesa.

—Eres demasiado joven para andar jugando con una de estas —dijo—. Demasiado joven para ser un hombre cuando alguien te la quita.

Billy empujó a SnapZ al interior del dormitorio y le hizo tirarse en la cama. SnapZ echó las piernas hacia arriba y enterró la cara entre las rodillas, manchando de sangre sus vaqueros.

—Échate —dijo Billy— y date la vuelta.

—¿Qué vas a hacer, tío?

Billy volvió a pegarle con la pistola.

—No seas tan patético.

Clive se quedó de pie en medio del salón y echó un vistazo a su alrededor. El sitio era una pocilga, la peor que había visto. No entendía por qué aquella gente no utilizaba el dinero que sacaba en intentar mejorarse. Por qué no hacían nada con respecto a su estilo de vida.

No le importaba un carajo cómo ganaban el dinero, no les juzgaba. ¿Cómo iba a hacerlo? Lo cierto era que a él también le gustaba echarse un porro al final del día para relajarse un poco, pero seguía pensando que era una vergüenza que no se esforzasen más. Que malgastasen lo que habían ganado en anillos de oro y deportivas.

En parecer estrellas de rap y sentirse como putos vagabundos.

—¿Vamos a hacer esto o qué, colega?

Clive se dio la vuelta cuando Billy gritó. Le vio a través de la puerta abierta del dormitorio, de pie sobre la cama. Con el chico bocabajo.

—Es que tengo un asado dominical esperándome en casa.

Clive asintió. Cogió el mando para bajar la música y abrió su teléfono.

La madre de Theo siempre se tomaba una copa de vino con el almuerzo del domingo. Siempre se ponía sentimental y hablaba de que el domingo era el día favorito de su padre. De cómo solía decir que era el día de la familia. Y después del almuerzo, siempre jugaban a las cartas.

Siempre jugaban al *gin rummy*, y hoy Angela estaba emocionada por las veces que había conseguido ganar a su hermano mayor, lanzando puñetazos al aire mientras echaba las cartas ganadoras sobre la mesa baza tras baza. Theo solía dejarle ganar un par de manos, pero hoy no necesitaba ayuda. No podía concentrarse más de unos segundos, se dispersaba. Angela y su madre se impacientaban con él, pues se quedaba allí sentado sin hacer nada una y otra vez cuando llegaba su turno.

Después, se sentó a fumar mientras su madre recogía y Angela daba vueltas,



todavía resplandeciente.

—¡Campeona! —cantaba.

—Has tenido suerte, tía. Te tocaron todas las cartas buenas.

—Pura destreza.

Se sentó a sus pies, frente a él, con los pulgares volando sobre los botones de su DS, murmurando para sí mientras mataba monstruos, recogía tesoros o el juego que fuese. Él le miraba la coronilla. Su madre le había hecho algo distinto en el pelo que Theo nunca había visto antes, se lo había trenzado de una forma nueva.

—¿Qué tal la escuela? —le preguntó.

—Bien.

—¿Solo bien?

Ella levantó la vista del juego.

—Estupendamente —volvió a posar los ojos en la pantalla, retorciendo la boca, concentrada, al centrarse en la acción. Tras unos segundos, volvió a mirar hacia arriba y soltó un largo suspiro, como si la acabasen de distraer de una investigación científica vital—. ¿Qué?

—Nada...

Bajó el juego.

—De todas formas, los alienígenas están a punto de matarme —dijo.

No hubiera querido que su hermana lo pasase mal en la escuela, pero seguía estando esa idea de irse, de que todos se fuesen, que ahora se estaba convirtiendo en una fantasía en la que se refugiaba cada vez más. Y sería más imposible si implicaba alejar a Angela de un lugar en el que era feliz. O volver a desestabilizarla.

No era culpa suya que él se hubiese metido en aquel lío. No era culpa de nadie más que él, no importaba lo que dijese los periódicos ni los demás.

—Estaría bien que pudieras venir a la escuela conmigo —dijo Angela—. Eres listo, así que podrías hacer todas las cosas que son demasiado difíciles.

—Suenan bien —asintió como si se lo estuviese pensando y dijo—: Pero tenemos un problema.

—¿Cuál? —Completamente seria.

—Creo que me descubrirían. Soy un poco grande para tener diez años, tía.

Ella se encogió de hombros, como si se tratase de una minucia.

—Eres listo, así que podrás resolverlo.

—Ya...

—Yo seguiré haciendo juegos y plástica a la hora de la cena y tú puedes hacer todo lo demás, ¿vale?

Sí, era todo un genio. Lo bastante listo como para preguntarse si su madre tendría algo que decir cuando le tocase a él, mientras la pandilla enviaba sus serios SMS y Angela colocaba flores sobre la acera. Lo bastante listo como para estar fastidiándolo todo con Javine y descuidando a su hijo mientras sus amigos morían a tiros en la calle.

Se inclinó para apagar su cigarrillo, escuchando la melodía metálica del juego de Angela una y otra vez.

¿Alguna vez habían sido amigos suyos?

Pensó en Ransford y Kenny. Los compañeros de fútbol de Chatham. Pensó en ellos sin sentir la opresión en el pecho que aparecía cada vez que bajaba a ver a los chicos de la urbanización, o salía a ganarse la vida.

Eran más que amigos, siempre decían eso. Hermanos. Más que familia, incluso, eso es lo que significa pertenecer a la pandilla, pero Theo no se había creído esa mierda ni por un minuto, por muchas veces que chocase los puños e hiciese el saludito ese en plan «mira lo en serio que vamos». Ni Mikey ni SnapZ eran sus amigos, no realmente. Desde luego, no Wave. Easy era el que más se acercaba, el más antiguo en cualquier caso, pero las cosas estaban raras con él últimamente. Desde que se habían subido a aquel Cavalier.

Era lo bastante listo como para haber matado a alguien para ganarse un ascenso.

Angela le pegó en la rodilla para captar su atención.

—¿Estás bien, Theo?

Miró hacia un lado para ver a su madre de pie en el umbral de la puerta, pasando un paño por un plato. Observándole, con algo en los ojos que hizo que la opresión de su pecho fuese más fuerte que nunca.

Otro golpe.

—¿Theo?

Se volvió hacia su hermana y mintió.

—Billy ya está listo, ¿no? —preguntó Frank.

Clive miró dentro del dormitorio. Billy estaba listo, pero no podía decir lo mismo del chico de la cama. Se había puesto a revolverlo todo y a gritar hasta que Billy le había indicado, de forma bastante enérgica, que debía quedarse callado y quieto. Clive había oído la voz de un niño aterrado y había visto la mancha oscura de las sábanas debajo de él. El chaval había estado bien gallito antes, al otro lado de la puerta y con una pistola al lado. Pero ese rollo solía desaparecer bastante rápido al acercarse el final.

—Sí, está deseando irse —dijo Clive—. Tiene un asado esperándole en casa.

—Suena bien —dijo Frank—. Yo he mandado a uno de los albañiles a buscarme un bocadillo.

—¿Cómo está quedando?

—Parece que están trabajando bastante duro, aunque no sé si será solo porque estoy aquí. Pero el tipo que está haciendo las molduras y esas cosas sabe lo que se hace. Están preciosas.

—¿Quieres que me pase para que puedas irte a casa?

—Ven a verme a casa luego —dijo Frank—. Para ver cómo vamos.

El tono de su voz solo cambió ligerísimamente, pero Clive comprendió que ya no

estaban hablando de la reforma del *pub*. Así era como siempre lo hacían, como tenían que hacerlo. Frank no era tonto y sabía cómo funcionaba todo. Sistemas de seguimiento de alta tecnología, pinchazos telefónicos y todo eso. Si alguna vez aparecía algo, transcripciones o lo que fuese, no habría forma de que se sostuviese ante un tribunal. Las únicas personas que se beneficiarían con ese tipo de tonterías serían Frank y su abogado.

Ya les salía de forma instintiva, y ayudaba el hecho de que se conociesen tan bien el uno al otro, de que hubiesen desarrollado un código.

—Llamaré antes de ir —dijo Clive.

—Muy bien. Es solo para organizar el resto del calendario.

Clive se enorgullecía de la forma en que llevaba las cosas, como con todos los encargos que hacía para Frank. Era eficiente y nunca se tomaba este tipo de trabajo a la ligera. Al final de un día como este, siempre se tomaba una copa o dos, por mucho tiempo que uno llevase haciéndolo. Tal vez un porro también, si había habido más de un encargo.

—Será mejor que te deje terminar, entonces —dijo Frank. El mismo ligero cambio en la voz, como una nube que aparecía durante un segundo—. ¿De acuerdo?

Clive cerró el teléfono, fue hasta el equipo de música y volvió a subir el volumen. Para cuando llegó al dormitorio, el chaval había empezado a gritar otra vez y Clive tuvo que sentársele sobre la espalda para evitar que se tirase de la cama.

—Tranquilo —dijo, cogiendo la almohada y presionándola contra la parte de atrás de la cabeza del chico. Apoyó todo su peso en ella y le hizo un gesto a Billy.

Billy se acercó con paso ágil y eligió su sitio.

Hubo un sonido sordo y una marca de abrasión, no mucho mayor que la quemadura de una colilla apagada, negra y de borde irregular. Clive había visto algo parecido alguna vez en las películas, cosas de gánsteres americanos y, por alguna razón, siempre había unas cuantas plumas revoloteando después.

A veces a cámara lenta, como la nieve de las burbujas. Los hombres que habían hecho el trabajo siempre carecían de expresión y salían lentamente de la habitación mientras empezaba a sonar algo de música y las plumas caían flotando como si hubiesen disparado a unas gallinas o algo.

Nunca había visto algo así en la vida real; siempre era así. Probablemente lo hacían así para darle un efecto bonito. O simplemente tal vez, pensó Clive, nunca había tenido que vérselas con alguien que tuviese almohadas de plumas.

## Veintitrés

Helen ayudó a su padre a recoger las cosas del almuerzo, luego se puso a secar mientras él lavaba los platos. Cuando ella y su hermana eran más jóvenes, les gustaba formar parte de una pequeña cadena de producción mientras su madre descansaba: Jenny guardaba los platos y las tres contaban chistes malos o cantaban al son de la radio. Hoy, Helen y su padre hacían sus tareas en relativo silencio.

Su padre había traído un gran bistec y pastel de riñones del Marks and Spencer y había abierto una lata de cerveza. Le contó sus actividades del día anterior (el marcado de programas de televisión en el *Radio Times* para ver luego la pinta del almuerzo con el tipo de dos puertas más allá y el café con la agradable señora del otro lado de la calle), mientras Helen asentía y vaciaba su plato, después de que la sesión de vomitonas del desayuno la dejase tan hambrienta como era habitual.

—¿Y cómo has pasado el domingo? —le preguntó. Ella dijo algo adecuadamente poco comprometedor, sin ganas de responder a las preguntas que seguirían si mencionaba el almuerzo con Roger Deering y la tarde que había pasado en casa de Sarah Ruston. Le dijo que había pasado una noche tranquila.

Mientras veía a su padre terminarse su almuerzo, aprovechó la ocasión para disculparse por la discusión que habían tenido hacía dos días, cuando él estaba montando la cuna. Había sido culpa suya, pero eso nunca había importado cuando se trataba de su padre. Se enfurruñaba, como Jenny.

Él la había mirado desde el otro extremo de la mesa, sonrojado.

—No seas boba, cariño. Soy yo el que tendría que disculparse. Ayer me sentí fatal todo el día.

—Oh...

—Soy un viejo desgraciado.

Aquello era toda una novedad. Sabía lo mucho que deseaba protegerla, y sintió una punzada de compasión por un hombre cuyas grandes manos no entraban fácilmente en guantes de seda.

Helen se había dado cuenta con bastante rapidez de que su estado era una especie de comodín para todo. En cualquier situación, desde una discusión en Correos a un pequeño hurto en una tienda, el embarazo te daba cierta libertad de acción. Al fin y al cabo, no era buena idea discutir con una mujer embarazada, dejar que la pobre se pusiese demasiado emotiva, revolver esas inestables hormonas. Si a eso se añadía la reciente pérdida de un ser querido, era obvio que podías salirte con la tuya incluso en caso de asesinato. Estar preñada y viuda significaba no tener que pedir perdón nunca.

Volvió a pedirlo de todas formas, porque su padre se hubiese sentido fatal, mientras hacía una nota mental para empezar a ser bastante más desagradable con la gente.

—Aunque tenía razón sobre esa cuna —dijo él.

En cuanto terminaron de lavar los platos, su padre se alejó del fregadero,

secándose las manos con un paño.

—Todavía no has llorado como es debido, ¿verdad, cariño?

Helen se rio y frotó el último plato.

—¿Estás de coña? Me harté de llorar con *Los asesinatos de Midsomer* anoche.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Por cualquier tontería...

—Por Paul —dijo—. No has llorado por Paul.

Helen dejó el plato mientras su padre se acercaba a ella y empezó a llorar otra vez, pero por los motivos equivocados. Él la arrulló, le acarició la espalda y ella enterró la cara en su hombro, oliendo su *aftershave* y frotando su mejilla contra el suave tejido de su camisa.

—Ya te lo he dicho —sollozó—. Por cualquier tontería.

Cuando se separó y metió los platos en la alacena, hablaron del funeral. Seguía sin haber noticias sobre la fecha, pero Helen suponía que no tardarían mucho en entregar el cuerpo. Le dijo que la madre de Paul seguía estando rara. Helen no quería flores, sino donarlo todo a una organización benéfica de la policía, pero Caroline Hopwood era tan tradicional a ese respecto como en lo relativo a la selección musical.

—Es comprensible.

—¿Sí? Yo voy a tener a su maldito nieto.

—Estoy seguro de que lo superará.

—Si te soy sincera, no sé si me importa demasiado —dijo Helen—. Simplemente no estoy dispuesta a pelear por eso.

—¿Quieres que hable yo con ella? —preguntó su padre.

Helen recordó la incómoda situación de la fiesta del trigésimo cumpleaños de Paul, la conversación forzada en la única ocasión en que su padre había visto a los padres de Paul.

Recordó las bromas que ella y Paul habían hecho al respecto después.

—Yo lo arreglaré —dijo ella—. Gracias.

Su padre asintió y abrió la nevera. Sacó una tarta de frutas que había comprado con el pastel de riñones.

Helen sonrió.

—Sacando el barco a flote, ¿eh?

—Iba a preguntarte si podía ayudar a llevar a Paul —dijo su padre. Se aclaró la garganta—. A llevar el féretro. Probablemente lo harán sus compañeros, miembros de la familia, supongo...

—Lo harán los polis —dijo Helen—. Una guardia de honor, con uniforme de gala. La madre de Paul quiere toda la ceremonia. Veintiséis salvas, trompetas, el paquete completo.

Su padre asintió, impresionado.

—Es broma.

—No hay problema, de verdad. Solo había pensado ofrecerme.

—Probablemente tendrás que cargar conmigo.

—No sé si estoy preparado para eso.

Se quedó de pie a su lado observando mientras su padre servía una gran ración de tarta.

—Probablemente debería volver —dijo—. ¿Por qué no le llevas eso a tu amiga? Claro que tendrás que vigilar la línea si quieres llegar a algo con ella.

—¿Quién dice que no lo he hecho ya?

Le dio un pequeño puñetazo en el hombro y miró a su alrededor en busca de su bolso.

—Llámame cuando llegues a casa —dijo—. O luego. No importa.

Helen asintió.

—Si estoy en condiciones. Dan *Los asesinatos de Midsomer* en UK Gold todas las santas noches...

El coche de Helen estaba aparcado más o menos frente a la puerta de la casa de su padre. Al cruzar la calle, se quedó inmóvil al oír el chirrido de unos neumáticos y vio un Jeep negro acelerando para incorporarse a unos cincuenta metros a su derecha. Cuando pasó junto a ella, pudo ver que había dos hombres dentro, mirando al frente, y se preguntó si había visto un coche parecido, tal vez el mismo coche, delante de su bloque un par de días antes.

Se estaba diciendo que era ridículo, que había un montón de Jeeps negros por ahí, cuando le sonó el móvil. Era Martin Bescott, el inspector de Paul en Kennington.

—Tenemos algunas cosas más de Paul —dijo.

—¿Ah? Creía que me lo había llevado todo.

Se hizo una pausa.

—Encontramos otra taquilla. Al sustituto de Paul no le apetecía demasiado quedarse con la suya, así que...

Helen dijo que lo comprendía. Los polis eran más supersticiosos que la mayoría de la gente.

—Al final tuvimos que forzarla.

—¿No pueden dárselo a la beneficencia? —preguntó—. Ya sabe, ahorrarme...

—Bueno, sí, había unas deportivas viejas, y algunas prendas más. Pero pensé que probablemente querría el portátil.

Ahora era el turno de Helen para hacer una pausa.

—¿Helen?

—Me pasaré a recogerlo —dijo.

Theo había pasado casi toda la mañana en el piso franco, encerrado hablando de chorradas con Sugar Boy, a quien Wave había enviado al no aparecer SnapZ. Theo tenía la esperanza de que el primer día de una nueva semana fuese bueno. De que empezase a entrar dinero un poco más rápido y poder empezar a sentirse menos

inquieto, un poco menos como alguien esperando a que suceda algo malo.

Había tenido bastante mala suerte en ambos aspectos, y en cuanto empezó a acercarse la hora del almuerzo, volvió corriendo a casa para compartir un bocadillo con Javine.

Apenas se había sentado cuando Easy se presentó con su gordo y feo *pit-bull* tirando de la correa, en la puerta de Theo. Se lo había comprado en cuanto Wave se compró el suyo; le había soltado setenta y cinco libras a un listillo de Essex que se dedicaba a darles palmaditas en la espalda en el Dirty South y se las había apañado para comprar el bicho más tonto de la urbanización. Wave decía que alguien debía de haberle pegado una patada en la cabeza cuando era un cachorro. A Easy parecía gustarle. Parecía pensar que él y su perro tarado estaban hechos el uno para el otro o algo.

Javine empezó a dar voces en cuanto oyó los ladridos. No podía soportar al perro y no lo quería cerca del niño. Theo intentó tirar de la puerta tras él en cuanto a ella empezó a írsele la olla, gritando que no quería animales estúpidos en su casa, tanto si tenían cuatro patas como dos.

Easy se encogió de hombros.

—Vamos a dar un paseo —dijo.

Dieron una vuelta a la urbanización primero; a Easy le agradaba la atención de los chavales de los garajes, las miradas aviesas de algunas de las mujeres mayores (madres y hermanas) mientras observaba a su perro haciendo sus cosas en el raído cuadrado de hierba, pavoneándose por lo que pasaba por campo de juegos antes de meterse hacia Lewisham High Street.

Estaban a veintitantos grados y subiendo. Easy llevaba una camisa de seda abierta sobre una camiseta color teja, al igual que sus pantalones militares y sus deportivas. Theo había elegido unos vaqueros de tiro bajo y una camiseta de Marley, las Timberland que se había comprado después de los robos que había hecho con Easy tres semanas antes.

Con el poco dinero que no había ahorrado.

—¿Cómo van las cosas, Estrella?

Theo le dijo a Easy que las cosas iban bien, que no le había visto demasiado el pelo los últimos días. Desde lo de Mikey.

—He estado ocupado, T.

Theo movió la cabeza en dirección al piso franco, donde había dejado a Sugar Boy cuidando del fuerte.

—Hay más bien poco movimiento.

—Exacto. Hay que sacar negocio nuevo de donde se puede, ¿me entiendes?

—¿De dónde lo has estado sacando, entonces?

—De aquí y de allá, tío.

—¿De algún sitio de dónde no debes?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Como cuando fuimos a robar, cuando desplumamos a aquellas putas. Tal vez nos metiésemos en el terreno de otros, es lo único que digo.

Easy miró con dureza a Theo y estuvo a punto de tirar a una chica que empujaba un carrito. Ella le insultó y él la ignoró.

—¿En el terreno de quién? ¿De qué cojones hablas, tío?

—Da igual de quién. Todo lo que no sea nuestro es terreno de otros.

—Siempre te has preocupado demasiado, T.

—Sí, puede que sí.

—Desde que éramos críos, tío.

Un poli uniformado y dos agentes de proximidad (maderos de juguete) venían tranquilamente hacia ellos. El poli le echó una buena ojeada a Easy y a Theo, mientras que los agentes de proximidad parecían bastante más preocupados por el *pit-bull*.

Easy les regaló una sonrisa de oreja a oreja a todos, y tiró del perro para alejarlo. Doblaron la esquina hacia Lee Bridge.

—Todos estos cerdos de refuerzo van a largarse pronto —dijo—. Las cosas pueden volver a la normalidad, ¿no?

—¿Tú crees?

—Esto es el Salvaje Oeste, tío. Se les ve en la cara, no les mola.

Se detuvieron unos metros más adelante, cuando el Mercedes de Wave pasó junto a ellos y se paró sobre las líneas amarillas. Así iba al volante e indicó tranquilamente al coche de atrás que pasase cuando su conductor tocó el claxon. Theo se quedó mirando mientras Easy se acercaba y se agachaba para hablar con Wave a través de la ventanilla. Hablaron durante unos minutos y Theo vio los ojos de Wave dirigirse rápidamente a él; le vio saludarle con la cabeza y reírse con algo que Easy había dicho. Theo le devolvió el saludo. Sabía que estaban hablando de él e intentó no pensar en ello.

Podía ser cualquier cosa. La ropa que llevaba, cualquier cosa.

Cuando Wave se fue, siguieron caminando. Easy dijo que seguía pensando en darle una buena bofetada a Así en cuanto se le presentase la oportunidad, luego habló de los diversos líos que tenía con varias mujeres. Se tiraba a bastantes, o eso decía, y había por lo menos dos críos por ahí sueltos.

—Me gusta mantener mis opciones abiertas —dijo—. Tener algo de variedad, ¿sabes a qué me refiero? Nunca he sido de los que sientan la cabeza —siguieron caminando—. Te lo digo yo, tío —se rio—, esa mujer tuya es cosa fina.

—Ya.

—Cosa fina...

Theo sonrió y pisó con cuidado para evitar una plasta marrón de la acera. Pensó: «Sí, y es *mi* cosa fina».

Hablaron de tonterías durante unos minutos, Easy poniendo a caldo a un DJ de la zona que había oído en la emisora del barrio y alardeando de cómo le había metido el



miedo en el cuerpo a un pringado que le había rayado el coche en Shooters Hill. Theo hacía todo lo que podía para parecer relajado. Seguía pensando en aquellos tres uniformes a la vuelta de la esquina; en la cara de aquel policía al mirarle a los ojos. Luchaba por escuchar los desbarres de Easy por encima del quejido de su cerebro a toda velocidad y su imaginación intentaba escaparse de oscuras esquinas.

—T, ¿me estás escuchando, tío?

—No vale la pena oírte, tío.

—Tengo hambre. ¿Tú tienes hambre?

Pararon en el McDonald's que había dentro de Lewisham Centre.

—También tengo que mear —dijo Easy—. Dos pájaros de un tiro, tío. Coser y cantar —le pasó la correa a Theo y le pidió que cuidase del perro mientras iba dentro y compraba McFlurries para los dos.

Theo esperó mientras Easy hacía sus cosas, intentando controlar al perro cuando arremetía contra los transeúntes, reprimiendo la tentación de soltar al chuchó y ver cómo se las apañaba en una calle llena de tráfico.

Easy salió y le dio a Theo su helado.

—Lo de antes —dijo—, todo eso de meterse en territorio ajeno. ¿Crees que fue culpa mía que matasen a Mikey?

—Yo no he dicho eso.

—Parecía que eso era lo que estabas diciendo.

—Es jodido, nada más —dijo Theo—. No debería estar pasando.

Easy se encogió de hombros. Comió rápido y cuando hubo terminado lanzó el envase de plástico hacia una papelera. Se volvió hacia Theo, abrió los brazos, con el perro persiguiendo su propia cola a sus pies.

—Así son las cosas, tío. ¿Me entiendes? Se supone que tiene que ser así.

—¿Cómo? ¿Andar cagado de miedo?

Easy entornó los ojos, se enrolló la correa del perro alrededor de la muñeca y tiró del animal hacía sí.

—¿Quién tiene miedo?

Theo miró fijamente el tráfico.

—¿Te vas a terminar eso?

Theo le dio su McFlurry sin empezar, luego cerró los ojos e intentó recordar el sabor de la cebada en un balcón al viento, disfrutando del sol sobre la cara durante medio minuto, mientras esperaba a que Easy terminase.

Ella y Paul nunca se habían metido el uno en las cosas del otro. Habían mantenido su propio espacio, se lo habían concedido mutuamente y estaban bastante contentos con ello. Cada uno veía a sus amigos y nunca habían sentido la necesidad de rendir cuentas de cada conversación, de preguntar al otro con quién había hablado después de colgar el teléfono. Raras veces se habían visto obligados a coordinar sus agendas y tenían cuentas bancadas separadas; una independencia que había sido fácil, aunque

luego se había visto forzada, especialmente por Paul, a consecuencia de la aventura de Helen.

Se decía estas cosas en un esfuerzo por explicarse la existencia del ordenador que había recogido en Kennington de vuelta a casa. Para quitarle importancia a su presencia, estilizada y gris, sobre la mesa, delante de ella. Para sentir un poco menos de aprensión al encenderlo.

Había abierto todas las ventanas del piso, pero el ambiente seguía siendo bochornoso; *cerrado*, habría dicho su padre. Llevaba unos pantalones cortos sueltos y una de las viejas camisetas de Paul y estaba sudando. Una copa de vino frío o, mejor aún, una cerveza, habría sido más que bienvenida.

Bescott la había esperado en el aparcamiento.

La había llevado a su despacho y le había entregado el portátil envuelto en una bolsa de plástico. Le había parecido bastante agradable, pero, como siempre, resultaba difícil decidir hasta qué punto su amabilidad se debía a su estado. A sus... circunstancias. Pero había algo en su cara, como si se estuviese esforzando demasiado, y Helen no pudo evitar preguntarse si él y otros por encima de él albergaban las mismas sospechas que ella acerca de las actividades de Paul. ¿Cuánto tiempo tardaría en llamar a su puerta algún severo funcionario de Asuntos Internos?

Los Chupatintas.

La pantalla del Mac se volvió azul mientras se iniciaba el sistema.

¿Con cuánta insistencia procedería Asuntos Internos en una investigación si el agente en cuestión estaba muerto? ¿Había algún peligro de verse implicada ella misma? Sabía cómo trabajaba aquella gente y que era posible que presumiesen que, como compañera de Paul, su integridad se había visto comprometida.

Pinchó en el icono que había encima del nombre de Paul y se dijo que estaba siendo ridícula. En el peor de los casos, probablemente querrían examinar las cosas de Paul y echar un vistazo a lo que hubiese en aquel ordenador. Rebuscar en busca de basura.

Igual que ella.

Apareció el escritorio y Helen sintió como si la hubiesen dejado sin aliento de un puñetazo: una foto granulosa de Paul y ella, sonriendo a la cámara en una taberna griega hacía tres veranos. Paul llevaba el pelo muy corto y tenía la cara roja. A ella prácticamente se le salían las tetas de un bikini que nunca debería haberse puesto.

—Serás capullo —susurró Helen, aporreando el teclado—. ¿Por qué no me haces sentir aún peor?

Abrió la carpeta de inicio de Paul y echó un vistazo. Todos los archivos por defecto del sistema estaban donde debían. No había absolutamente nada en «Imágenes» ni en «Vídeos» y la carpeta «Documentos» contenía únicamente los datos de usuario que eran de esperar.

El Mac apenas había sido utilizado, o al menos no por mucho tiempo.

Compartían el IBM de casa, utilizando usuarios distintos en el mismo sistema. El

escritorio de Paul siempre estaba lleno de documentos y recortes aleatorios, diversas carpetas repletas de canciones descargadas y vídeos ligeramente ofensivos cortesía de Gary Kelly y otros colegas del trabajo. Ella era la de las carpetas bien ordenaditas con nombres como «facturas de servicios», «bebé» e «impuestos municipales».

En el portátil le resultó bastante fácil detectar la carpeta que estaba buscando. Contenía un único documento, llamado «Victoria». Helen pinchó dos veces para abrir el archivo y el sistema le pidió una contraseña.

Miró fijamente el formulario vacío de la pantalla durante un minuto, el cursor parpadeando en su interior, luego introdujo el apellido de Paul y su fecha de nacimiento. Como la mayoría de la gente, utilizaba su fecha de nacimiento como PIN de su cuenta bancaria.

No funcionó.

Probó con el nombre de su madre, el de casada y el de soltera. El de su padre. Luego probó con su propio nombre, preguntándose mientras tecleaba por qué no era lo primero que había pensado.

*La contraseña introducida es incorrecta.*

¿Por el amor de Dios, cuánta complicación podía tener aquello? Paul no era... nunca había sido precisamente un lince en lo que a esas cosas respectaba.

*Victoria...*

Tal vez se hubiese tomado la revancha, después de todo. Dios, ¿podía ser tan sencillo como una pequeña aventura? Un tanto pija, además, por como sonaba. Era una idea dolorosa, pero tal vez menos dolorosa que la otra opción.

Pero todavía quedaba lo de Kevin Shepherd por explicar. Y lo de Frank Linnell.

Empezó a teclear rápidamente, gritándose cada vez que se confundía y cuando pulsaba accidentalmente Bloq Mayus, probando con palabras conforme iban surgiendo en su cabeza y aporreando la tecla Intro. Cualquier cosa que pudiese haber significado algo para Paul: el nombre de su mejor amigo de la escuela, el perro que tenía de niño, Queens Park Rangers, *La gran evasión*, el puto Freddie Mercury...

*La contraseña introducida...*

Cerró el portátil con tanta fuerza como se atrevió y se quedó allí sentada hasta que recuperó el aliento. Hasta que el sudor empezó a enfriársele sobre el cuello y los hombros.

Recordó que al marido de Jenny, Tim, se le daban bien los ordenadores, lo plasta que se había puesto varias veces hablando de redes y cortafuegos. Pensó en pedirle ayuda, luego se lo pensó mejor enseguida. Sabía que Jenny saldría de caza en cuanto se enterase, que la interrogaría sin descanso. A lo mejor podía pedirle a Tim que lo hiciese a hurtadillas y se lo callase. Tal vez pudiese convencerlo con una mamada; sabía que siempre la había mirado con buenos ojos.

¡Dios!, ¿de dónde demonios había salido aquello?

El bebé le dio una patada bien fuerte. De repente se sintió mareada, aturdida. Fue a la cocina y se bebió media botella de agua.

Cuando se sintió más calmada, llevó el portátil al dormitorio, lo envolvió en la bolsa de plástico y lo escondió en el fondo del armario, detrás de la guitarra de Paul. Se sintió enrojecer aun cuando lo estaba haciendo, pero sabía que fuese lo que fuese lo que había en el disco duro debía permanecer oculto.

Pensó que tal vez Frank Linnell tuviese las respuestas, pero no iba a ser fácil averiguarlas. No había forma de que pudiese pedir ayuda a nadie sin tener que explicar por qué, y no era factible ir a su oficina y sentarse delante del ordenador. Buscar un número de matrícula, como había hecho con Ray Jackson, era bastante fácil, pero utilizar el Ordenador Central de la Policía implicaba iniciar sesión e introducir su contraseña. La sesión quedaría registrada.

Dios, si al menos tuviese el nombre de alguna de las empresas de Linnell, podía ser tan fácil como mirar las Páginas Amarillas.

De vuelta en el salón, echó un vistazo al resto de las cosas de Paul, que seguían donde las había dejado, encima de la mesa: su agenda, cintas y CD, el mapa de carreteras del coche, su GPS.

—Venga, Hopwood, reconócelo. Es una idea genial...

Tal vez no, pero era buena idea, y aunque podía llevarle un rato, tampoco tenía mucho más que hacer.

Tal vez, en esta ocasión, la tecnología se pusiese de su parte.

## Veinticuatro

Habían encontrado a SnapZ a primera hora de la mañana.

Volvía a haber policía por toda la urbanización; un coro de gritos y sirenas al amanecer. Una manta de uniformes azules, coches atorando las calles secundarias y cinta amarilla ondeando en torno a la entrada del bloque donde vivía SnapZ. Los rumores empezaron a correr con bastante rapidez y, a media mañana, cualquiera que tuviese oídos sabía lo que había pasado.

Había caído uno de los chicos de la pandilla. Otro. Según algún enterado, que lo había oído de algún policía bocazas, una chica había llamado a la policía el día antes porque llevaba veinticuatro horas sin contestar el móvil. La información había sido debidamente registrada y olvidada. Veinticuatro horas antes, había llamado una mujer para quejarse de un altercado en un piso vecino, de que no era la primera vez que el tirado que vivía dos puertas más allá había echado a perder su domingo poniendo música a todo volumen y dando portazos. Esa queja había recibido aún menos atención: las quejas por exceso de ruido o altercados domésticos ocupaban una posición inferior a tirar basura o las cagadas de perro en las aceras cuando se trataba de la urbanización Lee Marsh.

Easy tenía toda la razón. Sencillamente, no les gustaba aquello.

Nadie movió el culo hasta que un agente administrativo avisado juntó ambos informes y reparó en el nombre que tenían en común. Una hora después, estaban echando abajo la puerta de SnapZ. Luego, antes de que pudiesen quitarse los chalecos antibalas, aquellos agentes que habían vuelto tan contentos a sus tareas administrativas o a patrullar a pie en Greenwich y Blackheath, corrían hacia el oeste, pálidos y cabreados, de vuelta al distrito SED.

Theo observaba tras un grupo de quince o veinte personas que se encontraba tan cerca de la acción como podían. La mayoría de ellos probablemente no sabía que ya se habían llevado a SnapZ, seguían esperando con la esperanza de atisbar el drama.

Era una curiosa mezcla: tenderos, una familia o dos que vivían en la urbanización y varias almas desconcertadas que parecían turistas y debían de haberse desviado mucho de su camino. También andaban por allí uno o dos miembros de la pandilla, para presentar sus respetos o tal vez simplemente para obtener algo de consuelo estando cerca de los demás. Theo había visto a Gospel y Sugar Boy merodeando por allí, había intercambiado con ellos aquellos movimientos de cabeza multiusos antes de bajar la vista.

Cerca de donde él estaba, un niño pequeño lamía un helado junto a su padre y estiraba el cuello para ver bien lo que estaba pasando. A Theo se le revolvían las tripas. Había ido antes a la cafetería y ahora tenía la sensación de ir a echar el bocadillo de beicon en cualquier momento.

Después de otros diez minutos o así, un par de agentes de uniforme con cara de aburrimiento mandó retroceder al gentío y algunos empezaron a dispersarse. Theo

sabía que la gente ya estaría preparando sus discursos. Había varios equipos de informativos locales y sabía que luego llegarían los más grandes. La televisión nacional y demás, probablemente.

Cuando el padre y el hijo pasaron junto a él, Theo observó al chiquillo, cómo se encogía de hombros, y la expresión de su cara pegajosa.

No había nada que ver.

Otros, al volver a lo que estaban haciendo antes, compartían una expresión distinta.

Nada que no hubiesen visto antes.

Theo esperaba que su cara no revelase demasiado. Que no diese indicio alguno de lo que estaba pasando en su interior, de lo que bullía en su interior. No tenía ni idea de por qué, mucho menos quién, pero ahora sabía que todo aquello no tenía nada que ver con Easy y sus... excursiones. Sabía que no era una cuestión territorial.

Había treinta, tal vez más, miembros de calle en la pandilla, con muchos otros por encima, en los triángulos superiores, para quien sabía dónde buscar.

Mikey estaba muerto y ahora también SnapZ. Era más que una coincidencia.

En lo que a los medios respectaba, la explicación sería sencilla. Se considerarían bajas en una encarnizada guerra de bandas o una disputa territorial. Probablemente les verían también como víctimas de algo mayor: síntomas de no sé qué alienación y no sé qué privaciones, producto de una nueva clase de etnias mixtas o algo así.

Pero Theo sabía que también tenían algo más concreto en común, algo que solo compartían con él mismo y otras dos personas. La noche de hacía diez días en que había muerto aquel policía. La noche que había matado a aquel agente de policía.

Mikey y SnapZ iban en el asiento de atrás. Theo se dio la vuelta y estuvo a punto de chocar con Gospel. Ella mantuvo la cabeza baja y se pasó una mano por el pelo.

—Esto es una pasada, tío —dijo ella. Theo sintió que su desayuno empezaba a revolverse. Gospel se alejó como si tuviese prisa.

—Una puta pasada.

—Sip —dijo Theo.

Helen tenía que reconocer que algunos de aquellos delincuentes de poca monta eran bastante listos.

Antes de coger su baja de maternidad, había oído hablar de una oleada de robos de coches en los que los chavales entraban en coches con GPS, pulsaban el botón de Inicio y se dirigían a una casa que atracaban de inmediato, seguros sabiendo que el propietario estaba en otra parte. Descubriendo que acababan de manganarle el coche.

Claro que el dispositivo podía utilizarse con fines más nobles; aunque lo que ella estaba haciendo no la hacía sentirse especialmente noble.

Paul conocía bien gran parte de la zona centro y el suroeste de Londres, de modo que en realidad solo utilizaba el GPS para volver a casa si se encontraba al norte del río o necesitaba ir a otra ciudad. Helen sabía que la lista de «destinos recientes»

estaba en el orden en que habían sido programados y esperaba que no hubiese demasiados que examinar. Reconoció un par de ellos y los descartó. Luego, al recordar lo que Gary Kelly le había dicho sobre dónde operaba Frank Linnell, empezó a buscar direcciones en el sudeste de la ciudad.

Las dos primeras fueron una pérdida de tiempo: evidentemente, Linnell no tenía su cuartel general en la comisaría de Catford, y el adosado de Brockley resultó ser la casa de una pareja de jubilados cuya hija había sido testigo en un caso de asesinato que Paul había investigado meses antes.

La anciana le recordaba.

—Un hombre agradable —había dicho—. Educado.

Helen había empezado temprano y justo después de las diez y media se metió por una calle secundaria cerca de Charlton Park y se detuvo junto a un *pub* a un par de kilómetros o así al sur del Támesis. Vio un Range Rover negro al lado y un contenedor en la entrada y recordó que Kelly también había dicho algo de que Linnell se dedicaba a la construcción residencial.

A la tercera va la vencida.

Cuando salió del coche, un hombre con un mono salpicado de pintura salió del *pub* y vació el contenido de un cubo de plástico de aspecto pesado en el contenedor.

—¿Está el jefe? —preguntó Helen. Su placa seguía en el bolso. El hombre gruñó, podía haber sido un «sí» o un «no» y volvió a dentro.

Buscó una sombra y esperó.

Cinco minutos después, la puerta volvió a abrirse y apareció un hombre negro robusto. La sopesó con la mirada y luego le preguntó qué quería beber. Pilló a Helen un poco desprevenida, pero intentó no demostrarlo.

—Un poco de agua estaría bien —el hombre le sujetó la puerta para que entrase.

Atravesó el *pub*, donde media docena de hombres pintaban, daban martillazos y hacían agujeros. Oyó a dos de ellos hablar una lengua de Europa del este. Polaco, supuso. Había tantos polacos trabajando de fontaneros y albañiles en el Reino Unido que hacía poco su gobierno había emitido una petición oficial, preguntando si podían devolverles unos cuantos.

Frank Linnell estaba sentado en el jardín. Se puso de pie cuando ella entró en el patio y dijo:

—Helen, ¿verdad?

Tenía unos cincuenta y tantos, pero parecía bastante en forma con unos pantalones de deporte de color azul y un polo blanco. No había canas reseñables en un pelo que se rizaba en el cuello y llevaba untado hacia atrás con algo. Su cara era... más dulce de lo que Helen esperaba.

Se sentó frente a él en una pequeña mesa de listones y dio las gracias cuando el hombre corpulento le llevó su bebida.

—Simplemente eche un grito si quiere otra —dijo.

—Se está bien aquí afuera, ¿verdad? —dijo Linnell—. Estará fabuloso en un día o

dos. Si te digo la verdad, ni siquiera estoy seguro de querer vender el local.

Habían colocado césped nuevo entre donde ellos estaban sentados y una valla nueva que había a unos diez metros, y un lado del patio estaba cubierto de filas de cestas colgantes y plantas en macetas, todavía envueltas en polietileno.

—Pondremos un par de columpios o un tobogán allí, en la hierba, va a ser la leche.

Helen tomó un largo sorbo y respiró hondo. Miró al hombre que, si una milésima de lo que había oído era cierto, estaba en la carta de Reyes de la mitad de los inspectores veteranos de la ciudad y seguía hablándole como si se conociesen desde hacía años.

—Ya no puede faltar mucho —señaló la barriga de Helen—. Parece que ya está hecho, creo yo.

—Intenta no hacer ruidos fuertes —dijo ella.

—¿Vas a volver al trabajo inmediatamente o...?

—No de inmediato.

—Es lo mejor para el crío, en mi opinión.

—Ya veremos.

—¿Y qué me dices de hoy? —Linnell dio un sorbo a su bebida. Parecía Coca Cola, pero no había forma de saber si llevaba algo más—. ¿Estás trabajando hoy?

—Solo he venido para hablar de Paul —dijo Helen.

Linnell sonrió.

—Eso me gustaría.

Por segunda vez en otros tantos minutos, Helen había vuelto a quedarse de piedra. Se dijo que Linnell y quienes trabajaban para él, probablemente tenían bastante práctica en hacerlo; se conminó a relajarse y concentrarse. El bebé estaba provocando una tormenta de patadas y cambió de postura cuidadosamente para ponerse más cómoda. Se pasó una mano por la barriga por debajo de la mesa y empezó a acariciarla suavemente.

—¿Cómo conociste a Paul? —preguntó.

—Nos conocimos hace seis años —dijo Linnell. Empezó a jugar con una cadena de oro que llevaba al cuello, moviendo los eslabones adelante y atrás entre los dedos mientras hablaba—. Era parte del equipo que investigaba un caso con el que yo estaba relacionado. El asesinato de alguien cercano a mí. Después... durante todo el tiempo, de hecho, Paul se portó estupendamente. Uno o dos compañeros suyos no eran tan... compasivos, no sé si comprendes lo que quiero decir. Cuando tienes cierta fama, alguna gente solo puede ver las cosas de una manera. Paul siempre me trató como hubiera tratado a cualquier otra víctima.

—¿Y después de eso?

—Mantuvimos el contacto.

—¿Eso es todo?

—Nos hicimos amigos, supongo —se encogió de hombros, como si todo fuese



muy sencillo—. Éramos amigos.

—¿Le veías a menudo?

—Cada mes o dos, más o menos. Los dos estábamos muy ocupados. Bueno, ya sabes...

—¿Entonces, almorzabais juntos, ibais al cine, qué?

—Almorzábamos, hablábamos de esto y lo otro, íbamos al *pub*. Una vez le llevé al Oval para ver un partido de *cricket* —rio—. Acabamos como cubas.

Helen asentía, como si no hubiese nada fuera de lo normal en lo que Linnell le estaba contando, pero se le revolvían las entrañas y no podía evitar que el bebé jugase al fútbol con sus riñones. Tenía que ponerse las pilas, hacer las preguntas más incómodas que había estado ensayando la noche anterior. Vio la calidez en el rostro de Linnell al hablar de Paul y se preguntó si realmente podía no haber más que la amistad que tanto parecía venerar. Se le pasó por la cabeza que podía ser gay, que tal vez hubiese estado enamorado de Paul. Bajó la vista y vio que no llevaba alianza.

Tal vez Paul supiese que Linnell se sentía atraído por él y lo utilizase en su propio beneficio de algún modo.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Linnell.

Helen sacudió levemente la cabeza y dijo:

—¿Hablabais del trabajo alguna vez? —Por la mirada que cruzó su cara, estaba claro que Linnell sabía a qué se refería. A su trabajo, si se podía llamar así, tanto como al de Paul.

—Las primeras veces que nos vimos, supongo, por dar conversación, en realidad, pero después no. Era una especie de norma no escrita. No queríamos que ese tipo de cosas se interpusiesen.

Helen observó que seguía manoseando su cadena. Pensó: «¿Que se interpusiesen en qué?».

—¿Entonces, nunca te preguntaba por tus socios? ¿Nunca te preguntaba por lo que estabas haciendo?

—Como te decía, se hubiera interpuesto. Hubiera enrarecido las cosas —meneó el hielo medio derretido en su vaso—. ¿Tus amigas suelen hablarte de críos que han sufrido abusos?

La había vuelto a pillar desprevenida. Linnell le estaba dejando claro que sabía mucho de ella y de lo que hacía. Tal vez hubiese investigado; no dudaba que conociese a otros polis que habrían hecho averiguaciones de buena gana y le habrían pasado la información. O quizá simplemente se lo oyese a Paul durante una de sus charlas íntimas. Viendo el *cricket*, tal vez.

En cualquier caso, hizo que a Helen le apeteciese darse una larga ducha caliente.

—¿Cuándo fue la última vez que le viste? —preguntó.

Él pensó en ello.

—Hace unas dos semanas. Algo así. De hecho, vino aquí.

—Lo sé —dijo Helen. Solo para dejar claro que ella también había hecho sus

averiguaciones.

—Me trajo algo de almorzar —Linnell disfrutó el recuerdo, pero la sonrisa se esfumó de su cara con bastante rapidez—. Me gustaría que nos hubiésemos despedido en mejores términos, si te digo la verdad.

—¿Qué?

Parecía un poco incómodo, envolviéndose ahora la cadena alrededor de un dedo, pero luego se encogió de hombros, como si acabase de decidir que no tenía nada de malo contárselo. Como si hubiese llegado a la conclusión de que probablemente no fuese a sorprenderle demasiado.

—Lo que te dije antes de no hablar sobre el trabajo... Bueno, sí lo hicimos, el último par de veces que nos juntamos. Paul me había pedido que le echase una mano, que le diese unos cuantos nombres. Gente con la que yo creyese que él podía... hablar.

Helen tragó saliva.

—Le dije que no podía ayudarle —dijo Linnell—. Bueno, que no quería. Que no estaría bien por toda clase de razones.

—¿Qué clase de gente?

—Gente que se dedica a lo mismo que yo. Gente de negocios. Gente con la que tal vez te hayas encontrado en tu trabajo.

—¿Como Kevin Shepherd?

—¿Quién? —La miró como si nunca hubiese oído ese nombre.

Helen notaba la lengua espesa y pesada en la boca.

—¿Por qué quería Paul que hicieras eso?

—Venga, bonita.

—Adivina.

—¿Cómo has hecho tú, quieres decir?

Helen se agachó para coger su bolso, se lo acercó, con la sensación de que quizá tuviese que levantarse de la silla y largarse en cualquier momento.

Linnell desvió la mirada y miró el pequeño jardín.

—Tal como terminaron las cosas, me hubiera gustado ayudarle. Uno repasa esas cosas cuando pierde a alguien, ¿no? Revive momentos. Estoy seguro de que tú has estado haciendo lo mismo.

—Dudo que hayamos estado haciendo lo mismo.

—La verdad es que es absurdo —Linnell se aclaró la garganta—. No hubiera tenido problema en dejarle algo de dinero si era de eso de lo que se trataba. Solo tenía que pedirlo, ¿sabes?

—Nunca se debe pedir dinero a los amigos —dijo Helen, enfatizando la última palabra. No acababa de creer que no hubiese un trato más formal.

—¿Tenía algún tipo de problema relacionado con el dinero?

Helen en absoluto estaba dispuesta a responder. No iba a darle nada de sí misma, de ella y Paul. En absoluto iba a contarle que los problemas que tenía Paul eran algo

que guardaba estrictamente para sí. Sentía que la ira se iba acumulando en su interior, como las ganas de mear o vomitar; contra Paul, por supuesto que sí, pero también contra sí misma por su estupidez. Como si pudiese salir de aquello con algún otro sentimiento.

Contra Linnell en especial, en aquel preciso momento, porque lo decía sinceramente. Porque le importaba. Porque sus ojos se habían llenado de lágrimas un segundo antes de desviar la mirada.

El hombre robusto salió al patio y le dijo a Linnell que le necesitaban dentro. Alguien había perforado un cable.

Linnell puso una mano sobre la de Helen al levantarse.

—Quédate y termina tu bebida, bonita —dijo.

Theo estaba sentado en el piso franco, no porque esperase hacer mucho negocio, no con las calles a rebosar de pasma, sino porque le parecía que era el lugar más seguro.

Desde lo de Mikey, se preguntaba si debía empezar a llevar pistola todo el tiempo. Easy y Wave las llevaban, les gustaba enseñarlas como si fuesen joyas cada vez que podían. La mayoría de los demás decían que llevaban, se daban palmaditas en los bolsillos como si tuviesen sus pollas en ellos, pero Theo nunca se había molestado. Siempre había creído que llevar un arma te convertía en objetivo, caza fácil. Easy decía que eso era una tontería, que como miembro de la pandilla de calle era un objetivo de todos modos, y que la gente daría por hecho que la llevaba tanto si lo hacía como si no.

Easy decía cosas sensatas de vez en cuando. Tal vez una pistola hubiese sido mejor inversión que aquellas Timberland.

Aunque Theo no acabase de decidirse a conseguir una para su uso personal, siempre había una pistola a mano en el piso franco, razón por la que era un sitio tan bueno como cualquier otro para sentarse a pensar. Para esconderse. Sabía usarla, sabía que podía tenerla en la mano para cuando alguien lograra cruzar la puerta de acero reforzado.

—Esto es como Fort Knox —había dicho Easy—. Solo hay peligro si algún cabrón se planta en la puerta con una excavadora.

Mikey y SnapZ habían estado en Hackney y ahora ambos estaban muertos. ¿Pero estaba Theo siendo un idiota? Tal vez Mikey hubiese pagado por lo que le había hecho a aquella fulana. Tal vez SnapZ hubiese estado haciendo negocios propios de los que nadie sabía nada. Su mente recorrió todas las posibilidades, pero fue incapaz de encontrar una explicación que no le pareciese ridícula para lo que estaba pasando.

¿Podían ser polis?

Al fin y al cabo, él había matado a uno de los suyos y sabía cómo acababan esas cosas. Una vez había visto una película, una de Eastwood, de antes de que se pusiese serio y se hiciese viejo, en la que unos polis se tomaban la justicia por su mano y mataban a traficantes de drogas, violadores y todo eso. ¿Y si sabían quién estaba en el

coche? ¿Y si lo habían sabido desde el principio y habían decidido que cinco balas eran mucho menos lío que cinco órdenes de arresto? Una buena forma de ahorrarse papeleo...

Theo oyó gritos en la puerta y se quedó paralizado, buscando con los ojos la pistola sobre la mesa, delante de él.

Esperó. Solo eran unos críos, disfrutando de toda la emoción.

Tenía que llamar a Javine, decirle dónde estaba y lo que estaba pasando. Abrió el teléfono y marcó el número, intentando relajarse para que ella no le notase nada en la voz.

No era fácil.

De camino, al cruzar la urbanización, había pasado por el sitio donde estaban haciendo el mural de Mikey. Como siempre, lo habían dado todo, lo habían hecho parecer una especie de ángel. Con la piel dorada y dientes de un blanco reluciente.

Theo se había quedado mirando los ladrillos pintados y había pensado en SnapZ y en todos los demás. No pudo evitar preguntarse si iban a necesitar una pared más grande.

Sentarse con los pies en alto frente a la tele (en bata y pantalón de pijama, con un té y un paquete de Jaffa Cakes en rápida disminución), le ayudaba un poco a mitigar el recuerdo de su encuentro con Frank Linnell.

La sensación de ser manejada.

Tampoco había esperado volver con demasiadas respuestas, o con ninguna en absoluto, pero no había contado con salir del *pub* con más preguntas todavía.

En el trabajo, los casos a menudo resultaban ser mucho más complejos de lo que parecían en principio: el pariente horrorizado que resultaba ser el autor de los abusos, que luego se descubría que, a su vez, había sufrido abusos. Siempre había algo más. La mayor parte de sus compañeros odiaban esos casos, les agotaban las horas extras y el papeleo, el *peso* de todo ese dolor.

Pero a Helen le daba alas.

Algunas personas abrían la caja de las tempestades y luchaban por volver a poner la tapa el doble de rápido, pero Helen siempre había tenido más tendencia a meter las manos hasta el fondo. Dejar que las cosas viscosas y retorcidas se le enroscasen en los dedos hasta que desarrollaba cierta sensibilidad hacia ellas.

Le gustaban los líos, no era realmente feliz a menos que tuviese unos cuantos problemas que resolver, eso era lo que Paul le decía. Cuantos más líos, mejor.

—Sí, vale, Hopwood. Bastante irónico, teniendo en cuenta...

Cambió de canal y se metió otro Jaffa Cake en la boca; subió el volumen y puso los pies en el suelo al ver lo que estaba pasando.

Una reportera hablando directamente a cámara, con un muro pintado con *spray* detrás de ella. Era joven, negra y con gesto adecuadamente severo; intentaba ignorar al grupo de jóvenes que hacían todo lo posible por entrar en plano.

—Se trata de otro tiroteo entre bandas —dijo.

El segundo asesinato en apenas unos días que sacudía aquella comunidad estrechamente unida. La policía de Lewisham estaba haciendo grandes esfuerzos para llegar al fondo de los asesinatos, pero todo parecía indicar que tenían una guerra de pandillas entre manos. Dos de los chicos se inclinaron para entrar en plano mientras la reportera devolvía la conexión al estudio. Gritaban a cámara y hacían poses.

Helen recordó lo que el inspector le había dicho cuando había estado en su despacho la mañana del primer lunes después del accidente. Paul había muerto en el norte de Londres, pero el coche había sido robado en el sur. Tal vez la banda responsable estuviese implicada en una guerra territorial, por lo que habían realizado el tiroteo en territorio rival deliberadamente. Solo se trataba de saber qué bandas, había dicho el inspector, cosa que no era fácil de averiguar cuando había tantas. Cuando ninguna estaba precisamente haciendo cola para ayudar a la policía.

Ahora, quizá lo habían hecho un poco más obvio.

Desde luego, era un sitio bastante bueno por el que empezar a buscar. Tenía cita en el hospital a primera hora, pero, después, podía mandarlo todo a paseo. No había razón para no intentarlo.

Para no enterrar un poco más sus gordos dedos.

## Veinticinco

La mujer que venía cada lunes, la bendita Betty, organizaba la mayor parte de las comidas de Frank para toda la semana, pero a él le gustaba prepararse el desayuno. Agradecía el tiempo para pensar, escuchando a los maricones de los medios y a los políticos diciendo gilipolleces en Radio Four mientras se preparaba el té, cocinaba y repasaba mentalmente el día que tenía por delante. A veces, Laura se levantaba temprano y disfrutaban de ese tiempo juntos, pero aquella mañana no había señal de ella.

Estaba bien, tenía mucho en qué pensar. Cortó un tomate para echarlo en sus huevos revueltos y pensó en lo agradable que era Helen Weeks. Si bien era cierto que tampoco había esperado que no lo fuese. ¿Por qué iba Paul a estar con alguien que no lo fuese?

Paul nunca le había hablado demasiado de ella y Frank no había insistido, pero tenía la sensación de que había habido algún problema entre ellos durante las pasadas Navidades. Era difícil saber si era por parte de él o de ella, y probablemente fuese igual de cualquiera de las maneras. Pero no había que ser Einstein para deducir que había sido más o menos por la época en que ella se había quedado preñada.

Una vez más, Frank agradeció estar bien libre de ese tipo de cargas. Contento de recordar a unas cuantas personas especiales del pasado y pagar por un polvo de vez en cuando. Era la manera más fácil de evitarse preocupaciones.

El invierno pasado, Frank le había dicho a Paul que podía contar con él si tenía algún problema (si necesitaba hablar, de día o de noche) y lo había dejado así.

Pasó el tomate de la tabla de cortar a la sartén y añadió un poco más de mantequilla. Ese era el secreto de unos buenos huevos revueltos: mucha mantequilla salada de calidad.

Pero Paul había hecho bien en no dejar ver sus cartas, Frank podía verlo. La chica era brillante y suspicaz y encima no le daba miedo hurgar, cosa que probablemente la hacía una buena poli. De hecho, agradecía que no trabajase para la Brigada contra el Crimen Organizado. En cuanto se le ocurrió, deseó habérselo dicho el día anterior. Tenía la sensación de que lo habría encontrado divertido.

Se echó los huevos en la tostada, llevó el plato a la mesa y añadió mucha pimienta negra.

Las Navidades anteriores, le había regalado a Paul una petaca de plata y Paul le había regalado el CD de Bruckner con el que le había estado dando la murga. La Filarmónica de Viena tocando la Séptima. El disco que había ido a buscar y había puesto de madrugada la noche que Helen le había llamado para decirle que Paul había muerto.

Laura había bajado medio dormida y le había preguntado qué pasaba, pero él la había mandado de vuelta a la cama.

Cuando terminó de comer, Frank llenó el lavavajillas, luego se fue a su despacho

para llamar a Clive. Quería hacer avanzar las cosas. Siempre había sido de los que terminaban el trabajo lo antes posible y pasaban al siguiente asunto. No dejaba que las cosas se enfriasen y todo eso...

Además, nunca le había gustado dejar ocasión a nadie para descubrir que iba a por ellos.

El inspector Capullo Picajoso llamó justo cuando Helen estaba saliendo del hospital. Dijo que sentía no haberle contado demasiado; se disculpó por haberla dejado fuera. Ella le dijo que lo comprendía, que sabía que probablemente era porque no había demasiado que contar y él no se lo discutió.

Parecía ansioso por ser breve, solo quería hacerle saber que estaba siguiendo varias líneas de investigación nuevas. Le prometió intentar mantenerla mejor informada. Ella le dijo que lo agradecería e insistió en que se encontraba bien cuando él le preguntó cómo estaba.

Media hora después, mientras bajaba del aparcamiento de varias plantas que había encima de Lewisham Centre, Helen tenía bastante idea de cuáles eran esas «nuevas líneas de investigación». Después de ver las noticias la noche anterior y varios reportajes de televisión más a primera hora, sabía que muchos de los miembros del equipo del inspector, si no él mismo, andarían por las mismas calles que ella en aquel preciso momento. Casi esperaba ir a tropezarse con él, haciendo cola para coger el tique de aparcamiento y se preguntó cómo sería la conversación si se lo encontraba.

—El mundo es un pañuelo...

—¿Qué está haciendo aquí?

—Solo he salido a dar un paseo. El ejercicio es bueno para el bebé.

—¿En Lewisham?

—Está muy infravalorado.

Helen sabía que poca gente podría sobrevalorar Lewisham, al menos después de un rápido paseo en torno a su principal área comercial. Ciertamente, cualquier lugar que hubiera vivido dos tiroteos con víctimas mortales en menos de una semana tenía pocas posibilidades de recordar Hampstead o Highgate Village, pero aun así. Daba la sensación de ser un lugar que la gente solo visitaba si tenía que hacerlo, si la vida que soportaban detrás de sus cuatro paredes se volvía prácticamente intolerable. Un lugar en el que entrar y salir rápidamente. Había un centro de ocio, un parque de aspecto decente y una biblioteca y Helen sabía que si tuviese tiempo de buscarlas, encontraría una serie de pequeñas comunidades a las que la tensión y la violencia no había llegado. Pero, en los alrededores de las estaciones de tren ligero y autobús, junto a los *pubs* y los escaparates, el ruido, la *industria*, solo parecían agudizar la tensión ambiental.

El corazón de la zona parecía sobrecargado y a punto de darse por vencido.

Helen caminó por High Street. Las cadenas habituales: Boots, Argos, el obligado

Starbucks. Parecía haber un número excesivo de sitios para comer: McDonald's, KFC, Jenny's Burgers, Nando's, Chicken Cottage, entremezclados con tiendas de todo a una libra y colmados de baja estofa. Podía imaginar la cara horrorizada de Jenny.

—¿Qué, no hay un Marks and Spencer? ¿Y a cuánto está el Waitrose más cercano?

En una hora, Helen había hablado con una docena de personas o más, había encontrado lugares donde no era raro entablar conversación: esperando en un cajero, en una parada de autobús, en la cola de una pequeña panadería. No sacó su placa. Había decidido que las conversaciones serían más reveladoras sin ella, y no quería arriesgarse a ser vista por alguno de los agentes que estaban investigando oficialmente los asesinatos.

La gente tenía mucho que decir; tenían opiniones que estaban más que deseosas de expresar. Profundamente sentidas, despectivas o, en opinión de Helen, directamente ridículas.

—Ahora mismo la vida no vale un penique por aquí, esa es la verdad.

—No es más que lo que esos pequeños cabrones se merecen.

—¿De dónde cree que salen todas esas pistolas? Pregúntese eso. ¿Quién se las proporciona? El gobierno, de ahí salen. Quieren que nos matemos entre nosotros.

Helen se alejó de la calle principal, cruzó Lee Bridge y entró en las zonas más tranquilas de detrás de la estación. Hacia las urbanizaciones: Lee Marsh, Kidbrooke, Downtown y Orchard. Había muchos jóvenes por allí, disfrutando del sol. Y no pocos hombres uniformados dispuestos a pasar el día con ellos.

En una intersección donde había dos furgonetas de la policía aparcadas, vio a un grupo más bien pequeño reunido ante un mural. La gente sacaba fotos, se había instalado un equipo de televisión y estaba haciendo encuestas a pie de calle. De un equipo de música portátil colocado sobre la acera salía música rap.

Leyó la dedicatoria: «Michael Williamson. 1992-2008».

A un lado, había una columna de grafitis: una lista de firmas pintadas con *spray* sobre un fondo blanco que imitaba un papiro. Una lista de honor. Helen miró fijamente la maraña multicolor de remolinos y símbolos sobre el ladrillo. No podía descifrar la mayoría de los nombres, pero adivinó unos cuantos.

*Wave*. Con tres líneas onduladas debajo, como el mar.

*Sugar Boy*.

*Easy*. Con «S & S» en un círculo junto al nombre y las letras dibujadas como serpientes siseantes.

A lo lejos, en la calle, junto a la entrada de Lee Marsh, Helen vio a un puñado de chicos merodeando cerca de un bloque de garajes bajos. Se acercó, consciente de las miradas que se intercambiaron al verla aproximarse. Eran seis o siete y dudaba que alguno de ellos hubiese alcanzado la adolescencia. No tenía sentido especular sobre si estarían en la escuela si no fuese verano, o presuponer por un segundo que eran



demasiado jóvenes para pertenecer a alguna de las bandas locales. No por primera vez, Helen se preguntó por qué unidades de protección de menores como la suya no pasaban mucho más tiempo intentando proteger a los niños antes de que el daño estuviese hecho.

Hizo un gesto indicando la pared, al hombre de la cámara y a su compañero, que le espetaba el micrófono a los transeúntes.

—Están hablando de una guerra de pandillas —dijo.

Todos salvo dos de los críos empezaron a dispersarse, aparentemente despreocupados, bromeando entre ellos mientras se iban, pero ansiosos por distanciarse de la conversación. De los dos que se quedaron, quedó claro de inmediato que el más bajo era el más hablador; pero eso tampoco era decir mucho.

—Hablan de toda clase de cosas —dijo—. No saben nada.

—¿Qué crees tú?

La expresión hosca del muchacho cambió. Solo fue un segundo, pero en ese momento Helen pudo ver que le agradaba que le pidiesen su opinión. El chico llevaba vaqueros y una camiseta de baloncesto floja y el pelo muy corto. Cuando se giró ligeramente, Helen pudo ver una especie de dibujo afeitado en la parte trasera.

—Si es una guerra, los de la otra pandilla no van a saber ni de dónde le vienen, tía.

—¿Cuál es la otra banda?

El chico se encogió de hombros y miró a su amigo. El otro chico era desgarbado y descoordinado, torpe como una jirafa recién nacida. Dio una patada al suelo y giró sobre una pierna; se alejó un par de pasos; se dio la vuelta y volvió a acercarse lentamente.

—¿Perteneceis vosotros a esa banda? —Helen hizo un gesto indicando el mural.

—A lo mejor —dijo el parlanchín. Se metió los pulgares en los bolsillos de los vaqueros y abrió sus cortas piernas. Era al menos treinta centímetros más bajo que Helen.

—¿Conocéis a la gente de esa lista? ¿A Wave y Sugar Boy?

—Todo el mundo conoce a Wave.

—¿Es el jefe?

El chico volvió a encogerse de hombros. Su amigo chasqueó la lengua, parecía que estaba listo para seguir su camino.

—Si no es una guerra, ¿quién creéis que mató a Michael y a... al otro chico? —Helen había oído el nombre del otro chico en las noticias, pero se le había ido de la cabeza.

—Mikey y SnapZ —dijo el chico.

—¿Por qué mataron a Mikey y a SnapZ? ¿Qué creéis vosotros?

El crío ladeó la cabeza, como si estuviese pensando en ello. Helen le dio tiempo, pasó la vista de un chico al otro; observando su actitud y sus barbas incipientes. No tenía ni idea de qué podían ser capaces cualquiera de los dos, pero seguía teniendo la

impresión de que podía comprarles información a cambio de caramelos y refrescos.

—Puede que le faltasen al respeto a alguien —dijo el crío.

—¿A quién?

—Da igual. Con eso basta, ¿me entiendes?

—Creo que sí.

—Tienes que ganarte una reputación y tienes que mantenerla, ¿no? Tienes que ser el jefe y eso significa pararle los pies a quien no se comporte como es debido. Te lo digo yo, tía, si alguien intenta tomarme el pelo, que se prepare para pagármelas.

Helen asintió para mostrar que comprendía.

—Todo el mundo lo sabe. Mikey, SnapZ, todos...

—¿Cómo se une alguien a la banda? —preguntó Helen, como si se le acabase de ocurrir—. ¿Hay algún tipo de iniciación?

El chico levantó la barbilla.

—¿Eres una poli de incógnito?

Helen se sintió enrojecer, notó que su rubor se acentuaba cuando el chico más alto dio un paso adelante y la miró de arriba abajo; al ver en sus ojos algo que no debía estar allí. No tenía la menor duda de que aquellos chicos ya eran sexualmente activos, que habían dejado de ser niños en todo lo importante.

El chico más alto lanzó un fino hilo de saliva entre los dientes y dijo:

—¿Estás gorda o solo preñada, tía?

Helen tardó diez minutos en recorrer a pie la distancia relativamente corta de vuelta a High Street. Caminar se estaba haciendo cada vez más difícil, al igual que conducir, con el asiento echado hacia atrás para dejarle sitio a la barriga y los pies luchando por llegar a los pedales. Aquella mañana, en su última cita antes del parto, el médico había sonreído y le había dicho que todo iba bien. Que todo estaba listo.

—Limítese a quedarse sentada y mimarse —había dicho—. Prepárese para el gran día. Pronto habrá terminado.

¿De modo que qué demonios hacía arrastrándose por Lewisham, sudando y sintiéndose como una imbécil? Perder el tiempo. Sintiendo más fuera de lugar de lo que recordaba nunca.

Pensó en cómo la habían hecho sentir aquellos chicos. Al fin y al cabo, había estado en situaciones más peligrosas. Había sido amenazada físicamente por un depredador pedófilo en una sala de interrogatorios y había sido capaz de sostenerle la mirada y controlarlo, pero ahora aquellos dos niños la habían enervado hasta tal punto que todavía le temblaban las piernas.

Por una vez, el impulso de dar media vuelta había sido más fuerte que el de atacar.

Helen sabía que tener un hijo te cambiaba en aspectos fundamentales, lo había visto en Jenny. Sabía que te hacía evitar enfrentamientos, tener menos tendencia a asumir cualquier tipo de riesgo. Paul le había preguntado una vez, durante una discusión particularmente fuerte, si de verdad creía que iba a ser capaz de estar a la

altura cuando volviese al trabajo. Si creía sinceramente que podría manejar el trabajo, especialmente su trabajo.

En aquel momento había descartado la idea con una carcajada, pero ya no le resultaba especialmente divertida.

De vuelta en el centro comercial, decidió entrar en el supermercado y coger unas cosas para la cena. Al cruzar trabajosamente las puertas, chocó con un carrito de bebé y se le cayó una de las bolsas. Mientras observaba a la joven madre pasar sin mirar atrás, un adolescente salió del quiosco de al lado y se le acercó.

—¿Está bien?

Helen hurgó en la bolsa y le molestó ver que dos de sus seis huevos estaban rotos.

—Casi —dijo.

El chico cogió la caja de huevos, llevó aquella guarrada hasta una papelería que había a unos metros y volvió.

—Eso ha estado fuera de lugar.

—Tampoco es que no me hubiese visto —dijo Helen.

Él esperó a que ella se recuperase, con una bolsa en cada mano, luego hizo un pequeño gesto con la cabeza y se alejó. Ella le dio las gracias, pero él ya estaba encendiendo un cigarrillo, apurándose para cruzar la calle antes de que cambiase el semáforo. Helen le gritó y el chico se detuvo en el otro lado, señalándose a sí mismo para asegurarse de que era a él a quien llamaba.

Cuando Helen logró llegar a su altura, estaba sin aliento.

—¿Te importaría echarme una mano para llevar esto al coche?

Volvieron a cruzar la calle en silencio, doblaron la esquina del centro comercial, moviéndose entre la multitud hasta la entrada del aparcamiento.

—¿Vives por aquí? —preguntó Helen.

—Ahí mismo —el chico indicó las urbanizaciones con la cabeza.

Otro chico venía caminando hacia ellos, aminoró el paso al acercarse y sonrió al chico que llevaba las bolsas de la compra.

—Eres todo un semental negro, T —dijo, y movió la cabeza hacia Helen—. Tenías una buena MF escondida, ¡eh! —Guiñó un ojo y señaló la barriga de Helen—. ¿Es tuyo?

El chico que le llevaba las bolsas le esquivó, meneando la cabeza, y el otro siguió andando, riéndose, por la acera.

—Lo siento.

Helen se encogió de hombros.

—¿Qué es una MF?

—No quiera saberlo.

—Como te decía, el día no puede ir muy a peor.

—Maruja Follable —dijo el chico. La miró mientras Helen se apartaba para evitar a un hombre con un perro grande—. Lo siento.

Helen tenía el coche aparcado en el primer piso del aparcamiento, y el chico la

esperó en la escalera, deteniéndose cada dos o tres escalones para dejar que le alcanzase.

—Hay ascensor, ¿sabe? —dijo.

Helen se apoyó en la pared un segundo. La estrecha escalera olía a orina y a hamburguesas.

—Si no soy capaz de subir un tramo de escaleras, ya puedo quedarme en un rincón y morirme —dijo. Después de validar su tique en la caja automática, fueron los dos hasta el coche—. No es un lugar agradable ahora mismo, ¿verdad?

El chico miró a su alrededor.

—No el aparcamiento —dijo Helen—, sino aquí, en general.

—Está bastante bien, si eres florista —dijo—. O si te dedicas a pintar murales.

—¿A qué te dedicas tú?

—A nada —se miró las deportivas—. Solo intento pillar algo de pasta por donde puedo.

—¿Conocías a alguno de los chicos que mataron?

—A los dos.

—Lo siento.

—No eran amigos, exactamente. No amigos de verdad.

—Aun así. Debe de dar miedo.

Él se encogió de hombros.

—¿Crees que seguirá?

—Creo que sí.

—Este es el mío —dijo Helen—. Gracias —abrió el coche y el chico le metió las bolsas en el maletero. El chirrido de los coches al doblar las esquinas rebotaba contra los muros a ambos lados de donde estaban. Abrió la puerta—. Yo diría que es buen momento para tomarse unas vacaciones.

El chico terminó de encender otro cigarrillo y sacudió la cabeza, entornando los ojos cuando el humo le dio en la cara.

—No me verá dándome el piro próximamente —dijo.

—Bueno, al menos ten cuidado, ¿eh?

—Ya —dio una calada—. ¿Ya tiene nombre?

Helen tuvo un momento de confusión, luego él la señaló y se dio cuenta de que se refería al niño.

—No. Todavía no —ella y Paul habían barajado nombres durante un tiempo, hasta que él había descubierto lo de su aventura. Luego dejaron el tema discretamente. Ahora que no tenía a nadie con quien consultar, era algo en lo que había pensado considerablemente poco. Sonrió—. Tal vez debería ponerle tu nombre —dijo—. Siempre se oye hablar de mujeres que lo hacen, ¿no?, que les ponen a sus hijos el nombre de la comadrona o del taxista que las lleva al hospital. Probablemente sería un nombre tan bueno como cualquier otro.

El chico sonrió de oreja a oreja y meneó la cabeza.

—Es muy mala idea —dijo.

—Bueno...

Helen se metió en el coche y tiró del cinturón, consciente de que el chico la observaba mientras salía marcha atrás de su estrecha plaza. Levantó la mano para saludarle y él se hizo a un lado para dejarla salir.

## Veintiséis

Ahora se había convertido en algo. No había descanso desde la muerte de SnapZ y parecía haber cámaras en cada esquina. Hordas de periodistas de los periódicos grandes y de los panfletos amarillistas dando vueltas por ahí con sus chaquetas con coderas, apuntando con sus grabadoras a cualquiera que llevase una sudadera con capucha, meneando la cabeza como perros hambrientos y poniéndose cachondos. Todos locos por conseguir alguna primicia, por llevar algo de aquel adorable peligro a sus primeras planas.

Y no faltaba gente dispuesta a dárselo. Críos que en su vida habían mangado siquiera una bolsa de patatas fritas hablando como si fuesen auténticos gánster, largando y sacándose un billete de diez libras por las molestias.

—Asegúrate de escribir bien mi nombre, ¿vale, tío? ¿Lo pillas?

Hasta algunos de los miembros de la pandilla se estaban metiendo en eso.

Theo había visto a un puñado de ellos, Sugar Boy y unos cuantos más, grabados al fondo de un oscuro callejón al final de la urbanización, soltando el rollo en *London Tonight*. Algunos de ellos llevaban bandanas sobre la cara, gafas de sol, todo eso. Un idiota posaba con una pistola. Tal vez fuese suya; tal vez fuese una réplica que le había dado la gente de la tele. Todos con sus mejores poses de tipos duros y soltando gilipolleces.

—Si no eres parte de la pandilla, no tienes nada, tío.

—Somos más que familia.

—Cuando matan a uno de los hermanos, todos lo sentimos, ¿me entiendes? Lo sientes aquí —llevándose el puño al pecho y asintiendo con la cabeza.

A Theo le habían dado ganas de ir y pegarles unas bofetadas en aquellas caras de imbéciles y decirles que cerrasen la boca. Coger el equipo del cámara y metérselo por el culo; llevarse el puño al pecho y decirles a todos que lo que él sentía allí era lo mismo que te hacía tartamudear y cagarte por los pantalones; que te dejaba sin respiración estando completamente despierto y quedarte mirando a tu hijo en plena noche.

Llevaba en el piso franco desde justo después de las ocho, había empezado a irse de casa cada vez antes. Cogía su periódico y su tabaco y esperaba a la puerta de la cafetería hasta que abría.

Habían entrado y habían matado a SnapZ en su propia casa.

De todas formas, Theo nunca se había sentido especialmente seguro en casa: habían apuñalado a bastante gente en su bloque. Pero aquello era diferente. El problema era, ¿qué se suponía que debía decirle a Javine? Era complicado sugerirle que debía coger a Benjamín y pasar el día fuera, estar fuera hasta que él volviese, ya sabes, por si alguien con una pistola en la mano llama a la puerta mientras él se escondía como una nena en la otra punta de la urbanización.

Sugar Boy llegó sobre las diez y media. Hablaron de lo que estaba pasando

durante unos minutos y Sugar Boy le enseñó a Theo el dinero que había sacado contándoles mierdas a los reporteros. Theo encendió la tele, intentando perderse en ella.

Le había sugerido a Javine que bajase y pasase un poco más de tiempo con su madre, pero no había ido bien. A decir verdad, nada había ido demasiado bien en las últimas semanas.

—Intenta pasar tú un poco más de tiempo con ella. Y también con tu hijo, ya que estamos.

—Tengo que trabajar.

No necesitaba decir más. Quedaba todo dicho con la forma en que aupaba al niño y lo tenía cogido en brazos, acariciándole la espalda mientras miraba fijamente a Theo por encima de su hombro. Ya: fuera, trabajando y siendo un tipo duro como tu amiguito Easy. Como Mikey. Como el que le metió una bala en su estúpida cabeza. Un tipo duro, un auténtico tipo duro pensaría en cuidar de verdad a su mujer y a su hijo, en conseguir un trabajo en el que las pistolas no fuesen herramientas imprescindibles.

Pero ella no sabía que había matado a alguien. Que alguien, por alguna razón, se había propuesto que los responsables pagasen con sus vidas. Que no podía pensar con claridad o tomar una decisión y que llevaba quince días sin dormir ni cagar como era debido.

—Llamaremos a la puerta de tu madre un poco más tarde —había dicho Javine finalmente—. Nos pasaremos diez minutos, ¿vale?

No sabía que se sentía como una oveja, balando para salvar su vida, con un lobo junto a la puerta.

A Helen seguía preocupándole que quien estuviese investigando a Paul pudiese interesarse por ella, por lo que, cuando, medio dormida, fue dando trompicones a coger el teléfono a las ocho y cuarto de la mañana y oyó presentarse con tono oficial a un agente de policía, se temió lo peor.

El pánico amainó cuando el agente le explicó que la llamaba para ultimar los trámites para pasarle la pensión de Paul; hablar de los datos bancarios, ordenar las transferencias periódicas y demás.

Aquello dio paso a un tipo de pánico completamente distinto.

Aunque, en teoría, los preparativos del funeral estaban bajo control, en algún punto entre la madre de Paul y la Federación de Policía, Helen sabía que todavía había un montón de obligaciones administrativas de las que tendría que encargarse en algún momento: cancelar cuentas, el seguro de vida, compras a plazos. El testamento en sí, que ella y Paul habían redactado una tarde utilizando uno de esos kits de «hágalo usted mismo» de WH Smith, era bastante claro y sencillo, por lo que recordaba, con cada uno de ellos como único beneficiario del otro. Nada de todo aquello podía gestionarse adecuadamente hasta que se conociesen los resultados de la

investigación forense y se emitiese un certificado de defunción; pero aun así, prefería no pensar en nada de eso, al menos hasta que naciese el niño. Su padre se había ofrecido a ayudarle con esas cosas y, por una vez, había estado encantada de aceptar su ofrecimiento.

Por teléfono, el empleado de Financial Liaison Services se había mostrado amablemente eficiente y sensible con su situación y le había explicado detalladamente todo el proceso. Era la peor parte de su trabajo, le dijo. Al terminar, le dio las gracias, luego corrió al cuarto de baño a vomitar.

Ahora, después de unas cuantas tostadas y una ducha, se dirigió al escritorio, al profundo cajón que era lo máximo que ella y Paul se habían acercado a un sistema de organización. Recorrió carpetas con datos de la hipoteca, documentos del coche y facturas de teléfonos móviles, y sacó la carpeta que contenía los extractos bancarios de Paul.

Puso la radio y se llevó la carpeta al sofá.

Tal vez debería intentar ocuparse también de todo lo demás. Le vendría bien una distracción, una distracción agradable, aburrida, segura. Sin duda le iría mejor pasar los días hablando con sociedades inmobiliarias y aseguradoras, regodeándose en la compasión de los empleados de atención al cliente, que comportarse como había estado haciendo, yendo de un lado para otro como una puta loca y escarbando en basura suficiente como para enterrar a Paul tres veces.

En la radio, una mujer hablaba de cómo había lidiado con un hijo con una discapacidad grave. El presentador le dijo que era maravillosa. Helen se levantó y volvió a sintonizar Radio One.

Paul tenía cuentas corrientes y de ahorro con el HSBC; hacía la mayor parte de sus transacciones por teléfono e internet. Helen sacó un fajo de extractos de los últimos seis meses y los hojeó. Era extraño que una serie de nombres y números tan árida y ordenada pudiese ser tan reveladora, pudiese ofrecer una instantánea de una persona.

Pagos realizados a Virgin, HMV y Game; al restaurante indio del barrio, a la sucursal de Woodhouse que había en Covent Garden, donde vendían las camisas fáciles de planchar que le gustaba llevar con vaqueros. Domiciliaciones de Sky y Orange. Una pequeña transferencia periódica a una organización benéfica de niños sordos desde que la sobrina de Paul había sido diagnosticada unos años antes.

Encontró el pago del reloj que le había regalado por su cumpleaños, hacía dos meses. Le había dicho que había guardado el recibo por si quería cambiarlo, pero ella había dicho que estaba bien. Tenía intención de ir a comprobar el precio la próxima vez que pasase por la joyería, pero se había olvidado. Ahora vio que había costado treinta libras menos de lo que le había dicho.

—Serás roñoso, Hopwood.

Había muchos pagos que no reconocía: transacciones de tarjetas que podía comprobar con el banco si quería, pero ninguna cantidad grande; además, era a los



ingresos en sus cuentas a lo que tenía que tenía que prestar más atención.

Nóminas, unos cuantos cheques de la propia Helen, los diminutos dividendos de unas acciones que le había regalado su madre... Nada que pareciese relevante. Si había recibido pagos de tipos como Shepherd y Linnell, tenían que haber sido ingresados en otra cuenta.

Cuando volvió a guardar los extractos en la carpeta, Helen no sintió alivio alguno. Sabía que había algo pensado para que ella no lo encontrase. Y Paul podía haber sido muchas cosas, pero no idiota.

Ella era la que no sabía guardar secretos.

Helen fue a la habitación para vestirse, sacó una camiseta y se preguntó si lo que había estado buscando podía estar metido en el fondo del armario, detrás de la guitarra de Paul. Con su limitada habilidad técnica, que era tan frustrante como un callejón sin salida. Se había topado con muros de ladrillo muchas veces en el trabajo, por supuesto, pero normalmente había alguien del equipo que tenía los conocimientos necesarios para salvarlos.

Esta vez estaba sola.

En la habitación de al lado, un locutor que siempre habían odiado los dos hablaba sin cesar de un bolo al que había asistido, tan convencido como siempre de que su vida social de tercera era más interesante para los oyentes que cualquier música que pudiese pinchar.

Un recuerdo: Paul gruñendo a la radio mientras cogía la leche de la nevera: «*Gordo cabrón, inútil*».

Podía intentar salvar el muro de ladrillo, o podía quedarse de pie mirándolo. Si todo lo demás fallaba, podía lanzarse contra él, porque el dolor era bueno.

Mejor.

Solo era una mirada. Apenas un vistazo por encima del taco mientras se agachaba sobre la mesa, y algo parecido a una sonrisilla cruzándole la cara, pero fue suficiente para que a Theo se le erizasen los pelos del cuello, para decirle que algo malo había sucedido.

Algo más.

Habían ido al Cue Up para almorzar algo: un bocadillo de salchicha y algo de beber; un par de partidas de billar y una hora lejos del piso franco y del calor de la tarde. Easy estaba de buen humor. Había propuesto veinte libras por partida, pero Theo había vuelto a ver la cara de Javine, había oído aquel tono en su voz y aceptó diez al ganador de tres.

El local no estaba más lleno de lo habitual. Las mismas caras hablando en voz baja sobre las mesas de billar o junto a la barra. El mismo viejo murmurando ante su té y su tostada y dándole la murga a la mujer de detrás del mostrador.

Easy ganó la primera partida e iba ganando holgadamente la segunda; probablemente se la habría llevado de calle de todas formas, aunque Theo tuviese la

cabeza en el juego.

—No consigo meter una mierda hoy —dijo Theo.

—No estás a mi nivel, Estrella, así de sencillo.

—Tienes razón.

Easy llevaba una cadena nueva, gruesa como una soga. Se balanceaba contra su taco cada vez que se inclinaba para tirar.

—No estás concentrado, tío —metió una bola—. Llevas días así.

—Están pasando muchas cosas.

—Puede.

Theo hizo un gesto indicando la ventana, la calle.

—¿Tienes algún problema de vista, tío?

Easy sonrió de oreja a oreja, se encogió de hombros.

—Ahora es cuando más tienes que centrarte, tío, ¿me entiendes? Otros están perdiendo de vista el balón, esquivando a la pasma, llorando a los muertos, todo eso. Precisamente ahora es cuando hay que ser espabilado. Alguien tiene que mantener esta pandilla en movimiento.

—¿No lo está haciendo Wave?

Entró otra bola.

—Wave está haciendo lo que él hace.

Theo no le había visto demasiado el pelo a Wave desde que había empezado todo. No había visto a demasiados miembros de la pandilla por ahí en grupos de tres o cuatro como solían andar. Todo se debía a lo de Mikey y SnapZ, lo sabía, pero aun así, llevaba dos o tres días, tal vez más, sin ver ciertas caras en las esquinas habituales.

—Así anda con cuidado, ¿no?

—Si sabe lo que le conviene... —dijo Easy.

—¿Anda con Wave?

—Anda pegado a su culo, más bien.

—Hace tiempo que tampoco veo a Ollie —dijo Theo.

Y entonces aquella mirada, como un puñetazo, y una terrible certeza que empezó a apoderarse de Theo mientras esperaba a que Easy se diese la vuelta y apoyase una mano en el borde de la mesa para sujetarse.

Recordó una noche de sábado, dos días después de que mataran a Mikey, en que la pandilla se había reunido en el Dirty South. Para beber y fumar hasta quedarse tontos. Para reagruparse.

Había estado escuchando a un grupo en la parte de atrás; cuando tuvo suficiente, volvió para unirse a la pandilla. Easy había estado gritón, desbarrando, yendo de un miembro de la pandilla a otro; animándoles como un entrenador de fútbol que intentaba animar a un equipo perdedor para el segundo tiempo.

Ollie estaba en una esquina, agarrado a una botella, y Theo recordó a Wave y Gospel sumidos en una conversación a unos metros, en un sofá junto a la puerta. Se

había fijado en los cortes y las magulladuras que Gospel tenía en la cara cuando se acercó para hablar en voz baja; había visto a Wave ponerle los dedos en la nuca mientras hablaba, sin duda haciéndose ya con parte de lo que Ollie deseaba.

Theo había visto la mirada de Wave cuando Gospel terminó de hablar, y la mirada de Ollie al ver a Wave girarse para mirarle. Volvió a verlo todo al pensar en esa noche y oyó la voz de Dennis Brown, bien alta, por encima del recuerdo sordo del grupo que tocaba en la parte de atrás. La letra de la canción que había estado escuchando unos días antes.

*Wolves and Leopards,  
Are trying to kill the sheep and the shepherds.  
Too much informers,  
Too much tale-bearers...* [2]

Cuando Easy levantó la mirada desde la mesa de billar, supo que no volvería a ver a Ollie. Solo podía esperar, por el bien del chaval, que no fuese Easy quien se había encargado de él. Conocía la capacidad para la violencia de su amigo. Así le sacaba al menos treinta centímetros a Easy, pero Theo sabía por quién apostaría llegado el momento.

Easy dejó una bola en la boca de una tronera, soltó un taco y se incorporó.

—Te toca, T.

Theo tenía la cabeza a mil. Si Wave sabía que Ollie había estado hablando con quien no debía, tal vez también supiese quién era esa persona. Tal vez ya estuviese tomando medidas para parar lo que estaba pasando. Quizá despachasen también a Easy para arreglar la situación...

—T...

Theo se agachó y metió la bola negra en una tronera con la mano.

—¿Qué coño haces, tío? —dijo Easy.

Theo puso un billete de diez sobre la mesa y dijo:

—Me voy a casa.

Helen había bajado hasta la tienda turca en cuanto terminaron las noticias de mediodía. La mujer del dueño le había dado un poco de *baklava* relleno de pistacho recién hecho. Helen había comprado también un poco de pan y queso y se lo había llevado todo al parquecito de enfrente para comer.

Cuando volvió a casa, había tres mensajes en el contestador. Los dos primeros habían colgado sin decir nada. Había tenido varias llamadas de ese tipo durante la última semana o así, y todas las veces habían llamado con número oculto y habían esperado diez o quince segundos antes de colgar. Como si se conformasen con no hablar, o tuviesen demasiado miedo para decir algo.

Helen estaba bastante segura de que quien llamaba era un hombre. Y de que no se había equivocado de número.

El tercer mensaje era de una mujer, una auxiliar administrativa de la Brigada de Homicidios de la Zona Oeste.

Al parecer, el responsable de la investigación estaba satisfecho con el rumbo de la misma. Se había reunido con el forense, que se alegraba de autorizar el entierro y emitir un certificado de defunción provisional. Así las cosas, el responsable de la investigación se alegraba a su vez de poder entregar el cuerpo del subinspector Hopwood al día siguiente.

*Se alegraba.*

## Veintisiete

Al *pub* no le faltaba mucho para estar listo, y Clive había dicho que estaba resolviendo lo del distrito SE3, así que Frank se fue temprano al despacho que tenía alquilado detrás de Christ College y pasó la mañana poniéndose al día con otros negocios.

Tenía un montón de permisos de construcción e informes sobre tres locales comerciales nuevos cuya compra estaba tramitando por revisar. Acordó las tarifas de fin de semana con un nuevo contratista polaco y organizó «regalos» para dos concejales distintos cuya buena voluntad le vendría bien para una nueva promoción que se estaba planteando hacer en Battersea. Hizo unas cuantas llamadas y gestionó la entrega de varias cajas de buen vino y relojes «para él y para ella».

Todo formaba parte del juego. Gastos justificados. Su contable podía registrar esas adquisiciones como «regalos de empresa» en los libros de registro.

Después fue a ver a la madre de Laura. Iba solo en el coche, al volante, para variar. No quería que ninguno de sus empleados, ni siquiera Clive, tuviese acceso a aquel aspecto de su vida privada.

La madre de Laura vivía en un dúplex que Frank le había comprado hacía unos años en una bonita zona de Eltham. También le había regalado un pequeño utilitario, algo para que pudiese moverse por ahí; pero Frank tenía la impresión de que no salía mucho de casa últimamente. Aunque para entonces el negocio ya estaba montado y funcionando, Frank había empezado a visitarla con tanta frecuencia como le era posible en cuanto había descubierto que tenía una hermana, y siempre se iba con la sensación de haber hecho algo bueno.

Ella se emocionó al verle, como siempre. Le dijo lo mucho que le agradecía que hubiese ido a verla, lo mucho que le agradecía todo, y sus ojos se llenaron de lágrimas antes de que Frank entrase siquiera. Notó el olor a alcohol que desprendía cuando le abrazó.

Hablaron de Laura, como siempre, mientras Frank se tomaba zumo de naranja y ella abría otra botella de vino. Le preguntó por sus negocios y él le habló del *pub*. Ella dijo que sonaba de maravilla, que de joven le gustaba salir alguna noche que otra, cuando los *pubs* no estaban llenos de música chillona y gente viendo el fútbol.

—Laura se quedaba sentada fuera, más buena que el pan. Le sacábamos una botella de Coca-Cola y unas patatas.

—Mi madre hacía eso conmigo —dijo Frank.

—¿Ves?

—A él le gustaba beber, ¿verdad?

En cuanto le mencionó a «él», el tono de la conversación cambió. El viejo de Frank les había abandonado a él y a su madre, y luego había hecho exactamente lo mismo, muchos años después, cuando Laura tenía más o menos la misma edad que Frank por entonces. La madre de Laura solía sacar una foto de un hombre de rasgos

afilados que se parecía muchísimo a Frank. Luego siempre decía:

—Has sido más padre para ella de lo que ese capullo inútil lo fue en toda su vida.

Frank se había pasado años buscando a su padre, se había dejado un buen dinero en detectives privados que no le habían llevado a ninguna parte. Todavía tenía la esperanza de ajustar las cuentas con él algún día.

Demostrarle a aquel inútil hasta dónde había llegado exactamente...

—Le gustaba la bebida, pero a la bebida no le gustaba él —ninguno de los dos tenía demasiados recuerdos felices cuando se trataba del padre de Frank, y la voz de la segunda mujer del hombre estaba empapada de alcohol y amargura al hablar—. Si lo piensas, es increíble que tú y Laura hayáis salido tan bien.

—Eso es mérito tuyo y de mi madre —dijo Frank.

—Pero los genes son poderosos —se sirvió otra copa—. ¿Alguna vez te ha preocupado lo que podrías haber heredado de él?

—Nunca lo he pensado.

—¿Por eso no has tenido hijos, Frank?

—No...

—Nunca es demasiado tarde, ¿sabes?

Frank meneó la cabeza.

—No lo creo.

—Nunca es demasiado tarde.

—Cómo eres depende de ti. No hay excusa. No es culpa de otros si metes la pata.

—Tú no has metido la pata, cariño. Te has desenvuelto muy bien.

—Exacto. Y nadie más que yo puede atribuirse el mérito.

Ya se había bebido media copa de vino, y otro trago se hizo cargo del resto.

—Serías un buen padre, Frank.

Frank se levantó y se dirigió al espejo que había sobre la estufa de gas. Enderezó la cadena que llevaba al cuello y se colocó el pelo mientras ella hablaba de cómo se ponía a veces su padre cuando había bebido una copa de más; sobre cómo no podía tener las manos quietas... o los puños. Pero bajo el asco, Frank podía notar la tristeza en su voz. El cabrón de su viejo había sido guapo, eso era innegable, y Frank sabía que no había habido nadie importante en la vida de aquella mujer desde que él se había ido.

Suponía que, muy en el fondo, seguía sintiendo algo más que desprecio por el desgraciado hijo de puta que la había dejado tan jodida.

—¿Por qué te juntaste con él para empezar? —le preguntó.

Ella se llevó la copa vacía a la mejilla.

—Tengo un gusto de mierda para los hombres, así de sencillo.

—Igual que Laura —dijo Frank.

Una hora más tarde, al volver a casa, pensó en ir hasta Lewisham. Al fin y al cabo, solo estaba a diez minutos de su casa.

Un par de kilómetros y un mundo de distancia.

Pensar en Laura le había llevado naturalmente a pensar en Paul, y Frank pensó que podía ser interesante recorrer las calles por donde los responsables de su muerte seguían viviendo, por el momento. Ver cómo era la gente que lo había ideado. Los monigotes...

Además, tal como estaban las cosas, podía haber más de uno intentando abandonar la zona rápidamente. En materia inmobiliaria, podría encontrar alguna que otra ganga.

Jenny recogió a Helen pasadas las seis. Cuando se incorporaron a la calle principal, Helen miró atrás, creía haber visto un Jeep negro cuatro o cinco coches por detrás de ellas. Jenny le preguntó qué miraba e, incapaz de volver a ver el coche, Helen se dio por vencida. Le resultaba difícil girar el cuello y, por lo que sabía, podía tratarse de cualquier cuatro por cuatro.

Se sintió asustada y tonta, y se dijo que debía tranquilizarse. Intentó disfrutar de las vistas iluminadas que se desplegaban a un lado mientras se dirigían al sur, a Crystal Palace: el Eye, St. Paul, Canary Wharf.

Jenny había reservado mesa en un *pub* gastronómico que había visto reseñado en el *Time Out*. Suelos de madera, extraños cuadros y un poco de *jazz* en los altavoces. Era más temprano de lo que a Helen le gustaba cenar, y supuso que volvería a atacar la nevera antes de irse a la cama, pero sabía que Jenny tenía que irse a casa para atender a sus hijos, que a Tim no se le daba bien cuidarlos, ni cuidarse.

—Cuando llegue aquello parecerá un campo de batalla —dijo Jenny.

Helen pidió chipirones a la plancha de primero y chuletas de cordero de segundo, mientras que su hermana se decidió por paté y una ensalada César de pollo. Compartieron una botella de agua con gas y la charla fluyó con bastante facilidad.

La discusión que habían tenido el fin de semana anterior no estaba olvidada, y Helen había previsto que el ambiente fuese un poco tenso, por lo que le sorprendió que Jenny se disculpase. Normalmente era Helen la que daba el primer paso, negándose a vivir con la culpabilidad que a su hermana se le daba tan bien generar después de cualquier desencuentro.

—No seas boba —dijo Helen. Si acaso, ser la que recibía las disculpas solo contribuía a aumentar su culpabilidad. Era como si tuviese una reserva inagotable.

—Me he sentido fatal con esto.

—No te preocupes.

Jenny cogió la mano de Helen y la estrechó, y el tema quedó zanjado. Las cosas siempre habían sido así entre ellas. Como el perro y el gato, o amiguísimas.

—No pasa nada, de verdad —dijo Helen—. Solo estaba hecha un lío.

—Es comprensible...

—Estoy hecha un lío.

Jenny asintió.

—Claro que lo estás.

De camino desde Tulse Hill, Helen le había contado que el cuerpo de Paul iba a ser entregado a la funeraria y que el funeral tendría lugar en unos días. Habían hablado de si Jenny debía llevar a los niños y finalmente habían decidido que no. Irían todos a casa de los padres de Paul, en Reading, para la ceremonia y para tomar algo luego, y habían discutido si Helen debía pasar la noche allí; si la madre de Paul se sentiría rechazada si decidía volver a casa.

—Todos te ayudaremos —dijo Jenny.

Al mencionar su estado mental, Helen no estaba pensando en el funeral. Durante un segundo o dos, estuvo a punto de contárselo todo a su hermana, hablarle de Linnell, de Shepherd, de lo que creía que había en el portátil... pero decidió no hacerlo. Sentía la necesidad de contárselo a alguien, pero sabía que se sentiría más cómoda contandoselo a Katie o incluso a Roger Deering (a alguien a quien no le fuese a afectar) de lo que jamás podría sentirse hablando con Jenny o con su padre. No era lógico, lo sabía. Podía pensar lo que quisiese de Paul, podía decidir que había hecho cosas despreciables a sus espaldas, pero no podía soportar la idea de que nadie más le juzgase.

Al final, Helen decidió llevar la conversación hacia un derrotero bien conocido por su hermana.

—Es Adam Perrin —dijo.

Jenny se terminó su agua.

—No irás a invitarle, ¿no?

Helen se rio, aunque se le había pasado por la cabeza que podía presentarse allí. No le resultaría difícil conseguir los datos, después de todo.

—Creo que es posible que me haya estado llamando.

Se habían conocido en un congreso hacía poco más de un año. Él había ido con otros agentes de la policía armada y le había parecido el menos repugnante de ellos al verlos reír y hablar demasiado alto en el vestíbulo del hotel. Helen bebía bastante por aquella época y se lo atribuía al estrés del trabajo, pero desde luego no tenía intención de liarse con nadie. Había disfrutado la charla, el coqueteo. Él era fornido, con el pelo rubio y corto. Distinto a Paul...

—¿Tú crees?

—Llama y no dice nada.

Jenny parecía tan confusa como Helen se sentía. No sabía por qué se le había pasado por la cabeza el hombre con el que había tenido una aventura. Por qué había estado imaginando una conversación telefónica con él, por qué había estado haciendo acopio de comentarios sarcásticos, esperando una oportunidad para lanzárselos:

—*Merodeando tras las ventanas. Muy elegante, incluso para ti.*

—*No seas estúpida, Helen.*

—*Al menos podías haber esperado a que le enterrase.*

—*¿Eso es lo que piensas de mí?*

—*No pienso en ti para nada.*



—Solo me acosté contigo, ¿sabes?

—La verdad es que no me acuerdo.

—No he matado a nadie. Y tú pusiste mucho de tu parte.

—Sí, ya, por aquella época bebía...

Atacar la hacía sentirse bien, aunque solo fuese en su imaginación.

La camarera llegó. Se inclinaron en sus sillas y la dejaron colocar los platos. Jenny esperó un minuto, se dedicó a su entrante y luego dijo:

—Deberías volver a verle.

—¿Qué?

El local no estaba muy lleno, solo había unas cuantas mesas ocupadas, pero el sonido se transmitía con facilidad y ambas bajaron la voz.

—No digo inmediatamente, por amor de Dios.

—Ah, bueno.

—Tal vez más adelante —Helen había bajado la cabeza, la sacudía, y Jenny esperó a que parase—. Sentías algo por Adam. Sabes que es cierto.

—Solo fue un rollo. Una estupidez.

—Sucedió porque sabías que algo iba mal entre tú y Paul.

—Yo fui la que estropeó las cosas, ¿vale?

Jenny no dijo nada, se limitó a mirarla, avergonzada, consciente de que había gente detrás de ella.

—Simplemente te encantó la idea porque nunca te gustó Paul desde un principio.

—Nunca me gustó ver que te conformabas con algo —dijo Jenny.

—Chorradas —por encima del hombro de Jenny, una mujer sentada en la mesa de la esquina estiró el cuello. Helen la miró directamente hasta que la mujer volvió a su cena, luego volvió a hablar en un susurro—: Eso son chorradas, Jen...

La tensión que Helen había temido se abría paso por la mesa. Era imposible establecer contacto visual y, cuando Jenny fue a coger más agua, ambas miraron fijamente el vaso.

—En realidad, nunca dijiste de quién era el niño.

—Es de Paul —dijo Helen.

—Nunca lo dijiste, eso es todo.

—Es de Paul.

Les trajeron el plato principal y después hablaron de su padre, de los hijos de Jenny, pero la conversación era desgana y esporádica. El cordero de Helen estaba perfecto, y tenía más hambre de la que había previsto, pero no pudo terminárselo.

Era tarde, y Theo estaba en casa viendo un DVD con Javine cuando Easy se pasó con unas latas de cerveza y algo de hierba. Javine aceptó un porro de Easy a regañadientes y le dijo que no hiciese ruido, pero no dijo más y se quedó allí sentada, pegada a la pantalla, negándose a que la obligasen a irse a la cama. Easy hizo un comentario o dos sobre la película y puso los ojos en blanco, hasta que por fin Theo

captó las indirectas contradictorias de ambos y le dijo a Easy que deberían tomarse las cervezas fuera.

Compartieron un porro y miraron por encima del muro que recorría el borde de la pasarela. Había dos chicas dando vueltas en bicicleta a oscuras, y una pareja joven en los columpios hechos con neumáticos del centro, meciéndose lentamente, el uno junto al otro. No los veía, pero Theo sabía que los críos andarían por la parte más alejada de los garajes, cerca de la calle. Estarían vacilándose unos a otros y mirando fijamente cualquier coche que pasase, asegurándose de que todo el mundo supiese que todo les importaba una mierda.

Theo pensó que eran como pequeñas ratas.

—¿A qué venía lo de ayer en el billar? —preguntó Easy.

—No estaba de humor, eso es todo.

—Pues avisa la próxima vez que no estés de humor. Me viene bien la pasta.

Tres plantas más abajo, el chico del columpio gritó algo a las chicas de las bicis. Una de ellas le respondió y se alejó en la penumbra, por el callejón que llevaba a la urbanización de al lado.

—¿Has pensado mucho en lo de Mikey y SnapZ? —preguntó Theo.

—Pensé, ¡gracias a Dios que no he sido yo, joder!

—En lo que pasó, quiero decir.

—Todo el mundo sabe lo que pasó, T.

—¿Pero has pensado por qué?

Easy soltó una bocanada de humo.

—¿Ya estás otra vez con esa tontería de lo del territorio, tío? ¿Con lo de que me he metido en el terreno de alguien y todo eso?

—No... —La noche era cálida y Theo llevaba una camiseta. Miró el fino tejido que le cubría el pecho, lo observó moverse con los fuertes latidos de su corazón.

—He estado hablando con Wave —dijo Easy.

El tejido empezó a moverse un poco más rápido.

—¿Recuerdas lo de los triángulos?

—Sí.

—Las cosas tienen que cambiar un poco, ¿vale? Por lo que ha sucedido. Tiene que entrar gente distinta en la casa y unas cuantas caras nuevas por abajo. Para trabajar las esquinas, pasar el material y todo eso, ¿lo pillas?

Theo asintió. Vacantes para unas cuantas ratas.

—Es una oportunidad para que asciendas, tío.

—¿Tú vas a ascender, entonces?

Easy dio un sorbo a su cerveza.

—Tú asciendes al mismo tiempo que yo, Estrella. Nosotros dos vamos a controlar las cosas juntos. Es un chollo, T, te lo juro. Echarle un ojo a cómo va todo y contárselo a Wave. Serás como mi, ¿cómo se dice?, mi lugarteniente o algo.

—Deja que me lo piense, tío.

—No hay nada que pensar.

—Ya lo veré.

—¿Qué? —Meneó la cabeza indicando la puerta de la casa de Theo—. ¿Quieres consultarlo con tu novia?

Theo no dijo nada.

Easy se acercó a él, con el gesto burlón de su boca convertido en algo más siniestro.

—Será mejor que te lo pienses bien, ¿me entiendes? Te estoy hablando de algo serio.

Theo ya estaba pensando. En el dinero extra, en el hecho de que las cosas difícilmente podían ir a peor. En lo mucho que su último ascenso le había costado.

—Eso que dijiste antes, lo de que gracias a Dios no habías sido tú...

Easy se encogió de hombros.

—¿Qué?

—En aquel coche íbamos todos, tío.

—¿Y?

—Mikey y SnapZ. Wave. Tú y yo.

Lo que quedaba del porro de Easy voló por encima del muro y cayó. Respiraba con dificultad. Theo observó el lento movimiento de la cabeza, el intento de buscar una expresión de sorpresa o incredulidad, pero sabía que estaba sugiriendo algo que ya se le había ocurrido a Easy.

—Se te ha ido la puta olla, Estrella.

—Solo digo que no es una coincidencia.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza o algo? ¿Esa zorra te ha tirado una sartén a la cabeza, tío?

—A lo mejor deberíamos hablar con Wave.

—Lo que escribí sobre ti...

—Solo digo que hay que tener cuidado.

Easy golpeó la pared con una mano mientras hablaba, su ira iba en aumento.

—Toda esa mierda, ese testimonio o lo que sea...

—Estoy cagado, Easy, no me importa decírtelo, ¿vale?

Easy estaba pegado a la cara de Theo, presionándole su lata de cerveza contra el cuello y salpicándolo de saliva.

—Puedes cagarte todo lo que quieras, ¿vale?, pero no me cuentes mierdas. No quiero oír las, y no quiero verte pensando en ello. Y no quiero volverte a oír abrir la boca sobre esto. ¿Me entiendes?

Theo asintió.

Easy retrocedió, le miró fijamente durante unos segundos, luego lanzó la lata rápidamente y con fuerza contra el pecho de Theo. Ya se estaba alejando mientras la cerveza volaba por todas partes y la lata rebotaba y daba vueltas en el suelo.

Los gritos habían hecho que Javine y otras dos personas salieran a sus puertas,

pero Theo no levantó la vista. Se quedó mirando la lata soltando espuma sobre la pasarela de cemento, la cerveza corriendo como una meada y goteando sobre la hierba de abajo.

Paul y Adam Perrin habían sido colocados juntos en el féretro, ambos con sus uniformes de gala, de la cabeza a los pies, como niños durmiendo en una misma cama. Por alguna razón, no se habían molestado en ponerle la tapa, y en cuanto la primera palada de tierra les dio en la cara, se incorporaron juntos como un resorte, perfectamente sincronizados, como un dúo, escupiendo tierra y riendo.

—No pasa nada —dijo Paul mirando a Helen—. No hay problema, te lo prometo.

—¿Qué te parece si le pones los nombres de los dos? —preguntó Adam—. ¿Qué te parece Adam-Paul?

—Paul-Adam suena mucho mejor —dijo Paul, y de repente los dos se pusieron a pelear. Pero lo hacían de broma, dándose con las manos abiertas, como un par de viejas meneando sus bolsos, haciendo más el tonto a cada minuto, hasta que el vicario tuvo que gritarles desde el borde de la tumba, dejándoles claro que estaban molestando al cortejo fúnebre y que tenía que seguir con la ceremonia.

Helen se despertó.

La almohada estaba empapada y esponjosa, y el bebé daba patadas y más patadas. Como si hubiese tenido bastante, como si hubiese oído bastante; como si estuviese listo para salir y hacerla sentir mejor.

## Veintiocho

Wave llamó a la puerta del piso franco, tiró de la cadena de su perro y le ordenó que se sentase. Esperó, luego se acercó a la puerta para gritar; le dijo a Sugar Boy que si se había quedado dormido iba a despertarlo de una buena patada.

—Nada de sofás y PS2 cuando vuelvas a la esquina, ¿me entiendes?

Era viernes y Wave estaba ansioso por atender su negocio. Coger lo que había ido a buscar e ir a todos los demás sitios en los que cobraba. Pasar la recaudación a las caras habituales y embolsarse su comisión; forrarse bien para el fin de semana.

Sin tener que hacer cola en el cajero ni utilizar un PIN.

Sacó su llave y abrió la puerta, manteniendo al perro atrás para hacerle saber quién debía cruzar el umbral primero. Levantó la voz al entrar, cerró la puerta de golpe, para hacer saber a Sugar Boy que Wave estaba a punto de echársele encima.

Sugar Boy estaba sentado en una silla de madera junto al sofá. Wave dio un paso hacia él, con el perro tirando delante, pero se detuvo al ver salir a los dos hombres: uno del cuarto de baño, otro del dormitorio de atrás.

Cada uno tenía un arma. Ambas estaban provistas de silenciadores.

Sugar Boy empezó a llorar.

Wave dejó caer la correa del perro y se echó la mano al bolsillo, pero un mínimo gesto con la cabeza del más grande de los hombres bastó para decirle que estaba siendo muy imbécil. Levantó los brazos y dijo:

—Llevaos todo el dinero. Os diré dónde está.

El más viejo se giró y le pegó un tiro a Sugar Boy, luego se dio la vuelta rápidamente y le pegó otro tiro al perro.

Wave gritó y se cayó, arrastrándose para rodear al perro con los brazos. Apoyó la cara contra el cuello del animal y se apretó contra él, solo ligeramente consciente de que Sugar Boy aún estaba vivo; de los gemidos que llegaban del otro lado de la habitación. Abrió un ojo a tiempo para ver que el más viejo se acercaba a la mesa de centro para rematar a Sugar Boy con un tiro en la coronilla.

—Muy bien, vamos pues —dijo el más grande.

Wave se levantó sobre sus rodillas y respiró hondo. Intentó hablar pero solo logró emitir un balbuceo. Tenía sangre en el pelo y untada por un lado de la cara.

—Puedes decirnos dónde está el dinero si quieres, pero no te va a ayudar.

—Me van a pagar igual —dijo el más viejo.

—Esto es por lo de Paul Hopwood.

—¿Quién coño es ese? —farfulló Wave.

—Era un agente de policía que esperaba el autobús.

Wave se incorporó un poco más, abrió los brazos; ahora lo entendía.

—Es por el asunto de Hackney, ¿no? Por disparar a aquel coche.

—El asunto de Hackney —dijo el grande.

Wave parecía aliviado. Sus hombros se relajaron y consiguió mostrar algo

parecido a una sonrisa. Se pasó las manos por el pelo. Salieron ensangrentadas.

—Entonces es una buena cagada —dijo—. Un problema de comunicación y todo eso. Fue un asunto complicado.

—Bastante sencillo desde el punto de vista del poli.

—Hay cosas que debéis saber.

—Cuéntame, entonces...

Clive escuchó mientras el hombre arrodillado soltaba los datos que esperaba que le salvaran la vida; mientras intentaba mantener la calma y pasar la información que tenía. Clive estaba muy interesado, juntando lo que le estaban contando con lo que Jacky el *Billares* le había dicho.

Uniendo todas las piezas del rompecabezas, preparado para contárselo a Frank.

Cuando Wave se quedó sin fuelle, Clive le preguntó si había algo más que considerase importante. Wave dijo que le había contado todo lo que sabía y estaba intentando levantarse cuando Clive le pegó dos tiros en el pecho.

Clive y Billy intercambiaron una mirada, cada uno haciéndole saber al otro que lo habían hecho bien. Luego metieron las pistolas en la bolsa de lona que Billy había traído consigo.

—¿Quieres echar un vistazo —preguntó Clive—, a ver si encuentras el dinero del que hablaba?

—¿A ti qué te parece?

—Como quieras.

Billy dijo que no le interesaba demasiado, así que empezaron a recoger.

Para cuando Helen volvió la noche anterior, tenía un mensaje de Jenny diciendo que no había querido molestarla, que lo sentía si había dicho algo que no debía. También había un mensaje de Roger Deering, preguntándole cómo estaba. Y otra llamada sin mensaje que podía o no ser de Adam Perrin.

Al escucharlo, había pensado en quien había llamado a su puerta y se había ido. En su encuentro con Kevin Shepherd. En el Jeep negro que había empezado a buscar cada vez que salía de casa.

Por la mañana, llamó a Jenny y le dejó un mensaje para decirle que no pasaba nada. No se molestó en devolverle la llamada a Deering. El sueño la había dejado con una extraña sensación positiva y se había despertado sintiéndose bien por tener cosas que hacer, cosas que era necesario hacer. Aunque fuesen desagradables, no implicarían arrastrar su gordo culo, odiarse a sí misma por lo que estaba haciendo y llegar a odiar al hombre que tenía que enterrar en unos días.

Llamó a la madre de Paul y repasaron los preparativos. Fue la conversación más cálida que habían tenido en un tiempo. Helen se dio cuenta de que no saber cuándo y cómo iba a poder decirle adiós a su hijo había vuelto a Caroline Hopwood más rara e incapaz de tratar con la gente de lo normal. Solo podía esperar que, ahora que las cosas por fin se estaban resolviendo, se produjese una vuelta a la normalidad similar también para ella.

Tenía que suceder, si aquel niño iba a tener una madre digna de tal nombre.

Eligieron la música y las flores, y la madre de Helen le aseguró que el vicario que iba a officiar la ceremonia haría un buen trabajo. Le conocían desde hacía mucho, le dijo, y había celebrado la boda de la hermana de Paul.

—Así que conoce a la familia...

Caroline había estado tan súper eficiente como siempre, y ya había elaborado una lista de contactos. Le pidió a Helen que llamase a los amigos con los que la familia de Paul tenía poco contacto. Era más o menos el mismo grupo de gente al que había informado de su muerte hacía casi dos semanas. Llamó a Gary Kelly y a Martin Bescott, a otros compañeros de trabajo y a algunos de los tipos con los que Paul jugaba a las cartas de vez en cuando. Intentó que las conversaciones fuesen breves y amables, y agradeció las ocasiones en que pudo dejar un simple mensaje.

Una de las llamadas siempre iba a ser más difícil que las demás, pero Helen había prometido hacerla. Sabía instintivamente que iba a estar allí, le invitase o no, aunque, por supuesto, su nombre no estaba en la lista que la madre de Paul había hecho.

—Helen...

—Oh... sí.

—Ha salido tu nombre en el teléfono —dijo Linnell—. ¿Cómo estás?

—Bien. Solo llamaba para informarte del funeral.

—Muy amable por tu parte. Empezaba a preguntarme cuándo sería.

—Bueno, ya sabes, acaban de entregar el cuerpo de Paul. —Helen daba vueltas por el salón mientras hablaba. Podía oír música de fondo. El volumen descendió repentinamente y oyó a Linnell aclararse la garganta.

—Tengo bolígrafo —dijo.

Le dio la hora y el lugar de la ceremonia en sí. No le dijo nada de lo que iban a hacer después y agradeció que no se lo preguntase.

—¿Y las flores? —preguntó Linnell.

—No es necesario —Helen ya había previsto la posibilidad de que la madre de Paul examinase las coronas y preguntase quién había enviado cada una de ellas y qué relación tenía con Paul—. De hecho, preferiría que no enviases ninguna.

—¿Una donación, entonces?

—Tengo que hacer un montón de llamadas, así que...

—¿Ya has elegido una lápida?

—¿Perdón?

—Estoy seguro de que te gustaría que Paul tuviese algo especial. Se merece algo especial, y sé que pueden costar un riñón.

—Ya encontraremos algo —Helen sintió calor. Se sentó en el brazo del sofá—. No voy a usar una cartulina y un rotulador, si eso es lo que te preocupa.

—Perdona, no pretendía insinuar nada —dijo Linnell—. Solo me gustaría contribuir.

Helen luchó por encontrar algo que decir; escuchó la respiración de Linnell unos

segundos y luego colgó.

Dios, aquello era enfermizo. Casi hasta divertido.

Probablemente se juntarían para pagar la lápida (Helen, la madre de Paul, tal vez su hermana) y lo que Helen pusiese sería dinero que ahora era solo suyo pero había sido ganado tanto por ella como por Paul.

Así que cuando Linnell había propuesto contribuir, Helen solo pudo pensar que, con toda probabilidad, ya lo había hecho.

Theo empezó a notar la palpitación al entrar y olerlo.

Para cuando cerró la puerta detrás de sí y vio las manchas en la moqueta, estaba temblando. Tres manchas grandes: dos junto a la mesa y una en la parte más alejada de la habitación, junto a la única silla de madera, empezando a secarse pero aún brillantes sobre el tejido gastado y sucio. Había un rastro serpenteante de chorros y gotas hasta el dormitorio y Theo se quedó parado durante un minuto o dos, con miedo a seguirlo.

Habían entrado en el piso franco.

El lugar en el que se sentía más seguro.

¿Habían ido a buscarle?

La noche antes, después de la discusión con Easy, él y Javine se habían pasado la siguiente hora gritándose el uno al otro. Ella había oído bastante de lo que Easy había dicho y le dijo a Theo lo imbécil que era exactamente por seguir los pasos del inútil de su amigo. Se había puesto en medio de la puerta, con la cara y el cuello bien tiesos y se había reído en su cara mientras se inclinaba hacia él y le escupía toda su ira.

Theo le había contestado a gritos, diciéndole que no había accedido a hacer nada; que solo estaba pensando en lo que podrían hacer con un poco más de dinero; que no tenía ni puta idea de lo que él tenía en la cabeza. Había seguido gritando incluso después de que ella se fuese a consolar al niño. Había gritado porque no le había gustado que ella le dijese qué hacer y porque Easy le había hecho de menos en aquella pasarela; le había hecho sentir que no podía tomar decisiones como un adulto.

Aunque probablemente ahora no importaba lo que hubiese decidido. El olor de la habitación le escocía la nariz; olía a metal y a sudor, y a algo... quemado, como las calles en la noche de las hogueras.

Entró despacio en el dormitorio, consciente de cuál sería probablemente la reacción de Javine si encontraba a Easy allí. Sin estar seguro de a quién quería encontrar...

Había mucha más sangre sobre el parqué y un charquito junto al cabecero, donde había goteado un poco desde el colchón desnudo. Theo se quedó a los pies de la cama y miró los cuerpos: el de Wave tirado de través por encima del de Sugar Boy. Carne desnuda por donde una camisa se había subido y un brazo estirado sobre una cara. Sabía que habían ido en busca de Wave; que Sugar Boy solo había tenido mala suerte.

De repente, se sintió ingrátido y agotado.



Quería echarse allí mismo y esperar a que volviesen. Escurrirse por entre las grietas del suelo, como la sangre. Quería correr hasta que las suelas de sus Timberland desapareciesen y la piel de los pies se le gastase y se le quedasen en carne viva.

Ahora sí que tenía que tomar una decisión adulta, porque estaba viendo qué era lo que tenía que temer exactamente. Theo supuso que, al apretar el gatillo, los asesinos habían sentido menos por los chicos que estaban matando que por el feo e hinchado perro de Wave, tendido a los pies de la cama, como si les estuviese vigilando.

Se había gastado un montón de dinero instalando un sistema de sonido Bose de alta gama en su estudio. Subbafles, altavoces de reflexión directa, el lote completo. No era exactamente como estar en una sala de conciertos, pero cuando Frank le daba caña al volumen, tenía que reconocer que era bastante increíble.

Se sentó con los ojos cerrados, dejando que Bruckner llenase la estancia: las cuerdas atravesándole, los metales casi lo bastante altos como para hacer temblar las ventanas, y el sonido de los timbales rebotando contra las paredes cuando pegaba el verdadero subidón al final del tercer movimiento.

Se había leído las notas del CD de cabo a rabo, como siempre hacía, ansioso por ponerlo todo en contexto. Al parecer, Wagner, que era su gran inspiración, había muerto cuando Bruckner estaba componiendo la Séptima. Frank creía poder apreciar mucho pesar, verdadera tristeza, en algunas de las melodías recurrentes, los temas o como se llamasen. Además, Von Karajan la había palmado solo un par de meses después de dirigir aquella grabación, cosa que, en lo que a Frank respectaba, la hacía todavía más desgarradora. Las notas de la carátula decían que Hitler la tenía en gran estima, que creía que era tan buena como la Novena de Beethoven. Pero eso era inevitable.

Qué extraño, pensó Frank, pensar que alguien así pudiese haber apreciado algo tan bello.

Cuando abrió los ojos, vio que Laura había bajado y estaba de pie en la puerta. Sabía que no era el tipo de música que le iba; le preguntó si la había molestado. Ella dijo que no pasaba nada y que le gustaba bastante, pero Frank bajó el volumen de todos modos.

Le contó lo del funeral de Paul, que había vuelto a hablar con Helen.

—Vas a ir, ¿verdad? —le preguntó—. Deberías ir.

—Por supuesto que iré.

—Te compraré un vestido nuevo.

—¿Tiene que ser negro?

—Bueno, hoy en día hay una especie de moda de vestir azules y marrones en los funerales —dijo Frank—. Incluso colores claros a veces, pero creo que lo tradicional es mejor. Más respetuoso.

—Como te parezca.

—Sabes que va a tener un hijo, ¿no? La novia de Paul.

—No me lo habías dicho.

—En cualquier momento. Tendrías que ver cómo está.

—Eso está bien —dijo Laura. Avanzó por la habitación y se sentó en el alféizar de la ventana—. Aunque es terrible. Las circunstancias, quiero decir.

Frank asintió.

—Pero siempre tendrá una parte de Paul a su lado. Es una ventaja. Algo vivo, que respira.

—Le ayudará.

—Eso es importante. Lo sé.

Escucharon la música durante medio minuto.

—¿Es el CD que te regaló Paul?

Frank asintió.

—Háblame de ello.

Así que Frank cogió el folleto de la caja y se lo leyó en voz alta, explicándole, cuando la música tocaba a su fin, que esa era la parte realmente triste, el fragmento que a veces llamaban la «sonata trágica».

Fuera estaba oscureciendo. Cuando el CD se terminó, Frank le preguntó a Laura si le apetecía escuchar otra cosa, pero ella dijo que era bastante música clásica para un día. Le dijo que iba a volver arriba para escuchar algo más alegre.

—¿Algún ruido horrible con demasiada batería y sin melodía? —preguntó Frank.

Ella se rio y dijo que haría lo posible por encontrar algo realmente molesto.

Frank salió tras ella y la vio subir las escaleras, luego siguió hasta la cocina para prepararse algo de cenar.

## Veintinueve

Sin duda, el poli que se presentó en la puerta de Helen el sábado por la mañana no había ido a hablar de los trámites de la pensión. Pero, por suerte, tampoco era un chupatintas. El hombre que se presentó como el inspector jefe Jeff Moody le entregó su identificación, y Helen reconoció el logo distintivo. El gran felino que se abalanzaba sobre un estilizado globo terráqueo se suponía que representaba una fiera determinación unida a una perspectiva internacional, pero también se había revelado que el diseño había costado 160 000 libras procedentes de las arcas públicas, y la consiguiente polémica no había sido precisamente la mejor publicidad para la recién creada SOCA, la Agencia contra la Delincuencia Organizada Grave.

Helen invitó a Moody a pasar, bromeando sobre su placa mientras lo conducía al salón y le preguntaba si quería un té. Él le dijo que un poco de agua estaría bien. Que en cuanto a la polémica del logo, los Juegos Olímpicos les habían quitado del candelero, con aquel garabato multicolor que había costado casi cuatro veces más y era todavía más impopular.

—También provoca ataques en la gente —dijo Helen.

—Bueno, nosotros tenemos fama de hacerlo...

Helen se rio mientras le traía su agua y siguió con la charleta, pero la cabeza le iba a mil todo el rato, intentando imaginar qué podía querer de ella un agente de la SOCA; luchando por impedir que su cara mostrase que tenía algo que temer.

Moody tenía unos cincuenta años, era alto y flaco, con gafas y una buena mata de pelo grisáceo. Llevaba un bonito traje y corbata y Helen supuso que la mayoría de la gente le tomaría por contable; arquitecto, siendo generosos. Él se sentó en el sofá y Helen se sentó a la mesa, negándose instintivamente a dejar que estuviese por encima de ella. Imaginó que él sabía exactamente lo que ella estaba haciendo.

Se aclaró la garganta y sacó una carpeta de su maletín.

—Ha estado ocupada, Helen. Especialmente teniendo en cuenta su situación.

La cabeza de Helen seguía pegando botes. Al menos no había dicho «estado». Ella dijo algo sobre la necesidad de hacer ejercicio.

—Muy ocupada... —Hojeó las páginas de su carpeta, levantó la vista—. Tiene una idea general de lo que hace la Agencia, ¿verdad?

Helen dijo que sabía tanto como cualquiera que no perteneciese a ella, pero que se había leído la literatura. Lo que llamaban el FBI británico, una fusión de la Brigada Nacional del Crimen, el Servicio Nacional de Inteligencia Criminal y parte de Hacienda, Aduanas e Inmigración. Llevaba un par de años en marcha y ya había quien decía que aquella supuesta alianza sagrada había resultado ser una especie de batiburrillo perverso.

—No es difícil ver por qué pueden haberse dado ciertos problemas iniciales —dijo.

Moody sonrió.

—Exacto. Los polis y el fisco no constituyen necesariamente un matrimonio perfecto. Por no hablar de los que llevan esos guantes de látex especiales —estaba haciendo todo lo posible por resultar agradable, y Helen pensó que lo estaba haciendo bastante bien.

Parecía que por fin tenía sus papeles en orden.

—Así que...

—¿Quiere más agua?

Dijo que estaba servido.

—Debería saber que hemos estado siguiendo sus movimientos desde que comprobó los datos del vehículo de Ray Jackson.

El dócil taxista de Kevin Shepherd. Helen no sabía qué decir.

—Jackson es una persona de interés para nosotros, por razones que estoy seguro de que puede imaginar, por lo que cualquier pesquisa relacionada con él queda registrada en nuestro sistema de inmediato.

—Qué práctico —dijo Helen.

—Desde entonces, sabemos que ha mantenido encuentros de un tipo u otro con Kevin Shepherd y Frank Linnell. Bueno, ha estado haciendo toda clase de cosas, pero esas son las que consideramos más relevantes.

—¿«Relevantes» en qué sentido exactamente?

Moody movió una mano, como si fuese a ahorrarle la molestia, como si hubiese un modo fácil y rápido de proceder.

—Sabemos por qué, Helen.

Poco más podía hacer que asentir.

—Sabemos que estaba siguiendo los pasos de Paul.

—No al principio...

—¿Le importaría decirme cómo averiguó el nombre de Ray Jackson?

Helen se tomó unos segundos, luego le habló a Moody de los tiques de aparcamiento. Describió su visita al centro de seguimiento del CCTV y le dijo que había visto a Paul subiendo al mismo taxi en dos ocasiones distintas. Cómo eso le había intrigado. Se sentía como si estuviese confesando ser una zorra desconfiada y llena de sospechas y, cuando terminó, respiraba con dificultad.

Moody se puso de pie y le ofreció un vaso de agua. Ella negó con la cabeza y él volvió a sentarse.

—No ha tenido que ser fácil desde ese momento.

—No muy fácil, no.

—Sentimientos encontrados...

—Por decirlo suavemente.

—Mire, puedo imaginar lo que ha tenido que sentir, lo que habrá pasado, encima de... todo lo demás. Bueno, no tengo ni puñetera idea, en realidad, pero puedo suponerlo —hizo los papeles a un lado—. Siento que haya tenido que pasar.

—¿Perdón?

—Pero ahora puede dejarlo, ¿de acuerdo?

Helen esperó. Tenía una mano abierta sobre la mesa, pero la otra estaba cerrada en un puño, a un costado.

—La Agencia recluta agentes de todos los departamentos, ¿sabe? Y en la mayoría de los casos no se hacen comunicados de prensa al respecto.

—Escuche, está empezando a confundirme...

—Puede relajarse, Helen, eso es lo que le estoy diciendo. No pasa nada. Paul estaba trabajando para nosotros...

Asomándose al final de la pasarela, Theo podía mirar desde la esquina de la urbanización al bloque de al lado y ver las idas y venidas. También se había apostado allí el día anterior y había observado durante horas: la llegada de los coches patrulla, al menos media docena; los hombres y mujeres colocando las cintas y las tiendas y repartiéndose por las calles adyacentes; las bolsas con los cuerpos saliendo y siendo cargadas en la furgoneta del depósito de cadáveres.

Al perro lo habían sacado en una bolsa de basura negra.

En cuanto había salido del piso franco, había llamado a Easy y le había dicho que le devolviese la llamada inmediatamente. Luego había vuelto a llamar, preocupado porque Easy se tomase su tiempo después de la discusión que habían tenido, y le había contado exactamente por qué necesitaba hablar con él. Temiendo que Javine estuviese en casa, había llamado a la policía desde la calle, les había dado la dirección y luego había vuelto a su casa y se había pasado media hora en la ducha, tratando de sacarse de encima aquel hedor.

No parecía haber mucho movimiento ahora, pero Theo no era capaz de arrancarse de allí. Se preguntó cuándo recibirían la llamada el padre y la madre de Sugar Boy. Se preguntó qué era aquello que los polis se untaban bajo la nariz antes de entrar, y si podía comprarse en el Boots.

Volvió a comprobar su teléfono, aunque sabía que tenía una cobertura perfecta.

Seguía esperando a que Easy le devolviese la llamada.

—El trabajo de Paul consistía en seguir a otros agentes —dijo Moody—, en conseguir pruebas para poder inculpar a cualquier agente que pasase información a miembros de la delincuencia organizada. Individuos, bandas, lo que fuese.

—¿Desde cuándo? —preguntó Helen. Se había trasladado al sillón y estaba examinando parte de los papeles que Moody había considerado apropiado que viese. Había fotocopias de informes, informes de vigilancia, detalles de reuniones. La mayor parte de los nombres y las ubicaciones estaban ocultos.

—Poco más de un año. Estaba yendo bastante bien.

—¿Quién lo sabía?

—Por razones obvias, todo se hacía con mucha discreción —dijo Moody—. Con respecto a cualquiera de las personas con las que Paul trabajaba, los detalles de la

operación solo se transmitían a los niveles de inspector jefe y superiores. Martin Bescott no lo sabía, ni ninguno de los compañeros cercanos de Paul. Se trataba tanto de evitar poner en peligro a otros agentes como de no poner en riesgo la integridad de la operación.

—Y eso me incluía a mí.

Moody asintió.

—No podía decirle nada de todos modos. Daba igual a qué se dedicase usted.

Helen le devolvió el fajo de papeles y se puso en pie.

—Pero es a lo que me dedico lo que me hizo sospechar de él.

—El instinto, quizá —dijo Moody—. No tiene que culparse por eso.

Helen entró en la cocina y se apoyó en la encimera. Tras unos momentos, cogió una bayeta en el fregadero y la pasó por la superficie. Estaba repasando momentos con Paul que de repente cobraban un nuevo significado; reviviendo conversaciones en su cabeza. Podía oír a Moody barajando más papeles en el salón y aclarándose la garganta.

Volvió y se sentó de nuevo.

—¿Entonces Paul estaba investigando a Kevin Shepherd?

—Shepherd es un objetivo sobre el que Paul estaba haciendo buenos avances antes del accidente. Lo ha visto, así que sabe el tipo de persona de la que estamos hablando.

—Es un gilipollas.

—Correcto, y es un gilipollas que sospechamos que ha realizado pagos a una serie de agentes de varias unidades.

—¿Qué me dice de Frank Linnell?

Moody se sacó las gafas y se recostó.

—No estamos muy seguros sobre él. No es alguien en quien estemos interesados. Muchos de nuestros colegas sí, por supuesto...

—¿Entonces, a qué estaba jugando Paul?

—¿Qué le dijo Linnell?

—¿No lo sabe?

Sonrió.

—La hemos estado observando, Helen, eso es todo. Nadie le ha pinchado el teléfono.

—Dijo que eran amigos.

—Tal vez sea así de sencillo, entonces —la sonrisa de Moody se agrandó—. Yo solía jugar al tenis con un falsificador bastante conocido.

Helen seguía sin estar convencida.

—También dijo algo de que no le había dado unos nombres a Paul, de que no había estado dispuesto a ayudarlo.

—Indagaré sobre eso —dijo Moody—. Si se queda más tranquila.

Helen sabía que lo decía en serio, y que estaba dispuesto a hacerlo sin más motivo

que ese. Le dijo que se lo agradecería, y que le gustaría hacer más investigaciones por sí misma, pero que iba a estar un poco... ocupada durante la próxima semana o así.

Moody le dio las gracias por el agua y dijo que tenía que volver al trabajo.

—Si hay alguna otra cosa que haya averiguado haciendo todo esto que crea que puede sernos de utilidad... ¿Le dijo algo Shepherd, o...?

—El ordenador —dijo Helen. Le habló del portátil que Bescott le había devuelto, que lo había escondido.

—Gracias a Dios —dijo Moody—. Le habíamos perdido la pista después de lo que le pasó a Paul.

—Operación Victoria, ¿es eso?

—¿Pudo...?

—No pude abrir el archivo —dijo Helen.

Moody parecía bastante satisfecho.

—En realidad es el nombre de mi hija —dijo—. Es más bien aleatorio. Como bautizar huracanes.

Helen se levantó y le preguntó si quería llevarse el portátil. Él sacudió la cabeza.

—Voy a coger el Eurostar.

—Qué bien —dijo Helen.

—Una conferencia. Inspectores, jefe y superiores.

Helen hizo una mueca.

—Lo siento.

Moody cogió su chaqueta.

—Mandaré un coche a recogerlo —dijo. Se dirigió a la puerta—. Hay un montón de trabajo duro en ese chisme. El trabajo de Paul —parecía un poco avergonzado—. No quisiera dejarlo en el tren.

Theo se lanzó por el teléfono al ver quien llamaba, se fue rápidamente al dormitorio y cerró la puerta tras él.

—Has hecho lo correcto al llamarme primero —dijo Easy.

—¿Dónde has estado, tío? —Javine estaba viendo la tele en la habitación de al lado y Theo hacía todo lo posible por no gritar, pero le estaba costando. Era un alivio que Easy le hubiese devuelto la llamada, pero le enfurecía que hubiese tardado tanto. Sentía que algo se había retorcido en su interior—. Entré allí y les encontré. A los dos, joder.

—Sé que duele, tío. Yo también lo siento.

—Yo les encontré.

—Respira hondo, Estrella.

—Wave y Sugar Boy cosidos a tiros, y el puto perro.

—Sí, eso fue a sangre fría.

—¿Dónde has estado?

—Hay que encargarse de las cosas, T. —Theo podía oír tráfico y música de

fondo. Sonaba como si Easy estuviese conduciendo—. Cuando pasa algo así, hay que hacer gestiones. Reestructuraciones o como se diga.

Theo se colocó el teléfono entre la barbilla y el hombro e intentó encender un cigarrillo. Se le cayó el mechero.

—¿Me estás escuchando, T?

—Es lo que te dije la otra noche —Theo se agachó para coger el mechero y por fin logró meterse algo de humo en los pulmones—. Es por lo que hicimos en aquel coche, por el poli que murió.

—No voy a hablar de eso ahora.

—Ahora lo ves, ¿no? ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, tú eres el listo, T. El primero de la clase.

Easy lo había dicho como si Theo acabase de acertar la respuesta de un concurso de televisión. Como si no importase.

—Tienes que escucharme —dijo Theo—. Solo quedamos tú y yo, ¿me entiendes?

Durante unos segundos solo se oyó el ruido de un motor, y la batería y el bajo que salían de la radio del coche de Easy, o de alguien más. Luego Easy dijo:

—No, eres tú el que tiene que escuchar, T. Tienes que callarte y tranquilizarte, fúmate un par de petas y deja de provocarte un puto ataque al corazón. ¿Nos entendemos?

Theo gruñó. Sabía que no tenía sentido discutir.

—Te veo esta noche.

—¿Dónde?

—En el Dirty Sourt. Luego, ¿vale? Lo organizaremos todo.

Theo escuchó mientras la música subía de volumen, un segundo antes de que la comunicación se cortase.



## Treinta

Suave y despacio, arriba y abajo... El sábado por la tarde no era el mejor momento para arrastrarse por el supermercado, Helen lo sabía, pero necesitaba salir. Había intentado quedarse sentada después de irse Moody y asimilar todo lo que le había contado, todo lo que implicaba, pero era demasiado para procesarlo. Demasiado, allí sentada, con todas las cosas de Paul a su alrededor. Con su olor todavía en el piso y una voz, suya o de él, diciéndole lo imbécil que había sido.

Cómo le había traicionado... otra vez. Cómo se había cagado en su recuerdo.

El Sainsbury's estaba abarrotado, como sabía que lo estaría, pero aun así se sentía más cómoda lidiando con los pasillos atestados. Las consecuencias de la información que había recibido se iban asentando un poco más fácilmente mientras tenía algo más en qué pensar; mientras se ocupaba de llenar lentamente su carrito.

Suave y despacio, arriba y abajo, cada pasillo a su tiempo. ¿Por qué había dado por hecho automáticamente que era corrupto, o que se estaba tirando a alguien? ¿Por qué demonios ocupaban tanto los pañales?

El barullo era una distracción bien recibida, y la voz que anunciaba las gangas por megafonía o mandaba al personal a los mostradores o cajas, era menos áspera que la de su cabeza. Además, hacía tiempo que tenía pendiente un viaje al supermercado. Las magdalenas de su padre hacía tiempo que se habían terminado y no se atrevía a lanzarle indirectas a Jenny sobre lo estupenda que era su sopa, así que prácticamente se estaba manteniendo a base de tostadas y galletas.

Dios, necesitaba más galletas. Probablemente debería llevarse las que le gustaban a Paul, las de chocolate normal, puesto que había sido un poli honrado y trabajador y ella era una puta de mente perversa.

La gente también era agradable, dando vueltas y haciendo sus cosas; hombres y mujeres normales que no la conocían, y cada pequeño encuentro le levantaba el ánimo. Una sonrisa de un anciano mientras ambos movían sus carritos en la misma dirección para evitar una colisión. Los ofrecimientos de ayuda cuando se agachaba para coger botellas de agua o se estiraba para alcanzar algo en un estante alto.

—Allá vamos.

—Ahí tiene.

—Con calma, bonita, no vayas a tenerlo aquí.

Y algunas miradas curiosas también, por supuesto. Y los codazos a hurtadillas cuando otros compradores intentaban no mirar descaradamente a la mujer en avanzado estado de gestación que avanzaba a paso de caracol y hablaba sola.

—Tienes razón, Hopwood, soy buena pieza, pero siempre lo supiste.

*Queso, leche semidesnatada, yogur natural...*

—Pues ven y aparécete, pues. ¿Por qué no? Paséate con tus putos grilletes ante mí en la oscuridad.

*Lejía, pasta de dientes, papel higiénico...*

—¿Qué se suponía que debía pensar, por el amor de Dios? A lo mejor si hubieras estado aquí...

Entonces vio al niño: corriendo por el pasillo hacia ella, esquivando un carrito en su carrera para llegar junto a su madre, blandiendo el paquete de cereales que tanto deseaba. La misma marca...

Lo vio y se quedó paralizada. Oyó el repiqueteo de los cereales al pasar el niño, y mientras Paul se los echaba en el cuenco. Luego todo empezó a desaparecer.

Ya estaba cayéndose hacia adelante cuando lo sintió subir como leche hirviendo, mientras le subía por la garganta. Buscó el freno del carrito con el pie pero no lo encontró. Estaba ardiendo. Ordenó a sus manos que soltasen la barra, pero no le escucharon. Su cabeza estaba inundada por la gente que se había parado a mirar, los colores que vestían, mientras el carrito la arrastraba, tirándola sobre las rodillas al tiempo que el gemido empezaba a escapársele, y el primer gran sollozo le pegaba una patada en el pecho mientras caía al suelo.

Una mujer, la madre del niño, le preguntó si se encontraba bien. Helen intentó hablar, pero la mujer se alejó a toda prisa para ir a buscar a alguien, y cuando Helen volvió a levantar la vista lo único que vio fue al niño mirándola fijamente. Él empezó a llorar a su vez mientras ella veía a un guardia de seguridad doblar la esquina. Se inclinó por detrás de ella y metió los brazos por debajo de los suyos, le preguntó si quería que la ayudase a levantarse. Pero ella lloraba con tanta fuerza que no pudo responder, así que él volvió a levantarse. Le dijo que se tomase todo el tiempo que quisiese.

Helen podía oírle diciendo a los demás clientes que la señora se encontraba bien. Luego dijo algo por el *walkie-talkie* y, en la pausa entre un sollozo y otro, mientras hipaba como un bebé, oyó el graznido de respuesta del aparato.

El guardia de seguridad se había negado a dejar conducir a Helen, la había metido en un taxi, se había quedado sus llaves y le había prometido que le llevaría el coche a casa cuando terminase su turno. Era la segunda persona en pocos días cuyo nombre había preguntado y le había dicho que tal vez se lo pusiese a su hijo. Él había dicho que se llamaba Stuart y se había mostrado mucho más emocionado con la idea que el chico que había conocido en Lewisham.

Pensó en aquel chico, en su mirada cuando ella salía del aparcamiento, mientras veía cómo se alejaba el taxi y recorría los escasos metros que había hasta su puerta. Tenía la llave del portal en la mano cuando oyó una voz detrás de ella.

—¿Helen?

Se dio la vuelta, medio esperando ver a Adam Perrin, y sintió alivio al ver a un hombre de mediana edad, con entradas, que levantaba las manos fingiendo rendirse y parecía preocupado. Era evidente que había reconocido la tensión en su cara.

—Perdone —dijo ella. Se sentía como un trapo de todas formas y recordó lo mucho que se había asustado cuando Kevin Shepherd había aparecido acechándola en la oscuridad, cuando prácticamente la había amenazado allí mismo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó el hombre.

Supuso que era uno de sus vecinos. Ella y Paul habían hablado a menudo de intentar conocerlos mejor, quizá dar una fiesta para todo el bloque, pero nunca habían llegado a hacerlo.

—Estaré mejor en un par de semanas. En cuanto me deshaga de *esto*.

El hombre sonrió.

—Eso es bueno. Solo nos preguntábamos cómo estarías, ya sabes.

—Estoy bien. Gracias.

—El funeral es pasado mañana, ¿no?

—¿Perdón? —Se fijó en que llevaba una pequeña grabadora—. ¿«Nosotros» quién?

—Solo el periódico local —tendió una mano, que Helen ignoró.

—Y los locales venden a los nacionales. Sé cómo funciona.

—Obviamente es una gran historia para nosotros. Una tragedia local.

Helen volvió a girarse hacia la puerta e intentó colocar la llave en la posición correcta. Oyó al reportero acercándose.

—Sería bueno informar a la gente de cómo te sientes realmente —dijo—. De lo que has pasado. Cómo crees que será tener al bebé después de...

Ella se dio media vuelta rápidamente y vio a otro hombre saliendo de un coche aparcado donde se había detenido el taxi. Le vio preparar una cámara y levantarla. Vio *el flash* empezando a disparar.

—Venga, Helen, solo unas palabras...

Ella pasó junto a él y avanzó todo lo rápido que pudo hacia el fotógrafo.

—Vuelva a meterse en ese coche —dijo—. *Ahora*.

El reportero estaba detrás de ella, todavía haciéndole preguntas, pero ella siguió andando; disfrutando la mirada del fotógrafo cuando finalmente dejó de hacer fotos y retrocedió rápidamente.

—Lárgate antes de que coja esa cámara y te la meta por el culo.

No había ningún DJ tocando en el Dirty South esa noche. Un letrero pegado con cinta adhesiva a la puerta decía:

*La actuación de esta noche se ha pospuesto como muestra de respeto por las familias de Michael Williamson, James Dosunmo, Errol Anderson y André Betts.*

Mikey, SnapZ, Wave y Sugar Boy.

Alguien había garabateado «vivirán X siempre» justo encima de las palabras que prometían que las entradas compradas serían válidas para la nueva fecha.

El bar también estaba un poco más tranquilo de lo normal para ser sábado. No salía música de los altavoces, y habían bajado el volumen de la gran pantalla de televisión. Aunque el personal tenía bastante trabajo y había muchas monedas alineadas en los bordes de la mesa de billar.

Theo estaba de pie en la barra, esperando su *whiskey* con cola. Al mirar a su alrededor, pudo ver a la mayor parte de la pandilla reunida cerca del arco que daba a la parte de atrás, varios de ellos jugando ya al billar y otros apiñados en pequeños grupos. No había rastro de Easy.

Cuando le trajeron su copa, Theo se acercó y habló con algunos de los chicos. La mayoría parecían alegrarse de verle y hablaron fluidamente de esto y de lo otro, aunque varios de los más jóvenes estaban alterados, con los ojos mirando a cualquier parte menos a él mientras hablaban. Aunque se había preparado para ello, nadie le preguntó por lo que se había encontrado en el piso franco.

Le alivió que Easy no hubiese corrido la voz.

Era sabido en la urbanización, solo era cuestión de tiempo hasta que alguien quisiese repararlo todo con él en una sala de interrogatorios, y a Theo no le agradaba la idea. Sin duda, la policía estaba al límite de sus recursos ahora, pero sabía que no habían dejado de buscar a los que iban en aquel coche la noche que murió el poli. Aunque ya se les hubiese adelantado alguien.

Pero la policía había dejado de ser la máxima preocupación de Theo. Ahora estaba bastante seguro de que los pistoleros no llevaban placa.

Finalmente, vio entrar a Easy y la atmósfera de la parte de atrás cambió. Easy estaba sonriente, se movía con aire desenfadado por el bar, como si estuviese dando alguna buena noticia. Theo le vio acercarse a cada grupito y hablar durante un minuto o dos antes de pasar al siguiente. Hubo muchos choques de puños y muchos meneos de cabeza.

Cuando un tipo blanco y gordo intentó abrirse paso empujando sin preguntar, Easy le miró fijamente sin moverse. El hombre dijo algo que Theo no logró descifrar y dio un rodeo. Easy volvió a girarse hacia la pandilla como si no hubiese pasado nada y saludó a Theo con un movimiento de cabeza por entre el gentío, solo para hacerle saber que le había visto.

Theo se acercó e intentó hablar con Gospel, que estaba jugando al billar con uno de los chicos asiáticos. Le dijo que debía intentar dejar el mayor número de bolas posible cerca de las troneras, y le preguntó si había visto a Ollie. Ella miró a otra parte y se encogió de hombros; dijo que no era cosa suya andar detrás de todo el mundo. Cuando por fin le devolvió la mirada, Theo señaló los moretones de color azul verdoso que tenía bajo los ojos y el corte que le cruzaba el puente de la nariz.

—¿Con quién te has peleado? —preguntó.

—Con alguien que no se metía en sus asuntos —dijo ella.

A partir de entonces, fingió concentrarse en la partida y cuando el chico con el que estaba jugando falló, rodeó a toda prisa la mesa para tirar. Metió una de chiripa y el chico le dijo que era zorra con suerte.

Theo fue hasta una mesa que había cerca de la pantalla grande y esperó a Easy. Echó un vistazo y le vio hablando con Así, que había estado solo, con gesto perdido. La boca de Easy hacía la mayor parte del trabajo. Tras unos minutos, Theo les vio

chocar los nudillos y supuso que habían resuelto las cosas de un modo muy distinto al que Easy había estado amenazando con utilizar.

Se dio la vuelta y pilló a Gospel mirándole fijamente. Ella bajó la vista rápidamente a la mesa al verle mirar.

—Todavía pareces tenso, Estrella...

Theo levantó la cabeza mientras Easy apartaba la silla de enfrente de una patada. Tenía un Hpnotiq en cada mano.

—También tengo veinte libras de maría en el bolsillo —dijo—. Tenemos para toda la noche, no hay fallo.

Theo cogió su copa y le dio un sorbo... vio a Gospel abandonar la mesa de billar y desaparecer hacia los servicios.

Easy le pilló mirando y sonrió.

—Javine te arrancarías la cabeza, tío.

—Sí, bueno, ahora Ollie está fuera del panorama, ¿no? —Theo buscó alguna reacción, pero no vio ninguna—. ¿Lo tienes todo organizado, entonces? —preguntó.

Easy meneó la cabeza, como si no le hubiese entendido.

Theo levantó su copa e hizo un gesto hacia el puñado de miembros de la pandilla que estaban apoyados contra la pared de atrás.

—Las cosas siguen adelante, ¿no? Coser y cantar.

—Más o menos.

Era obvio para Theo que Easy se había pasado los últimos dos días hablando con gente de los triángulos más altos, los que decidían quién iba dónde y quién hacía qué. Los que cubrían los huecos. Siempre había tenido labia, más incluso que Wave, y parecía bastante cómodo ocupando el lugar de un muerto.

—¿Estás diciendo que no estoy afectado por lo de Wave y Sugar Boy? ¿Por cualquiera de ellos? ¿Insinúas que no me duele?

—Yo no he dicho eso, tío —Theo sabía que a Easy nunca le había caído demasiado bien Wave, pero que lo había sentido mucho por SnapZ y Mikey, lo había demostrado tanto como cualquiera. Le había visto con una expresión como si le hubiesen dejado sin respiración de una patada, sin decir nada y a punto de llorar en aquella misma habitación la noche después de que encontraran a Mikey—. Solo que lo has superado muy rápido, ¿vale? Como si solo pensases en el siguiente movimiento.

Easy se echó hacia delante.

—Escucha, T. ¿Crees que si a David Beckham lo atropellase un autobús, el presidente y los accionistas o como se llamen cancelarían el próximo partido del Manchester United?

—Ya no juega ahí.

—No importa. Solo es un ejemplo, tío.

—Nadie ha sido atropellado por un autobús.

—Ya te he dicho que es un puto ejemplo. Joder...

—No ha habido ningún accidente —dijo Theo—. Nada de esto es casual, ¿entiendes lo que quiero decir?

—Vale. Todos íbamos en aquel coche, ya lo pillo. La noche en que ascendiste, cosa que pasó porque yo saqué la cara por ti, ¿vale?, cosa que has olvidado bastante rápido, me parece.

—Lo sabes, pero parece que no significa nada.

—Entonces, ¿qué vas a hacer, T? ¿Eres el siguiente de la lista? ¿Tienes un bonito y astuto plan?

—No...

Easy levantó las manos como si eso fuese todo. Tema zanjado. Se recostó en la silla, giró la cabeza para decirle a una chica que pasaba lo bien que se movía. Cuando volvió a echar la silla hacia delante había algo más en sus ojos.

—La cuestión es que, si alguien viene a buscarme, estuviese en el puto coche que estuviese, será mejor que se prepare. —Se dio unas palmaditas en el bolsillo con un dedo—. Puedo darles mucho en qué pensar, ¿me entiendes?

—Probablemente Wave pensaba lo mismo —dijo Theo.

Easy pareció aburrirse bastante rápido después de eso y se levantó sin decir una palabra para ir a hablar con un par de los chicos más jóvenes. Theo se quedó donde estaba, pensando que hacía mucho que no hablaban de nada; que no se emborrachaban y se lo pasaban bien. Recordó lo mucho que Easy le había hecho reír lanzándole pelotas de golf a aquel viejo y cosas así.

De repente, Easy estaba de vuelta en la mesa, diciéndole que se levantase, que se iban. Theo obedeció sin pensar, al menos en nada más que en la maría que tenía Easy, y le siguió por el bar y hasta la calle.

Vio a Easy sacar la navaja cuando llegaron afuera. Vio a la gente fumando en las mesas de madera esparcidas por la acera, entonces se dio cuenta de que estaban a diez metros detrás del tipo blanco que se había enfrentado con Easy antes.

—¿Qué coño estás haciendo, tío? Es una locura...

Easy empezó a acelerar el paso, ya solo estaba a unos centímetros del hombre. Theo se detuvo, gritó, diciéndole a Easy que era un idiota, observó que el hombre grande miraba atrás y vio lo que se avecinaba antes de meterse bruscamente por el callejón que serpenteaba hasta las puertas de atrás del bar. Easy chilló algo y salió corriendo tras él, meneando la cuchilla en el aire, más o menos al mismo tiempo que Theo se daba la vuelta y salía disparado. Mientras bajaba la cabeza y echaba a correr, arrancando en dirección contraria hasta estar a varias calles de allí.

## Treinta y uno

Cuando le llamó para darle los detalles del funeral, Helen había quedado en ver a Gary Kelly. No podía decidirse sobre qué texto leer en la ceremonia y Helen había prometido ayudarle. Él se había ofrecido amablemente a ir a recogerla.

—Sé cómo es —dijo—. Mi mujer no cabía en nuestro Astra a los cuatro meses.

Tomaron una taza de té en el piso y luego se fueron a una cafetería que había detrás de la estación de metro de Brixton. Parecía un local original de los cincuenta, pero ninguno de los dos tenía idea de hasta qué punto era auténtico. Ambos se decidieron por té y desayunos completos.

—¿Necesitas que te lleve mañana? —preguntó Kelly—. No estaba seguro de dónde saldrían los coches.

—No hace falta —dijo Helen—. Esta noche dormiré en casa de mi padre y nos iremos juntos por la mañana.

—Bueno, si puedo hacer algo, ya sabes que solo tienes que pedírmelo.

—Ya estás haciendo mucho.

—Esto es muy difícil —dijo. Desplegó las hojas de papel sobre la mesa, frente a él, y señaló una—. Sabes lo mucho que le gustaba su música a Paul, ¿verdad? —Leyó un poema que alguien llamado Charlie Daniels había escrito tras la muerte de su amigo Ronnie Van Zandt—. Era el solista de Lynyrd Skynyrd —le explicó Kelly—. Murió en un accidente de avión, así que... como ambos fueron accidentes terribles, ya sabes... pensé que podía ser adecuado.

Helen pensó que no estaba mal, le dijo a Kelly que era bonito, pero que no estaba segura de que Paul pudiese describirse como un «ave orgullosa».

Kelly asintió y lo apartó a un lado. Le enseñó algo que había encontrado en Internet, un poema de Charlotte Brontë que a Helen le pareció poco sentimental, cosa que agradeció, y una sencilla bendición gaélica, que le dijo que había leído en el funeral de su padre.

—También tiene un aspecto musical —dijo—. John Lydon la utilizó en una canción, así que...

—Ah, vale.

—Entonces, ¿cuál te parece mejor?

Helen no se había concentrado como debía. No había consultado lo de la confidencialidad con Jeff Moody, pero ahora que la operación había tocado a su fin con la muerte de Paul, dio por sentado que no habría problema. Tampoco era como si estuviese planteándose poner un anuncio en *Police Review*. Intentaba con todas sus fuerzas quitarse la sonrisa de la cara, pero estaba claro que no lo estaba logrando.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste de que Paul se guardaba sus cosas para sí? ¿De que no estabas seguro de a qué se dedicaba y eso? —Le contó a Kelly lo de la visita de Moody, le habló de la operación que Paul había tenido que mantener en

secreto. Al describirlo todo en voz alta por primera vez, pudo oír el entusiasmo en su propia voz; el orgullo por lo que Paul había estado haciendo. Era algo que casi se había vuelto desconocido para ella.

Al irlandés parecía que le había caído una bomba encima.

—Qué callado lo tenía el cabrón —dijo por fin. Lentamente se dibujó una sonrisa en su cara—. Y aquí estaba yo, pensando que se estaba tirando a alguna fulana.

—Puedes estar seguro de que me habría enterado de eso.

—Ya, Sue es igual —dijo Kelly—. Yo no puedo ni pensar en ello.

Helen asintió.

—¿Entonces... desde cuándo?

—Poco más de un año. Moody dijo que estaba yendo muy bien. Obviamente, se le daba bien disimular.

—Desde luego, a mí me tenía engañado —Kelly meneó la cabeza, dando golpecitos a lo que le quedaba en el plato con una tostada—. Joder, ahora tiene sentido. No me extraña que no le viésemos mucho por la oficina. El Departamento de Investigación Criminal debía de parecerle un auténtico coñazo. Imagino que debía de ser peligroso, además. Algunos de esos cabrones pueden ser bastante peligrosos si te acercas demasiado.

Helen se limpió la grasa de los dedos.

—Sí, bueno, nunca iba a lo fácil. No habría acabado conmigo si fuese así.

—En ese sentido lo hizo bien —dijo Kelly—. No te preocupes.

Intercambiaron historias durante unos minutos, y Helen le contó lo mucho que le había costado encontrar tiempo para hacer todos los preparativos. Kelly se quedó callado después de un rato, apartó el plato y se quedó mirando las elegías impresas.

—¿Pensaste alguna vez que podía ser corrupto, Gary?

Kelly levantó la cabeza para mirarla y asintió.

—Durante unos cinco minutos.

Eso hizo que Helen se sintiese mejor.

—Tú también, ¿verdad? —le preguntó.

Le contó que había localizado a Linnell y a Shepherd, y lo del archivo secreto del portátil al que no podía acceder. Le explicó lo jodida e imbécil que se había sentido, sin entrar en detalles sobre lo que había pasado en el supermercado el día anterior.

—Mira, ahora se ha terminado, ¿de acuerdo? Tienes que pensar en el niño y en el futuro. Ya te has deshecho de todo eso.

—Bueno, lo habré hecho cuando me libere de ese ordenador —sonrió—. El puto chisme está escondido como si fuese una pila secreta de revistas porno —eso le recordó algo—. Escucha, me gustaría que te quedases la guitarra de Paul. Sé que estás tan loco por la música como él, así que...

Kelly asintió lentamente.

—Eso es estupendo, Helen. Me gustaría.

—Tal vez deberías tocar una canción mañana.



—Él nunca me lo perdonaría —dijo Kelly.

—Hablando de eso...

Retomaron las hojas de papel, decididos a tomar una decisión. Ella le pidió que volviese a leer el poema de Brontë y esta vez se concentró. Era extrañamente vital, cosa que sabía que podía extrañar a la gente, dadas las circunstancias, pero le gustó la idea. Le parecía apropiado, teniendo en cuenta lo cerca que estaba de traer una nueva vida al mundo.

Cuando Kelly terminó, Helen le pidió la hoja y leyó de nuevo los versos que la habían conmovido más:

*¿Por qué, pues, llega a veces la muerte  
y se lleva lo mejor de nosotros.  
Por qué parece que la tristeza  
pesa tanto más que la esperanza?*

—Quedémonos con este —dijo, devolviéndole el poema. Kelly parecía complacido.

—Buena elección —dijo—. Al fin y al cabo, él era lo «mejor» de nosotros, ¿no? Helen no iba a discutirlo.

El *pub* tenía buena pinta, pensó. Más que buena: con clase. El andamio y el contenedor habían desaparecido, habían limpiado las ventanas para dejar entrar un poco de luz, y Frank creía que estaba prácticamente listo para buscar compradores potenciales.

Recorrió la estancia vacía con sus pasos haciendo eco sobre el suelo de madera pulida. Pasó una mano por la barra y miró las luces y las molduras nuevas del techo. Habían hecho un buen trabajo, no había duda; se había asegurado de conseguir el precio que buscaba. A lo mejor hasta se pasaba a tomarse una pinta cuando el local estuviese en marcha.

Habían puesto una vidriera en la ventana que había roto el ladrillazo el día que Paul había estado allí. Era un detalle agradable. Fue hasta donde habían almorzado los dos sobre la mesa de caballetes; trozos de cáscaras y de vinagre por encima del plástico.

—Solo es un favor —había dicho Paul, y él había mencionado alguna tontería sobre el honor. No hubiera supuesto diferencia alguna al final, después de lo que había pasado, pero seguía deseando haberse despedido de él en mejores términos; que Paul se hubiese llevado mejor impresión de él. Le dejaba mal sabor de boca.

A toro pasado, todo el mundo veía las cosas claras, Frank lo sabía, pero aun así, deseaba haber hecho más entonces, cuando habría sido fácil; no tener que compensarlo como lo estaba haciendo ahora, *a posteriori*. Le habría costado bastante menos, eso seguro.

¿Y no se había prometido a sí mismo hacía tantos años que no dejaría que

volviese a suceder jamás?

Había un conductor esperando fuera, y Frank estaba prácticamente listo para irse cuando se fijó en unos chorros marrones que caían por el acabado de la puerta. Se acercó más, luego fue a la otra barra para comprobar la carpintería. Los muy jetas no se habían molestado en dar una segunda capa, e incluso había una cerda o dos atrapada en la pintura.

Llamó al contratista y le hizo saber lo que pensaba.

—No me vale —dijo—. Y no hay más que decir.

Con un fuerte acento, el contratista intentó explicarle que su cuadrilla ya se había ido a otro trabajo. Frank le dijo que le importaba un carajo, que a menos que alguien se presentase allí con una brocha en la mano en menos de una hora, el único contrato que iba a conseguir iba a ser muy desagradable.

No soportaba que las cosas no se hiciesen bien. Controlador, obsesivo, le daba igual cómo le llamasen; para Frank, todo se reducía a *preocuparse*, así de sencillo. Daba igual de qué se tratase, solo un principiante se conformaba con dejar un trabajo sin terminar.

Helen se preparó un buen baño caliente. Mientras se metía lentamente en la bañera, decidió que no le vendrían mal unas barras de pared o unas asas; una de esas cosas que anunciaban a media tarde, cuando se suponía que los viejos y enfermos estaban viendo la tele. Incluso una de esas bañeras con puerta para entrar. Recordó a Paul riéndose al ver el anuncio un día y preguntando cómo funcionaban. Por qué no se salía toda el agua al abrir la puerta.

Se alegró de haber decidido pasar la noche en casa y que su padre fuese a recogerla a primera hora de la mañana. Él había parecido decepcionado cuando le llamó para decírselo, pero ella sabía que estaría mucho más relajada a solas. Tan relajada como le era posible, en cualquier caso.

—Lo que te haga feliz —había dicho su padre, queriendo decir «menos desgraciada».

Se había traído la radio del dormitorio y se acomodó para quedarse un buen rato a remojo. Su barriga sobresalía por encima del agua y se echó pequeñas oleadas por encima con los dedos, contemplando los pequeños riachuelos que bajaban por su ombligo distendido. Le habló suavemente al bebé durante unos minutos, pasando una mano enjabonada por la parte donde creía que estaba la cabeza y, cuando sus pechos empezaron a gotear un poco, limpió los rastros lechosos con un paño.

Sabía que las cosas empezaban a ir mucho mejor, si era capaz de superar el día de mañana...

En el funeral de su madre, ella y Jenny habían sido capaces de superarlo juntas. Sabía que este sería distinto. Sí, Jenny estaría allí, y varios amigos íntimos, y sabía que a la familia de Paul le sería tan duro como a ella. Pero ellos se tendrían los unos a los otros para apoyarse, para compartir el dolor y la estupefacción. Helen sabía que

en todo lo verdaderamente importante, pasaría el día sola.

Ella sola, y el hijo no nato a quien tendría que explicárselo todo algún día.

Dios, esperaba que no se pareciese en nada al funeral de su madre. La madre de Paul probablemente se enorgullecería de organizar algo decente luego, pero los sándwiches pasados y los parientes cuyos nombres nadie lograba recordar parecían prácticamente inevitables. A menos que las cosas se hiciesen de un modo diferente en casos como aquel; después de muertes como la de Paul. Que nadie en sus cabales se riese en un momento inoportuno, o sonriese con aire melancólico al recordar tiempos pasados.

Ni siquiera podía recurrir al alcohol para ayudarle a pasarlo, como ella y Jenny habían hecho en el funeral de su madre.

Volvió a acariciarse la barriga y dijo:

—Por tu culpa.

En la radio empezó a sonar una vieja canción de Oasis que le encantaba cuando estudiaba; la típica canción de borrachera. Se incorporó para subir el volumen y se detuvo al oír un ruido. Como de algo cayendo en el rellano que había entre los pisos o una puerta cerrándose.

Apagó la radio y escuchó.

Tal vez el ruido procediese de arriba. Dios, ¿había olvidado cerrar bien la puerta al entrar? A lo mejor había salido alguien del piso de al lado.

El siguiente ruido no dejaba lugar a dudas: un cajón cerrándose; el de encima del aparador del salón. Conocía aquel chirrido, como una fuerte inhalación al engancharse en el riel.

Como el suyo...

Se esforzó para oír por encima del tamborileo de su corazón y el ruido del agua a su alrededor, que de repente parecían ensordecedores. Escuchó cómo abrían la puerta del dormitorio. Los pasos eran ligeros, pero oyó ceder las tablas del suelo cuando alguien se acercó a la cama.

No tenía adónde huir. Tenía que protegerse.

Moviéndose tan suave y silenciosamente como pudo, se desplazó centímetro a centímetro por la bañera hasta que tuvo espacio suficiente para maniobrar. Se apoyó en el borde, con una mano a cada lado para distribuir el peso uniformemente y empezó a auparse.

Con cuidado, poco a poco...

Parecía evidente que quien había entrado en el piso no tenía ni idea de que ella estaba allí, y quería que siguiese así. Al menos hasta que pudiese alcanzar la puerta del cuarto de baño y cerrarla. Estaba medio fuera de la bañera cuando le resbaló una mano y volvió a caerse dentro, soltando un grito al dar con la cabeza en el borde, y lanzando chorros de agua por las paredes y el suelo.

Olvidó el daño que se había hecho en la cabeza en un segundo, mientras luchaba por incorporarse, por controlar la oleada de pánico que la invadía rápidamente. Sabía

que quien estuviese en su dormitorio tenía que haberla oído y ahora sabría que no estaba solo.

Escuchó.

Durante unos largos segundos hubo silencio, pero luego volvió a oír pasos saliendo del dormitorio, a no más de tres metros. Oyó al intruso recorrer lentamente el pasillo y detenerse junto a la puerta del cuarto de baño. Miró fijamente el picaporte, repentinamente helada y temblorosa; consciente de que no podía llegar a la puerta antes de que quien estaba fuera la abriese.

La decisión se tomó sola: se estiró hacia el fondo de la bañera mientras empezaba a gritar, con la mano cerrándose en torno a un portavelas de cristal.

—¡Que te den! Lárgate de aquí de una puta vez. —Lanzó el recipiente de cristal contra la puerta, cerró los ojos durante un segundo mientras se hacía añicos, y luego empezó a echar mano frenéticamente de todo lo que estaba a su alcance; cualquier cosa que pesase. Botellas de champú y acondicionador, un rascador de madera, la jabonera, el propio jabón, gritando mientras los lanzaba uno a uno contra la puerta—. Juro que te mataré. Entra aquí y te mato...

Sintió la fiebre recorriéndole el cuerpo mientras se movía, consciente de que estaba dispuesta a hacerlo. Sus dientes se enterraron en el labio inferior hasta que notó el sabor a sangre y, cuando ya no le quedaba nada por tirar, empezó a pegar patadas y revolverlo todo, con la voz quebrada de furia mientras golpeaba el agua con las manos.

—¡Que te den! Lárgate y déjanos en paz...

Durante un minuto, o tal vez dos, hubo un silencio. El agua que quedaba empezó a asentarse a su alrededor. Estaba a punto de abalanzarse sobre el cerrojo cuando oyó una voz junto a la puerta, todavía cerca.

—¿Helen? ¿Va todo bien?

Una entonación familiar; cierto acento del nordeste.

Deering.

## Treinta y dos

Mientras Helen se cambiaba, Deering esperó junto a la puerta del dormitorio, y le explicó lo que había visto al llegar a la puerta del bloque cinco minutos antes:

—Estaba a punto de llamar al timbre cuando salió un fulano a toda velocidad.

—¿Qué aspecto tenía?

—Ni idea —dijo Deering—. Llevaba capucha y mantenía la cabeza baja. De estatura media, supongo, pero no sabría decirte mucho más. Casi me da con la puerta en toda la cara al salir.

Helen se había puesto pantalones de chándal y una camiseta, y estaba a punto de coger su bata detrás de la puerta cuando sintió que empezaban a temblarle las piernas. Se sentó en la cama y esperó a que se le pasase.

—No me pareció que tuviese sentido dejar que la puerta volviese a cerrarse, ya sabes, y me colé antes de que lo hiciese. Cuando llegué arriba, tu puerta estaba abierta de par en par y te oí gritar.

Quien había estado en su piso podía haber entrado de la misma manera, supuso Helen, ella misma lo había hecho bastante a menudo, pero eso no explicaba cómo había logrado entrar en el piso. Sabía muy bien que había cerrado como era debido. Empezó a pensar en todas las personas que podían tener un juego de llaves. Jenny, y unos cuantos obreros a lo largo de los años. ¿Le habría dado Paul un juego a alguien?

—¿Helen?

—Perdona —miró hacia la puerta del dormitorio—. Estoy bien. Salgo en un minuto.

—Voy a preparar un poco de té...

Cuando Deering salió con él de la cocina, Helen estaba en el sofá del salón; tenía las piernas levantadas y las rodillas junto al pecho. Se envolvió un poco más en la bata y observó a Deering examinando el lugar con un gesto semiprofesional. No le llevó mucho llegar a la misma conclusión que ella.

—¿Quién más tenía llaves?

Le dio unos cuantos nombres pero le resultaba difícil pensar con claridad.

—Deberías hacer una lista cuando te encuentres mejor —dijo.

Ella movió la cabeza indicando la puerta del baño.

—He montado una buena ahí dentro.

—Te libraste de él.

—Hay cristales por todas partes.

—Los recogeré —empezó a levantarse pero se detuvo cuando Helen descartó la idea con un gesto de la mano. La vio pegar un ligero salto y vio que una extraña sonrisa se dibujaba en su cara—. ¿Estás bien?

Helen se había metido las manos por dentro de la bata y las presionaba sobre la barriga.

—El bebé tiene hipo —dijo. La sonrisa se hizo más grande y los ojos se le

llenaron de lágrimas—. Estaba preocupada después de lo que ha pasado. Cuando resbalé —sacó un pañuelo de papel del bolsillo de la bata, dio otro respingo y se rio.

—No me sorprende —dijo Deering—. El pobre cabroncete se ha llevado un buen susto. A mí me daría bastante más que hipo —se quedó mirándola—. ¿Qué?

—Nada, está bien —dijo Helen, recordando lo que había gritado cuando estaba intentando librarse del hombre que estaba tras la puerta. Cuando se había sentido dispuesta a matarlo. Recordando que había hablado en plural.

*Déjanos en paz.*

Deering la señaló.

—Te has cortado el labio.

Helen se lo lamió, luego se pasó el pañuelo por la boca.

Deering tomó un sorbo de té y volvió a mirar a su alrededor.

—¿Sabes si se ha llevado algo?

—Parece que no, pero no ha tenido mucha ocasión.

—Ya es algo, supongo.

—No hay mucho que llevarse: la tele, el DVD, supongo. Tampoco es que haya un alijo secreto de joyas —Helen había hablado con bastantes víctimas de robo a lo largo de los años y, en cuanto se reponían del susto, la mayoría decían sentirse vulnerables y violadas. Se preguntó si eso era lo que le esperaba a largo plazo, o si sencillamente no llegaría a registrarse en su sistema, insignificante frente a las reservas inagotables de dolor y culpa—. Aunque me cuesta sentirme particularmente afortunada en este momento.

Deering asintió.

—Estas últimas semanas no han sido las mejores para ti, ¿verdad?

Helen rio, aunque la risa pronto se convirtió en un escalofrío, y se arropó más con la bata.

—No pretendo enseñar a mi padre a hacer hijos y eso, pero deberías llamar a la policía.

—Ya lo sé —la perspectiva no la entusiasmaba precisamente. Con toda probabilidad, la tratarían con el debido respeto y sensibilidad, pero siempre cabía la posibilidad de que enviasen a un par de novatos torpes.

—Desde luego, vendrán rápidamente —dijo Deering—, si les explicas tus circunstancias.

—Yo no contaría con ello. Creo que esta noche hay un bolo en la Academia.

—¿Quieres que llame yo?

Helen le dio las gracias, pero dijo que podía encargarse de ello. Se levantó e hizo la llamada, asegurándose de que supiesen que era de la Casa.

—Al menos, déjame esperar contigo —dijo Deering cuando ella colgó—, ayudarte a limpiar un poco después.

—De verdad que no hace falta.

—No pasa nada, en serio —dijo él—. De todas formas, quería hablar contigo.

—Claro... perdona —dijo Helen, dándose cuenta de repente de que ni siquiera le había preguntado a Deering por qué había ido a verla en un principio.

A Easy le encantaban las hamburguesas y el pollo, como a todos los demás, pero eso era lo único que la mayoría de aquellos chicos comían siempre. Normalmente, era cuestión de tiempo: poder coger algo a la carrera y volver al trabajo, pero incluso cuando no se trataba más que de comer, seguían conformándose con mierda. Llevaban cadenas con precios de cuatro cifras y se gastaban menos de cinco libras en la cena, no tenía sentido.

Las cadenas y los relojes de flujo no se podían comer.

A veces, le gustaba gastarse lo que fuese y comer algo decente; algo que no llegase rápido, con champán si estaba forrado, o tal vez una copa de vino en un sitio de esos donde te echaban un poquito primero para que lo probases. Era importante hacerlo, que pareciese que era algo a lo que estabas acostumbrado.

A menos que estuviese tratando de cepillarse a alguna chica o hubiese algo que celebrar, prefería comer solo. No era que no quisiese ser visto, pero le encantaba la comida y no quería ninguna distracción. La charla y esas cosas estaban bien en el KFC, pero quería disfrutar lo que estaba comiendo y no podría relajarse con alguien soltando gilipolleces desde el otro lado de la mesa. Siempre le había impresionado la gente que podía hacerlo, sentarse allí y comer sin más compañía que la suya propia. Pensaba que debían de ser bastante especiales, que debían de sentirse cómodos con lo que estaban haciendo, ¿no?

Había ido en coche hasta Brockley, a un sitio francés que había visto en el periódico, un *bistro* o como se llamase. No era tan pijo como algunos de los sitios que había probado en la zona oeste, pero la comida era una pasada. Había comido caracoles, ternera en hojaldre y un postre fantástico con merengues flotando sobre unas finas natillas. En otros sitios, los camareros solían echarle un vistazo y comportarse como si hubiese un zurullo paseándose por la moqueta, pero la mujer que le había traído la comida esta noche había sido agradable, aunque era tan francesa como él, y dejó una buena propina, como siempre.

Al volver al coche, se planteó pasarse por el Dirty South para tomar algo. Ver cómo estaba el ambiente, si las cosas se habían calmado.

Dio la vuelta a la esquina y vio a un capullo en su Audi, hurgando en la ventana con un destornillador, como si tal cosa.

—¿Qué cojones te crees que estás haciendo? —Easy avanzó rápidamente, preparado para hacerle daño, y el hombre del coche dio un paso atrás—. Estás muerto, tío. Puto imbécil —estaba casi encima de él cuando el hombre sacó la pistola y de repente fue Easy el que se sintió como un imbécil.

—Métete en el coche —dijo el hombre.

Easy oyó pasos detrás de él y otra voz que dijo:

—Haz lo que te dicen.

Se puso al volante, mientras el hombre grande que había salido de la nada se metía en el asiento del copiloto, a su lado. Le dijo que era una noche agradable para dar un paseo en coche. El primer hombre se metió en la parte de atrás e Easy hizo una mueca de dolor al sentir el cañón de la pistola contra la carne blanda de detrás de su oreja.

Recordó lo que le había dicho a Theo sobre estar preparado para aquello, pero sintió la ternera subiéndole por la garganta, y el sabor del vino, y, al final, solo pudo hacer lo que le decían.

Coser y cantar.

—He puesto todo eso en mi informe, evidentemente —dijo Deering—, pero también quería contártelo en persona. Porque te conozco.

—¿Todo el qué? —preguntó Helen.

—¿Recuerdas cuando nos vimos la semana pasada y te dije que había un par de cosas que todavía estaba intentando aclarar?

—Dijiste que solo eran formalidades.

—No quería contarte nada hasta estar seguro.

Helen fue a coger su té, pero estaba casi frío. El bebé se había calmado. Le dijo a Deering que continuase.

Él se aclaró la garganta y dejó su té. A Helen le pareció alguien que había reflexionado cuidadosamente sobre lo que iba a decir y cómo iba a decirlo. Sintió otro pequeño escalofrío mientras se preguntaba por qué.

—Lo primero fueron los cristales.

—¿Qué cristales?

—Los cristales de la ventanilla del BMW —dijo Deering—. Los viste cuando fuiste al garaje.

Helen asintió, recordando la parte trasera del coche, sin las alfombrillas. Los trozos de cristal que había bajo los asientos y en la parte de atrás, brillando sobre el metal oscuro.

—Había muchos en el coche, pero ninguno en la calzada. Lo comprobé.

—No te sigo. ¿No debería estar todo el cristal en el interior del coche de todos modos? Sin duda, caería hacia dentro.

—La gran mayoría sí, claro, pero, aun así, sería de esperar que unos cuantos fragmentos hubieran caído en la calzada. Leí el informe inicial y lo comprobé varias veces. Hablé con el primer agente que acudió a la escena y con el investigador de tráfico después de que volviese. No había cristales.

—A lo mejor los dispersaron los coches que pasaban o había pasado un limpiador.

—Es posible.

—Puede que el agente de tráfico no fuese muy cuidadoso.

Deering ladeó la cabeza, admitiendo también esa posibilidad, pero parecía impaciente por seguir.



—Puede, pero el investigador de tráfico sí lo fue, que es por lo que también me preocupaba la velocidad.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Tomó todas las medidas necesarias, comprobó los patrones de frenada y demás, y pudo calcular la velocidad exacta de cada uno de los coches en el momento del accidente. Curiosamente, la respuesta es que no iban muy rápido.

—¿Y?

—Treinta kilómetros por hora, como máximo, cuando se supone que el BMW estaba intentando escapar, a una hora de la noche en la que había muy poco tráfico en las calles.

—Estaba lloviendo bastante.

Deering meneó la cabeza.

—De hecho, el único momento en que el BMW alcanzó una velocidad decente después de los disparos, fue cuando giró hacia la parada de autobús.

Ahora Helen estaba completamente confusa.

—¿Qué tiene eso de raro? ¿Tú no acelerarías si alguien te estuviese disparando?

—Sí, bueno, ese es el tema —dijo Deering.

El efecto de lo que había dicho, o su expresión mientras hablaba, debió de quedarle claro al ver la cara de Helen. De repente parecía preocupado, y levantó su taza.

—Deja que te traiga otro.

Helen negó con la cabeza, ansiosa por oírlo.

—Vale... Bueno, te dije que extrajimos las balas. Una del paso de rueda y una de la parte de abajo de la puerta opuesta, ¿no? Del treinta y ocho, como creíamos.

Helen asintió.

—Pero no estaban donde debían.

—¿Dónde debían estar?

—El Cavalier no levanta tanto del suelo. Quiero decir que podría haber tenido sentido si el BMW fuese uno de esos modelos bajos, deportivos, o si hubiesen disparado desde un coche más alto, un todoterreno grande o algo, pero los ángulos no eran los correctos.

—¿Los ángulos de los disparos?

—Exacto. Mira, dispararon así —se echó hacia delante y estiró un brazo hacia ella, colocando dos dedos como si fuesen el cañón de una pistola. Vio la cara de Helen y bajó el brazo, avergonzado—. Espera, mira esto —corrió a coger su maletín, que había dejado junto a la puerta, y sacó una serie de impresiones por ordenador—. Tienen un programa que puede trazar la trayectoria de las balas basándose en las alturas relativas de cada vehículo —le pasó las hojas y señaló—. Puedes seguir el recorrido de cada bala. ¿Ves? Ningún punto de impacto está donde debería estar.

Helen examinó las hojas, intentando asimilar lo que le estaba diciendo.

—¿No se habría modificado la trayectoria de las balas de todas formas al

impactar contra el cristal? —Era lo mejor que se le ocurría—. Eso podría explicar por qué acabaron donde estaban.

—La primera bala, puede —dijo Deering, como si ya hubiese pensado en ello—, pero la segunda bala no tendría que atravesar ningún cristal. No tiene nada que ver con el cristal. Se trata de desde dónde se dispararon las balas. Y cuándo se dispararon.

Helen se quedó mirando las hojas mientras Deering se levantaba y se dirigía a la parte de atrás del sofá.

Señaló.

—Así...

Helen levantó la vista y miró fijamente a Roger Deering, y el pánico que había sentido en el cuarto de baño hacía apenas un momento le pareció un recuerdo distante. Fue sustituido por algo más profundo y más desesperado; una idea terrible que iba atenazándola más fuerte a cada segundo.

—Has dicho «cuándo» —su voz era un susurro.

—Los disparos se produjeron antes —dijo Deering—. No sé exactamente cuándo, pero sin duda antes del accidente. Los disparó alguien de pie desde fuera, con el coche parado.

—¿Me estás diciendo que todo fue un montaje? Que lo que pasó...

Él levantó las manos.

—No te estoy diciendo nada. Solo lo que he descubierto, nada más.

—Fue un accidente.

Deering parecía incómodo, como si hubiesen superado los límites de su pericia.

—No la clase de accidente que creíamos, no.

—Estás diciendo que todo esto se hizo para ocultar otra cosa. Que Paul... era un objetivo.

—No estoy diciendo eso. —Parecía aún más incómodo—. No puedo decir eso. Había más gente en aquella parada de autobús, Helen.

Pero ella sabía algo que él no sabía. Sabía lo de la operación Victoria.

—No pasa nada —dijo ella—. Gracias.

Sabía que la muerte de Paul había sido deliberada.

Helen pegó un salto al oír el timbre de la puerta, y Deering vio el movimiento.

—Eso no ha sido el bebé, ¿verdad?

Se levantó del sofá sin decir palabra y se acercó lentamente a la puerta.

Deering la siguió y le puso una mano en el brazo.

—Escucha, me gustaría ir mañana. Si te parece bien.

Ella dijo que sí sin escuchar realmente la pregunta.

—Entonces, ¿qué vas a hacer esta noche? ¿Cuándo terminen?

Helen se dio la vuelta. No estaba pensando con claridad, se había movido como una sonámbula, pero de una cosa estaba segura: no quería pasar la noche sola en el piso.

—Quiero ir a casa de mi padre —dijo.

Deering asintió y le dijo que la llevaría luego. Le acarició el brazo.  
—Será mejor que les dejes pasar.

## Treinta y tres

Cuando llegó el momento, quería que terminase lo antes posible y quería que no terminase nunca. La última parte fue la peor, como siempre había sabido que sería. Aquellos segundos en que el féretro desaparecía de su vista. El momento del adiós. Cuando las palabras se derrumbaban y daban bandazos por su cabeza: las cosas que nunca había dicho y las cosas que nunca debería haber dicho, ahora, después de todo lo que había pensado y sentido en las semanas transcurridas desde la muerte de Paul. Pero llegado el momento, mientras las cortas cortinas de terciopelo se cerraban, con la música que no lograba ahogar del todo el zumbido del mecanismo y los sollozos de la gente a su lado, solo había una cosa que realmente deseaba decirle: «Lo siento...».

Su padre había estado espléndido; tampoco había esperado menos. Había dicho que no pasaba nada cuando le había despertado de madrugada para decirle que había cambiado de idea sobre lo de dormir en su casa. Por la mañana, le había preparado el desayuno y le había dicho que tenía un aspecto estupendo, y se había mantenido a su lado desde que llegaron a casa de los padres de Paul.

Helen no le había contado lo del allanamiento.

—No parece adecuado —había dicho al salir—. Un tiempo espléndido en un día como este.

—También hacía buen tiempo en el de Mamá, ¿recuerdas?

—Creo que solo llueve en los funerales de las películas.

Habría dado igual de todos modos, pensó Helen, puesto que Paul iba a ser incinerado. Recordó a Paul y a Adam peleándose en una tumba, y se preguntó por qué había soñado con un entierro.

Nadie habría imaginado que ella y la madre de Paul se habían cruzado jamás una mala palabra. El abrazo a la llegada de Helen fue cálido y fuerte y, aunque Helen no estaba demasiado segura de qué quería decir, Caroline Hopwood le dijo que su hijo «habría estado orgulloso». Mientras todo el mundo se quedaba de pie en el salón, ella daba vueltas con una botella y unas copas, ansiosa por asegurarse de que cada persona tenía algo de beber o, al menos, se le ofrecía. La mayoría tomaron un poco de coñac, y Helen oyó a una de las tías de Paul diciendo que necesitaba un «revitalizante», palabra que le pareció desafortunada, dadas las circunstancias. Se lo contó a su padre y él se echó a reír.

—Está aguantando bien —dijo, al ver a la madre de Paul yendo de un grupo a otro. Era su frase del día, aunque alguna que otra variante de lo agradable que era el tiempo la seguía de cerca.

El padre y la hermana de Paul estuvieron igual de acogedores, aunque no lo estaban llevando tan bien, con menos cosas en que ocuparse. El padre de Paul era diez años mayor que su mujer, y nunca hablaba demasiado. Cuando Helen fue a la

cocina para ver si podía echar una mano, sacudió lentamente su calva cabeza, la abrazó y no la dejó ir hasta que alguien dijo que habían llegado los coches.

—No puedo hacerlo —dijo. Parecía querer echarse y no volver a levantarse jamás.

Había diez minutos de camino hasta el crematorio. El sol entraba a chorros en el gran Daimler, desprendiendo el olor de los cuarteados asientos de cuero. Sentada allí con su padre y los padres de Paul, Helen observó la reacción de los peatones al ver pasar el cortejo. Recordó a la gente parándose y bajando la cabeza cuando se dirigían al funeral de su madre; a un hombre quitándose el sombrero. Tal vez ya no se hacía eso, pensó. Tal vez el fallecimiento de una persona más significase menos ahora que todo el mundo estaba acostumbrado a ver tanta muerte y destrucción en directo por televisión. Se lo comentó a su padre, y él se inclinó para mirar con ella.

—A lo mejor la gente ya no tiene modales —dijo.

Había un montón de policías reunidos a las puertas de la capilla. Helen les vio apagar los cigarrillos al acercarse el coche. Gary Kelly y Martin Bescott estaban con muchos otros compañeros de Paul, del Departamento de Investigación Criminal de Kennington. Vio a Jeff Moody con lo que supuso que era un pequeño grupo de agentes de la SOCA, y había muchos agentes uniformados, parte de la delegación oficial de la policía.

El conductor le ayudó a bajar del coche y habló con varias personas. Dijo algo de lo bonitos que eran los jardines, pero se le iba la cabeza, como si nada de todo aquello fuese real.

En la puerta de la capilla, el comandante de zona se presentó y le dijo que Paul había sido un agente estupendo que había hecho un gran trabajo. Helen le dio las gracias. Por un momento, se preguntó si sabía lo de la operación Victoria, pero supuso que había dicho lo que solía decir en esas ocasiones; que probablemente no hubiese oído hablar de Paul Hopwood hasta que recibió la circular. Se dio la vuelta para ver el coche fúnebre cuando empezaban a sacar el féretro, y vio al comandante de zona sacando un papel de su bolsillo superior, repasando disimuladamente por última vez el discurso que daría en unos minutos.

Los portadores del féretro se aproximaron, todos con sus immaculados uniformes de gala, y recibieron instrucciones en voz baja del director del funeral. Helen pensó que estaban guapos y nerviosos. Mientras colocaban el peso del féretro sobre sus hombros, miró a la madre de Paul y vio el orgullo y el dolor luchando por controlar la expresión de su cara.

Habían puesto una bandera de la Policía Metropolitana sobre el féretro y ahora colocaron la gorra de gala de Paul sobre la tapa, tras la sencilla corona de flores blancas que Helen había elegido. Era consciente de los ojos que se posaban sobre ella y se preguntó qué expresión tendría. Se sentía vacía y pesada. Como si se estuviese cayendo.

Se apoyó en su padre cuando los portadores empezaron a moverse. Se acercaron

lentamente; no en una marcha lenta, sino en formación, mirando al frente. La expresión del agente que estaba más cerca de ella, su sumisa determinación, fue como un puñetazo en el corazón, de modo que bajó los ojos y miró sus pulidísimas botas mientras el féretro pasaba a su lado; las marcadas rayas de los pantalones de gala y las piedrecitas que salían despedidas hacia un lado con cada paso.

El padre de Paul colocó una mano sobre la espalda de su esposa e iniciaron una fila detrás del féretro.

—¿Estás lista, cariño? —le preguntó su padre.

El ardor de estómago había empezado media hora después del desayuno. Ahora empezaba a mitigarse. Las medias le escocían y pronto tendría que ir al servicio. Cuando tomó aire notó el sabor a hierba cortada y cera, y esperó que sus piernas no cediesen antes de que tuviese ocasión de sentarse.

—*No me falles, Helen.*

—*Solo fue una vez, Hopwood. No volverá a pasar.*

Rodeó el brazo de su padre y siguió el féretro.

Después de la ceremonia, Helen habló brevemente con Roger Deering y Martin Bescott, y los presentó. Bescott dijo que echarían mucho de menos a Paul en el equipo, y Helen les dio las gracias a ambos por venir. Tenía varias razones por las que estarle agradecida a Deering, aunque fuese un poco sensiblero. Pensó que Bescott parecía bastante agradable, y se preguntó por qué Paul raras veces había dicho algo bueno de él.

Con la madre y el padre de Paul se unió a quienes recorrían la hilera de coronas colocada delante del parterre que rodeaba el edificio. Tras unos minutos, dejó de agacharse para leer las tarjetas y dejó que los demás siguiesen avanzando a su lado. Retrocedió y miró la elaborada cúpula dorada que cubría la capilla, tras la que el cielo de la tarde aparecía perfectamente azul en todas direcciones.

El tiempo había sido tan agradable como su padre había dicho.

Al mirar a la izquierda, vio a Frank Linnell al final de la fila. Probablemente había enviado flores de todos modos, pensó, y estaba comprobando que eran lo impresionantes que debían. La vio y levantó una mano, y ella se giró rápidamente por si decidía acercarse, para mostrarse adecuadamente destrozado y decirle lo hermosa que había sido la ceremonia. Para darle un puñado de billetes cuando nadie mirase. «No es más que un detalle para la lápida, bonita. Un regalo...».

Cuando iba hacia los coches, oyó unos pasos tratando de alcanzarla.

—¿Helen?

Se dio la vuelta, esperando ver a Linnell, y vio al inspector Capullo Picajoso, con su recordatorio del funeral en la mano.

—Inspector... —Se esforzó por recordar el nombre, solo durante un segundo, pero el tiempo suficiente para que él se diese cuenta, para mirar sus zapatos... Thorne.

—Tom.

—Es un detalle que haya venido —dijo.

Parecía incómodo en su traje, con el cuello sobresaliendo ligeramente por encima de una camisa que claramente le estaba demasiado ajustada.

—Solo quería que supiese que he visto el informe completo del responsable de la escena del crimen —bajó la voz—. Vamos a hacer un arresto mañana.

—Bien —a menos que hubiese pasado algo de lo que no tenía conocimiento, se hacía una idea de a quién iban a arrestar—. Me gustaría estar presente.

Su mirada decía que estaba esperando esa reacción.

—Veré cómo puedo organizado —dijo.

Le dijo que se lo agradecía.

—¿Qué hay de la gente del coche?

—Bueno, sabemos que estamos buscando en el lugar adecuado.

—Una guerra de pandillas.

—No exactamente. Localizamos al propietario del Cavalier robado cuando intentó hacer una reclamación al seguro. No quería contarnos mucho.

—Menuda sorpresa.

—Pero le convencimos para que viniese y echase un vistazo a los cuerpos de los chicos a los que dispararon.

Helen asintió. Sabía que los agentes de policía podían ser más persuasivos de lo normal cuando se trataba de coger a alguien que había matado a uno de los suyos.

—Identificó a dos de ellos como parte del grupo que le había mangado el coche. Así que, como le decía, vamos en la dirección adecuada.

—¿Pero...?

—No es una guerra de pandillas. O si lo es, es bastante desigual. Así que no sabemos quién está matando a esos críos, pero estamos bastante seguros de que eran... los críos correctos —se encogió de hombros—. En cualquier caso, no es buen momento. Solo quería informarle de que nos estamos acercando... y decirle que lo siento —movió el recordatorio entre los dedos—. Y... buena suerte.

—¿Tiene hijos? —preguntó Helen.

—Uno en camino —dijo Thorne—. No tan avanzado como el suyo, pero... en camino.

—Bueno, que tenga mucha suerte usted también.

Ya se estaba dando la vuelta para marcharse, sonriendo al padre de Helen, que pasaba a su lado en dirección contraria, camino del coche.

—¿Quién era ese?

—Un amigo de Paul —dijo Helen.

Su padre le sujetó la puerta y ella se metió dentro junto a los padres de Paul. Su padre, el último en entrar, se sentó frente a ella, apartando rápidamente la chaqueta para que el de la funeraria pudiese cerrar la puerta. Se inclinó y le dio unas palmaditas a Helen en la pierna, le preguntó cómo lo estaba llevando.

Estaban de vuelta en la casa sobre las cuatro. El padre de Paul abrió las puertas del salón que daban al patio mientras Caroline y unas amigas sacaban la comida. Los sándwiches estaban en bandejas del Marks & Spencer. Había pollo frío y ensalada de pasta, pasteles y bayas variadas.

—No hay pinchos de salchicha —dijo su padre.

Helen se sentó en un sofá donde no daba el sol y habló con Gary Kelly, que se apoyó en el brazo, intentando sujetar un plato de papel y un vaso. Ella le dijo lo bien que había leído.

—Olvidé un verso —dijo.

—Nadie se dio cuenta.

—Quería que fuese perfecto.

Le recordó lo de la guitarra de Paul y le dijo que se pasase a recogerla cuando quisiese.

—Estábamos cantando aquella noche —dijo—. Los Rolling Stones a grito pelado. La mujer de la parada de autobús nos dijo que nos callásemos.

—Esa solía ser mi reacción cada vez que Paul se ponía a cantar —dijo Helen. Observó a Kelly mientras volvía a la mesa para rellenar su vaso. Parecía no poder alejarse demasiado de la bebida, y no podía culparle por ello.

No estuvo sola mucho tiempo. Había unas treinta personas en la casa, y no contó demasiadas que no se acercasen al menos una vez para preguntar si necesitaba algo. Si podían hacer algo. Normalmente solo pedía un poco más de agua u otro sándwich.

Jenny y Tim se acercaron después de una hora o así para decirle que se marchaban. Había una canguro de la que encargarse. Helen le contó a su hermana lo atento que había estado todo el mundo y lo agotador que se estaba volviendo.

—La gente solo está siendo agradable —dijo Jenny.

—Supongo que sí.

Jenny se agachó para darle un beso a su hermana.

—Te cabrearías si todo el mundo te ignorase.

—Pero es raro —dijo Helen—, ni una sola persona menciona... ya sabes qué —señaló con gesto melodramático el bulto de debajo de su vestido—. No creo que no lo hayan notado. Sé que se supone que el negro estiliza, pero esto es ridículo.

Cuando su hermana se hubo ido, Helen se quedó sentada, devolviendo sonrisas hasta que empezó a dolerle la cara, luego salió al patio. Encontró al padre de Paul sentado en un murete bajo, fumando. Parecía que no quería que nadie le viera.

—Paul solía hacer eso —dijo ella—. Se escabullía al balcón. Como si yo no lo supiese.

El padre de Paul dio una larga calada.

—Las mujeres siempre lo sabéis todo —y otra—. No podemos ocultaros nada.

—Ya.

—Claro que él era un cabrón taimado, incluso de niño —sonrió con tristeza a



través del humo, recordando—. Nunca sabías qué tramaba.

El viejo no pareció querer decir mucho más después de eso, así que Helen dio vueltas por el jardín durante veinte minutos, hasta que empezaron a dolerle las piernas y tuvo que volver dentro para utilizar el servicio. Después se sentó junto a la puerta, dando las gracias a la gente cuando empezaron a marcharse. Tras un rato, logró desconectar, poner la cara adecuada mientras pensaba en lo que Deering le había contado y en lo que Thorne había dicho al salir de la capilla.

Ahora sabía que el allanamiento de la noche anterior no había sido un robo corriente, y era una apuesta bastante segura pensar que los chicos que iban en aquel Cavalier cuando mataron a Paul no habían actuado solos. Ahora alguien los estaba matando. Quizá la persona que les había contratado quisiese asegurarse de que nunca se lo contarían a nadie.

—Que Dios te bendiga, bonita.

—Gracias.

Se preguntó si quienes estaban investigando la muerte de Paul estaban empezando a encajar las piezas por sí mismos. O si ella sabía más que ellos.

—Pensaremos en ti.

—Lo sé. Gracias.

Tras consultarlo con su padre, informó a la madre de Paul de que estaba lista para volver a casa. No iba a ser una fuga fácil.

—Habíamos dado por hecho que querías quedarte.

—Sé que ya tenéis la casa llena.

—No pasa nada, de verdad. Hemos preparado camas para ti y para tu padre.

—Deberíamos volver —dijo Helen—. Creo que debo estar cerca de casa, ¿sabes?

—Esta también es tu casa, Helen.

—Aun así...

En la puerta, Caroline Hopwood la abrazó y le dijo que quería hacer todo lo que estuviese en su mano para ayudarla a criar a su nieto. Sería maravilloso que fuese niño, dijo. No tenía ningún nieto. Helen le prometió avisarla en cuanto hubiese alguna novedad y, cuando su padre arrancó el coche, dijo adiós con la mano por la ventanilla todo el camino hasta que hubieron doblado la primera esquina.

Pasaba de las nueve cuando llegaron a Tulse Hill y, aunque todavía hacía sol fuera, el piso parecía frío. Helen estaba exhausta, pero no fue del todo consciente de cuánto hasta que se hubo despedido de su padre y estuvo a punto de desplomarse al cruzar la puerta principal. Se preparó un té y se quitó el vestido y las medias. Se sentó en el balcón con la bata e intentó dejar que las cosas se asentasen.

—¿Taimado incluso de niño, Hopwood?

Se preguntó cuánto tardaría en dejar de hablarle. Si pasaría antes de que dejase de ver su cara con claridad.

Dentro, sacó el recordatorio del bolso y alisó el pliegue que recorría su foto en la

parte de atrás. Al final, la música que había elegido la madre de Paul había sido agradable, pero Helen seguía enfadada consigo misma por no plantarle un poco más de cara.

Preocupada porque pareciese que no le importaba.

Buscó entre los viejos discos de Queen de Paul hasta que encontró la canción que quería. *Who wants to live forever?* seguía sonando en el modo de repetición quince minutos más tarde, cuando se metió en la cama.

Se quedó allí acostada mientras oscurecía, escuchando la música y deseando poder comentar el día con Paul. Poder reírse juntos de ello. Deseando que todavía hubiera sido así entre ellos antes de su muerte. Deseando hacerse un ovillo, destrozar cosas, herir a quien la había hecho sentirse así. A quien había excavado aquel agujero en medio de su ser. Se quedó allí acostada, y las patadas en su interior eran como pequeños gritos.

Salía de cuentas en dos días.

## Treinta y cuatro

—Me pareció bonito —dijo Laura.

—Suelen ser... bonitos, ¿no? —Frank había llevado una bandeja con las cosas del desayuno al jardín de invierno. Hacía una mañana preciosa y le gustaba mirar el jardín mientras comía y hojeaba un par de periódicos—. Pero lo «bonito» es tan... *seguro* —dijo—. ¿No crees?

—A la gente le gusta sentirse segura cuando acaba de perder a alguien. ¿De qué otro modo te gustaría que se sintiesen?

—Solo por una vez, me gustaría ver un funeral que diga algo de la persona que ha muerto, ¿sabes? Que te cuente un poco de cómo era realmente.

—A mí me pareció que lo que dijo aquel agente de policía era muy conmovedor, y las lecturas...

—Sí, fue bonito, ya lo sé —Frank sacudió la cabeza—. Ese poli probablemente dijo lo mismo que dice en todos los funerales. No me malinterpretes, no quiero decir que la gente debería ponerse a bailar o contar chistes o algo así, pero debería haber un poco más de... celebración o lo que sea. Y un poco menos de Dios metiendo las narices tampoco estaría mal.

Laura sonrió.

—A mí también me gusta todo eso.

—Paul no tenía nada de religioso, y su novia tampoco me parece ninguna beata, así que, ¿qué sentido tiene? —Dio un mordisco a su tostada y se reclinó en la silla—. Paul habría odiado todo aquello. Se habría sentado allí riéndose del vicario o intentando no dormirse.

—Creo que alguien se ha levantado con el pie izquierdo.

—Sí, no he pasado buena noche —miró más allá de donde estaba ella, al césped. El jardín tenía buen aspecto, aunque tenía que decirle al vago que lo arreglaba que fuese más cuidadoso por los bordes—. Voy a echarle muchísimo de menos, eso es todo. A mi edad, necesito a todos los amigos que tengo.

—No eres viejo, Frank.

—A veces siento que lo soy.

—Por supuesto que vas a echarle de menos —dijo Laura—. Yo también.

—Habría sido estupendo si lo de ayer fuese un poco más sobre él, es lo único que digo. Sobre su personalidad, ¿sabes? —Se quitó unas migas de la camisa y las echó en el plato—. A lo mejor me estoy volviendo raro con la edad.

Ella se acercó y se sentó a su lado.

—A lo mejor has estado en demasiados funerales.

La sucursal del Workz de Clapham probablemente era muy similar a todos los demás gimnasios y clubes de salud de lujo que había en la ciudad: metal cromado, acero y

cristales ahumados; toallas súper esponjosas y artículos de aseo repipis; una elevada cuota anual que suponía un buen incentivo para acudir dos veces por semana durante unos meses, hasta que te dabas cuenta de que la vida es demasiado corta para perder el tiempo en una máquina de remo.

Helen se sentó en una esquina del bar de ensaladas y batidos, hojeando un folleto mientras esperaba. Había estado hablando por teléfono desde antes de las siete, organizando las cosas, y se sentía bien por tener el día programado ya. Esta sería una buena forma de empezarlo.

Vio a Sarah Ruston bajar las escaleras del vestuario femenino; la vio dejar una bolsa en una silla y acercarse a la barra para pedir algo. Llevaba el pelo recogido, húmedo y vestía un elegante chándal negro con vivos rojos. Su cara parecía haber mejorado mucho, incluso desde cierta distancia, aunque todavía llevaba el brazo en cabestrillo. Pero tenía bastante buen aspecto, dadas las circunstancias.

Ruston se dio la vuelta, chupando la pajita de su bebida, y vio a Helen levantarse y saludarla con la mano. Abrió los ojos de par en par y, tras unos segundos, recogió su bolsa y se acercó.

—¿Qué está...? —Miró su reloj—. No tengo mucho tiempo, me temo. Tengo que reunirme con Patrick.

—Está bien —dijo Helen—. Yo solo tengo un par de minutos.

Ruston se sentó en el borde de una silla. Mantuvo los ojos bajos y se fijó en el folleto de encima de la mesa.

—¿Está pensando en apuntarse?

—Bueno, estaría bien recuperar la forma en cuanto me deshaga de esto —Helen sonrió—. Pero por seiscientas libras al año, creo que me limitaré a tratar de caminar un poco más. A lo mejor tiro la casa por la ventana y me compro un vídeo de ejercicios.

—Sí, es un poco excesivo —dijo Ruston—. Yo no me molestaría, pero la suscripción viene con el puesto. Hay uno de estos cerca de la oficina y podemos utilizarlos todos, así que...

—¿Por qué no?

—¿Por qué no?

—Pero es usted un poco impaciente, ¿no? —Helen indicó el cabestrillo con la cabeza.

Ruston intentó sonreír y levantó el brazo.

—En realidad, me lo quité mientras entrenaba, y solo he hecho una hora de cinta. Probablemente me libre de él para siempre la semana que viene.

—Aun así.

Ruston dio un trago a su zumo.

—A mí siempre me parece extraño —dijo Helen—, venir a un sitio como este, sudar como una cerda e intentar mantener un cuerpo bonito cuando lo estás llenando de mierda el resto del tiempo —buscó una reacción—. ¿Qué es? ¿Pasta base? Coca

también, imagino.

—¿Perdone?

—Quiero decir que no se le ocurriría bajarse de la cinta y meterse en una pastelería, ¿no? No tiene ningún sentido —una empleada con una bata blanca ajustada se acercó a la mesa. Ruston levantó la vista, expectante, pero Helen no le prestó atención a la mujer—. Aunque yo diría que es rebajarse un poco eso de irse hasta Lewisham para comprar el material. ¿No había ningún agradable chico de la City vestido de Armani que pudiese proveerla?

La sangre había abandonado rápidamente la cara de Ruston; los moretones casi descoloridos parecían un poco más pálidos repentinamente.

—Debía de deberles mucho —dijo Helen—. Es decir, tienes que tener a alguien bien pillado para conseguir que haga lo que usted hizo. Algo así. O tal vez estaba tan hasta arriba que ni siquiera se lo pensó...

Ruston lloró durante casi un minuto. Se presionó los ojos con las palmas de las manos y mantuvo la cabeza baja; no hizo demasiado ruido. Helen la observó y le encantó.

—No necesito oír ninguna historia lacrimógena —dijo cuando Ruston levantó la vista por fin—. Ya sabe, antes de que empiece a malgastar saliva. Teniendo en cuenta dónde estuve ayer, creo que no soy la persona adecuada para que lo intente, ¿no cree?

Dejaría que le sacasen todos los detalles luego, en una sala de interrogatorios, pero Helen podía aventurar una buena hipótesis. Una ambiciosa profesional de la City con un estilo de vida difícil de mantener y un hábito muy caro. Tarjetas de crédito agotadas y deudas acumulándose, hasta que al proveedor al que le debes un montón de dinero se le ocurre una forma novelesca de que le pagues tus deudas. La preciosa casa de la esquina probablemente estaba hipotecada hasta el techo, a menos que la media naranja mayor y más rica se ocupase de ella.

En ese momento, Helen se preguntó cuánto sabía Patrick.

—No tenía elección —dijo Ruston.

Helen habría sido capaz de saltar por encima de la mesa y abalanzarse sobre ella, decirle que, normalmente, la elección entre pagar una factura y matar a alguien debería hacer que una persona se parase a pensar. Hubiera sido capaz de meterle cada palabra en la cabeza a puñetazos.

—Amenazaron con hacerle daño a mi familia.

—¿Qué cree que le hizo usted a la mía?

Ahora Ruston luchaba por hablar por encima de sus sollozos, agarrándose al brazo de la silla y sacudiendo la cabeza, limpiándose los mocos con la manga.

—No sabía que iban a matar a alguien. No me dijeron nada. Solo me enseñaron dónde... a qué velocidad conducir... yo no sabía quién... era...

—¿Quién era el objetivo? —Ruston abrió la boca, pero lo único que salió de ella fue un gemido rasgado, como una uña sobre una pizarra—. Cuando empotras tu coche contra una persona, suele hacer un montón de daño.

—Lo lamento...

—Va a lamentarlo.

Helen se levantó y rodeó la mesa al ver a Patrick cruzando el recibidor tan campante hacia ellas. Se inclinó y agarró con firmeza el hombro lesionado de Ruston; lo dijo suavemente y con calma, para que Ruston supiese que decía en serio cada palabra.

—Ojalá te hubieses roto el cuello.

Si Patrick se sorprendió algo al verla, no lo demostró. Agitó el pulgar hacia la entrada.

—¿A qué viene todo ese barullo? Hay dos coches de policía fuera.

—Puede que Sarah vaya a estar ocupada un rato —dijo Helen. Vio a dos agentes en la zona de recepción, blandiendo sus placas ante la mujer de detrás del mostrador. Un par más estaban entrando, empujando las puertas de cristal. Les dio las gracias al salir.

Se paró delante de Patrick antes de irse.

—Solo para que lo sepa. Me importa una mierda su BMW.

Theo se llevó su plato a una mesa de la esquina, luego volvió a buscar un par de tabloides que alguien había leído y dejado en el mostrador. Con eso mataría quizá media hora. Imaginó que así debía de ser quedarse sin trabajo, salvo que no había habido aviso previo, y ser despedido no solía implicar preguntarse cuándo ibas a acabar con una bala en la cabeza.

Todo se había derrumbado desde que habían encontrado los cuerpos en el piso franco. La policía había destrozado el sitio y los perros se había vuelto locos. Ahora no era más que otro piso vacío en el bloque. Todo el negocio se había parado en seco, los clientes compraban en otro sitio y todos los de la pandilla andaban por las esquinas preguntándose qué iba a pasar; cuándo les iba a decir alguien qué hacer a continuación.

Unos días antes, Easy parecía tenerlo todo organizado; lo había preparado todo y reorganizado las existencias y la venta. Pero Theo no le había visto desde el sábado por la noche. Nadie le había visto. Lo cierto era que estaba empezando a hartarse de que los demás le preguntasen qué estaba haciendo Easy y dónde estaba.

Theo le había llamado un montón de veces, pero el móvil de Easy estaba apagado o se había quedado sin batería.

O lo que fuese.

Seguían saliendo cosas sobre los asesinatos en las portadas, pero nada que no hubiese visto antes. Parecía que solo estaban repitiendo viejas historias para mantener las ventas, mientras esperaban la siguiente conteniendo el aliento. Como si supiesen que habría una siguiente. Pensó en cómo se le había ido la olla a Easy fuera del bar; cómo había estado a punto de darles otro cadáver con el que ponerse como locos.

Theo había bajado al Dirty South el domingo por la mañana y había buscado

sangre en la parte de atrás. No había encontrado nada y se había sentido aliviado al pensar que Easy parecía haberse conformado con enseñar su navaja y acojonar al tipo. También había visto todos los informativos, por si acaso, y no habían mencionado nada, cosa que era buena. Tampoco era que una puñalada fuese a convertirse en una mega historia, ya no, pero aun así.

Lo único que podía hacer ahora era sentarse y mantenerse a salvo, mantener a salvo a todos los que le rodeaban, hasta que alguien le dijese qué hacer a continuación.

Pasó las páginas lentamente mientras comía, con un ojo en la puerta, como hacía siempre, sintiendo el peso de la pistola que se había llevado del piso franco en el bolsillo. La que Sugar Boy no había sido lo bastante rápido para coger.

Dejó de masticar, dejó de respirar durante unos segundos al ver la foto. Y el titular que había encima: El dolor de la viuda embarazada del poli.

Tenía la cara constreñida y la boca abierta, como si estuviese gritando, pero sabía que era la mujer con la que había hablado hacía una semana o así. Le había sorprendido lo que pesaba al levantarla. La mujer del Fiesta azul y los huevos rotos.

Theo leyó el artículo, pero no lo asimiló realmente. La había ayudado y ella le había dado las gracias por ello. Dios, hasta había dicho algo en el aparcamiento, una broma sobre ponerle su nombre al niño...

Recordó el ruido del BMW al chocar. Lo sintió. El metal y los cristales, y el golpe sordo mientras se alejaban y él intentaba mirar atrás a través de la lluvia.

«—*Probablemente sería un nombre tan bueno como cualquier otro*».

Se quedó mirando fijamente la foto y dejó que se le enfriase el desayuno. El titular decía «dolor», pero a él no se lo parecía.

Tenía cara de querer matar a alguien.

## Treinta y cinco

Helen miró las dos cámaras de CCTV que había en cada esquina del tejado mientras esperaba en la puerta de entrada. Había visto más en las cancelas por donde había entrado y se preguntó si la había estado viendo mientras se acercaba. En realidad, no era ninguna sorpresa que un hombre así fuese cuidadoso. Tenía mucho que proteger, y probablemente había bastante gente que se alegraría de verle perderlo todo.

Aunque, por otra parte, también debía de tener a bastante gente de su lado; gente que podía advertirle de cualquier peligro u obtener información cuando otros se esforzaban por conseguirla. Una red. Y sus propios métodos para conseguir que la gente hiciese algo de ruido cuando una investigación oficial se daba de bruces contra un muro de silencio.

La idea de que quien estuviese detrás de la muerte de Paul también era responsable de los tiroteos no tenía sentido. Si estabas intentando proteger tu culo, ¿por qué montar algo que iba a exigir librarte de toda una banda después? De modo que, una vez eliminado de la foto quien hubiese utilizado a los chicos del coche para hacerle el trabajo sucio, no había sido muy difícil.

No había precisamente muchos más candidatos.

Helen había llamado temprano a Jeff Moody, después de varias conversaciones con la Brigada de Homicidios para organizar su cita en el Workz. Al mencionar a Frank Linnell, él le había asegurado que todavía estaba haciendo indagaciones, comprobando la naturaleza exacta de su relación con Paul.

—Creo que podré descubrir un poco más por mí misma —había dicho ella.

—No estoy seguro de que sea buena idea.

—Abandoné las buenas ideas hace semanas —dijo Helen.

Esta vez no había habido problema para preguntar la dirección de Linnell.

El recibidor le recordó al vestíbulo de un hotel exclusivo, con una gran extensión de mármol marrón vetado y una exagerada lámpara de araña. Había óleos en las paredes y una amplia escalera curvada que ascendía tres, tal vez cuatro pisos o más. Unos cuantos millones, pensó Helen.

Linnell la condujo hasta una cocina que hacía que la de Jenny se pareciese a la suya. Se sentó a la mesa y le observó mientras preparaba un poco de té. Le sorprendió ver que no parecía haber personal interno, que no parecía haber nadie más en la casa.

—Tienes un aspecto fantástico esta mañana —le dijo—. Teniendo en cuenta la noche que habrás tenido. Yo no dormí mucho, si te digo la verdad. Es duro, ¿verdad?, seguir adelante como si nada hubiera pasado.

—Supongo que sí —Helen se quedó mirando su espalda mientras él echaba leche y removía. Lo estaba haciendo otra vez, hablarle como si su relación con Paul significase tanto como la suya.

—Pero al final no nos queda más remedio, ¿no? —Llevó las tazas y le preguntó si quería galletas. Dijo que la mujer que se encargaba de la cocina hacía las mejores



galletas, si le apetecían.

Helen ya había comido y había vomitado dos veces.

—Lo hiciste bien ayer —dijo—. Demostraste mucha fuerza, si no te molesta que te lo diga. Más que la mayoría de nosotros, en cualquier caso. Hubo algunas lágrimas, ya te digo.

Helen tomó un sorbo de té hirviendo, y disfrutó la quemazón. No quería hablar de minucias sobre el funeral, en realidad no quería hablar de nada de lo que no tuviese que hablar. Quería abordar la cuestión.

—¿Has oído hablar de esos tiroteos de Lewisham?

Él asintió, envolviendo la taza con las manos.

—No se puede ignorar, está todo el rato en las noticias.

—Cuatro asesinatos en casi dos semanas —dijo ella.

—Doce días.

—Me fío de tu palabra.

—Hay que hacer algo —dijo Linnell—. No solo vosotros. Gente mejor situada... Resolver el lío —meneó la cabeza—. No quiero parecer insensible, pero me pone un poco enfermo, ¿sabes a qué me refiero? Entierras a alguien como Paul, cuando hay gente por ahí haciendo eso, como si la vida no valiese lo que cuesta una comida para llevar. Te hace querer levantar las manos...

Parecía decirlo en serio. Tal vez los tipos como Frank Linnell pudiesen hacerlo, pensó, disociar sus propias acciones de las de los demás, por terribles que fuesen. O tal vez se hubiese enfrentado a situaciones como aquella desde su nacimiento.

—Eran los chicos del coche —dijo—. Los que mataron. Eran los que iban en el Cavalier cuando mataron a Paul.

Linnell no se esforzó demasiado por parecer sorprendido.

—Difícilmente se les puede considerar chicos.

—El más joven tenía catorce años.

Él se encogió de hombros.

—¿No crees que renuncias a cualquier tipo de compasión cuando te ganas la vida como ellos lo hacían? ¿Cuando empiezas a llevar pistola?

—¿Tú sí?

—Mira, comprenderás que no me afecte. Deberías comprenderlo, en cualquier caso.

—¿Debería?

—¿No hubo ni una pequeña parte de ti que se alegrase al descubrirlo?

Helen no pudo sostenerle la mirada y sus ojos se desviaron hacia el aparador de la esquina. Encima había una docena de fotos o más en marcos de colores brillantes: una instantánea en blanco y negro de una mujer mayor con un bebé; una foto más reciente de una mujer distinta, de pie junto a una chica joven; el propio Linnell posando con varios hombres trajeados. Y varias fotos de una mujer joven. Era excepcionalmente hermosa, con el pelo largo, castaño, unos ojos enormes y una

sonrisa que daba a entender que no acababa de aceptarlo. Helen sabía muy poco de la vida privada de Linnell y se preguntó si sería su hija.

Linnell se giró y siguió su mirada.

—Tengo un par de Paul por alguna parte, si te apetece verlas.

—No, gracias.

Ambos dejaron de mirar las fotos.

—Mira, sé por qué estás tan cabreada —dijo él.

—¿Ah sí? —¿Tienes la menor idea?, pensó Helen. ¿Puedes entender por un segundo que fuese lo que fuese lo que habían hecho los chicos que iban en aquel coche, formasen parte de lo que formasen, no se merecían lo que les hiciste? ¿De verdad crees que lo que has estado haciendo está justificado o que es, en algún sentido, egoísta y retorcido, honorable?

—No puedes soportar la idea de que Paul decidiese pasar tiempo con alguien como yo.

Helen tragó saliva.

—Lo que Paul hiciese era asunto suyo.

—No estoy diciendo que te culpe por ello.

—No estoy aquí para hablar de Paul.

—Entiendo que has descubierto lo que estaba haciendo —esperó, pero Helen no dijo nada—. Lo que significa que también estás profundamente cabreada por el hecho de que me lo contase a mí y a ti no.

—¿Por qué crees que lo hizo? —Estaba decidida a mantener la calma, pero estaba levantando la voz—. Te lo contó porque eras parte de la operación. Esperaba que le fueses de utilidad, eso es todo.

—Si eso es lo que prefieres creer, vale. Pero si escuchas, te sentirás mucho mejor.

—No necesito que tú me hagas sentir mejor.

—Yo era la única persona en la que podía confiar —dijo Linnell—. Piénsalo. ¿A quién se lo voy a contar yo? Cree lo que quieras, pero yo no pago a un solo poli por nada, y si lo que Paul estaba haciendo le causaba algún problema a alguno de mis competidores que sí lo hace, tanto mejor. Sí, acudió a mí justo al final para que le echase una mano, cosa que, créeme, ojalá hubiera hecho, pero ahí se quedó la cosa —estaba manoseando su cadena de oro otra vez, envolviéndosela en el dedo—. Creo que necesitaba contárselo a alguien, ¿sabes? Creo que le estaba afectando un poco. Y realmente no podía contárselo a nadie más.

Hubo cierto alivio, una bien recibida dosis de comprensión, pero la sensación se evaporó rápidamente y le dejó mal sabor de boca. Helen no podía digerir la idea de que lo que Linnell le estaba contando debía servirle de consuelo, al igual que no podía soportar pensar que era posible que no le pillasen por vengarse de los chicos que iban en aquel coche.

Pero ella no podía hacer gran cosa al respecto.

—¿Entonces, no sabes nada de esos tiroteos?

—¿Aparte de lo que me acabas de contar, quieres decir?

—Y lo que has visto en las noticias, por supuesto.

Él se terminó el resto de su té y sonrió.

—La verdad es que no sé qué esperas que te cuente, Helen.

Cuando echó su silla hacia atrás, Linnell se puso en pie y estiró una mano para ayudarlo, chasqueando la lengua tranquilamente, como si le hubiese decepcionado, como si pensase que estaba siendo maleducada. Le preguntó si estaba segura de que no quería un poco de tarta, le dijo que estaría encantado de envolverle un trozo para que se lo llevase.

Abrió la nevera, pero Helen siguió andando.

Theo lo había oído en la voz de su madre cuando le había llamado, y pudo verlo en su cara al entrar. Cuando se levantó del sofá y se acercó para abrazarle.

—¿Te has tomado una copa?

—Unas cuantas.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué tiene que pasar algo?

—No es domingo —dijo Theo.

Se sentaron en la mesa del comedor. Ella no le ofreció nada ni le preguntó si ya había comido algo. Se sacó las gafas y se frotó los ojos.

—¿Está bien Angela?

Ella le miró como si la pregunta fuese ridícula.

—Angela está en la escuela.

—Estabas haciendo que me preocupase, eso es todo —sonrió, pero tenía la impresión de que no le iba a apetecer hacerlo por mucho más tiempo.

—¿Estás preocupado? —Había un raro y feroz destello de ira en los ojos de su madre.

—¿Qué?

—¿Estás preocupado desde hace cuánto? ¿Desde que cruzaste esa puerta hace dos minutos? —La bebida hacía que su acento fuese más cerrado, que sus palabras se alargasen y adquiriesen cierta cadencia—. ¿Quieres saber lo que es preocuparse todo el tiempo?

Theo chistó y desvió la mirada, pensando que su madre no tenía ni idea.

—¿Preocuparte tanto que no puedes dormir? ¿Estar tan preocupada por uno de tus hijos que no te queda tiempo para pensar en el otro?

—Venga, Mamá...

—Venga, nada —sacudió la cabeza lentamente y se puso de pie—. No quiero pelearme contigo, Theodore —cruzó la habitación y cogió su bolso del sofá—. No pretendía enfadarme contigo.

—No pasa nada.

—No debería haber abierto esa botella.

—De vez en cuando no hace daño.

Llevó su bolso a la mesa y se sentó.

—Creo que te preocupas más si tienes hijos tarde, como nosotros. Piensas que no vas a estar tanto tiempo para ayudarles, ¿sabes?

—Lo sé.

—Por supuesto, resultó que teníamos razón en el caso de tu padre.

Theo se preguntó por un segundo si había estado tan pillado con todo que había olvidado alguna fecha importante: el cumpleaños de su padre o el aniversario de su muerte. Pero faltaban meses para ambas.

—Siempre me decía que eres demasiado listo —dijo ella—. Se sentaba ahí y decía que tú eras el inteligente, que evidentemente lo habías heredado de su lado de la familia.

—Sí, a mí también me lo decía.

Ella sonrió, luego un suspiro se abrió paso a través de la sonrisa.

—Demasiado listo para verte envuelto en alguna estupidez, decía. Para meterte en problemas —hizo una pausa y jugueteó con el cierre de su bolso—. No había nadie con mejor corazón o más trabajador que él —dijo—, pero a veces no veía una mierda —hizo una pausa y miró a Theo.

Theo miró la mesa. No podía recordar la última vez que la había oído decir algo así sobre su padre.

—Pero yo sí —dijo ella—. Claro que habría que estar ciega para no ver lo que está pasando por aquí. O imbécil. Sabes que no soy ninguna de las dos cosas, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé...

Ella levantó un dedo para callarle.

—Así que... —Abrió su bolso y sacó una libretita azul plastificada. La empujó por encima de la mesa.

Theo la abrió.

—¿Qué es esto? —Aunque era bastante obvio: el logo de la caja de ahorros en la cubierta, la lista de ingresos en cada página.

—Podríais marcharos —dijo ella—. Tú, Javine y Benjamín —señaló la libreta que Theo tenía entre las manos—. No es mucho, un poco menos de mil novecientas libras, pero es suficiente para llegar a algún sitio. Suficiente para cuidaros hasta que encontréis algo.

Theo le devolvió la libreta.

—Creo que deberías limitarte a beber los domingos, ¿vale?

Ella ni siquiera la miró.

Él recorrió las páginas; los ingresos se habían realizado cada dos semanas sin excepción. Tenía la boca seca y los dedos sudorosos sobre el plástico. Todavía tenía la pistola en el bolsillo.

—Podríamos irnos todos —dijo.

Hannah Shirley negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —Se inclinó sobre la mesa—. Como hicimos la última vez.

—Yo no quiero irme —dijo ella—. Aquí tengo montones de amistades y ahora Angela también tiene las suyas. No es como cuando nos mudamos la última vez. No quiero desarraigarla.

Theo recordó lo que su madre había dicho hacía unos minutos: había derrochado toda su preocupación en él y sabía que su hermana se merecía un poco.

—No te puedes permitir darme esto —le dijo.

Ella hizo una mueca, fingiendo estar ofendida.

—No soy una vieja inútil, ¿sabes? Tengo cincuenta y un años. Todavía recibo la pensión de tu padre del Transporte de Londres y puedo buscarme un trabajo a tiempo parcial hasta que tu hermana termine la escuela. Me gustaría hacerlo. Trabajar en una tienda o algo. Estaría bien salir un poco más de casa, si te digo la verdad. Se me da bien tratar con la gente, ¿sabes?

—Ya lo sé.

—Y tú —le señaló— tienes que cuidar de tu propia familia un poco más. —Se reclinó en la silla y le miró fijamente durante unos segundos, luego lanzó los brazos al aire, como si todo hubiese sido una tontería; una agradable discusión hipotética—. En cualquier caso, solo son palabras —sonrió y tocó con una mano una de las de Theo—. Es el alcohol el que habla.

Theo asintió.

—Vale.

—Muy bien. Voy a preparar un poco de té...

Cuando se hubo ido a la cocina, Theo examinó la libreta de ahorros que su madre había dejado en la mesa. Algunas de las cantidades eran casi ridículamente pequeñas, un par de libras, pero habían sido ingresadas cada quincena y la lista de ingresos ocupaba muchas páginas.

Theo sintió que las lágrimas se acumulaban y empezaban a brotar. Se las enjugó, levantó la vista y vio a su madre observándole desde la puerta de la cocina.

—Tampoco tengas miedo de hacer eso —dijo—. Tu padre nunca lo hacía; era de esa clase de hombres. Incluso cuando estaba enfermo, yo era la que tenía que llorar por los dos —se apoyó en el marco de la puerta—. La única vez que le recuerdo llorando fue cuando Inglaterra le ganó a las Indias Occidentales...

Laura bajó unos minutos después de que Helen se fuese y se sentó en el último escalón.

—Os he oído discutir —dijo.

—No realmente. —Frank recorrió lentamente el recibidor—. Solo se excitó un poco, nada más. No puedes culparla por estar alterada.

—No sé cómo lo hace —dijo Laura—. Cómo puede andar por ahí, ver gente y seguir adelante con las cosas. Creo que yo me limitaría a acurrucarme en una esquina.

—Sí, desde luego es fuerte. Claro que va a tener que serlo.

Luego le preguntó a Laura qué debía hacer. Si debía ayudar a Helen contándole lo que sabía. No le contó cómo lo sabía, por razones obvias, pero, incluso cuando le estaba haciendo la pregunta, sabía que probablemente se estaba engañando a sí mismo. Laura siempre lograba leer su mente, saber lo que había hecho o lo que estaba pensando hacer; pero aun así, se calló los porqués y las explicaciones. Solo era algo que había averiguado y quería saber si ella creía que debía informar a la novia de Paul al respecto. Así de sencillo.

—¿Quieres hacerlo porque te sientes culpable?

Tenía razón: se estaba engañando a sí mismo.

—No seas boba. Es solo que, teniendo en cuenta de qué se trata, me parece la forma correcta de hacer las cosas. Me parece... lo adecuado, ¿sabes?

Laura seguía allí sentada, mordiéndose una uña y Frank fue a buscar una Coca Cola Light a la cocina. Cuando volvió, ella estaba de pie en el rellano de la primera planta, de vuelta arriba.

Se inclinó sobre el pasamanos.

—Sí —dijo—. Es lo correcto.

Había un reluciente «5» rojo en el contestador de Helen cuando volvió al piso.

Jenny, su padre y Roger Deering habían llamado todos para ver cómo estaba, cada uno diciéndole que les llamase si necesitaba algo. Gary Kelly quería fijar un momento para pasarse a recoger la guitarra de Paul.

El autor de la quinta llamada no se había identificado.

Escuchó el mensaje por segunda vez, intentado identificar una voz que reconocía pero no lograba situar; luego por tercera vez, en cuanto hubo cogido bolígrafo y papel para apuntar la información relevante.

La dirección, el nombre del hombre con quien debía reunirse, lo que debería ver.

Sabía que el sitio estaría abierto hasta tarde, pero no había forma de que pudiese reunir la energía necesaria para volver a salir esta noche. Ya se sentía tan agotada como después de la semana más jodida en el trabajo. Decidió intentar dormir bien toda la noche e ir por la mañana.

Al salir de cuentas al día siguiente, Helen sabía lo que Jenny y su padre tendrían que decir al respecto, y bien podían tener razón. Lo había utilizado de excusa con la madre de Paul, pero sabía que probablemente era más sensato estar cerca de casa.

Volvió a escuchar el mensaje, pero seguía sin poder identificar la voz. Si el bebé decidía ser puntual, tampoco iban a faltarle hospitales. Y no había tardado mucho en llegar a Lewisham la última vez.

## Treinta y seis

Helen llegó al club no más de media hora después de que abriese, pero el hombre que le habían dicho que buscarse ya estaba allí, y exactamente donde le habían dicho que estaría. Estaba sentado en la barra, encorvado sobre una taza de té y un plato con tostadas y, cuando Helen se acercó, vio que estaba estudiando las páginas de apuestas del *Sun*, rodeando sus selecciones con un rotulador azul entre bocado y bocado.

No parecía haber nadie más en el local.

A Jacky el *Billares* no le agradó que le interrumpiesen, pero cuando Helen le enseñó su placa y le dijo de qué quería hablar, su actitud cambió. Parecía sorprendido. Interesado.

—¿Cómo se enteró de eso, entonces?

—Eso no importa.

El *Billares* se encogió de hombros, dando a entender que probablemente no importase. Arrancó un trozo de tostada e hizo un gesto con lo que quedaba.

—¿Es de verdad? ¿O lleva un cojín ahí metido como disfraz? —Soltó una carcajada entre dientes, enseñando un bocado de tostada empapada y los dientes estropeados.

—No es un cojín —dijo Helen. Indicó con la cabeza las mesas de billar que se extendían en la penumbra detrás de ellos, todavía ocultas bajo unas fundas plateadas remendadas—. Y la verdad es que no me hace gracia la idea de soltarlo sobre una de esas, así que démonos prisa.

El *Billares* se metió el resto de la tostada en la boca y se limpió las manos en las perneras del pantalón.

—Un billete de veinte tiende a acelerar las cosas —dijo.

En cuanto tuvo el dinero metido en el bolsillo de su camisa, le dijo que una de las pandillas de la zona iba por el club, o solía hacerlo, hasta hacía un par de semanas. No había visto a demasiados de ellos desde entonces.

—¿Algún nombre? —preguntó Helen.

—Solo esos motes estúpidos que tienen todos.

—Estoy escuchando.

Mencionó unos cuantos nombres que Helen reconoció del mural que había visto la última vez que había estado en Lewisham. La lista de honor. Confirmaba lo que el llamante anónimo había dicho, y empezó a sentir el nerviosismo acumulándose; dejándola sin aliento.

Y sabía que había más.

—Háblame del hombre del traje —dijo Helen—. Con quién le viste hablar.

El *Billares* estaba empezando a lanzar prolongadas miradas hacia el periódico.

—Vi a un tipo con un traje. Fin de la historia, de verdad.

—Entonces devuélveme esas veinte libras.

El *Billares* suspiró, se giró sobre su silla y señaló las escaleras.

—Bajaban por ahí, como si hubiesen tenido una especie de reunión arriba. Esto fue hace cinco o seis semanas, algo así.

Wave... el del pelo absurdo, el que actuaba como si estuviese al mando, y su matón paquistaní. Y el tipo blanco del traje, que parecía un agente inmobiliario o algo. Con mucho colegueo, dándose las manos y todo eso, y había unos cuantos de los otros por ahí, con pinta de no saber qué estaba pasando.

Helen no se molestó en pedirle una descripción. El hombre que había dejado el mensaje en su contestador había dicho que era demasiado lista para eso.

—¿A quién más le has hablado de esto?

—No sé, a unas cuantas personas. No me acuerdo.

Aunque Helen no hubiese sabido que estaba mintiendo, habría sido evidente por su cara, por la aprensión que había en ella.

—Venga, no me enteré por arte de magia, ¿verdad?

El Billares parecía incómodo, como si ya hubiese dicho más de lo que valían sus veinte libras.

Helen supuso que no importaba demasiado. Desechó con un gesto de la mano su propia pregunta y le dijo que podía retomar sus apuestas en cuanto le dijese dónde estaba el encargado.

—¿Por qué no lo aceptaste?

—No lo necesitamos.

—Por supuesto que no. Podemos pedirselo prestado al banco, ¿verdad? Podemos recurrir a parte de nuestros ahorros, a todo ese dinero que tenemos por ahí escondido. Sí, no hay problema.

Theo sabía, en cuanto había abierto la boca, que era un error. Javine se había agarrado a ello como un *pit-bull*, y había estado machacándole desde entonces, como si hubiese echado a perder una gran oportunidad.

—Solo decía esas cosas, tía —dijo Theo—. Lo de buscarse un trabajo, lo de que está bien y todo eso. Pero tú no le viste la cara.

—Es lo que se supone que hacen los padres. Hacen sacrificios, ¿no?

Theo sacudió la cabeza.

—Sí, cuando eres un crío, cuando no te puedes cuidar por ti mismo. Después, depende de ti. Se supone que tú eres el que tiene que cuidarles a ellos.

Estaban en el salón. Benjamín estaba acostado boca arriba en la esquina, bajo un colorido gimnasio infantil, chillando y moviendo los brazos ante el espejito que colgaba sobre él. Theo estaba sentado en el sofá, mientras que Javine entraba y salía de la cocina, donde estaba preparando un biberón.

—Es solo que es una pena, ¿sabes? —dijo. Se quedó de pie en la puerta, sacudiendo el biberón—. Tener algo en bandeja así y dejarlo pasar. No pasa todo el tiempo.

No le importaba que gritase (podía contestarle a gritos), pero no podía soportar



que utilizase esa voz triste. Como si no quisiese darle importancia pero estuviese decepcionada. Como si no fuese culpa suya haberle fallado.

—Podría haber sido una oportunidad para irnos, eso es todo.

Si se arrepentía de haberle contado que su madre le había ofrecido el dinero, se habría dado una patada a sí mismo por haberle contado por qué. Se había sentido culpable pensando siquiera en irse a algún lugar, en dejar atrás a su madre y a Angela, y era aun peor ahora que su madre lo había planteado abiertamente. Era como si se hubiese dado cuenta de que lo tenía en la cabeza. ¿Era lo que realmente quería o se había ofrecido a ayudar porque se daba cuenta de que él no se atrevía? ¿Que necesitaba que le salvaran, como a un niño pequeño?

Incluso ahora, pensando que sería un error, se sentía egoísta.

Tal vez estuviesen perfectamente sin él. Tampoco era que hubiesen podido contar con él para nada. ¿Pero, cómo lo llevaría él? No estar allí por si alguna vez le necesitaban. No ver crecer a Angela o estar cerca para cuidarla cuando chicos como él le anduviesen detrás.

—Eres buen hijo —dijo Javine.

—Un buen hijo que tiene que ir llorándole a su madre para que le dé dinero.

—Ella te lo ofreció.

—Son los ahorros de toda su vida.

—Sé que estás pensando en tu madre, T...

No tenía que decir más. ¿Pero y yo? ¿Y Benjamín?

Theo la vio darse la vuelta y volver a la cocina, oyó cerrarse la puerta de la nevera y el zumbido del microondas al calentar el biberón.

—No necesitamos ese dinero —dijo.

Miró a Benjamín, dando patadas y mirando hacia arriba, su imagen en el espejito de plástico. Si conservaba la vida, acabase donde acabase, Theo sabía que lo único que de verdad quería era que su hijo pudiese mirarse y sentirse bien consigo mismo.

El encargado del Cue Up era un retaco calvo llamado Adkins. Tenía el culo gordo y llevaba corbata y una camisa de manga corta, cosa que a Helen siempre le resultaba ligeramente ridícula. No estaba segura de qué había estado haciendo arriba en el ordenador, en su pequeño despacho abarrotado, pero no estaba del mejor humor cuando le abrió la puerta.

Una vez más, la placa pareció hacer efecto, aunque Adkins apenas la miró antes de conducir a Helen a través de un montón de monitores de aspecto mugriento apilados bajo la única ventana.

Parecía que le habían dicho que contase con su visita.

El dispositivo de seguridad parecía bastante amplio, con imágenes de una cámara situada en la entrada del club, varias en la barra y las zonas de juego y otras en las escaleras y en las puertas de los servicios. Los trámites para revisar las cintas, sin embargo, eran un poco menos eficientes que los del centro de seguimiento del CCTV,

donde Helen había visto a Paul entrando en el taxi de Ray Jackson dos semanas antes.

—Puede que tarde un rato —dijo Adkins.

—¿Cuánto?

—No contenga la respiración.

El despacho era sofocante y, mientras Adkins buscaba en las grabaciones, Helen fue hasta un pequeño surtidor de agua que había en la esquina y se sirvió un vaso que su anfitrión no se había mostrado inclinado a ofrecerle. Sentía el sudor escociéndole por la espalda y la barriga e incluso después de tres vasos, tenía la boca seca y le costaba tragar.

El bebé se estaba moviendo. Varias veces cada pocos minutos, notó que se le desplazaba el estómago; un profundo bandazo, muy abajo, que no había sentido antes, y la dejó sin aliento durante unos segundos en cada ocasión. No podía estar segura de si era su cuerpo anticipándose el trauma natural inminente, o los nervios... el miedo a lo que podía estar a punto de ver.

Lo que alguien había decidido que debía ver.

—Aquí tiene —Adkins volvió al ordenador y se dejó caer en la silla—. Sírvase usted misma... La segunda por la izquierda.

Helen se acercó y se inclinó para ver mejor, colocándose en línea con la ventana para reducir el resplandor del monitor. Era una pantalla pequeña, de solo ocho o nueve pulgadas, metida en una baqueteada caja de acero. La imagen estaba congelada: una imagen borrosa, en blanco y negro, de un pasillo; la línea oscura de un pasamanos en la esquina inferior izquierda.

—La he parado —dijo Adkins—. Dele al PLAY.

Helen presionó el botón y observó. No pasó nada durante medio minuto, salvo el movimiento del código temporal, segundo a segundo, en la esquina inferior derecha. El único sonido era un siseo grave. Se dio la vuelta y preguntó dónde estaban los botones del volumen.

—Ese sistema no tiene audio —dijo Adkins—. Demasiado caro.

Cuando Helen volvió a girarse, vio a dos figuras moviéndose rápidamente hacia la cámara con una tercera siguiéndoles a unos metros. Los dos hombres de delante hablaban mucho, asintiendo, gesticulando con las manos.

Wave y el hombre del traje.

Justo antes de que llegasen a la altura de la cámara y empezasen a distorsionarse, giraron a la derecha y salieron de plano, dirigiéndose hacia las escaleras. La tercera silueta, un fornido joven asiático, les siguió. Helen rebobinó la cinta hasta el momento antes de que Wave y el hombre del traje desaparecieran. Luego congeló la imagen y se quedó allí sentada, igualmente inmóvil.

Miró fijamente la cara que reconocía, a cuya sonrisa había respondido; una cara que había visto agotada de preocupación y llena de compasión solo dos días antes.

Adkins oyó su grito ahogado cuando contuvo el aliento.

—¿Está bien, bonita? ¿No iré a...?

—Necesito esta cinta —dijo.

—Muy bien. Haré una copia.

—La quiero ahora.

Mientras Adkins todavía estaba incorporándose, Helen sacó la cinta del vídeo. Él le gritó algo cuando salía, pero no lo oyó. No le importaba. Bajó dos tramos de escaleras y salió a la calle, deseando correr pero pisando con cuidado; con la cinta agarrada con tanta fuerza que tenía la impresión de que sus dedos iban a atravesar la carcasa de plástico.

Recordando algo que Ray Jackson había dicho, sentado en la parte de atrás de su taxi. Algo que debería haberse dado cuenta de que era relevante.

Había un elegante Mercedes azul parado en la acera de en frente de la entrada. Jacky el *Billares* estaba agachado, hablando con el hombre del asiento de atrás. Cuando el *Billares* se incorporó y se hizo a un lado, Helen vio a Frank Linnell. Se detuvo a unos metros, desesperada por llegar a su coche, pero consciente de que habría algún tipo de intercambio. De que Linnell lo había estado esperando. Al mirar hacia la parte delantera, reconoció al conductor como el hombre que le había abierto la puerta en el *pub* de Linnell y le había servido una bebida. Ahora recordó también su voz, y por fin supo quién había dejado el mensaje anónimo en su contestador.

—¿Helen...?

Vio la expresión de la cara de Linnell y empezó a comprender por qué.

Linnell se asomó por la ventanilla e indicó la cinta que Helen llevaba en la mano.

—¿Reconoces a alguien?

—No le había visto en mi vida —dijo Helen.

Frank miró por la ventanilla trasera mientras Clive le llevaba a casa, siguiendo la ruta del bus 380 que iba de High Street a la cárcel de Belmarsh. En cuanto superasen el tráfico, subirían por Lewisham Hill y girarían al este, hacia Wat Tyler Road y Blackheath. Bajarían por el otro lado y cruzarían una vasta extensión verde bordeada de casas; residencias enormes de tres o cuatro plantas que no habían sido transformadas en pisos. Pero por ahora, la vista era limitada: puertas repletas de bolsas de basura y letreros con nombres que apenas podía pronunciar. Había recorrido aquellas calles de joven, había hecho negocios en ellas treinta y tantos años antes, pero ahora casi no las reconocía.

—Es como la Europa del este —le dijo a Clive—. Es turbador para el espíritu.

No sabía si se debía a los inmigrantes, a las drogas o a las pistolas que circulaban como cromos de fútbol. No tenía ninguna respuesta. Siempre había algún que otro tarado, incluso entonces, pero joder... Cuando podían rajarte por mirar de la forma equivocada los zapatos de alguien, Frank sabía que había que hacer algo y tal vez los tipos como él estaban en mejor posición para hacerlo que la policía o los políticos.

Frank no sabía si Helen le había mentado o no. Tal como estaban las cosas, no importaba realmente. Sabía que había hecho lo correcto al dejarle aquello a ella. Era

algo que podía hacer por Paul, y podía hacerla sentir un poco mejor después de todo lo que había sospechado de él. También estaba en la posición perfecta para organizado. Aunque no conociese al individuo en cuestión, tenía los contactos necesarios para averiguar quién era. Frank, probablemente, sería capaz de conseguir el nombre por sí mismo, antes o después, pero sabía que dejárselo a Helen era la opción más satisfactoria. Llevaba pensando en la mejor forma de manejarlo desde que Clive le había contado lo que le habían dicho en el piso franco; desde que había unido eso a lo que Jacky el *Billares* les había contado.

Tal vez fuese frustrante a corto plazo dejar que la ley se encargase, pero tendría sus beneficios a la larga. Los polis siempre lo pasaban peor en el trullo. Fuese quien fuese, pagaría cien veces lo que le había hecho a Paul, y a diario.

Frank había decidido que la venganza podía ser un placer inmediato, pero a veces era mejor invertir en una pequeña cantidad.

Se preguntó si Helen Weeks mandaría a algunos de sus colegas tras él, cuando tuviese al niño y las cosas se calmasen un poco. Se sentía bastante seguro, había mantenido la distancia adecuada con respecto a todo, pero suponía que podría tener algún problema más adelante. Estaba claro que estaba enterada de su asunto con los monigotes. Era evidente por el tercer grado al que le había sometido hacía un par de días. Haciendo insinuaciones y preguntándole si sabía algo, como si fuese a poner las manos en alto y cantar allí mismo, en la cocina.

Qué tontería...

Le caía bastante bien, y había sido correcto con ella por Paul, pero ninguno de los dos era tonto, ¿verdad?

Preñada o de vacaciones, daba igual; la gente como Helen Weeks nunca estaba fuera de servicio. Por eso él y Paul nunca habían hablado de negocios; al menos, no hasta el final. Tenía sentido para ambos. Al fin y al cabo, toda amistad como era debido tenía sus parámetros.

Frank miró las tiendas y a los jóvenes holgazaneando fuera, y se preguntó a quién intentaba engañar. Si todo se resolvía y se limpiaba la basura de la noche a la mañana, sabía que pronto llegaría otra cosa en su lugar. Algo incluso peor, probablemente. Ese tipo de hueco en el mercado nunca se quedaba mucho tiempo sin cubrir.

Lo mismo pasaba con los monigotes. En cuanto se acabase con todos, otro grupo diría: «Muchas gracias» y se apresuraría a ocupar su lugar.

A estas alturas también habría alguien ocupando la mesa de Paul. ¿Y cuánto tardaría su novia en encontrar a alguien que le ayudase a criar a su hijo?

—¿Tienes mucho que hacer el resto del día? —preguntó Clive.

Frank dejó de mirar por la ventanilla y se reclinó en el asiento.

—Estoy hasta las cejas.

La vida seguía.

## **Cuarta parte**

### **Fuera luces**

## Treinta y siete

—¿Cuánto hace que saliste de cuentas?

—Semana y media —dijo Helen—. Si no pasa nada antes del fin de semana, me lo van a provocar.

—Supongo que deberíamos ponernos en marcha, entonces.

Jeff Moody estaba sentado frente a ella, en el sofá, como había hecho la primera vez que había visitado el piso. Llevaba lo que parecía el mismo traje azul, aunque Helen suponía que probablemente tenía varios iguales. Desde luego no era el tipo de hombre que pierde el tiempo yendo de compras, en especial últimamente. Había estado ocupado.

—¿Cómo está él? —preguntó Helen. No era capaz de decir su nombre.

—Plantando cara —dijo Moody—. No va a ser sencillo.

Helen asintió. Las cosas no solían serlo, aunque normalmente era ella la que daba explicaciones a los frustrados parientes de las víctimas. Ella también se había sentido frustrada, por supuesto, pero solo ahora comprendía realmente lo trivial que era su frustración en comparación. Ella siempre tenía la oportunidad de pasar a otro caso. Las víctimas y sus seres cercanos solo tenían una vida.

Moody abrió su maletín y le pasó una foto. Helen miró el manojito de llaves de la foto; el gastado llavero de cuero que había visto mil veces.

—Las encontramos en casa de Kelly —dijo Moody—. Evidentemente, así es como entró aquí.

—Difícil de explicar, diría yo.

—Alega que Paul se las dio, por si vosotros perdíais las vuestras.

Helen meneó la cabeza.

—Ese es el juego de Paul. Debió de cogérselo.

—Creo... que es posible que las cogiera del cuerpo de Paul —dijo Moody—, en la parada de autobús, mientras esperaban que llegase la ambulancia. El testigo dice que estaba agachado en el suelo, junto a Paul. Sería bastante fácil.

Helen tragó saliva y le devolvió la fotografía.

—Pero no va a ser fácil probarlo.

—Como todo lo demás.

—Tenemos la cinta del CCTV. Le tenemos hablando con Wave —Moody asintió—. ¿Qué hay de Sarah Ruston? —preguntó Helen.

—Está cooperando.

—¿A cambio de una reducción de la pena?

Moody se encogió de hombros; ambos sabían cómo funcionaban las cosas.

—Ha identificado a Errol Anderson, alias *Wave*, como uno de los hombres que le dio las instrucciones, que disparó a su coche el día antes, le indicó todos los tiempos, velocidades y demás. Afirma que eran dos, pero no puede identificar al segundo. Es posible que fuese uno de los otros chicos asesinados, pero no está segura. Llevaba la

capucha puesta todo el tiempo.

—Pero seguimos teniendo una conexión directa con la banda.

—Tenemos una grabación de Kelly hablando con uno de ellos. No hay forma de establecer qué se dijo.

—Pero es demasiada coincidencia, ¿no crees?

—Sí...

—Casualmente está hablando con una pandilla que luego organiza el accidente que mata a uno de sus compañeros. Un amigo personal que casualmente investiga a polis corruptos.

—No es a mí a quien hay que convencer, Helen.

Respiró hondo y le dijo a Moody que lo sentía. Él se sonrojó y desechó sus disculpas con un gesto de la mano.

—¿Cómo explica él esa reunión en el billar? —preguntó Helen.

—Bueno, contra la recomendación de su abogado, está hablando bastante.

Helen recordó la falsa preocupación de la cara de Kelly mientras se sentaban y hablaban de la lectura que iba a hacer en el funeral.

—Apuesto a que sí.

—Afirma que estaba haciendo un trabajo de incógnito. Un chivatazo anónimo.

—¿Bajo el mando de quién?

—Por su cuenta y riesgo. Dice que sabe que estaba asumiendo un riesgo al no seguir el procedimiento adecuado y todo eso. No le importa reconocer que buscaba protagonismo.

—Es mejor que ser un asesino, ¿no?

—Sí...

—¿Entonces, cómo lo ves? En general.

Moody se recostó e hinchó los carrillos.

—El problema es que es un caso raro, y la Fiscalía no tiene ni idea de cómo manejarlo. Ya les costó bastante decidir con que imputar a Ruston.

Al final habían optado por homicidio. Helen había colgado el teléfono de golpe cuando Tom Thorne la llamó para darle la noticia.

—Como decía, no va a ser sencillo.

—¿Pero irá a la cárcel? —dijo Helen—. Me dijiste que iría a la cárcel.

—Mira, todo es circunstancial, pero si tenemos suerte, el peso de esas pruebas puede bastar. Las llaves, el vídeo y todo lo demás. Pero el móvil va a suponer un problema.

—¿Qué había en el ordenador?

—En cuanto a algo que pudiese ser relevante, no mucho. Desde luego no había mención alguna de Gary Kelly ni nada que pueda implicarle.

—Tenía que sacar de en medio a Paul antes de que eso sucediese.

Moody asintió.

—Aunque no podía estar seguro de que no hubiese sucedido ya, que es por lo que

quería el portátil, por lo que entró en su piso. No contaba con encontrarte en casa.

—Le había dicho que iba a quedarme en casa de mi padre esa noche —dijo Helen.

—Lo que necesitamos saber es por qué Kelly creía que Paul era un peligro para él para empezar. Cómo descubrió lo de la operación.

Helen apenas había salido del piso en una semana. Se había quedado sentada, había comido y dormido y pensado en lo que había hecho Gary Kelly exactamente, por qué lo había organizado como lo había hecho.

—Eso es lo que nos ayudará a pillarle —dijo Moody.

Tenía que parecer aleatorio, como el peor caso de alguien que se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado. La naturaleza de la operación Victoria implicaba que incluso un «accidente» podría parecer sospechoso. Paul no podía simplemente olvidarse de apagar el gas o caerse por una escalera. Y cualquier tipo de golpe por encargo era implanteable.

Después de decidir qué hacer y cómo hacerlo, Kelly debió de pasarse días dándose palmadas en la espalda.

El accidente no solo quitaba a Paul de en medio, sino que eliminaba la menor posibilidad de sospecha con respecto a Kelly. Después de todo, casi se había matado, con un testigo en la parada de autobús para corroborar el hecho. Helen también había estado pensando en ello. El hombre de la parada de autobús había mencionado que Paul había apartado a Kelly cuando el coche se dirigía hacia ellos, pero podía haber malinterpretado lo que había visto. Los testigos lo hacían habitualmente, y en situaciones menos estresantes.

Era agradable creer que la última acción de Paul, aunque equivocada, había sido heroica; pero cuando Helen cerraba los ojos veía que era Kelly el que empujaba; asegurándose de que Paul era atropellado mientras que él salía indemne. Saliendo de allí con unos bonitos cortes y magulladuras, llorando a su amigo, tirándose al suelo para coger las llaves de Paul mientras él se moría.

—¿Helen?

—Creo que sé cómo lo descubrió Kelly —dijo.

—Sigue.

—Kevin Shepherd. Estaba en la nómina de Shepherd.

Helen le habló de su conversación con Ray Jackson en la parte de atrás de su taxi. El comentario cuya relevancia había pasado por alto. No había sido más que un ligero malentendido o, al menos, eso era lo que le había parecido en el momento:

«—Llevaste a un pasajero en la parte de atrás de tu taxi, un agente de policía, el viernes...

—¿Cuál?

—¿Verdona?

—¿Qué viernes?».

Recordó que Jackson había titubeado un segundo o dos. Había disimulado su



desliz, y ella no se había dado cuenta.

—Cuando preguntó «¿cuál?» quería decir cuál de los dos policías, no qué día.

—Shepherd paga a muchos polis —dijo Moody—. Por eso Paul le estaba investigando.

Helen sacudió la cabeza. Estaba segura.

—Shepherd le contó lo de Paul a Kelly. Eso es lo que tenéis que investigar.

Moody pensó en ello.

—Tiene sentido, al menos, desde una perspectiva cronológica. Shepherd era el único objetivo que investigaba Paul cuando le mataron.

—Ahí tienes tu móvil —dijo Helen.

—Espero que tengas razón. Entonces lo único que tendremos que hacer es convencer a la Fiscalía. Aun así pueden decidir que a lo máximo que podemos aspirar es a una conspiración para cometer un delito.

—Con que vaya a la cárcel, Jeff.

El maletín de Moody estaba abierto sobre sus rodillas. Se inclinó sobre él.

—Mira, si hay alguna posibilidad de encerrar a Kelly por lo que le pasó a Paul, le encerrarán —cerró el maletín y se aclaró la garganta—. Pero yo sé que lo hizo, lo que significa que, aparte de todo lo demás, es seriamente corrupto. Si todo lo demás falla, yo le meteré en la cárcel por eso. ¿De acuerdo?

Helen no respondió, así que él volvió a preguntar. Podía ver que Moody lo decía sinceramente, y sabía que no podía aspirar a más. Le dio las gracias y él prometió llamar en cuanto tuviese alguna noticia. Luego le hizo prometerle lo mismo.

—¿Qué hay de Frank Linnell?

—Bueno, no es mi área, evidentemente, pero hemos pasado la información que nos dio y los que están investigando los tiroteos de Lewisham le investigarán. Pero tal como operan los tipos como Frank Linnell, tampoco creo que sea fácil.

Helen estaba de acuerdo, pero no se refería a eso.

—Me refería a Linnell y Paul. Dijiste que intentarías averiguar algo.

—Sí, claro —parecía incómodo, como si tuviese alguna novedad, ya no mala, sino vergonzosa—. Estamos prácticamente seguros de que nunca hubo ningún asunto ilegal entre ellos, así que todo lo que tengo es un poco de historia.

—Linnell me lo contó —dijo Helen—. Un caso en el que Paul había trabajado.

—La hermanastra de Linnell, Laura —dijo Moody—, fue asesinada por su novio hace seis años y Paul era uno de los subinspectores asignados al caso. Parece que después mantuvieron el contacto.

Helen recordó las fotos que había en la cocina de Linnell. No era su hija, entonces.

—¿Cómo la mató?

—A puñaladas. Cuestión de celos, al parecer.

—¿Cuánto le cayó?

—Bueno, esa es la cuestión. Le mataron a puñaladas cuando cumplía la

preventiva en Wandsworth. Dos días antes del juicio.

—Alguien le ahorró un dinero al contribuyente —por la cara de Helen estaba claro quién creía que había sido ese «alguien».

La sonrisa de Moody fue adecuadamente sombría.

—Bueno, hablé con el responsable de la investigación y eso es lo que él cree, en cualquier caso. Por supuesto, nunca lograron probarlo...

Helen todavía veía la cara de la joven; y la de Linnell al mirar las fotos. No le costaba creer que los asesinatos de Lewisham no fuesen la primera vez que Frank Linnell se había tomado la justicia por su mano.

—Así que, en lo que respecta a... Linnell y Paul —Moody estaba recogiendo sus cosas—. Solo eran amigos. No había nada más —al ver la cara de Helen, abrió la boca para decir algo más, pero ella le interrumpió.

—Una vez jugaste al tenis con un tipo que era falsificador. Sí, ya lo sé.

Moody levantó las manos, como si hubiese expuesto su argumento.

—¿Pero a cuánta gente mató ese falsificador?

## Treinta y ocho

Durmió casi toda la tarde después de que Moody se fuese, y pasó el resto tirada delante de la televisión, buscando una distracción, pero fracasando en el intento la mayor parte del tiempo. Durante quizá diez minutos, cada vez algo captaba su atención y trasladaba su mente por un breve intervalo a algún lugar menos oscuro.

Vio trozos de un programa sobre monologuistas en el Festival de Edimburgo, y recordó que Paul había hablado alguna vez de ir. De vez en cuando iban al Hobgoblin, en Brixton, y siempre lo habían pasado bien, y ambos decía lo estupendo que sería sacar algo de tiempo libre y pasar la semana en el Fringe, viendo a algunos de sus cómicos favoritos. También podían visitar el castillo, decía Paul, y demás cosas turísticas. Creía tener sangre escocesa por alguna parte y estaba decidido a averiguar si había algún tartán de los Hopwood.

—Tú eres tan escocés como yo, bobo... Al ver el programa, Helen decidió ir en cuanto tuviese ocasión. Durante un estúpido segundo o dos, incluso pensó en ir al Hobgoblin esa noche; llamar a Jenny, ver si le apetecía. No le vendría mal echarse unas risas, y, sin duda, los cómicos hubieran disfrutado vacilándole por tener que ir al servicio, caminando como un pato, cada veinte minutos.

Por supuesto, era una idea terrible. Había tenido muchas últimamente.

Aparte de eso, y del tiempo que pasó compitiendo inútilmente con los concursantes de *Countdown*, se quedó allí echada como un zombi. Era extraño, pensó, que se utilizase esa expresión para describir a alguien a quien se le había ido la olla; que tenía la cabeza en las nubes, descentrada. Extraño, porque en las películas de terror que Paul le obligaba a ver, los zombis parecían cualquier cosa menos descentrados. No tenían más que un impulso cuando andaban por ahí, untando sus manos sangrientas por las ventanas de la gente; una idea fija, terrible, que lo consumía todo. Ahora, algo igual de brutal ocupaba sus pensamientos mientras estaba allí echada, dejándose empapar por el sonido y las imágenes.

Pensaba en Gary Kelly, en cómo llegar hasta él. En cómo podía convencer a la policía para dejarla entrar en la sala de interrogatorios, o en la celda preventiva, con su placa y alguna historieta. Calculó con gran detalle lo que le diría antes de hacer lo que había ido a hacer, y qué daño podría infligirle sin poner en peligro al bebé.

Quizá le pidiese que leyese otra vez el poema.

Ver cuántas expresiones más podía fingir.

Fue algo amargo y estúpido que hizo que se odiase a sí misma, y más aún a Kelly por convertirla en alguien así. Se quedaba medio dormida y volvía a despertar, dando un respingo al oír las voces y la música absurdamente alegre, pero incapaz de levantarse y apagar la televisión.

Acababan de dar las seis cuando sonó el teléfono. Más tarde recordaría la hora porque

había oído vagamente la sintonía de las noticias de las seis, sobre la que se abrió paso el sonido del teléfono.

Era un inspector jefe de la Brigada de Homicidios. El jefe de Capullo Picajoso, por lo que parecía.

—Helen, hemos recibido una llamada. ¿Puede oír bien esto?

Oyó varios clics, luego un leve siseo antes de que se pusiese el operador de la policía. Tras cinco segundos de silencio el operador instaba al autor de la llamada a que hablase; volvía a preguntarle cuál era la naturaleza de su llamada. La voz del autor de la llamada se oía amortiguada al principio, mientras le decía algo al operador. Luego, con mayor claridad, decía que quería dejar un mensaje. El operador le decía que procediese.

—Es para la mujer cuyo maromo fue asesinado en la parada de autobús, ¿vale?

Había una pausa. El operador le decía que seguía escuchando.

—La que está embarazada —otros segundos de silencio, luego se le oía mascullar como si estuviese hablando consigo mismo. Por fin volvía a hablar claro—. Yo fui el que disparó al coche, ¿vale? Siento lo que pasó... se suponía que no tenía que pasar. Probablemente no suponga ninguna diferencia para usted, pero no tenía que pasar —se sorbía los mocos, se aclaraba la garganta—. Ya está. Era eso. Yo me doy el piro, vale... así que solo quería decírselo antes de irme —más siseos y clics, un zumbido que podía ser el del tráfico a lo lejos—. Lo siento...

Había unos cuantos segundos más de silencio y un largo suspiro antes de que la llamada se terminase.

Aunque la calidad de la grabación al escucharla por teléfono era mala, Helen reconoció la voz, al igual que algo que había dicho. Recordó la cara del chico mientras escuchaba y la conversación que habían mantenido mientras le metía las bolsas en el coche.

«—Yo diría que es buen momento para tomarse unas vacaciones.

—No me verá dándome el piro próximamente».

Ella le había dicho que tuviese cuidado...

—¿Helen?

—Le conozco. Es un crío que conocí en Lewisham.

—¿Perdón? ¿Le conoce?

—Simplemente me tropecé con él.

—¿Dónde?

—En... la calle. Dios...

—¿Puede decirnos algo que sea de ayuda? ¿Algo que dijese? ¿Una descripción?

*Nada que no fuese a sonar ridículo. Me llevó la compra. Parecía bastante agradable. Me preguntó por el bebé.*

—La verdad es que no —dijo Helen—. Solo hablamos un minuto.

—Bueno, si se le ocurre algo...

Colgó el auricular, fue hasta el sofá y volvió a subir el volumen de la televisión.

Estaban diciendo algo sobre los intereses hipotecarios. Un incendio con víctimas mortales. El exceso de sal en la comida preparada.

Había llamado para decir que lo sentía, que era culpa suya. Así que no podía haber estado al tanto. Por primera vez, se preguntó cuántos iban en aquel coche.

¿Cuántos chicos muertos?

«—*Probablemente no suponga ninguna diferencia para usted...*».

No lo sabía.

No oscurecería hasta dentro de otras dos horas, pero decidió acostarse pronto. Creía que ella y Roger Deering habían limpiado bien el cuarto de baño después del allanamiento, pero al alejarse del lavabo, se le había clavado un trocito de cristal en la planta del pie. Se había metido en la parte blanda.

Sentada en el borde de la bañera, mientras se sacaba el cristal con unas pinzas, Helen levantó la vista y se vio en el espejo. Se le había abierto la bata. Tenía los pechos hinchados y caídos, las venas se veían lívidas bajo la piel. La cintura de sus pantalones de chándal se había doblado sobre sí misma, aplastada por su barriga. Tenía los tobillos gordos.

Envolvió el trozo de cristal en el pañuelo de papel ensangrentado y lo echó por el retrete; se pasó la mano por una pantorrilla pálida y peluda.

Una maruja a la que nadie querría follarse.

Y al pensar en ello, preguntándose si su hermana sabía qué era una MF, Helen recordó la conversación entre el chico y uno de sus colegas cuando iban hacia el aparcamiento. En la vergüenza del chico cuando su amigo había gesticulado y señalado su barriga y le había hecho sus sucias insinuaciones.

«—*Eres todo un semental negro...*».

Recordó cómo le había llamado el otro chico.

No era mucho. Casi nada, probablemente. Desde luego, no lo bastante para ir a molestar al inspector Capullo Picajoso o a su jefe a las nueve de la noche.

Helen soltó un quejido al apoyarse sobre el pie, pero había dejado de molestarle para cuando llegó al dormitorio y empezó a vestirse.

## Treinta y nueve

La del viernes era mala noche para intentar llegar a cualquier parte rápidamente. El tráfico había empezado a acumularse en la colina que bajaba hasta Brixton y estaba prácticamente embotellado en Coldharbour Lane desde el Rizty a Loughborough Junction. Helen golpeó el volante con las manos, frustrada. El tiempo no estaba de su parte, ni de la del chico que había hecho la llamada.

Al fin y al cabo, Linnell había encontrado a los demás con bastante facilidad.

Ahora sabía que los chicos que iban en el Cavalier aquella noche habían sido asesinados en venganza por la muerte de Paul, cuando lo único que habían hecho (parte de ellos sin saberlo) era proporcionar una pantalla de humo. Quienes ignoraban el montaje habían sido tan víctimas de él como Paul, y el chico que había empuñado el arma, que creía haber disparado, bien podía ser el único que quedaba.

El tráfico estaba igual de mal hacia Camberwell, así que giró hacia el sur, decidiendo ir por la parte de atrás.

Le habían utilizado, decidió Helen; eso era todo. Pero Frank Linnell no sabía eso. Y aunque ella le informase, no estaba segura de que fuese a importarle.

Seguía pensando en Linnell mientras el tráfico se volvía más fluido por East Dulwich y en la chica de aquellas fotografías.

La hermana asesinada de Linnell.

Helen se preguntó si la chica había sido la razón por la que la relación de Paul con Linnell había sobrevivido tanto tiempo. A Paul le habían afectado profundamente unos cuantos casos desde que ella le conocía, y era fácil ver, por las fotos, por qué podía haberle costado dejar ir este. Por qué había podido querer mantenerse cerca, aun cuando ya no quedaba nada por investigar.

¿Se había enamorado un poco de la chica asesinada? En cierto modo, eso era más fácil que aceptar la alternativa. Y pensar que él había llamado pajilleros a algunos de sus amigos...

—Era guapa, Hopwood, eso te lo reconozco.

Tuvo suerte con varios semáforos en verde, y todavía no eran las diez menos cuarto cuando se metió por Lewisham Way. Aparcó en prohibido a unos noventa metros de donde las urbanizaciones Lee Marsh y Orchard se daban la espalda la una a la otra, y colocó una tarjeta de la policía en el salpicadero. A lo mejor se encontraba con un ladrillo en el parabrisas, pero al menos no le pondrían el cepo.

Al otro lado de la calle había un pequeño grupo de tiendas: un quiosco, una librería y una tienda de reparación de electrodomésticos. Tres chicos se pasaban un porro delante de un Threshers, y oyó un coche dando acelerones en alguna de las calles que había por detrás de ellos.

Había otras dos urbanizaciones, Downton y Kidbrooke, unas calles más arriba, pero allí era hacia donde el chico había señalado cuando ella le había preguntado dónde vivía. No se había parado demasiado a pensar en cómo iba a encontrarle y

ahora, al mirar a los diversos bloques, se preguntó por dónde rayos iba a empezar. Probablemente, había ciento cincuenta pisos en cada bloque. Solo Dios sabía cuánta gente.

Helen entró en el espacio abierto que había en el centro de Orchard y cruzó una plaza de hierba marrón con bancos pintados con *spray* salpicados a lo largo de ambos lados. Se detuvo durante medio minuto e intentó hacerse una idea del entorno. Era una noche bastante cálida, pero había una buena brisa gimiendo por las pareces y deseó haber traído una chaqueta más gruesa. Miró hacia arriba, a cada bloque de tres pisos, con una puerta que llevaba a unos ascensores en cada extremo y escaleras de hormigón hasta el primer nivel. Sonaba música en algún punto elevado a la izquierda, pero se desvaneció mientras atravesaba hasta la esquina más alejada y avanzaba por la pasarela que conectaba Orchard con Lee Marsh, al lado.

La zona central era idéntica, salvo por la rudimentaria zona de juegos, y también llegaba música desde dos, no, tres sitios. Con letras que no podía descifrar por encima de las baterías y los bajos. Sintió su frenético e insistente ritmo en el metal del tobogán infantil al apoyarse en él.

Había una hilera de garajes retirada de la calle a un lado, y reconoció al grupo de críos con los que había hablado la primera vez que había estado allí. El día que había conocido al chico.

Cuatro, moviéndose lentamente entre sombras que prácticamente habían desaparecido.

Siguió caminando hacia ellos, sintió el fuerte latido de su corazón, la sequedad de su boca. En el trabajo, había estado en sitios peores en visitas de evaluación del riesgo, pero nunca había estado tan asustada; tan consciente del peligro, en cualquier caso. Evidentemente, en esas ocasiones tenía refuerzos, pero sabía que se trataba de algo más.

Ahora eran dos los corazones que latían en su interior.

El chico bajo con el que había hablado antes estaba jugando con su teléfono móvil y apenas levantó la vista cuando se acercó. Otros dos tenían las cabezas juntas. El más alto (la jirafa recién nacida) silbó al verla y los cuatro se juntaron un poco más.

Helen se detuvo a unos metros de ellos y esperó un segundo o dos. Dijo:

—¿Estoy embarazada o solo gorda? ¿Os acordáis?

La jirafa recién nacida dio un paso hacia ella y se metió los pulgares en la cinturilla de los vaqueros. Le mostró unos cuantos centímetros más de sus Calvin Klein.

—Estoy buscando a T —dijo Helen.

—¿Ah sí?

El más bajo levantó los ojos del teléfono solo un segundo. Helen intentó no mostrar ninguna emoción por el hecho de que evidentemente sabían a quién se refería.

—Tengo que hablar con él.

La jirafa recién nacida sonrió.

—Pues dale un toque. Te dejo un teléfono, si quieres.

—No tengo su número.

Otra mirada del chico bajo. Estaba claro que se turnaban para hacer el papel del tipo huraño y peligroso.

—Escucha, tengo que verle, en serio. Es urgente.

Nadie habló durante unos segundos. Parecía como si la conversación ya se hubiese olvidado y los chicos se contentasen con quedarse allí de pie, escuchando la música. Entonces el más alto volvió a mirarla.

—¿Qué es tan urgente?

Sabía desde el principio que la placa no sería la estrategia adecuada. Igual de instintivamente, sabía que tenía que trabajar con lo que tenía. Se echó las manos a la barriga e hizo una mueca.

—¿Tú qué crees?

Hubo risas y codazos.

—¿Ni siquiera sabes dónde vive? —Los vaqueros bajaron aún más—. Uno rapidito, ¿eh?

—Esto no tiene nada de rápido —dijo Helen—. Se divirtió, así que ahora voy a hacer que asuma sus responsabilidades.

La jirafa recién nacida dejó por fin de reír e hizo un gesto despreocupado hacia el bloque del extremo más alejado de la plaza.

—T está ahí arriba, tía. En la tercera planta, por algún sitio.

El chico más bajo levantó la vista.

—¿Qué coño estás haciendo?

—¿Has visto a la novia de T, tío? Van a saltar chispas cuando esta aparezca en su puerta.

—No es asunto tuyo, ¿me entiendes?

—Va a ser descojonante...

Helen se dio la vuelta mientras aún discutían y caminó hacia el bloque, consciente, cuando llegó junto al ascensor, de que la habían seguido lentamente hasta la plaza.

El ascensor era ruidoso y olía como esperaba. Las paredes estaban rayadas pero brillantes, como si las hubiesen limpiado recientemente. Más arriba, el viento le dio con más fuerza en la cara, una pequeña bofetada, al salir a la pasarela de la tercera planta y avanzar hasta la primera puerta.

La primera de treinta o más.

Llamó pero no obtuvo respuesta; avanzó hasta la siguiente y obtuvo el mismo resultado, aunque podía oír que había gente dentro. La tercera puerta se abrió unos centímetros, luego la cerraron de golpe sin una palabra en cuanto hizo la pregunta. El viejo del siguiente piso la escuchó con atención, luego le preguntó si era de Servicios



Sociales.

Estaba sin aliento, y solo llevaba cuatro puertas.

Tal vez debería haber hecho aquella llamada. Quizá no encontrasen el lugar correcto tan rápido, pero una buena brigada de agentes habría invadido la urbanización bastante rápido cuando lo hubiesen encontrado; le habrían sacado mucho más rápido de lo que ella podía.

Helen miró desesperanzada la pasarela mientras recuperaba el aliento. Se estaba preguntando si debería limitarse a quedarse allí y gritar, cuando le tomaron la delantera.

—¡Eh, T! Será mejor que salgas, tío...

Miró por encima de la barandilla y vio a tres de los chicos de los garajes debajo de ella.

La jirafa recién nacida se llevó las manos a la boca y volvió a gritar.

—Te espera una buena aquí afuera, T. —compartió una risa con los demás y gritó otra vez, alzando la voz por encima de la batería y el bajo y haciéndola resonar por toda la urbanización—. Eh, T. ¡Sal a conocer a la familia!

Helen esperó. Quince segundos después, oyó abrirse una puerta y vio salir al chico a la pasarela, a cincuenta metros de donde ella estaba. Le vio asomarse y gritar, diciéndoles a los chicos de abajo que se callasen. Debió de captar el movimiento cuando ella empezó a caminar hacia él, porque de repente se giró y la miró fijamente.

Siguió andando, observándole mientras él desviaba la mirada unos segundos y volvía a girarse luego para mirarla de frente. Los chicos seguían gritando. Se habían abierto otro par de puertas y la gente había asomado la cabeza para ver qué estaba pasando.

—Tengo que hablar contigo —dijo Helen.

—¿Cómo te llamas?

Había reulado hacia el interior de su piso y Helen le había seguido, se había metido por un pasillo estrecho que daba a un salón. Le encontró de pie junto a la ventana. Había una televisión encendida en el rincón más alejado, y notó el olor a hierba. Unos segundos más tarde, una joven con un bebé en brazos pasó a su lado y fue a unirse al chico.

Helen volvió a preguntar.

—Theo —dijo el chico.

—¿Quién es esta? —preguntó la chica.

Helen se acercó y apagó la televisión. Vio cajas de cartón apiladas detrás del sofá, bolsas de plástico llenas de CD y juegos de ordenador. La pareja la miraba sin decir nada, pero en cuanto Helen intentó hablar, la chica empezó a gritar:

—¿Qué coño crees que haces viniendo aquí? —El chico le puso una mano en el brazo, pero ella se la sacó de encima con una sacudida—. Te voy a arrancar la puta cabeza...

—Cállate.

—Te juro...

—Me llamo Helen Weeks —buscó su placa en el bolso—. Soy agente de policía —la chica no se molestó en mirar; se encogió de hombros como si le diese igual. El chico se miraba los pies—. Mi compañero fue asesinado hace unas semanas. Estaba en una parada de autobús...

Ahora la chica la miró y aupó un poco más al niño. Él parecía bastante contento, olisqueándole el cuello. La chica asintió y habló tranquilamente.

—Lo vi en las noticias.

Helen miró fijamente al chico, pero él se negaba a levantar la cabeza.

—¿Theo?

Él giró el cuerpo hacia la chica.

—Deberías irte. Mete al niño en la cama o haz algo.

—No me voy a ninguna parte.

—No puedo hacer esto contigo aquí.

—Fue lo de esos chicos del coche, ¿verdad? —La chica miró a Helen—. ¿El tiroteo?

—Sí, pero es complicado.

La chica se sorbió los mocos y parecía intentar con todas sus fuerzas no llorar. Volvió a girarse hacia el chico.

—¿Qué has hecho? —Le dio un puñetazo en el brazo con la mano que tenía libre y empezó a gritar otra vez—. Tú y tu amigo, ¿qué habéis hecho?

—Él no ha hecho nada —dijo Helen—. Theo, tienes que escucharme. Tú no fuiste el responsable.

Él la miró bien por primera vez.

—Le dieron el mensaje, ¿no? Fui yo quien disparó.

—No hubo ningún disparo.

Él sacudió la cabeza lentamente.

—No sé qué está haciendo aquí. A qué viene esto. No es que pueda sentirme peor, ¿sabe?

—La pistola tenía balas de fogueo —dijo Helen—. La mujer del coche chocó con la parada de autobús a propósito.

La chica se acercó al chico, repentinamente asustada. El niño estiró el brazo, agarrándose al hombro de su padre.

—¿Qué está pasando, T?

—¿Recuerdas cuando disparaste a aquel coche?

—Sí, lo recuerdo.

—La ventanilla de atrás estaba abierta, ¿verdad? —El chico asintió—. ¿Entonces, por qué había cristales por toda la parte de atrás del coche? Los disparos ya se habían hecho, y la mujer del coche lo sabía todo. Estaba pensado para que pareciese un accidente, ¿de acuerdo? Como si fuese una casualidad —el chico estaba quieto, con

la mirada fija, ignorando la mano de su hijo, que ahora le daba palmadas en el hombro—. Alguien quería ver muerto a mi compañero —Helen sintió una punzada, como ligamentos estirándose allá abajo, y respiró hondo—. Quería ver muerto a Paul.

De repente, parecía hacer mucho calor en la habitación. La puerta principal se había quedado abierta y la música que venía de fuera llegaba en una brisa como la ráfaga de un secador.

El chico se movió con rapidez, dando tumbos por la habitación, alejándose de la pared y volviendo a la ventana. Cuando se giró, le temblaban las manos y parecía estar luchando con todas sus fuerzas para controlar el genio.

—¿Quién más lo sabía? —preguntó—. De los del coche, quiero decir.

—No lo sé. Errol Anderson, seguro.

—Está muerto.

—Lo sé —dijo Helen.

—Están todos muertos.

Ahora la chica parecía aterrada.

—¿T...?

—Te vas a alguna parte —dijo Helen—. En el mensaje decías que... —Se detuvo al sentirlo y dio un paso atrás. Se echó las manos a los muslos, limpió la humedad que había en ellos y se quedó mirando las gotas que caían en la moqueta.

—¿Está bien? —preguntó el chico.

La chica se acercó a Helen.

—Ha roto aguas —le pasó el niño al chico y salió rápidamente de la habitación; volvió unos segundos después con un rollo de papel de cocina—. El cuarto de baño está ahí —dijo.

Helen cogió el rollo y separó media docena de porciones.

—¿Tenéis el número de algún taxi?

—Sí, si puede esperar —dijo Theo—. No es que se partan las piernas para venir aquí, precisamente. Mierda...

—¿Sabes conducir? —preguntó Helen.

## Cuarenta

Había sido un hilillo más que un chorro, lo que significaba que no había gran urgencia. Helen se sentía inesperadamente tranquila, consciente de que aún podía tardar otras veinticuatro horas, tal vez más.

Probablemente el riesgo de infección fuese más preocupante que un parto inminente, y aunque lo recomendable en aquellas circunstancias era ir al hospital lo antes posible, prefería atenerse lo máximo posible a su planificación. El hospital universitario de Lewisham no estaba a más de diez minutos en coche de Lee Marsh, pero Helen le pidió a Theo que la llevase a casa, confiando en que tendría tiempo suficiente para coger su bolsa, dar la vuelta e ir al hospital de King's College, en Camberwell.

Theo tardó unos minutos en acostumbrarse a los mandos del Fiesta de Helen pero, aun teniendo en cuenta lo extraño de la situación, parecía nervioso e incómodo. Comprobaba los espejos cada poco segundos y no dejaba de mirarse las manos, agarradas con fuerza al volante.

—¿Conduces mucho? —preguntó Helen.

—Hace tiempo que no —dijo Theo.

El tráfico se había reducido en aquella hora y avanzaron con bastante facilidad por New Cross antes de girar hacia el sur.

—Dijo que alguien quería verle muerto. A Paul...

Helen tenía su ventanilla abierta, se había acercado a ella para aspirar sorbos de aire caliente. Se giró para mirar a Theo y asintió.

—¿Quién?

—No importa.

—¿Pero le han cogido?

—Creo que sí.

—¿Y la mujer del BMW? ¿Por qué demonios accedió a, ya sabe...?

—Tiene un problema de drogas. Le debía un montón de dinero a alguien.

—¿A Wave?

—Eso parece —dijo Helen.

Las manos de Theo apretaron más el volante y miró el retrovisor lateral.

—Sigue siendo culpa mía a cierto nivel, entonces. A lo mejor le vendí algo de mercancía.

Al cruzar Peckam Rye Common, Helen sintió que se apoderaba de ella una contracción. Apretó para combatirla, pero solo recordó mirar el reloj después de unos segundos.

—Joder...

Theo la miró.

—¿Qué?

Ella sacudió la cabeza y esperó a que pasase; dejó salir el aire y se recostó,

jadeando.

—Veinticinco segundos, más o menos —dijo—. Vamos bien.

—¿Segura?

Ella asintió pero vio subir un poco la aguja del velocímetro.

—Dijiste que no eras amigo de los otros chicos —dijo ella—. Cuando te vi la otra vez. Los que mataron.

—De algunos de más que otros, supongo.

—¿Es así en una pandilla? ¿Solo son gente con la que trabajas?

Theo pensó en ello, se echó sobre el claxon cuando una moto viró un poco cerca.

—Depende de lo que pase. Apuesto a que no se lleva bien con todos los polis que conoce.

—Es cierto...

—La cuestión es si lo haces por el dinero o si es... un estilo de vida o lo que sea.

—Hablé con una persona que estaba convencida de que es el gobierno el que envía las armas —dijo Helen—, que se alegraban de lo que estaba pasando.

Theo sacudió la cabeza.

—La gente dice tonterías. ¿Entonces, por qué se las queda el gobierno... como amnistía para las navajas?

—La gente necesita verlos hacer algo.

—De todas formas, a nadie le importa. Siguen utilizando las navajas como si fuesen bolis o algo.

—¿Tú llevas una?

—A veces —viró el coche a la izquierda en la estación de Herne Hill y aceleró por la parte oeste de Brockwell Park. Dijo—: Ahora mismo llevo una pistola.

Helen se sorprendió al descubrirse asintiendo (como si simplemente acabase de hacer un comentario sobre el tiempo) y volviendo a echarse hacia la ventanilla abierta.

—¿Saben quién los mató? ¿A Wave y a los demás?

—Lo tengo bastante claro.

—¿Es un secreto?

Helen buscó las palabras.

—Fue... un amigo de Paul.

—A mí me vendrían bien unos cuantos amigos como ese —dijo Theo.

Cuando llegaron al piso, Helen le dijo que solo serían unos minutos. Subió lo más rápido que pudo y fue directa al baño; aquella necesidad en concreto era claramente urgente desde que se había subido al coche.

Metió un par de cosas más en su bolsa de fin de semana, luego llamó a Jenny y le dijo que fuese al hospital.

—¿Fue un hilillo o un chorro? —preguntó Jenny.

Helen le dijo lo predecible que era.

—Hay mucho tiempo.

—¿Has llamado a un taxi?

—Está esperando fuera —dijo Helen.

Apenas acababan de salir del bloque cuando sintió que la recorría la oleada de otra contracción; una potente tensión a través del estómago y las caderas. Apretó, gruñendo por el esfuerzo, y Theo se hizo a un lado bruscamente.

—Esa ha durado medio minuto —dijo Helen cuando paró.

—¿Eso es bueno o malo?

—¿Pasaron quince minutos desde la última o menos, tú qué crees? —Theo levantó las manos—. Vayamos al hospital —dijo ella.

Theo pisó a fondo.

Helen no sentía pánico ni de lejos, pero se le pasó por la cabeza que le hubiera venido bien una ambulancia; que siempre podía hacer señas a un coche patrulla si pasaba alguno y conseguir que la escoltasen.

Theo estaba forzando el Fiesta todo lo que podía, acelerando al máximo cada vez que tenía ocasión y metiéndose por los huecos entre el tráfico cuando no. Una cámara de tráfico les hizo una foto en Denmark Hill y Theo golpeó el volante con las manos.

—Podré vivir con ello —dijo Helen.

Cuando le preguntó, él le habló un poco de Javine y del niño; de su madre y su hermana, que vivían dos plantas más abajo. Ella le preguntó por su padre y él le dijo que había muerto. No percibió ninguna invitación para profundizar en el tema.

—¿Entonces qué piensas hacer? —le preguntó.

—Javine tiene una amiga en Cornualles —dijo Theo—. Ha ido a verla un par de veces. Parece que está bien, y podemos quedarnos allí hasta que encontremos otro sitio —la miró con algo parecido a una sonrisa—. Creo que no hay una gran población negra, pero ya sabe... —Se saltó un paso de cebra con un peatón a medio camino y Helen le dijo que no pasaba nada.

—A lo mejor no deberías irte a ninguna parte —dijo ella.

—Sí, bueno, tiene sentido, con lo bien que va todo en casa y demás.

—Venga, tienes que saber que estás en peligro. Ya viste lo que les pasó a los chicos que iban en el coche.

—Pero dijo que sabía quién lo había hecho.

—Pero no estoy segura de que podamos probarlo.

—Razón de más para pirarme, ¿no?

—Es la clase de persona que se dedicaría a buscarte —dijo Helen. Esperó hasta que él la miró para asegurarse de que viese que hablaba en serio—. Creo que deberías acudir a la policía.

—Sí, ya, lo que sea.

—No has hecho nada.

—Iba en aquel coche —dijo Theo—. Llevaba una pistola. Sabe a qué me dedico, ¿no?

—No están interesados en lo de las drogas.

—Pero creo que les interesaría posesión de arma de fuego con intención de cometer un delito. Eso no es nada, ¿no?

—Mira, eres el único testigo que iba en el coche. Si testificas, hay muchas posibilidades de que no presenten cargos. Redactaré un informe completo, haré todo lo que pueda. ¡Aquí! —Señaló la entrada del aparcamiento del hospital.

—Le preocupa que esté en peligro, ¿no? —Se giró hacia ella mientras aminoraba—. Si testifico, tendré que huir de un grupo de gente distinto. No se acaba con Wave. ¿Ve lo que quiero decir?

Cuando entraban en el aparcamiento, Theo dijo:

—De hecho, no estoy seguro de que estén todos muertos, los que iban en el coche. Falta alguien —pasó lo más rápido que pudo las bandas sonoras mientras Helen se agarraba con fuerza la barriga al pasar cada una—. Se llama Ezra Dennison.

—Lo comentaré.

—Easy. Tiene dieciséis años, ¿vale?

—Me aseguraré de que lo sepa quién corresponde —dijo Helen.

Theo aparcó lo más cerca posible del ala de maternidad y rodeó el coche para ayudar a Helen a salir. Dieron unos cuantos pasos y se detuvieron ante las puertas automáticas. Helen le dijo que se las arreglaría a partir de allí; que no era necesario que entrase, que su hermana se reuniría con ella. Él le preguntó si quería que dejase el coche en su piso.

—La comisaría de Streatham no está demasiado lejos —dijo Helen.

—Ya —dio una patada al suelo con la punta de su deportiva—. Ya me ha dicho lo que pensaba de eso.

—De verdad, deberías hacerlo. Estaréis todos más seguros.

—A lo mejor. —Retrocedió hacia el coche.

—Solo tienes que contarles lo que pasó exactamente.

Theo abrió la puerta del coche.

—Lo que hice y lo que creí que había hecho. ¿Sabe? No estoy seguro de que la diferencia importe realmente.

—Tú cuéntaselo —dijo ella—. Podemos organizarlo todo en un par de días.

—Debería entrar.

—Por favor. Y deshazte de la pistola por el camino... —Helen se dio la vuelta y cruzó las puertas, fijándose en una mujer que salía y que, sin duda, les había oído y desvió la mirada rápidamente. Oyó alejarse al coche y dejó caer su bolsa sobre el mostrador.

## Cuarenta y uno

Theo llamó a Javine en cuanto salió del hospital. Le dijo que todo iba bien, que volvería en cuanto pudiese e intentaría explicárselo todo. Esperaba una buena bronca, pero parecía tranquila; solo le dijo que quería que volviese a casa.

Iba en dirección sur, sin prestar demasiada atención a ninguna ruta en particular, solo quería conducir un rato. Pero no iba a acercarse a Streatham, de eso estaba seguro. Tenía la sensación de haberse quitado un peso enorme de encima y lo último que quería hacer era volver a meterse en la mierda. Sabía que la novia del poli pensaba que era lo mejor, que le iría mejor a largo plazo y todo eso, pero ella no estaba en su lugar. No tenía ni idea.

Podía decir todo lo que quisiera, pero él sabía cómo era. Si iba a la policía diciendo: «Soy el pandillero que habéis estado buscando», no le recibirían con los brazos abiertos.

Y, como le había dicho a ella, podía haber unas cuantas personas de triángulos de los que nunca había oído hablar, deseando tener una charla con él luego.

Era mejor que él y Javine se buscasen la vida.

Pero pensaba que Helen Weeks estaba bien. Durante un minuto o dos, se preguntó cómo reaccionaría si tomase el coche prestado por un tiempo, si lo utilizase para sacar de allí a Javine y a Benjamín. No tenían demasiadas cosas, probablemente podrían llevárselo todo en un viaje, y no estaba seguro de que el viejo Mazda de su padre consiguiese llegar a medio camino de Cornualles.

Entonces se dio cuenta de que si ella descubría que el coche no estaba donde debía, daría por hecho que se lo había mangado. Probablemente estuviese ya bastante estresada tal como estaba, trayendo un niño al mundo, encima de todo lo demás. Decidió que no valía la pena, que probablemente podría conseguir un buen trato con un coche de alquiler. Tampoco necesitaba nada elegante.

Y no le gustaba la idea de que Helen pensase mal de él.

De todas formas, el dinero no supondría demasiado problema, al menos durante los próximos meses, mientras se organizaban. Hablaba en serio cuando le había dicho a Javine que no necesitaba el dinero de su madre, aunque no podía decirle por qué.

Había mil libras, o casi, debajo de aquella tabla suelta del piso franco. Había cogido la caja de caudales, temblando como una puta hoja, y la había metido en una bolsa de plástico con las cerca de cien rocas que había en las alacenas de la cocina antes de largarse de allí.

Por lo menos para unos meses, si tenían cuidado.

Sabía lo que Easy habría dicho: «Coser y cantar, Estrella...».

Conduciendo lentamente por Norwood Road, Theo se preguntó si también habían engañado a su amigo aquella noche. Easy había mangado el Cavalier, eso lo sabía, ¿pero había estado implicado en organizar todo el tema? ¿Sabía exactamente lo que estaba haciendo cuando presionó para que ascendieran a Theo?



¿Cuándo prácticamente le puso aquella pistola en la mano?

Theo aún tenía la esperanza de tener ocasión de preguntárselo algún día.

Paró en un semáforo, pensando que hablaría con Javine de salir de casa de su amiga en cuanto pudiesen. Compartirían un dormitorio pequeño con el niño y probablemente tendrían suficiente para una pequeña fianza o algo. Era un sitio turístico, así que suponía que podía haber bastante trabajo en hoteles y así. Javine podía pedirle a su amiga que se hiciese con un periódico local y buscase algo antes de que ellos llegasen.

Encendió la radio y recorrió las emisoras. Paró y subió el volumen al oír el final de una canción *reggae*, pero no la conocía. Fue vagamente consciente de que un coche se ponía a su altura, pero no vio bajar la ventanilla.

Estaba mirando el semáforo, que empezaba a cambiar.

La pistola ya estaba levantada cuando Theo miró al hombre del coche, y el locutor estaba diciendo de quién era la canción. Alguien cuyas canciones tal vez hubiese cantado su padre alguna vez. Pero solo tuvo tiempo para el más mínimo atisbo de las caras de su padre, de Javine y de Benjamín.

Ni siquiera tuvo tiempo para gritar, en ese segundo o dos antes de la oscuridad.

Cuando mandó instalar el sistema de sonido en el despacho, Frank se había asegurado de que podría oír la música desde prácticamente cualquier punto de la casa. Había altavoces de pared montados en el cuarto de baño y en el salón y fuera, en el jardín de invierno, por supuesto, donde pasaba la mayoría de las tardes últimamente.

Le apetecía algo ligero y veraniego; se sentó a escuchar un concierto de Vivaldi con una copa de vino y una revista inmobiliaria de gama alta delante, en la mesa. Estaba observando y esperando las luces. Llevaba un tiempo sin ver a los zorros, y había ido dejando cada vez más comida fuera durante las últimas noches, con la esperanza de volver a atraerlos.

—Tu jardín no es el único al que van, ¿sabes? —dijo Laura—. No son mascotas.

—Pero apuesto a que nadie alimenta a esos cabrones como yo. Hay media pierna de cordero ahí afuera.

—A lo mejor son vegetarianos.

Se quedaron mirando otro cuarto de hora, hasta que Frank le dijo que estaba casi listo para irse a la cama. Ella se acercó y se sentó a su lado, empezó a hojear ociosamente la revista, señalando las propiedades que le parecían bonitas.

—No crees que te fallé, ¿verdad? —preguntó Frank.

—¿Cuántas copas de vino te has bebido?

—¿Lo crees?

Ella se cogió la mano.

—No seas bobo.

—¿Y después? Lo que organicé en Wandsworth.

—Bueno, no puedes esperar que me parezca estupendo, pero sé que solo lo hiciste

porque te importo —bajó la voz—. Sé que haces las cosas a tu manera.

—Tendré que conformarme con eso —dijo Frank.

La música empezó a elevarse otra vez, después de un largo fragmento lento. El solo de violín era áspero e irregular, de una agudeza casi imposible.

—Tampoco le fallaste a Paul.

Frank podía ver que Laura estaba incómoda, que le costaba hablar de esas cosas, pero sabía que, al final, se lo perdonaría todo. Era la única que lo haría. Lo veía en sus ojos, y en sus brazos cuando se inclinó y colocó la cabeza sobre su pecho, absolviéndole.

Frank estaba solo, dormido en la silla, cuando las luces se encendieron cerca de una hora después y un bien nutrido macho color canela salió arrastrándose de los matorrales del extremo del jardín. Precavido durante un minuto o así, bajándose hasta el suelo, y echando luego a correr por el césped, hacia su comida.

## Cuarenta y dos

Cuando llevaba cerca de nueve horas, dijeron que casi había terminado.

—Venga, bonita, ya casi estamos...

Aunque, por otra parte, llevaban un buen rato diciendo eso.

Jenny estaba haciendo todo lo que podía para apoyarla, diciéndole que respirase y manteniendo la calma ante los subsiguientes insultos, con la cara crispada como si ella misma sintiese las contracciones. Cada una era una oleada arrasadora que empezaba en el costado y le recorría todo el cuerpo; duro como una roca y paralizado cuando llegaba al centro y la exprimía como un limón durante un minuto o así. Cuando el dolor volvía a surgir, la garganta le dolía casi tanto como el resto.

Le habían puesto gas y aire al empezar el parto, había flotado un rato, pero había empezado a gritar pidiendo la epidural después de cuatro horas, cuando todavía había dilatado solo tres centímetros. Gritaba a las comadronas y a las paredes, y a su tozudo útero. Después de lo que le pareció otra hora, había entrado un joven anestesista y le había recitado todos los riesgos: la posibilidad de uno entre veinte de que le bajase la presión sanguínea; la posibilidad de uno entre mil de romper la membrana que cubre la médula espinal; la extremadamente remota posibilidad...

Ella le dijo, en términos meridianamente claros, que no le importaba.

Tras cinco minutos de dolorosos pinchazos, el anestesista había meneado la cabeza.

—No consigo meter el puto chisme.

Jenny le había sonreído desde el otro extremo de la cama.

—Apuesto a que eso es lo que dijo el padre.

*El padre...*

No era más que una broma estúpida, Helen lo sabía, y había sido terrible ver la cara de su hermana al darse cuenta de lo que había dicho.

—Solo quería decir...

Helen había querido decirle que no pasaba nada, pero otra contracción la dejó sin aliento. La dejó rígida mientras todos volvían al trabajo.

—De todas formas, es demasiado tarde —dijo una de las comadronas—. Ya estás prácticamente dilatada del todo, querida.

Había dos escenificando un ensayado número del poli bueno y el poli malo. Una le decía a Helen que imaginase el cuello del útero abriéndose como una flor, mientras su compañera se limitaba a instarla a «bajar la cabeza» y «esforzarse más». Esa fue la que tomó el mando cuando llegaron a la parte de la sangre y las tripas.

—Concéntrate, Helen. Saca a ese crío. Ya.

Odiaba aquella agonía, no se creía ni por un segundo toda esa basura holística de la nueva era. Aquello no era algo que ella se había «ganado» durante cuarenta y dos semanas, y no era «parte de la experiencia». Cada vez, sentía que la siguiente contracción podía matarla; pero, aun así, cuando llegaba, empujaba con toda la fuerza

que le quedaba. La mezcla de emociones bastaba para eliminar al menos parte de la sensación, para aliviar un poquito la agonía, mientras forzaba los músculos de su abdomen hasta que chirriaban.

Se tensó al sentir llegar la siguiente.

Jenny estrechó su mano.

Empujó...

Sabía que tendría que vivir con la culpa y los recuerdos dolorosos. Aquellas cosas habían encontrado un hogar, se habían alojado en su interior. Como una esquirla de cristal en la parte blanda del pie.

Empujó y gritó, adentro y afuera.

—Aquí viene. El último empujón.

Podía asumir esas cosas.

Las vencería lo mejor que pudiese, por los dos. Por el niño que sabía que era (que rezaba por que fuese) de Paul.

De repente se sintió fuerte y centrada. Llena de energía. Era el feroz y tranquilo centro del mundo.

—Solo uno más, bonita...

Sus entrañas se abrieron y sintió como si su barriga fuese a abrirse como una sandía en cualquier momento. Quería abrirlo con las manos para combatir la quemazón de su estómago, de su pelvis, de su espalda. Era como si le estuviesen dando la vuelta de dentro afuera.

Pero siguió empujando.

Había conocido un dolor mayor.

## Agradecimientos

Como siempre, hay un montón de gente sin la cual habría permanecido en la oscuridad...

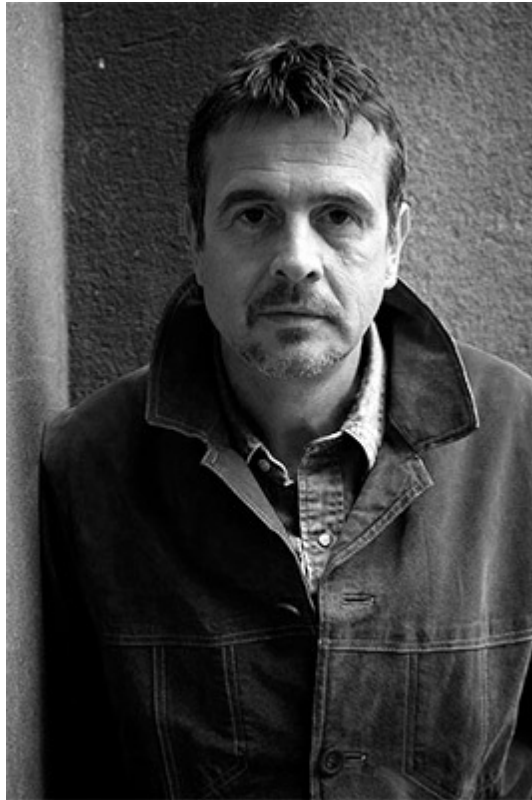
Debo dar las gracias una vez más a Tony Thompson, esta vez por indicarme la dirección adecuada, y a Ember Phoenix y Nathan, de West Camp, por todas las palabras correctas.

El comisario jefe Neil Hibberd fue tan paciente y servicial como siempre, aunque tuve acudir a otra gente para que me asesorase sobre las cuestiones relacionadas con agentes de policía embarazadas. Le estoy inmensamente agradecido a la subinspectora Georgina Barnard por su asesoría en este tema y en muchos otros. También debo darle las gracias a Jane Maier quien quiso la suerte que estuviese a dos semanas de dar a luz justo en el momento adecuado y, por tanto, pudo proporcionarme información puntual sobre ardores de estómago, náuseas y pérdidas.

Gracias, obviamente, a Sasha por provocar todo esto.

También quisiera darle las gracias a Frances Fyfield por reservarme algo de chicha procedimental, a Jane Doherty por su maravillosa moderación, a John Brackenridge por una ayuda que no podría encontrar en ninguna otra parte, y a Mike Gunn por el mejor, si no el único, chiste del libro.

Y, por supuesto, a Hilary Hale, Wendy Lee, Sarah Lutyens y David Shelley, que *nunca* ha comido en un Chicken Cottage.



MARK BILLINGHAM (1961, Solihull, West Midlands, Inglaterra) y creció en Moseley, Birmingham. Es un novelista, actor, guionista de televisión y comediante cuya serie de novelas policiales de la que es protagonista al inspector Tom Thorne, se ha convertido en *bestseller* y de la que en 2010 se realizó una serie de televisión en la cadena Sky1, protagonizada por el actor David Morrissey. *Sueño profundo*, la primera de la serie, que se publicó en 2001 fue un *bestseller* instantáneo en el Reino Unido. Se vendió ampliamente en todo el mundo y se publicó en los EE. UU. en el verano de 2002.

# Notas

[1] «Lobos y leopardos / están intentando matar a las ovejas y los pastores / demasiado vigilar y espiar / es hora de que los lobos dejen en paz a las ovejas...». (*N. de la T.*) <<



[2] «Lobos y leopardos / están tratando de matar a las ovejas y los pastores. / Demasiados informadores / demasiados correveidiles...». (*N. de la T.*) <<